

Archivo General de la Nación  
Volumen CCLXXIII

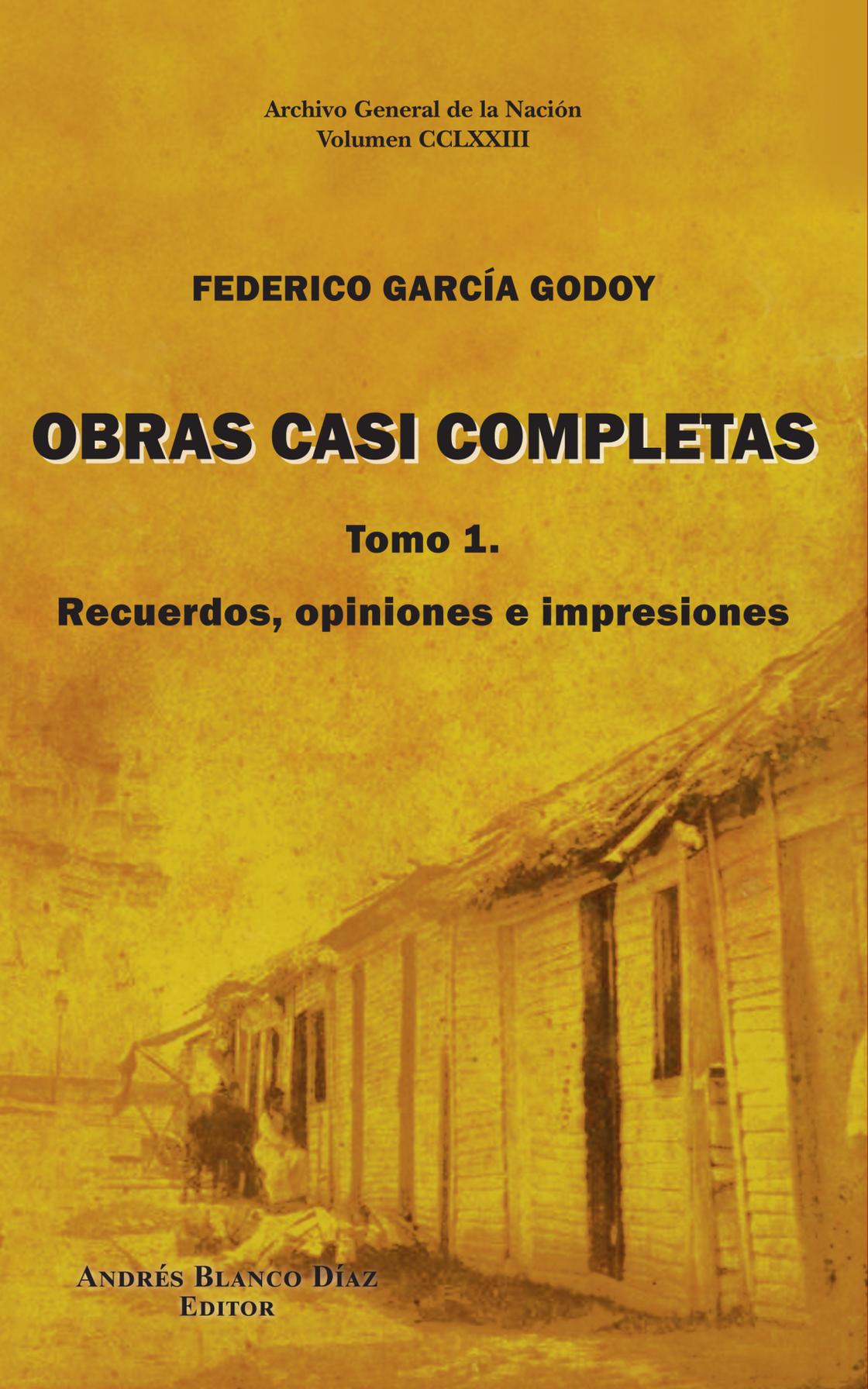
**FEDERICO GARCÍA GODOY**

# **OBRAS CASI COMPLETAS**

**Tomo 1.**

**Recuerdos, opiniones e impresiones**

**ANDRÉS BLANCO DÍAZ**  
**EDITOR**





OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones



Archivo General de la Nación  
Volumen CCLXXIII

FEDERICO GARCÍA GODOY

# OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 1.

Recuerdos, opiniones e impresiones

ANDRÉS BLANCO DÍAZ  
Editor

Santo Domingo  
2016

Cuidado de edición: Andrés Blanco Díaz  
Diagramación y diseño de portada: Belkys Ivelina Blanco Díaz  
Motivo de portada: Fotografía de la iglesia y poblado del Santo Cerro (La Vega), tomada por Julio Pou en 1890. (Archivo de Andrés Blanco Díaz).

Primera edición, octubre de 2016

© Federico García Godoy, 2016

De esta edición  
© Archivo General de la Nación (Vol. CCLXXIII)  
Departamento de Investigación y Divulgación  
Área de Publicaciones  
Calle Modesto Díaz No. 2, Zona Universitaria,  
Santo Domingo, República Dominicana  
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110  
[www.agn.gov.do](http://www.agn.gov.do)

ISBN de *Obras casi completas*: 978-9945-586-57-2

ISBN de este volumen: 978-9945-586-58-9

Impresión: Editora Centenario, S.R.L.

Impreso en la República Dominicana • Printed in the Dominican Republic



Federico García Godoy.



## Contenido

Presentación.....	11
-------------------	----

### PRIMEROS ESCRITOS

La antigua Vega Real .....	19
Ulises F. Espaillat.....	23
¡Bien! .....	27
1885 .....	31
¡Imposible! .....	35
La cuestión haitiana .....	39
Amores históricos: Abelardo y Eloísa .....	43
18 de marzo.....	51
Como se pide .....	55
Las cosas en su lugar.....	57
La Polonia americana.....	63
Por la verdad .....	69
Rafael Moya.....	77
Amores históricos: Aspasia y Pericles .....	81
Temores infundados.....	87
Adelante .....	91
Es grave.....	95
La poesía .....	99
Nuestra literatura.....	105
La fuerza y el derecho .....	111
Boulanger .....	117
Recepción.....	121
Cuba.....	125
Lorenzo J. Perelló .....	129

## RECUERDOS Y OPINIONES

Ámina (tradición quisqueyana).....	143
Asunto importante.....	153
Aniversario .....	159
Salomé Ureña de Henríquez.....	165
El Santo Cerro.....	177
El naturalismo.....	181
Paz .....	187
Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce.....	191
Margarita (episodio íntimo) .....	203

## IMPRESIONES

Dos palabras.....	223
La crítica.....	225
El Santo Cerro.....	229
La novela de Billini.....	233
A Dolores.....	239
<i>Cosas añejas</i> . Tradiciones y episodios de Santo Domingo, por César N. Penson .....	241
<i>Ramona</i> . Novela americana Por Helen Hunt Jackson.....	247
Núñez de Arce. El propósito del poema «Luzbel».....	253
Asuntos literarios .....	255
Alonso de Ojeda .....	259
<i>Fidelia</i> . Novela venezolana por Gonzalo Picón Febres.....	265
<i>Pentélicas</i> . Por Andrés A. Mata.....	269
<i>Leonela</i> . Narración cubana por Nicolás Heredia .....	275
Zenea .....	279
Carmelita (Fragmento) .....	285
Leconte de Lisle.....	289
Sor Clara.....	293
Julián del Casal .....	297
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	301

## Presentación

**F**ederico García Godoy nació en Santiago de Cuba el 26 de diciembre de 1857. Fueron sus padres Federico García Copley y María Josefa Godoy.

Llegó a la República Dominicana en 1868, cuando sus padres salieron de Cuba durante la Guerra de los Diez Años.

Su primera educación la recibió en el hogar. Más tarde hizo estudios en el Colegio San Luis Gonzaga de Santo Domingo y en el Colegio Municipal de San Felipe de Puerto Plata, considerado por muchos como el mejor de toda el área del Caribe en su tiempo e instalado bajo los auspicios de Gregorio Luperón y de Eugenio María de Hostos. Dicho colegio estuvo dirigido por el también exiliado cubano Antonio Benítez y Correoso, y funcionó en la primera planta de una casa prestada por Luperón en cuyo segundo piso se reunían los miembros de la sociedad patriótica antillanista Liga de la Paz.

El amor por la enseñanza que le fuera inculcado por sus padres lo llevó desde muy joven a dedicarse a las tareas educativas, como ayudante de su madre en la Academia de Niñas Santa Rosa, fundada por ella en Puerto Plata en 1873. En esta misma ciudad laboró como profesor del ya mencionado Colegio Municipal, donde compartía con profesores cubanos y puertorriqueños: Rogelio Oller, Ramón Emeterio Betances, Fermín Silva, Francisco Pla Varona y Federico García Copley, entre otros.

A finales de la década de 1870, la familia se estableció en Santiago de los Caballeros, donde Federico García Copley impartió clases de Gramática y Retórica en la Escuela Superior Municipal y en la Escuela de Niñas Santa Teresa. Allí García Godoy fue profesor en el Colegio Central Municipal, junto a su inseparable amigo y tertulio Lorenzo Justiniano Perelló hijo.

Hacia 1880 García Godoy se trasladó a la ciudad de La Vega para trabajar como maestro, y decidió establecer allí su residencia definitiva. El 26 de noviembre de ese año se juramentó como director de la Escuela San Sebastián, nombrado por el Ayuntamiento local.

El 16 de julio de 1881 contrajo matrimonio con Rosa Ceara Jiménez, y de esta familia nacieron diez hijos.

En 1888 prestó juramento para adquirir la ciudadanía dominicana.

En la década de 1890 ocupó una diputación en el Congreso Nacional en representación de La Vega. De su paso como legislador se recuerda el haber propuesto el establecimiento de una Biblioteca Nacional, en 1892, conjuntamente con Natalio Redondo. Perseguían aquella proposición «propender a la realización de obras de reconocida utilidad pública, que demuestren de manera inequívoca el deseo que siempre nos ha animado de laborar por el auge y engrandecimiento de la Patria, a pesar del conjunto de adversidades, de todos conocidas, que han servido casi continuamente de insuperable valladar al cumplimiento de nuestras más nobles y patrióticas aspiraciones», según señalan los proponentes en la motivación de tal proyecto.

En la misma Vega Real fue de los fundadores de la sociedad La Restauradora y uno de los principales promotores de la sociedad La Progresista. En 1901 era inspector de Instrucción Pública. Además, a sus preocupaciones nacionalistas se debe la creación de la sociedad nacionalista Patria.

García Godoy no llegó a militar en la política activa, pero participó en la lucha revolucionaria durante la Revolución de Moya en 1886, que sacudió los campos del Cibao y que involucró a la juventud liberal de aquella región frente al fraude electoral

cometido por el Gobierno y el general Ulises Heureaux en contra de Casimiro N. de Moya. A raíz de este hecho estuvo preso en Samaná. También guardó prisión en otras ocasiones, entre estas durante la presidencia provisional de José Bordas Valdés y en la Revolución del Ferrocarril. En el período de la ocupación del territorio nacional por tropas norteamericanas, además de sus escritos en la prensa, desplegaba sus actividades en procura de crear conciencia en una escuela dominical de enseñanza cívica, contra el caudillismo, el personalísimo y las banderías políticas.

En el campo de la prensa, se destacó como director y redactor de las publicaciones periódicas *El Esfuerzo*, *El Pueblo*, *El Debate*, *El Día y Patria*, en La Vega. Muchos de sus primeros escritos aparecieron en *El Porvenir*, *La Voz de Santiago*, *La República*, *El Derecho* y *El Eco de la Opinión*. Luego colaboró con los periódicos *Listín Diario*, *El Progreso*, *El Diario*, *El Combate*, *El Tiempo*, *El Siglo*, *El Adalid*, *La Bandera Libre*, *Nacional-Moca*, *La Información* y *Ecos del Valle*, entre otros. También fue asiduo colaborador de las revistas *Letras y Ciencias*, *La Cuna de América*, *Ateneo*, *Blanco y Negro*, *Renacimiento*, *Letras y La Opinión*, todas de Santo Domingo; así como de publicaciones de Francia, Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Estados Unidos de América, España, Costa Rica y Argentina. Entre dichas publicaciones estaban: *La Revista de América*, *Revue de l'Amérique Latine* y *La Gaceta de América* (París), *El Fígaro* y *Cuba Contemporánea* (La Habana), *El Cojo Ilustrado* (Caracas), *La Correspondencia de Puerto Rico*, *Inter-América* y *Nueva Democracia* (Nueva York), *Blanco y Negro* (Madrid), *Repertorio Americano* (Costa Rica), *Nuestra América* y *Nosotros* (Buenos Aires).

De García Godoy puede decirse que era, en su tiempo, el dominicano que más relaciones tenía con escritores y figuras del ámbito cultural del continente americano, entre los cuales se encontraban José Enrique Rodó, los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, Rufino Blanco Fombona, Manuel Ugarte, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Rafael Heliodoro Valle, Luis y Juan Enrique Lagarrigue, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Laureano Vallenilla Lanz, Enrique José Varona, Rómulo E. Durón y Hugo D. Barbagelata, entre muchos más.

Federico García Godoy se destacó como profesor de literatura, novelista, crítico literario y periodista de combate, además de ser figura de primer orden en la defensa inquebrantable de los ideales de bien patrio y de la soberanía nacional frente al imperialismo norteamericano. En sus escritos abundan los temas históricos, filosóficos, sociales, de reflexión política y de crítica literaria.

En su papel de crítico y divulgador literario, se le reconoce haber desplegado una labor fecunda de difusión y estímulo, tanto de las letras nacionales como de los libros de autores extranjeros. Puede decirse, en su favor, que gozó como nadie en nuestro país de una bien ganada reputación intelectual, siendo siempre optimista y entusiasta en sus escritos que son, por lo general, atinados y precisos. De él afirma Rufino Martínez: «Sigue siendo entre los hombres de letras dominicanos una excepción como espíritu tolerante y acogedor, en el sentido superior de brindar estímulo a los jóvenes que se presentan en el campo de la cultura con la sola credencial de buenas aptitudes, mirando en ellos nuevos honrados compañeros».

La circulación de su obra *El derrumbe* fue prohibida por los censores norteamericanos, quienes ordenaron la incautación, quema y destrucción de la tirada, pero de la cual se salvaron algunos ejemplares para la posteridad.

Es sabido que cuando le llegó la muerte estaba en la preparación de varios libros de carácter nacionalista, literario, filosófica, histórico y científico. De dichos libros pueden adelantarse los siguientes títulos: *En la hora trágica*, *Días sin sol* y *En la colonia yankee*. De los dos primeros se rescata en la presente recopilación una buena parte de su contenido, en el tomo 6. También, por testimonio del propio García Godoy, sabemos que tenía en imprenta un libro en San José de Costa Rica. Su *Trilogía patriótica*, compuesta por *Rufinito*, *Alma dominicana* y *Guanuma*, recoge muchos de los aspectos, temas, personajes, tradiciones y episodios del transcurrir de la vida dominicana.

Federico García Godoy falleció repentinamente, en La Vega el 24 de febrero de 1924.

Su bibliografía es la siguiente: *Lorenzo J. Perelló hijo* (1887), *Recuerdos y opiniones* (1888), *Impresiones* (1899), *Perfiles y relieves* (1907), *Rufinito* (1908), *La hora que pasa* (1910), *La Patria y el héroe* (1911), *Alma dominicana* (1911), *Guanuma* (1914), *Bajo la dictadura* (1914), *Páginas efímeras* (1912), *El derrumbe* (1916), *De aquí y de allá* (1916), *La literatura americana de nuestros días* (1915), *La literatura dominicana* (1916), *Americanismo literario* (1918), *De la Historia* (1920), *Al margen del Plan Peynado* (1922) y *Zoilo García* (1922).

La presente recopilación que, bajo el título común de *Obras casi completas*, recoge la mayor parte de lo publicado por Federico García Godoy, constituye un esfuerzo sin precedentes de rescate y valoración de la bibliografía de este autor dominicano, defensor de los nobles ideales de bien patrio y de la soberanía nacional.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ



## PRIMEROS ESCRITOS



## La antigua Vega Real

**E**xageradas, o mejor dicho, falsas en la mayor parte, son las noticias que han servido al señor redactor de *El Propagador*<sup>1</sup> para confeccionar su acre, punzante y desprestigiador editorial del número 140, referente a las ruinas de la histórica ciudad cuyo nombre lleva por epígrafe este desaliñado artículo, que escribimos muy a la ligera, solo para hacer saber al público lo que realmente ha venido aconteciendo con las expresadas ruinas; cuya conservación no ha sido nunca indiferente a la sociedad vegana, que ha sabido comprender y estimar siempre el valor de esos restos monumentales por todos conceptos importantes, porque –afortunadamente– no se halla en el estado de atraso ni de insensatez en que, sin consideraciones de ningún género, le ha querido colocar el citado periódico, presentando en su charla a la vez a toda la República como una guarida de salvajes, donde no hay (según dice) «quien sepa gobernar, quien afiance el orden, quien haga respetar el derecho, &. &.» ¡Cuántos desatinos, cuánto desprestigio inmerecido, y cuánto ultraje a una nación culta y civilizada...! No es así como se defienden los intereses sociales; no es injuriando y difamando a los pueblos como se promueven o favorecen sus adelantos, y no es el lenguaje que ha empleado *El Propagador* en su aludido editorial el que dignifica al

<sup>1</sup> El redactor de este periódico era Juan Vicente Flores, y se publicaba en Puerto Plata. (Nota del editor).

periodismo, ni el que este debe usar por consiguiente para corregir abusos y excitar a ciudadanos o autoridades al cumplimiento de sus deberes cuando de ellos si apartaren. Cualquiera diría, al ver cómo escribe y trata a su patria el redactor de *El Propagador*, que no es dominicano, ni siquiera un extranjero comedido, verídico, concienzudo y agradecido al país que le alberga, considera y protege. Cualquiera diría...; pero basta y vamos al asunto.

Nadie por aquí, entre las personas ilustradas, ha dejado de considerar como propiedad del Estado las ruinas de la antigua Vega Real; pero ni esto, y el empeño con que todos los gobiernos, especialmente los que se sucedieron desde la Separación hasta la Anexión, han tratado de hacer respetar dichas ruinas, ni el celo e interés que las autoridades de la localidad han desplegado siempre para que se respetasen, debidamente, ha podido evitar que algunos por ignorancia –en ocasiones propicias– hayan practicado excavaciones insignificantes, llevándose parte de los escombros y dispuesto de objetos encontrados como cántaros, platos de barro, &; objetos que en su mayor parte han venido al poder de un señor de esta ciudad que se ha venido ocupando de adquirirlos, con el plausible fin de formar con ellos una colección que ha dedicado a nuestra Sociedad La Progresista, para que la conserve en biblioteca; componiéndose hasta ahora esa colección: de clavos, cerrojos y escarpas de hierro, herraduras, media espada, un puñal, pedazos de losas vidriadas y media piedra que, por su forma, se supone ser mitad de un ara. Empero, es falso, falsísimo que, como asevera *El Propagador*, se hayan practicado excavaciones de gran importancia, ni encontrándose en ningún tiempo objetos de gran valor material, como espuelas de plata, cubiertos del mismo metal, &; y es más falso aún que últimamente se haya desenterrado una casa conteniendo un cadáver disecado, como dice el mencionado periódico. Lo que sí se ha descubierto últimamente es un aljibe intacto, de pequeñas dimensiones, pero ni momias ni ninguno de esos *aparatos de uso privado* de que habla el editorial que venimos refutando, y que suelen encontrarse a las veces en la cabeza de algunos periodistas para jeringar el género humano cuando se les antoja.

En honor a la verdad también debemos consignar aquí, que los escombros o sea ladrillos que se han sustraído, han sido recogidos de la superficie del lugar que ocupaba la antigua ciudad, sin haberse demolido ninguno de los restos de edificios u obras importantes que hasta nuestros días se han conservado en pie; y esos ladrillos en su mayor parte se han empleado en la fábrica del nuevo templo que se levanta en el Santo Cerro, autorizada su adquisición, según tenemos entendido, por el actual señor cura y vicario de esta parroquia.

Pregunta *El Propagador* dónde está el gobernador de esta provincia, que no impide la continuación de las excavaciones con que parece está soñando, y quiere saber qué hacen los Ayuntamientos de por acá, a los cuales apostrofa reputándolos completamente ineptos hoy o ignorantes. Vamos a contestar por pura cortesía.

Nuestro apreciable gobernador se halla en su puesto, cumpliendo dignamente con sus deberes, y nuestro ilustrado municipio se encuentra a la altura de su delicada misión, haciendo en el círculo de sus atribuciones cuanto debe hacer. Y para probar al consabido periódico que la sociedad vegana ha sabido estimar las ruinas de la antigua Vega Real y procurado conservarlas, terminaremos este nuestro artículo insertando a continuación la instancia que en el año actual dirigiera al Congreso la Sociedad La Progresista, la cual fue acogida favorablemente por dicho alto cuerpo. A la letra dice así:

Ciudadanos diputados: Los que suscriben, habitantes de La Vega, tienen la alta honra de dirigirse al honorable Congreso de la República para llamar la atención sobre un hecho que puede parecer de poca importancia para muchos, pero que la tiene grande para esta población, a pesar de la indiferencia con que hasta ahora, desde siglos atrás, se le ha considerado.

Cerca de esta ciudad se alzó a principios del siglo XVI otra ciudad famosa por sus riquezas, sus monumentos, su extensión, su importancia, y más que todo por ser la primera que se edificara en estas comarcas.

La mano de Dios, en el segundo tercio del mismo siglo, redujo a escombros la obra de los hombres. Aquellos que se salvaron de la catástrofe, abandonaron la ciudad destruida y vinieron a formar nuevos hogares en el lugar que hoy ocupa La Vega.

Olvidadas durante casi tres siglos, las ruinas de la ciudad abandonada, se ocupó la naturaleza de ocultarlas a los ojos de los hombres, cubriéndolas de espesos bosques; pero la codicia, que pone despiadada mano a todo lo que puede satisfacerla, se ha apoderado de esas ruinas que el tiempo había respetado para recuerdo de la que fue opulenta metrópoli; y a pesar de las medidas gubernativas que se han dictado para preservarlas de la destrucción, esas ruinas se considerarán por propietarios de los terrenos, como propiedad particular, y cada día van desapareciendo los vestigios de la antigua ciudad.

Sin entrar a discutir si la propiedad de los terrenos en que estuvo la antigua Vega pueden dar la propiedad de la ciudad, los que suscriben, con el deseo de que se conserven para la historia los mudos monumentos de aquellos tiempos, acuden al Honorable Congreso, para el cual no puede ser indiferente la destrucción de esas ruinas, a fin de que se digne tomar una medida que las preserve de la demolición que a ellas se hace.

Si como es de esperarse el Honorable Congreso acoge favorablemente esta solicitud, los verdaderos amigos de las glorias le tributarán sin duda un respetuoso homenaje de gratitud. La Vega, &.

La Vega, 9 de diciembre 9883.

RAMÓN E. ESPÍNOLA. E. ESPAILLAT. F. G. Y GODOY. ARTURO ZENO. S. GUZMÁN. N. PEREYRA JIMÉNEZ. MANUEL U. GÓMEZ. ANDRÉS CEARA. P. M. ARCHAMBAULT.

*La República*, 20 de diciembre de 1883.

## Ulises F. Espaillat

*E*ntre los pocos hombres que desde el 27 de Febrero de 1844 a hoy se han hecho acreedores a la gratitud y admiración del pueblo dominicano, por sus grandes virtudes, por sus continuos desvelos por la causa de la libertad y de la justicia, descuella en primer término, como el tipo más acabado de la abnegación y del patriotismo, el ilustre, el eminente ciudadano con cuya nombre encabezamos estas líneas.

No pretendemos escribir su biografía. Ella es conocidísima de todos. Vida nobilísima fue aquella consagrada por completo al ejercicio del bien. Desde muy joven ocupó importantísimos puestos públicos, distinguiéndose en ellos por sus raras actitudes y por su ejemplar honradez. Pero en nuestro humilde sentir, el período más notable de la vida del señor Espaillat, época en que puso más de relieve sus grandes conocimientos y la espartana entereza de su carácter, fue la comprendida desde el año 76 hasta su muerte.

¡Qué días tan calamitosos aquellos que precedieron a los de la Evolución. Muy jóvenes, casi niños éramos entonces, y todavía recordamos enternecidos aquellos días de dolorosa expectativa. El gobierno que surgiera del glorioso 25 de noviembre, gobierno que se iniciara haciendo aparatoso alarde de un liberalismo a toda prueba, había, obedeciendo a mezquinas influencias, falseado su hermoso programa. Ya desde mediados del 75 los

hombres pensadores veían el horizonte político cubierto por negros nubarrones. Se instituían, entonces, asociaciones patrióticas destinadas a levantar en el ánimo público el amor a la libertad, e ilustrarle respecto al verdadero conocimiento de sus derechos; asociaciones que, como la Liga de la Paz, de feliz recordación, sirvieran de poderoso dique a la tiranía que amenazaba desbordarse. Pero el gobierno, que desde hacía tiempo dejaba entrever sus tendencias reaccionarias, no podía tolerar esto que llamaba un desacato a su poder; y persecuciones sin cuento cayeron sobre los hombres beneméritos que en aquella época aciaga se esforzaron por hacer conocer al pueblo sus indisputables derechos. Entonces ve la luz aquella acusación, nueva en nuestros anales democráticos, y de aquella acusación surge aquel hecho grandioso que se ha llamado la Evolución.

Iniciada poco después, allá por febrero del '76, la lucha electoral, la candidatura del señor Espaillat, presentada a la consideración popular, merece lucidísimo triunfo.

Y subió al poder el benemérito patriota, acompañado de dignísimos ciudadanos, animados como él de los mejores deseos y prontos a secundarle en la patriótica tarea que se impusiera de organizar la República. En el elevado puesto en que la pública confianza le colocara, trató de cumplir su ilustrado programa de gobierno, programa contenido en su famosa carta al general González. Pero desgraciadamente, cuando las esperanzas de todos los hombres de luz y bien se fijaban en miel, esperando de su estancia en el poder la ansiada era de la felicidad y progreso de la nación; una revolución que la historia no justificará jamás, una revolución que para mengua de la dignidad nacional se presentara enarbolando el estandarte del retroceso, echó por tierra la honrada administración del señor Espaillat.

Y bajó las gradas del poder como las había subido: con la frente serena y la conciencia tranquila, satisfecho de haber hecho todo lo posible en bien de su país, y sin proferir una queja, sin dirigir una recriminación a los que, so color de patriotismo, entregaban la república a los horrores de la guerra civil, y pisoteaban airados la bandera sagrada de los principios. De regreso

a su hogar, volvió nuevamente a sus antiguas ocupaciones. Allí vivió rodeado de la estimación de los buenos, hasta que el 25 de abril de 1878 rindió su espíritu al Creador.

A la noticia de su muerte, la nación entera se vistió de luto; las pasiones políticas enmudecieron; los poetas arrancaron a sus liras excelentísimas elegías y profunda tristeza se enseñoreó de todos los corazones, cual si con la muerte del egregio patriota santiagués hubiera desaparecido parte de la vida nacional. Debe ser muy honroso morir de esa suerte; oyendo quizás, allá en las profundidades del sepulcro, el sencillísimo llanto de todo un pueblo.

Dentro de pocos días, Santiago, la ilustre, la heroica Santiago, irá en patriótica peregrinación a depositar las coronas de su entusiasmo y de su amor sobre la tumba del ilustre ciudadano. Y nosotros, que siempre hemos admirado esos caracteres nobilísimos que en su lucha constante por el bien, y sin descender jamás a transacciones reprobadas por su conciencia, han logrado conquistarse la pública estimación; no podemos menos que asociarnos, con toda nuestra alma, desde las ondas apacibles del Camú, a la patriótica peregrinación que para obra suya ha dispuesto la benemérita Sociedad Amantes de la Luz.

Mañana, y cuando las pasiones contemporáneas hayan desaparecido; cuando el espectro de la guerra civil, como el fantasma de Hamlet, deje de ser una perenne amenaza suspendida sobre nuestra cabeza; cuando la República logre verdaderamente realizar los grandes fines a que indudablemente está llamada, los hombres del porvenir levantarán al ilustre ciudadano impecadero monumento, y su nombre, envuelto en resplandores de gloria, será transmitido como herencia de inestimable precio, a la admiración y al aplauso de la posteridad.

La Vega, 20 de abril de 1884.

*La República*, 30 de abril de 1884.



¡Bien!

**C**on satisfacción lo consignamos en estas líneas. Acaba de tener lugar, para honra del pueblo dominicano y para gloria de la benemérita Sociedad La Progresista, de esta ciudad, uno de esos actos que tienen el privilegio de atraer la pública atención y de conquistar el general aplauso. Nos referimos a la Medalla de oro que la mencionada Sociedad, y con ella otras de la República, han dedicado al presbítero Francisco X. Billini, honra y prez del clero nacional.

En medio de esta lucha de encontradas ideas, de bastardas ambiciones y mezquinos intereses, ¡cómo se expande el alma y cómo corre fácil la pluma sobre el papel al tener que registrar hechos como ese! A probarnos viene que el sentimiento de justicia, que un célebre filósofo antillano llama *sol del mundo moral*, se encuentra vigorosamente arraigado en nuestra combatida sociedad.

Cuando vemos por un lado, virtuosos sacerdotes, apóstoles decididos de la caridad y del deber, resucitando en nuestro siglo de positivista tachado, tipos de inmortal remembranza que la historia en sus páginas imperecederas guarda; y por el otro, asociaciones que se esfuerzan por vivir la vida del progreso, y honrados ciudadanos que se apresuran a rendir merecido homenaje a la virtud en egregio varón personificada, no debemos,

no, desesperar de que luzca pronto para la patria la ansiada hora de su regeneración política y social.

En efecto; mientras haya coronas para los benefactores de la humanidad; mientras haya lauro para los que en porfiada lucha pugnan por mantener enhiesto el lábaro de evangélicas virtudes, hay que confesar que sociedades en que tales cosas se realizan llevan en sí poderosísimos gérmenes de cultura y de progreso, lo que, en momentos dados, y al calor de benéficas circunstancias pueden alcanzar completo desarrollo y producir abundantes y sazonados frutos.

Nosotros, que en algo hemos contribuido a la realización de tan nobilísima idea, en el santuario de la conciencia nos felicitamos. Hacer justicia, y justicia dulce, de alborozo nos llena. Unir nuestra voz al concierto de voces que entonan himnos de alabanzas a la virtud sobremanera nos satisface. Vivimos en tiempos angustiosos; el sol de la eterna verdad, velado por las nubes del error y de la duda se mantiene; cargados de amenazas de tempestad están los horizontes, parece que llevamos sobre el pecho el desgarrador *aquí ha muerto la esperanza* del gran poeta florentino; y en medio de tan siniestros augurios, esplende con brillante luz, acto de gratitud, que viene a prestar nuevo vigor a nuestras fuerzas por tantos dolores agotadas, y a darnos ánimo para continuar decididos luchando por el bien.

La palabra está dada; sirva ese hecho de ejemplo para otros; que si solo alcanza pasajero aplauso y no practica imitación nada se ha logrado. Los que se titulan campeones del bien, asíense, llamen a sí, con poderoso aliento, tantos elementos dispuestos a ello, y que por doquiera se miran esparcidos, y emprendan cruzada redentora. Honrar la virtud; premiar al genio; y la guerra sin cuartel al vicio; he ahí la divisa.

Séanos permitido consignar aquí algo que no debemos silenciar. Obra tan loable no hubiera tenido éxito completo, el conjunto de tantas voluntades interesadas en su realización hubiera sido, sin la valiosa cooperación de un ciudadano entusiasta:

don Emiliano Espaillat. A él se debe en gran parte tan señalado triunfo.

La brillante hoja de servicios de la Sociedad La Progresista se ha enriquecido con este nuevo laurel. Pero entendemos que no debe dormirse sobre él. Escriba en su bandera esta palabra mágica que parece reasume el carácter de nuestro siglo: ¡Adelante!

La Vega, 20 de diciembre de 1883.

*La República*, 27 de diciembre de 1884.



1885

Con su cortejo de luces y de sombra, de alegrías y de dolores, se ha ido para siempre un año más en los pavorosos abismos de la eternidad. Y ansiado vivamente por la imaginación, tan dada a forjar esperanzas, márcase un nuevo espacio cronológico en la serie interminable de los tiempos.

Solemne siempre en la humana vida es la entrada de un nuevo año. Acaso, acaso, venga a desvanecer risueñas ilusiones, y a imposibilitar la realización de halagüeños deseos. Pero nos seduce en tal grado la fe en el bien futuro, y la esperanza en un próximo bienestar, que en todas partes, es su aspiración motivo de general alborozo y de natural contento.

Parécenos, a los que estudiamos el movimiento progresivo de los tiempos, y esperamos en el perfeccionamiento de la humanidad, que será de bendiciones y de luz el año en cuyo primer día vamos muy pronto a encontrarnos.

Por todas partes los pueblos reivindicando sus derechos; por todas partes reinando irresistible la razón. A la luz del derecho moderno, la fuerza, legado de bárbaros tiempos, no tiene motivo de ser, y viendo desmoronarse por momentos el secular edificio de su poderío, levantado por ella en el correr de los siglos eficazmente ayudada por la ignorancia y el fanatismo, trata de detener su ruina, y libra para ello sus últimas batallas. Pero en vano; la moderna libertad no consiente imposiciones, ni soporta

tiranías; y si vemos que aún impera en algunos países, debido a particulares circunstancias, el derecho de la fuerza y no la fuerza del derecho, hay que convenir en que semejante orden de cosas no puede ser duradero.

Dirijamos breve ojeada a esa Europa, escenario principal en que se agitan las grandes cuestiones que entraña el moderno progreso. En la patria de nuestros mayores, la idea republicana se abre paso arrollando con su irresistible impulso el débil valladar alzado en su camino por la superstición y la ignorancia, y hace bambolear el solitario alcázar en donde todavía ciñe áurea corona el último de los reyes borbónicos. La generosa Francia, repuesta completamente de la desastrosa guerra que limitara su territorio, y enjugadas por el tiempo las lágrimas que la hiciera derramar la muerte del postrero de sus grandes oradores, consolida, si bien templada forma, su gobierno republicano. La nación inglesa agítase profundamente con el nuevo proyecto electoral que concede el voto a tres millones más de ciudadanos, y a cuya sanción opone tenaz resistencia la cámara aristocrática. Pugna en vano el gran canciller por detener la oleada del socialismo que amenaza desbordarse sobre el germánico imperio. La Italia, realizada la aspiración suprema de sus políticos, su deseada unidad, da muestras de conocer el mecanismo constitucional de las actuales monarquías! Nótase con pena la causa liberal sufriendo en Bélgica pasajero eclipse, pero preciso es esperar aparezca de nuevo pujante y vigorosa, que todas las fuerzas reunidas del planeta no son bastante a detener la pujanza irresistible de la moderna libertad!

En el mundo americano, la gran república del Norte acrecienta su ya colosal poderío, y prueba con su reciente elección presidencial la fortaleza de sus instituciones democráticas. Las repúblicas latinoamericanas marchan decididas, cobijadas por el manto de la paz, a conquistar los lauros de la civilización, relegando al olvido pasada era de errores y extravíos.

Hay una nota discordante en tan hermoso concierto; hay un punto negro en tan bellísimo cuadro. Todavía duerme el sueño de la esclavitud la perla del Caribe. Parece que no es suficiente a

despertarla el recuerdo de los héroes de su inmortal lucha de dos lustros, ni la opresión, cada día en aumento, en que la tiene su metrópoli. Pero no importa; la ley eterna que rige a los pueblos no reconoce excepciones, y Cuba tiene que ser independiente. Así lo anhela el patriotismo; así lo demanda la justicia.

Las ciencias y las artes adelante siempre, que contra ellas nada pueden humanas contingencias. Así, es justo esperar que próximas investigaciones científicas logren descorrer el velo que oculta aún a la vista del hombre estupendas maravillas. Por las regiones en gran parte desconocidas del África, los Stanley y los Brazza señalan a su paso nuevos descubrimientos que vienen a enriquecer el caudal de los geográficos conocimientos. Los Norddenjol, los Greely y otros más, por entre las comarcas heladas del Norte, cubiertas por las osamentas de millares de atrevidos exploradores, mártires de la ciencia, pugnan por alcanzar el misterioso punto en que los meridianos se confunden. La electricidad presenta a cada paso nuevos sorprendentes resultados; y la dirección de los globos como insoluble problema reputado, parece alcanzar satisfactoria solución. En donde quiera que el hombre mueve su planta se cumple la ley eterna, inevitable del progreso.

Quisqueya, disfrutando de octaviana tranquilidad, pugna gallarda por ocupar puestos de honor en el civilizador certamen. A un lado recuerdo nefasto de pasadas disensiones y criminales luchas, parece que toca el ansiado momento de su regeneración. Por todos lados, adviértese que el progreso material ha sentado sus reales en este hermoso suelo. La agricultura empieza a reponerse de pasados quebrantos, y sustituye con nuevos sistemas de cultivo los rutinarios de ayer; trabaja entusiasta la asociación por abrir vías de comunicación; atravesará en breve la locomotora las dilatadas sabanas de la inmensa Vega Real; y el cable submarino nos acercará muy pronto a lejanos países. Signos son estos que demuestran palpablemente que son de mejoramiento y adelanto los tiempos que atravesamos.

En el orden intelectual, el espíritu se expande en la contemplación de grandes adelantos. La instrucción pública alcanza

grado de esplendor, hasta ahora nunca visto, merced a racional sistema basado en la observación de la naturaleza. Escuelas, asociaciones, periódicos, conferencias literarias, todo revela que la inteligencia adquiere espacio en que dilatar sus facultades, y goza con la perspectiva de nuevos y floridos horizontes.

En el orden político, nótanse todavía algunos puntos no resueltos satisfactoriamente para el pensador. Sin embargo, nos acercamos apresuradamente al perfecto conocimiento de la vida democrática. La prensa libre en su más lata expresión; la opinión ostentándose potente en todas partes; y el pensamiento manifestándose con libertad completa, prueban completamente nuestro aserto.

Saludemos, pues, alborozados al año que aparece. ¡Haga Dios que en su transcurso la nube de añejos odios y de bastardas ambiciones no venga a empañar el purísimo cielo de la República!

La Vega, 28 de diciembre de 1884.

*El Derecho*, 1º. de enero de 1885.

## ¡Imposible!

*H*emos oído en estos días, sin racional fundamento suponemos, la peregrina especie de que algunos espíritus sobrado previsores, asustados por la natural agitación que origina, en todo país por democráticas instituciones regido, la práctica consciente de los grandes derechos de la ciudadanía, estiman conveniente y aun necesario, el restringir, aunque moderadamente, el ejercicio del más preciado de ellos: la libre emisión del pensamiento por medio de la prensa.

Imposible nos parece pueda caber en humano cerebro error de tanta magnitud. Aparte de que los cánones constitucionales garantizan, sin cortapisas de ninguna clase, el ejercicio de tan augusto derecho, este es de aquellos que están muy por encima de las asechanzas de los que quisieran verlo reducido a los más estrechos límites.

Querer, en esta época de luz y de progreso, poner diques a la corriente de las grandes ideas, figúrasenos de tan absoluta imposibilidad, como parar, por medio de humano mecanismo, el correr de los astros en el sidéreo espacio. Pretender encadenar, cual Prometeo moderno, a la roca del silencio al pensamiento, emanación de Dios, que vuela a través de los tiempos y de los espacios, nos parece que raya en lo sobrehumano. Así, los que han luchado por conseguirlo solo han obtenido, en todas partes, merecida cosecha de execración y oprobio.

Cuando por lógico resultado de anteriores siglos de barbarie, la humanidad yacía sumida entre las sombras de pasajero estancamiento, allá en la margen del Rhin legendario, debido a la constancia de aquel genio ilustre a quien bendecirán perdurablemente los humanos, surge el invento prodigioso de la imprenta. Inoficioso reputamos consignar aquí los grandes servicios que ha prestado a la santa causa de la redención de los pueblos tan maravilloso descubrimiento. Nosotros, que buscamos con ahínco en las páginas de oro del libro de la Historia ocasión de nutrir nuestro espíritu con sus luminosas enseñanzas, hemos visto en ella, bajo diferentes formas, la mano poderosa de la imprenta en la dilatada serie de trascendentales y fecundas evoluciones por que ha pasado la especie humana desde el Renacimiento hasta la época presente.

Empero, como la prensa a la par que impulsa vigorosamente el desarrollo intelectual por medio de la difusión de los conocimientos científicos, enseña al ciudadano, no tan solo sus deberes sino también la medida de sus indiscutibles derechos; de ahí el empeño, de antiguo manifestado por innúmeros tiranos, de amortiguar su salvadora influencia, tan sentida en los países en que impera el constitucionalismo, y de luchar por reducir su esfera de acción a más limitado espacio. ¡Inútil empeño! ¡funesta obcecación!... los tiranos han pasado dejando tras sí lágrimas y sangre, y la prensa, en el apogeo de su grandeza, alcanza las proporciones de un nuevo y ya reconocido poder, y es como la antorcha luminosa que guía a los pueblos por los senderos de la verdad y la justicia, a la consecución del grandioso ideal de la fraternidad universal a que tanto aspira.

Si se estudia detenidamente en sus diversas fases el movimiento de general progreso, lento si se quiere, pero al fin seguro, que se opera en torno nuestro; y si se busca el principal de los elementos que han contribuido a ello, necesariamente debemos considerar como tal a la prensa.

Somos de los primeros en deplorar con toda nuestra alma el error de aquellos escritores que, olvidándose de su nobilísima misión, y halagando vituperables pasiones convierten la prensa

en arma de escándalo y discordia. Contristados hemos tenido lugar de observar las exageraciones en que han incurrido alguno que otro periodista, y amargamente hemos sentido tan funesta desviación del buen camino. Amamos de todo corazón la libertad, y por eso deseamos ver siempre su blanco manto libre de toda mancha. Creemos que no se la sirve con vanos alardes ni con frases insultantes, que dan siempre resultados contraproducentes; y sí con la debida moderación en el lenguaje y con el respeto a la personalidad.

Estos errores no son, sin embargo, motivo suficiente para condenar el principio excelso de la libertad del pensamiento. Las injurias vertidas por medio de la prensa deben ser lavadas por ella misma. A la prensa procaz e insultante sálgale al encuentro la prensa mesurada y digna. Los que se miran atacados, los que sientan herida su dignidad, ancho espacio tienen para sincerarse, con el derecho por escudo, ante el areópago de la opinión y obtendrán justicia. Y si esto no place, medios sobran que, siempre por la vía de la legalidad, concurren a este fin.

Pero pretender derrumbar tan sagrado principio, porque algunos escritores no expongan sus ideas con el necesario comedimiento; querer llenar de nuevo de sombras la conciencia pública iluminada ya por los resplandores de la libertad, es el mayor de los absurdos que puedan oírse. De tal hemos reputado desde el principio, nueva tan inverosímil. Será, tal vez, una de esas especies echadas a volar con demasiada frecuencia, por desgracia, en estos tiempos de penosa incertidumbre. Mas si cierta resultare; si por una de esas combinaciones de momento de que es tan pródiga nuestra política, la viésemos por los hechos confirmada; entonces, ¡deber es de todo el que de patriota se precie, lanzar a los cuatro vientos legal, pero enérgica protesta!

La Vega, enero de 1885.

*La República*, 24 de enero de 1885.



## La cuestión haitiana

*L*as noticias de carácter belicoso, venidas de allende el Masacre en los postreros días del pasado año, ocuparon notablemente la atención pública. Con visos de verosimilitud aunque algo aumentadas, de ordinario acontece en momentos de anhelosa expectación, dieron motivos a que el patriotismo se manifestase en señales inequívocas de verdadero entusiasmo. La prensa de todos los matices discurrió largamente, con mayor o menor fundado criterio, sobre la gravedad que las referidas nuevas entrañaban; y las pasiones políticas, cosa por cierto inusitada, concediéronse momentánea tregua en la espera de grandes acontecimientos. Hoy, vuelta la confianza a los corazones nada o casi nada se habla de ello, distraída la atención en otras cuestiones que se relacionan con la política palpitante interna.

Estimamos de conveniencia suma esas ráfagas de patriotismo que, al empuje de determinadas circunstancias, vienen de cuando en cuando a agitar las sociedades. Por eso consideramos como provechosa para el pueblo dominicano la alarma producida por los aprestos de guerra que tenían lugar en la vecina nación. Preocupada la atención en los cambios frecuentes que se suceden en el escenario político, motivo de poderosa atracción para la generalidad, era ya de necesidad porque así lo ordenaba el patriotismo dirigir la mirada hacia Occidente, y opinar en su

verdadero valor los hechos que, por nuestro abandono o negligencia, tienen allí lugar.

Dos medios se conocen de llevar a cabo invasiones entre partes limítrofes.

O la que se hace faz a faz, a la clara luz del día, con numerosos ejércitos librando reñidas batallas y conquistando ciudades aduciendo para ello la razón de agravios más o menos fundados; o bien, y esta es la más fácil y segura, la que se efectúa entre las sombras, arteramente, consiguiendo palmo a palmo el terreno deseado, aprovechándose del descuido, por no decir otra cosa, de quien tiene deber ineludible de guardarlo. Y visto el resultado siempre funesto alcanzado por ella en cuantas ocasiones ha pretendido sojuzgarnos por medio de la fuerza, este es el camino que sigue Haití, a vista y paciencia del pueblo de Santomé y de Las Carreras, convencida de que así únicamente podrá realizar los funestos propósitos que ha abrigado y abriga en la actualidad de adueñarse de nuestro territorio.

Como el ánimo cobra potentes bríos y como se enaltece el patriotismo cuando se recuerdan aquellas invasiones que llevaban como indispensable acompañamiento la matanza y el exterminio. Parécense en un todo a las de aquellas hordas de bárbaros que al alborear la Edad Media asolaron el Imperio Romano, destruyendo a sangre y fuego cuanto encontraban a su paso. Aún despierta generosa indignación en los corazones patriotas la memoria de la degollación espantosa de Moca; y aún creemos todavía distinguir las llamas que redujeron a cenizas a la invicta Azua.

Triste es decirlo. La nación está casi a merced de extrañas gentes. Es desconsolador el espectáculo de general desorganización que por todos lados se advierte. Sin ejército que imponga respeto y consideración, sin un solo buque que vigile nuestras extensísimas costas, sin sus plazas del litoral convenientemente artilladas, desprovistos de toda suerte de armamento los nacionales, y vacías por completo las arcas nacionales; presenta la República el cuadro más desesperante que puedan ver ojos humanos. Sombras y más sombras por doquiera. Se pregunta uno

a veces con profunda tristeza de qué han servido tantos años de paz, tanto celebrado progreso, si, a la postre, todo se ha resuelto en ruina y miseria. Pero basta. No es ocasión de dirigir tardías recriminaciones. La historia, en su día, juzgará cumplidamente las causas que nos han traído a este terreno.

Aparece en primer término al tratarse de nuestras relaciones con Haití la cuestión límites. Punto de partida a que debe ajustarse todo criterio tendente a definirlos es el Tratado de Aranjuez. Es la única luz que brilla en esta oscura noche de embrollos y enmarañamientos en que se nota asunto tan delicado como este. En las conferencias diplomáticas del año antepasado sustentaron, en parte, nuestros representantes, como medio de acertada solución, el arbitraje, e hicieron bien. Llevado el punto a ese terreno, como quiera que de nuestro lado abunda el derecho, no era difícil anunciar que estaba ganada la cuestión.

Que los haitianos no han abandonado ni abandonan el sistema de paulatina absorción que tan pingües resultados les proporciona, de más esta decirlo. Urge, pues, buscar remedio a tan grave mal. Y cuenta que no estimamos conducente, hoy por hoy, nada que tienda a resolver la pavorosa cuestión de límites por las vías diplomáticas. Debemos aguardar un poco. Obsérvese, con la atención que esto requiere, la marcha que sigue la política haitiana y procédase en consecuencia. La República, como arriba lo consignamos, no cuenta, por el momento, con los recursos suficientes para hacer frente a cualquiera emergencia suscitada por reclamo más o menos fuera de tiempo. Procúrese aumentar el ejército dotándolo de las mejoras que reclama la organización militar moderna; provéanse nuestros arsenales de toda suerte de armamentos; y entonces, hágase ante el mundo entero solemne reclamación, exponiendo en verídica memoria, con claridad y precisión, todo cuanto tiene relación con tan peligrosa materia. Esto es, en nuestro concepto, el procedimiento que cumple seguir, dada nuestra actual situación política.

Intertanto trabajemos.

La generación presente tiene deber solemne que cumplir. Debe transmitir incólume a la que viene tras ella el precioso

legado de tantos héroes y de tantos mártires. A la sombra de la libertad, bien comprendida, y de la paz sostenida honrosamente, se puede, en corto lapso de tiempo, cambiar de una manera ventajosa el presente estado político de la República. Penétrense de ello nuestros políticos, no gastando, en luchas estériles de mezquinas ambiciones y de menguadas rivalidades, las fuerzas de la nación, y sí luchando, con verdadero celo patriótico, por su progreso y engrandecimiento.

Abrigamos la firme convicción de que Haití no dejará, por exponerse a las vicisitudes de una campaña en que puede recoger nada más que oprobio y derrota, su favorita política absorbente lenta, pero segura. Además su estado político-económico tampoco se lo permite. No vendrá, no, como otras veces a pretender imponernos su abominable yugo por medio de las armas, que bien sabe ella que solo es posible su dominación sobre el heroico pueblo que cuenta entre sus timbres inmortales el 27 de Febrero y el 16 de Agosto, y cuando únicamente alumbre el sol ciudades incendiadas, cadáveres y ruinas.

La Vega, febrero de 1885.

*El Derecho*, 27 de febrero de 1885.

## Amores históricos: Abelardo y Eloísa

### I

Verdaderamente es el amor el más poderoso de los sentimientos que tienen el privilegio de conmover el corazón humano, afección sublime que trueca los estériles desiertos de la vida en campos de luz y de poesía, y nos hace sentir inefables fruiciones y momentos de celestial arrobamiento; pero que también, y quizás con más frecuencia, nos sume en la tétrica noche del desengaño y convierte en espejismos las esperanzas color de rosa que aparecen radiantes y serenas en el cielo de nuestros deseos. Guarda la historia en sus páginas imperecederas, al lado de nombres unidos por la gloria, el recuerdo de seres que vivieron en dulce comunidad de sentimientos y de aspiraciones. Aspasia y Pericles, Eloísa y Abelardo, Beatriz y el Dante, Laura y el Petrarca, la Fornarina y Rafael vivirán inseparablemente unidos en la historia y ante la posteridad. De dos de ellos cuya memoria todavía evocamos en las horas dolorosas del desaliento y de la duda vamos a ocuparnos, aunque con temor, toda vez que plumas autorizadas lo han hecho con brillantez si bien diferenciando notablemente en sus apreciaciones bajo el punto de vista de la crítica. No puede encontrarse en el proceso de las grandes

afecciones nada que llame tanto la atención y que haga vibrar con más fuerza la cuerda delicada de la sensibilidad, como el episodio dignísimo de los amores de Abelardo y Eloísa.

## II

Brillaba con esplendor sin igual la intelectualidad gigante de Abelardo. Sus triunfos oratorios le habían granjeado popularidad inmensa. Acaba de vencer en la lucha escolástica a su antiguo maestro el sostenedor decidido de la doctrina filosófica del realismo, Guillermo de Champeaux. Fue en aquellos momentos que conoció a Eloísa. Poseía esta, al decir de cuantos de ella han hablado, esa hermosura física que deslumbra y las facultades asombrosas de un talento de primer orden. Corriente de simpatía establecióse muy en breve entre el maestro y la discípula, trocándose las lecciones de dialéctica en coloquios dulcísimos. La gloria de Abelardo fascinó a la incauta doncella quien no tardó mucho en sentir arder en su pecho la llama de un amor sin límites. Imposible de todo es conocer por virtud de qué efluvios magnéticos tienden dos seres irresistiblemente a juntarse. Nace de la irradiación de una mirada, vive con la esperanza de una sonrisa, goza con la vista del objeto de apasionamiento; tal es el amor. En todos los tiempos y en todos los medios es el mismo. Alternativas casi sin transición de la alegría al desengaño, presentando a cada instante inexplicables cambios y alteraciones. Definirlo es empresa inútil, explicarlo aún más difícil todavía. Retrocede asustado el pensamiento al procurar describir el porqué de tantos fenómenos psicológicos que la observación apunta a cada paso. Como nos es totalmente imposible llegar al conocimiento de las humanidades que indudablemente moran en esas miradas de mundos sembrados por la mano de Dios en el inconmensurable espacio, de igual manera nos está vedado leer en los pliegues recónditos del corazón humano.

## III

Observación de gran cuantía nos sugiere la rememoración de aquellos amores, y es en la diversidad, o si mejor queréis, el antagonismo que se advierte en ambas naturalezas. Ella, encerrando en su alma tesoros de sentimiento y de ternura, tipo de cuanto de noble y puro pueda formar el humano entendimiento, dispuesta como ninguna al sacrificio y aún al martirio. Él, perdónennos los apologistas del exilio dialéctico, él poseía casi todas las faltas que pueden empequeñecer la naturaleza humana: egoísmo, falsedad y aún cobardía. Estos rasgos salientes de su carácter se ponen de relieve a cada momento, en la historia de aquella afección. Burla primero la confianza del tío de Eloísa, del canónigo Fulberto para abusar de la calidez de la joven faltando así a los deberes de la amistad de punible manera; y más tarde consumado el sacrificio arranca a la pobre víctima del hogar paterno exponiéndola a los tiros de la maledicencia y de la envidia. Y como estos, muchos rasgos de bajeza y de egoísmo se registran en la primera parte de la vida del gran filósofo. Y entra ya aquí a verse hasta dónde llega el sentimiento de acrisolada abnegación que guardaba el alma de Eloísa. Ante la explosión de la cólera frenética de Fulberto consciente Abelardo en reparar el daño ungiéndose con la joven en lazo conyugal clandestino. Y ella rehúsa una y cien veces, fundándose en que el matrimonio no convenía de manera alguna a los planes de engrandecimiento y de ambición que alimentaba el alma del gran atleta del escolasticismo. Resístese a la súplica de Fulberto a todas horas manifestada y accede al fin a una unión oculta para acabar con aquella situación de extremada tirantez en que se encontraban el amante y el tutor. Igual a la cólera anteriormente sostenida por la vituperable acción de Abelardo, así fue el sentimiento de alegría que enajenó el alma de Fulberto al ver realizado matrimonio tan de veras apetecido. En ninguna de sus expansiones puso este último al descubierto lo que todo el mundo debía ignorar: el secreto de la unión de su sobrina con el ilustre filósofo. ¡Terribilísima situación aquella

para Abelardo! De un golpe perdidas sus esperanzas de brillar en la carrera eclesiástica en la que positivamente le aguardaban los mayores honores y las más encumbradas dignidades. ¡Imposible definir los encontrados sentimientos que en esas horas de cruel postración embargaron el alma del gran dialéctico! Pero allí estaba como el ángel de la salvación y del consuelo la dulcísima Eloísa. Con admiración verdadera, con desprendimiento sublime sacrificóse en holocausto a la felicidad de su amado. Y él, egoísta, aceptó tan sobrehumana muestra de cariño. Arrostrando la cólera terrible de Fulberto y aún viéndose arrojada ignominiosamente del hogar en que corrieron sus primeros años, sostuvo públicamente no ser más que la querida de Abelardo. ¡Acción sublime que estereotipa la grandeza de alma de aquella mujer incomparable!

#### IV

Las puertas de la abadía de Argenteuil se abrieron para dar paso a la ilustre víctima del egoísmo de Abelardo. Digno de notarse es el hecho, común por demás, pero en todo positivo desde cuando la mujer ama más, el hombre quiere menos, o por el contrario, cuando este siente acrecentarse en su pecho la llama amorosa decrece esta en igual proporción en la hermosa mitad del linaje humano. La causa, como tantos otros misterios que tienen su asiento en lo más íntimo de nuestro ser, resístese a toda investigación. Pero no es menos cierto que en todos momentos y en todas partes se observa semejante anomalía. Y no se nos objete con raros ejemplos de afecciones amorosas excluidos de esa observación. Recorred la historia de los grandes amores y veréis cómo se patentiza y se comprueba nuestro acento. Y es justo decirlo: en la mayor parte de los casos es la mujer quien siente más. Lo mismo en aquel tiempo de austeridad y recogimiento que en este siglo impregnado de materialismo y soberano positivismo, no varía sensiblemente lo observado. En nuestro sentir amaba más, infinitamente más Eloísa. Y como consecuencia natural de

esto los sufrimientos tuvieron mayor intensidad en ella. Con su reclusión en el convento de Argenteuil, con la espantosa venganza de Fulberto que sumiera a Abelardo en la más terrible de las desesperaciones termina la parte más dramática de la vida de entrambos.

## V

Después de su separación de Eloísa cesó de ser la desgracia la compañera inseparable de Abelardo. Desvaneciéronse como el humo sus esperanzas ambiciosas. Reputado como contrario a los dogmas del catolicismo su célebre tratado de la Trinidad fue públicamente condenado. Era en aquella época suspicaz en demasía el espíritu religioso, por lo que aparejaba grandísimo peligro todo lo que tendiese a someter a criterio de la razón las bases fundamentales de la religión católica, siendo por esto el empeño de Abelardo de aplicar las doctrinas filosóficas a la ciencia teológica, causa para él de innúmeros sufrimientos y persecuciones. Entre sus más encarnizados enemigos figura en primera línea el célebre predicador de la cruzada, el gran San Bernardo. Digno de leerse es lo que escribe este al Papa refiriéndose a Abelardo: «Este infame Goliat, dice, ha llegado hasta proponerme sostener públicamente sus doctrinas abominables; y yo he rehusado porque en el arte de la oratoria soy un niño y no podía combatir victoriosamente la elocuencia de Satanás.»

No pintan gráficamente estas palabras la gran intolerancia religiosa de aquel célebre monje y el intransigente fanatismo del siglo duodécimo. No se veían todavía pero ya se presentían las atrocidades del Santo Oficio. Tantas y tan continuadas penalidades rindieron presto el espíritu de Abelardo. Su amigo, el abad de Cluny, escribió sobre su tumba estas hermosas palabras: «Aquí yace el Platón de nuestro siglo; por el pensamiento fue superior a todos los hombres de su época; talento universal traspasó los límites

de la inteligencia humana con el poder de la idea y la fuerza de la elocuencia.»

Veinte años más tarde moría Eloísa en el convento del Paracleto que Abelardo había fundado recomendando uniesen sus restos a los de su amado.

## VI

Cómo por la observación de externalidades que parecen carecer de importancia alguna explica satisfactoriamente el espíritu investigador científico la causa de ciertos fenómenos, por la lectura de las cartas de Eloísa puede colegir fundadamente hasta dónde llegaba la grandeza del alma de la ilustre reclusa. Al recorrerlas siéntese uno profundamente conmovido. ¡Son momentos magníficos levantados por el amor en los desiertos del humano egoísmo, rayos de purísima luz bañan todavía el alma de los que sienten y padecen! ¡Cómo se identifica uno con aquellos dolores, y cómo se cree distinguir aún con el hábito monjil, bajo las oscuras bóvedas del Paracleto, las formas de aquella mujer que la desgracia ha santificado, y que realiza el arquetipo de las idealizaciones terrenales. El dolor engrandece y purifica a la vez. Tardío pero infinitamente más justiciero que el contemporáneo es el juicio de la posteridad. Y esta ha hecho justicia con su veredicto a la noble mártir del amor. Dulzura infinita, sensibilidad exquisita y ternura a prueba de los embates del infortunio, vense brillar en esas líneas trazadas bajo la sombría techumbre de una celda. Impresiones muchísimas se experimentan al leer tan tiernas confidencias y tantas quejas amorosamente exhaladas por aquella alma que no encuentra la tranquilidad apetecida ni aún en el lúgubre recogimiento de un claustro. ¡Son como el quejumbroso canto del ruseñor que llora su libertad perdida tras los dorados alambres de su prisión!

## VII

Todos los años, cuando llega el día que la Iglesia Católica consagra a la memoria de los que fueron; la tumba en que ambos amantes duermen el último sueño, en el cementerio del Padre Lachaise, se cubre enteramente de flores. Homenaje de admiración y de amor que enseña con claridad que aún se mantiene perenne en el corazón de los humanos cual luz inextinguible, el culto a la memoria de los grandes afectos. Mientras celebren los poetas en sus cantos las dulces afecciones del corazón, el espíritu humano se apacienta en los grandes ideales, reverenciaremos en Abelardo y Eloísa las personificaciones más perfectas del amor verdadero.

La Vega, 8 de marzo de 1885.

*El Derecho*, 15 de marzo de 1885.



## 18 de marzo

*H*e ahí una fecha que trae a la memoria dolorosísimos recuerdos y que sugiere multitud de reflexiones al tratar de descubrir las causas que motivaron el hecho nefasto con ella acontecido.

Ayer no más con entusiasmo nunca visto celebramos el día culminante de las glorias nacionales y elevamos fervientes votos por la estabilidad de la República; y hoy, con luto en el corazón, con ánimo apenado, miramos aparecer la lúgubre efeméride que simboliza la cesación de una era de luz y el principio de una vida de oprobio y de vergüenza.

¡Qué corto espacio de tiempo media entre esas dos fechas, y qué distancia tan inconcebible en cuanto a ideas y significación las separa!

No se puede explicar satisfactoriamente retroceso tan violento en la vida de un pueblo acariciado ya por los efluvios de la libertad y probado en colosal contienda como amante de su independencia. Imposible es comprender cómo se abandona, cual harapo despreciable, la corona de pueblo independiente conquistada con la sangre de legendarios adalides, por la condición de colonia, y de colonia española. Pugnaron inútilmente los consumidores de aquel crimen odioso al aducir razones que justificasen a los ojos de la posteridad su torpe proceder. La voz solemne de todo un pueblo protestando con las armas en la

mano contra tamaña falta de patriotismo casi inmediatamente escuchada, y el clamoreo de general indignación levantado en el mundo americano, fueron testimonio elocuente de que entonces como hoy y como mañana, solo recogerán merecida cosecha de oprobio y de desprecio los que so color de patrióticos fines huellan con su impía planta la honra y la dignidad de un pueblo libre.

La posteridad, que juzga las cosas en su verdadero punto al encontrarse exenta de pasiones y ajena de mezquindades y rencores, ha considerado el hecho en su horrible desnudez. En efecto, ¿qué causas dieron lugar a alteración tan trascendental en la marcha regular de un pueblo casi acabado de surgir a la vida autonómica? Imposible dar respuesta concluyente; que a nuestro pensamiento se esconden los motivos eficientes de aquel sorprendente desconocimiento de cuanto hay de más sagrado en las grandes colectividades sociales. No pueden cohonestarlo, no, con las dificultades encontradas en el sostenimiento de la existencia nacional amenazada a toda hora y a todo momento por los vándalos de Occidente; ni mucho menos justificarlo poniendo de manifiesto las frecuentes luchas intestinas generadas por el crecimiento de las pasiones políticas, entonces en el máximo de su efervescencia y que impedían la marcha progresiva de la incipiente nacionalidad.

No, nada de eso. Inútil sería aducir tales cosas para disculpar ante la Historia el acontecimiento de Marzo. Casi doce años de continua y encarnizada lucha con Haití habían probado elocuentemente al mundo la virilidad de la nueva república y su perfecto derecho a figurar honrosamente en el cuadro de las nacionalidades latinoamericanas.

¿Y acaso tiene más fuerza la razón de las frecuentes discordias que desangraban al pueblo siendo insuperable obstáculo a su progreso y engrandecimiento?

Tampoco, responden a una los pueblos que viven la vida de la libertad en el viejo y en el nuevo continente.

Cosa natural y hasta necesaria a veces en la infancia de los pueblos es el estado de agitación en que regularmente se miran.

Como el niño en su natural desarrollo orgánico sufre males continuados, así las grandes agrupaciones sociales tienen que pasar por períodos calamitosos para poder asentar debidamente el imperio de sus instituciones fundamentales.

Y si se registra en la historia el nombre de uno que otro pueblo fuera de esa regla, no es nuestra la culpa.

Cábele la inmensa responsabilidad moral a nuestra antigua metrópoli.

La educación colonial española es la menos adecuada para dar colectividades capaces de sobrellevar calmadamente las grandes agitaciones que origina la práctica de las instituciones democráticas. Viciada en su origen es imposible produzca resultados beneficiosos. Así, con rarísimas excepciones, todas las antiguas colonias españolas, hoy naciones soberanas, han sido durante prolongados períodos teatros de luchas y de escándalos.

Y, si nada de lo dicho disculpa, ¿qué razonamiento puede formularse para explicar aquel nefasto acontecimiento? Quizás falta de virtudes cívicas en algunos senos, dirán; tal vez mucha debilidad de otros, nos responderán.

No echemos la culpa a nadie. Crimen como ese solo pudo engendrarlo la tiranía. La tiranía únicamente da de sí frutos como la Anexión a España. Esa política funesta de personalismo mezquino en que todo se sacrifica en aras de una individualidad las más de las veces despótica e inepta produce siempre funestos y deplorables resultados. Por eso se observan tantas debilidades en la vida de los pueblos que sustituyen el culto santo de los principios por la adoración sacrílega a una política personal, estéril y menguada.

En el proceso de las reivindicaciones americanas, obsérvense los precios que vienen a demostrarlo cumplidamente, y que proporcionan notable ensañamiento a esos gobiernos europeos que sueñan siempre, prevalidos de su fuerza, en sujetar en ciertas porciones de nuestro continente a su dominio odioso y despótico. La reincorporación de Santo Domingo España, y el establecimiento de un imperio en México sostenido por bayonetas francesas y por mexicanos traidores de notable

representación en su país, son los acontecimientos a que hacemos referencia. Aquella campaña colosal del fuerte contra el débil, del aguerrido contra el bisoño, admiración hoy de propios y extraños, y cuyo fin todos conocemos, fue el resultado del primer acontecimiento; y en cuanto al segundo todavía está palpitante el recuerdo de aquel drama que tuvo su principio en el gabinete del tercer Napoleón y su epílogo sangriento en el cerro de Querétaro...

Felicitémonos.

Aquella noche sombría colonial tuvo un hermoso amanecer en el 16 de Agosto de 1863. Admirable es la conexión que guardan los hechos en la historia de las grandes transformaciones humanas. Sin el luctuoso 18 de marzo no hubiera irradiado tanto la fecha memorable de agosto.

Sea objeto de nuestros constantes desvelos mantener vivo en los corazones el recuerdo de los grandes sacrificios, a fin de que no amengüe el patriotismo, antes bien, se agigante cuantas veces miremos la patria y la libertad amenazadas.

La Vega, 17 de marzo de 1885.

*La República*, 21 de marzo de 1885.

## Como se pide

Aparece en el número 109 de *El Eco de la Opinión* correspondiente al 17 del corriente mes, un remitido fechado en esta ciudad y suscrito por un señor Gustavo, en el que se nos pide manifestemos la causa de no haber salido, en la hoja titulada «El 27 de Febrero en La Vega», los numerosos discursos pronunciados en dicho memorable día.

Y como quiera que directamente nos interpela haciéndonos responsables de la susodicha omisión, vamos a permitirnos manifestar al señor Gustavo el error en que se encuentra y la injusticia que comete al pretender echar sobre nosotros todo el peso de la falta cometida.

En primer lugar, fuimos comisionados únicamente para escribir la reseña que aparece en la hoja mencionada. Nada más. No era por cierto incumbencia nuestra solicitar de los diversos oradores sus discursos para darlos a la publicidad. Y además, ¿no cree el señor Gustavo era del todo punto imposible viesen la luz pública los diez o doce discursos en una hoja tan pequeña como la que se resolvió publicar. Seamos francos; ni en un periódico que tuviese las dimensiones de *El Herald* de Nueva York, o algo más, hubiera podido caber debidamente.

Vamos ahora a hacer notar al señor Gustavo una notabilísima inexactitud en que incurre. Pena y asombro nos ha causado ver cómo se falta a la verdad en aquel desgraciado remitido. Dice

el señor Gustavo que tuvimos buen cuidado de no omitir ninguna de nuestras producciones en la hoja de referencia. ¿Estaría el 27 de Febrero en La Vega el buen señor Gustavo? De fijo que no. Porque en el caso de haberse encontrado en la celebración de aquel magno día, habría notado que fueron varios nuestros trabajos, lo menos tres, no solamente uno, y sin embargo, uno se mira en la publicación aludida.

A otra cosa. Si tiene tanto deseo el buen señor Gustavo de que no queden inéditos los trabajos mencionados, tómese la pena de buscarlos, y, si le agrada, remítanoslos a fin de hacer que aparezcan en el periódico. De la amabilidad de nuestros buenos amigos los señores directores de *La República* y *El Derecho* nos atrevemos a esperar pongan a nuestra disposición una o dos columnas de sus acreditadas publicaciones, con ese efecto.

La Vega, 20 de marzo de 1885.

*El Derecho*, 31 de marzo de 1885.

## Las cosas en su lugar

### I

Con profunda sorpresa hemos leído en el número 153 de *El Eco del Pueblo* un extenso artículo encaminado a refutar algunos conceptos relativos a la Iglesia Católica externados en el trabajo intitulado «Amores históricos» que vio la luz en el número seis de *El Derecho*. Y francamente, cuanto más leemos la susodicha refutación más sube nuestro asombro. Porque a la verdad, parece que nuestro apreciable opositor ha visto montañas donde únicamente se notan granos de arena. No creíamos ni creemos haber inferido ofensa alguna al catolicismo al aseverar la triste verdad de que era sumamente suspicaz e intolerante en el siglo duodécimo. Pero ya que por ese lado la toma el señor Verax,<sup>1</sup> vamos a permitirnos contestarlo aunque no con la amplitud necesaria a causa de nuestras múltiples ocupaciones, estableciendo los hechos en su verdadero lugar. Deplorábamos con toda nuestra alma que nuestro humilde trabajo haya dado margen al señor Verax para lanzarse al terreno sobrado resbaladizo de la controversia religiosa. Repugnábamos por principio toda discusión en este sentido, por cuanto ella en lugar de contribuir al mejoramiento de la sociedad en que se sostiene, es propensa a suscitar dificultades y agriar los ánimos. Pero fácilmente se

<sup>1</sup> Seudónimo de Raimundo de Jesús Camejo. (Nota del editor).

comprenderá que atacados en ese terreno era deber ineludible por nuestra parte el defendernos. El celo ortodoxo del señor Verax así lo ha querido. Suya es la culpa.

## II

Nunca presumimos pudiera llamar tanto la atención del señor Verax y lastimar sus sentimientos religiosos la verdad encerrada en estas palabras: «Era en aquella época suspicaz en demasía el espíritu religioso por lo que aparejaba grandísimo peligro todo lo que tendiese a someter a criterio de la razón &. A probar lo contrario se dirige el trabajo de que nos venimos ocupando sin poder en manera alguna conseguirlo.» En efecto, porque si no era suspicaz en demasía el espíritu religioso, las doctrinas de Abelardo no dejaron *de ocasionarle gravísimos conflictos*, y si era el tiempo de estimada tolerancia, como erróneamente asegura el señor articulista, porque la asamblea de Sens condenó aquellas doctrinas, y el Papa sentencia a Abelardo a reclusión perpetua en un convento. Afánase inútilmente nuestro apreciable antagonista, pueden contarse entre las épocas que más brillan por su gran fanatismo religioso los siglos XI y XII. Períodos luctuosos aquellos de la humanidad en que las tinieblas de la Inquisición ofuscaban las conciencias y en que cualquier pensador, para salvar los lindes señalados por ideológicos dogmas, atraía sobre su cabeza las iras del inmenso poder pontificio. Espectáculo tan degradante, ya que el emperador de Alemania llevando por todo vestido tosco saco, cubierta la cabeza de ceniza, sufriendo las inclemencias del tiempo durante tres días a las puertas del castillo de Canosa para merecer perdón papal, solamente se mira en aquella época de superstición y de ignorancia. Prueba irrefragable de cómo se amengua la dignidad humana cuando el fanatismo se apodera de los corazones. Y como para hacer resaltar más aquellos tiempos de funesta intransigencia data de ellos la fundación de la más abominable de las instituciones que registra la historia, de ese padrón de dominio que se llamó la

Santa Inquisición. Evidentemente nada ha sido más perjudicial ni ha causado más males a la humanidad que semejante maléfico aborto de la intolerancia religiosa. Todos los escritores que de ello se han ocupado, aún esos mismos que con loable empeño pugnan por aliviar el catolicismo a la libertad humana, todos, repetimos, no han titubeado en pintar con los más negros colores los techos de aquel sombrío Tribunal y reportarlo como el más feo borrón que se advierte en el magno proceso de las religiones positivas. ¡Terrible noche aquella de la Edad Media para el espíritu humano torturado por ayunos y maceraciones, y en la que el despotismo teocrático y la herejía feudal armaban sus esfuerzos para más envilecerlo y degradarlo!

### III

No es nuestro ánimo entrar aquí en una disertación filosófica sobre las doctrinas de Abelardo, ni historiar tampoco las bases de aquella ruidosa controversia entre realistas y nominalistas, lucha en que bajo nuevas formas aparece la eterna disputa entre la filosofía de Platón y la escuela aristotélica, y en la que tan brillante papel cupo a Abelardo. El sostenedor del conceptualismo es mirado por nosotros bajo otro punto de vista que el de sus abstracciones filosóficas.

Al terminarse la primera época de la escolástica era absoluta la subordinación de la filosofía a la ciencia teológica. Abelardo intentó romper ese círculo de hierro; he ahí para nosotros su gran mérito. Un notable filósofo francés, Jules Simon, se expresa así refiriéndose al ilustre dialéctico: *La independencia de la razón humana es la que se ha combatido en la persona de Abelardo. Este, a pesar de la insuficiencia de su doctrina, merece contarse entre los pensadores y mártires de la libertad de pensar.* Por lo demás creemos con nuestro estimable contendiente que la filosofía en aquel entonces repleta de sutilezas y de hipótesis no contribuyera muy mucho a iluminar el espíritu humano en la vía de su perfeccionamiento. Fue algunos siglos más tarde que con la publicación

del *Novum Organium* de Francis Bacon<sup>2</sup> dejó de ser la filosofía ciencia meramente especulativa para entrar resueltamente en el camino de la verdad por medio de los métodos inductivos.

#### IV

En su santo fervor, en su entusiasmo religioso establece el señor Verax extraño e inesperado paralelo entre San Bernardo y Abelardo en el cual, como es natural, todas las desventajas son para este último. No pretendemos seguirlo en ese camino. Por más que diga el señor Verax, las obras de Abelardo son conocidas por todos los que siguen con verdadero interés el progresivo perfeccionamiento del espíritu humano. Si mal no recordamos, a mediados del presente siglo publicáronse por Mr. Cosin las últimas obras inéditas de Abelardo, entre las que figuran su *Dialéctica* y un tratado de teología. Además muchos escritores de nota han compuesto notables estudios biográficos de Abelardo. Entre ellos es brillantísimo el escrito por Mr. Rémusat. Cúmplenos aquí hacer una observación al señor Verax. Con sobra de irreflexión ha calificado de *supuesta* la carta dirigida por San Bernardo al Papa. En nuestro poder se encuentra la obra en que se mira la carta en cuestión,<sup>3</sup> obra que ponemos gustosos a disposición del señor Verax. A mayor abundamiento en la biografía de Eloísa, escrita por Mr. De Lamartine,<sup>4</sup> se encuentra íntegra la susodicha carta, y si bien notamos en ella algunas poquísimas palabras de menos al compararla con la que conservamos en la obra arriba referida, debido sin duda al mayor o menor cuidado de los traductores, la idea que aparece en ambas es la misma. Fácilmente puede cerciorarse de ellos nuestro digno antagonista.

<sup>2</sup> Francis Bacon y René Descartes son considerados como los fundadores de la filosofía moderna. *Los jesuitas alcanzaron la proscripción de la filosofía de Descartes*. (Nota del autor).

<sup>3</sup> *Leyendas populares*. (Nota del autor).

<sup>4</sup> *El Civilizador*. (Nota del autor).

## V

Dice el apreciable señor Verax que «la Iglesia ha dejado siempre a la razón la libertad de explayarse en todas materias». ¡Peregrina aseveración! Cualquiera diría que nuestro contendiente desconoce por completo las luminosas enseñanzas de la historia. El catolicismo intransigente de la Edad Media, el catolicismo que encendió las hogueras del Santo Oficio en los siglos XVI y XVII,<sup>5</sup> y la escuela neocatólica que aún en los actuales momentos hace una cruda guerra a todo cuanto tiende al libre desarrollo de la razón, nos presentan datos sobrados en que destruir por completo lo que asegura el señor Verax. Sin hacer casi mención de aquel Papa Virgilio que condena a Bonifacio de Maguncia porque sostenía la existencia de las antípodas, existencia también rechazada nada menos que por Lactancio y San Agustín; pasando por alto el suplicio de Esteban Dolet quemado por haber traducido las obras de Platón, y el triste fin de Ramus por no haber seguido con escrupulosa sujeción los preceptos filosóficos de Aristóteles; otros hechos afirman lo contrario de lo que asevera el señor articulista, cuando se sigue paso a paso la marcha providencial del espíritu humano en pos de los brillantes resplandores de la eterna verdad. Aquella sapientísima asamblea de Salamanca compuesta de *insignes teólogos* rechazando a Colón como loco y visionario cuando acariciaba el inmortal proyecto que tan alto había de poner su nombre en la página de la historia: Galileo, el insigne Galileo, obligado a hacer públicas retractación por haber sustentado la gran verdad científica del movimiento de nuestro planeta; Giordano Bruno, inmortal filósofo quemado por la *bendita* Inquisición cuando alboreaba ya el siglo que debía consagrar la libertad religiosa; y aquel celeberrimo decreto<sup>6</sup> condenando la teoría del movimiento terrestre y prohibiendo la enseñanza del sistema copernicano,

<sup>5</sup> Respetamos profundamente al catolicismo ilustrado, que si bien en minoría es digno por más de un concepto de la estimación general. Así, nuestro juicio no lo comprende. (Nota del autor).

<sup>6</sup> De la Congregación del Índice, fecha 5 de marzo de 1616. (Nota del autor).

habla muy alto en contra de los impuestos por el señor Verax. Y aún en pleno siglo XIX, cuando todo conspira a enaltecer la especie humana por medio de los asombrosos adelantos, de la ciencia en las prácticas salvadoras de la democracia quien no lee con indignación la encíclica de León XIII condenando la masonería, asociación nobilísima merecedora por muchos motivos de la gratitud humana. ¿Quién no reprueba la excomunión que acaba de lanzar el obispo de Ávila contra el señor Morayta, catedrático de la Universidad de Madrid, por haber sostenido esta la absoluta libertad del pensamiento? *Esto no tiene réplica*, señor Verax. Es la historia como lo sabe todo el mundo; no son pensamientos, son hechos y con los hechos, añadimos nosotros, es ocioso el discutir.

## VI

Concluamos. El señor Verax ha querido probarnos que íbamos errados para afirmar aquello de la suspicacia religiosa y de la intolerancia del siglo XII sin poder alcanzarlo. Somos enemigos de toda especie de polémicas, y particularmente de las religiosas porque, como lo hemos dicho, son estériles en sus resultados. Muy distante estábamos de suponer al escribir aquel artículo sobre Eloísa y Abelardo, que por él teníamos que romper lanzas en el palenque de la discusión con nuestro ilustrado opositor señor Verax. Creemos haber guardado en la defensa la circunspección debida y la lealtad que cumple al escritor que se respeta. Júzguelo la opinión sensata.

La Vega, 1° de abril de 1885.

*El Derecho*, 15 de abril de 1885.

## La Polonia americana

### I

Profundamente se entristece el ánimo al contemplar esa especie de martirio lento que sufre la infortunada Cuba condenada a ver su suelo privilegiado enrojecido, día por día, hora por hora, con la sangre de sus principales hijos.

Cuando creíamos que aleccionada por la larguísima experiencia cambiaría España la menguada política opresora siempre seguida por ella en suelo americano; cuando esperábamos verla abandonar tan mal camino y entrar con decidido empeño por el ancho carril de las concesiones liberales y de los procedimientos civilizados, únicos capaces de retardar por algún tiempo la ansiada hora de la dejación de sus posesiones ultramarinas, he aquí que viene a burlar esas esperanzas y a desvanecer nuestras últimas ilusiones la noticia de haber sido fusilados en Santiago de Cuba, el 7 del mes próximo pasado, el patriota Bonachea y demás abnegados compañeros.

Otra página de luto en la historia americana y algunas gotas de sangre más por la santa causa de la libertad de un pueblo. A veces flaquea nuestro ánimo; la duda si adueña de nuestro entendimiento, y nos sentimos tentados a negar la existencia de esa ley eterna de justicia que brilla siempre en la historia de las evoluciones y transformaciones de la especie humana. Pero no;

martirio tan prolongado clama ya a los cielos pronta cesación; dolores tan acerbos no pueden ser por mucho tiempo duraderos. Pronto marcará la hora la clepsidra de los tiempos de que ingrese Cuba en el afortunado concierto de los pueblos que viven la vida enaltecida de la libertad en el mundo americano.

## II

La prolongada contienda sostenida en las márgenes del Delaware, y las doctrinas de libertad y mejoramiento anunciadas al mundo desde la tribuna de la Revolución Francesa, «esta segunda consagración del espíritu humano» como la llama Víctor Hugo, fueron las causas principales que apresuraron el comienzo de la gigantesca lucha americana. Miranda, soldado probado de la causa de los pueblos, testigo ocular de aquella magnífica epopeya del 93, primero en el peligro y primero en el martirio, consagróse con todas sus fuerzas a sustraer a su país del vergonzoso tutelaje hispano. Labor titánica era esa si se tiene en cuenta el estado de la ignorancia, adrede mantenido por la metrópoli, en que se encontraban por aquel entonces las colonias españolas, y la falta de elementos conducentes a operar con éxito semejante trascendentalísimo cambio en las instituciones. Ley ineludible es que las ideas destinadas a regenerar las colectividades sociales tengan que vencer obstáculos innúmeros antes que asentarse definitivamente en la conciencia de la humanidad. Así, ante la indiferencia de los unos, el error de los otros, y la crasa ignorancia de los más viose sufrir momentáneo eclipse a aquella empresa, y ascender al martirio el abnegado iniciador de ella. Pero no se persigue estérilmente un ideal; no en vano se alimentan propósitos ennoblecedores, porque tarde o temprano, por cima de todas las dificultades que las preocupaciones sociales amontonan, viene la experiencia a enseñarnos que el soñador de ayer es el práctico de hoy y que la idea saludada a su aparición como quimérica es la realidad demostrada del mañana. Así sucedió entonces.

No es nuestro ánimo historiar las peripecias de la gran porfía americana. En páginas de oro consévalas la historia. Al lado de hechos que entusiasman, crueldades que horrorizan. Tras largo batallar, el anhelado pensamiento vino a ser un hecho. Hidalgo, Bravo y Morelos lucharon denodados al pie de los teocalis aztecas; el héroe argentino escribió con la punta de su espada los nombres de Chacabuco y de Maipú; y Bolívar magnífico paseó victoriosa la enseña colombiana desde la antigua Angostura hasta las faldas del Arequipa. La independencia americana fue. De aquel inmenso imperio colonial solo quedaban dos islas perdidas entre las brumas del Atlántico.

### III

Coyuntura asaz propicia presentábase en aquel momento histórico para que España, conociendo sus verdaderos intereses, enderezase por rumbos más luminosos que los hasta entonces seguidos, la marca de su política, procurando dotar a Cuba y Puerto Rico de un régimen administrativo en consonancia con los adelantos de la época, a fin de hacer estable por algún tiempo más su dominación en ambas Antillas. Aconsejaban a una tal procedimiento la experiencia y el avance de las ideas democráticas. Pero desoyendo tan saludables consejos aferróse más que nunca en su tradicional política opresora y exclusivista. Estado tan lamentable debía engendrar necesariamente la animadversión y el descontento. Privado el ciudadano de sus naturales derechos; perseguido el pensamiento hasta en sus menores manifestaciones; terriblemente castigado todo procedimiento encaminado a ilustrar la conciencia pública; y ahogada en sangre cualquiera aspiración liberal, eran causas más que suficientes para que algunos hombres de espíritu levantado resolvieran echar abajo aquel humillante orden de cosas. Dificultades casi insuperables aparejaba aquel patriótico propósito, por cuanto España emplearía todas sus fuerzas en la conservación del último resto de su vastísima dominio colonial. Tal vez era del pensamiento

prematureo. Pero los dolores de la patria esclava despedazaban sus corazones, y de común acuerdo decidieron adelantar la hora de la lucha y del martirio.

#### IV

En Yara, lugarejo hasta entonces olvidado y ya célebre en los fastos americanos, Carlos Manuel de Céspedes y algunos patriotas más lanzaron a los cuatro vientos el grito salvador de independencia. ¡Cuánto, cuánto hay que admirar en aquella porfía tan gigantesca, en aquella lucha portentosa cuajada de acciones sublimes, de heroicos combates y de hazañas sin cuento!

La historia en su día describirá cumplidamente los pormenores de esa década asombrosa. Baire, Bayamo, Las Tunas, Guáimaro, Las Guásimas y tantos campos de batalla en que el patriotismo alcanzó las proporciones de lo sobrehumano, brillarán siempre en los anales de la independencia americana.

Figuras colosales y dignas de perdurable renombre, se destacan resplandecientes de entre aquel cuadro sangriento. Ninguna tan amigable como la de Ignacio Agramonte. Era como la personificación magnífica de la santa causa de la redención de su país. Un hecho entre mil bastará para dar idea del temple de su alma espartana.

Cuando en aciago día empezó la desertión a mermar las huestes libertadoras, cuando todo se oscurecía en torno de los pocos que aún mantenían enhiesta la enseña de la estrella solitaria, cuando parecía que no había más camino que forzosas rendición, un amigo compadecido de su suerte, viendo su obstinación en entrar a un avenimiento con los españoles, después de pintarle su crítica situación y de demostrarle su carencia completa de recursos, le pregunta: «Pero bien, Ignacio, ¿con qué vas a proseguir la lucha?» «Con la vergüenza», contestó el indomable guerrero. No hubiera respondido mejor un héroe de la antigüedad.

Por eso, al caer en Jimaguayú, eclipsarse entre los resplandores de combate, muchos creyeron que con él morían las postreras esperanzas de la libertad cubana. Así no sucedió. Continuó la lucha con más encarnizamiento que antes. Pero lo que no alcanzara el empuje de numerosas huestes vino a ser fruto de la traición y la intriga. En un día para siempre triste firmóse el convenio desdorado del Zanjón. La última página de aquella gloriosa campaña escribióse en el lodo.

## V

Creyeron algunos que España concedería algo a la opinión después de aquel tristemente célebre convenio. Así pareció ser por un momento. Algunas reformas de poca monta establecidas a raíz de tan desgraciado acontecimiento vinieron a dar color de realidad a las promesas del sediento Pacificador, y aún hoy mismo no falta quien suponga que la política española va acentuándose en sentido liberal. Pero para aquellos que estudiando convenientemente las cosas no fijándose en vanas superficialidades, dista mucho de ser la situación tal como la pintan los órganos de la prensa intransigente de la gran Antilla. Todavía hay allí una especie de sátrapa llamado capitán general investido de plenas facultades que hace y deshace a su antojo; el pavoroso problema de la esclavitud se mira cada día más confuso; la situación económica es la más desesperante y aflictiva que imaginarse pueda; y a más y mejor continúan las persecuciones políticas. Estado tan ignominioso no puede prolongarse indefinidamente. Por más que negros nubarrones cubran los horizontes de lo porvenir, las leyes sacrosantas de la justicia deben cumplirse. Cuba tiene que ser independiente.

La Vega, 5 de abril de 1885.

*La República*, 17 de abril de 1885.



## Por la verdad

### I

Mucha, mucha pena nos causa, obligados por imperioso deber, continuar la estéril polémica iniciada por el intempestivo celo católico del señor Verax. Mitiga en parte ese sentimiento la consideración de que es nuestro adversario digno de toda estimación por cuanto sabe defender con circunspección y talento las creencias religiosas que alimenta, sin descender jamás de lo general a lo individual, de lo abstracto a lo concreto como es muy frecuente ver en toda suerte de públicas discusiones; y la firmísima convicción de que al defender nuestra causa lidiamos por la enaltecedora de la verdad, de la razón y de la justicia.

Muévenos a las consideraciones expresadas la lectura del extensísimo artículo que aparece en el número 156 de *El Eco del Pueblo* contra en el que parece trata su inteligente autor de disculpar hechos definitivamente comprobados por el fallo imparcial y justiciero de la historia.

Empeño tan difícil hónrale sobremanera. Porque si admiramos a Sínaco que al derrumbarse el paganismo, al ausentarse los antiguos dioses aferrado a ellos pugnaba por sostener las creencias de sus padres, también admiramos los escritores católicos que luchan dignamente con todas sus fuerzas por detener las

ruinas de su iglesia divorciada por completo de la razón y de la libertad humanas.

## II

Desde los bancos del colegio conocíamos perfectamente todo lo que a guisa de lección pretende enseñarnos el señor Verax en el párrafo segundo de su escrito. Sabemos que todas las sociedades son regidas por leyes y que estas son condición indispensable para el mejor orden y organización de ellas. Así en el mundo físico como en el mundo moral es necesidad imprescindible el orden en todas las cosas. Y ese orden proviene del cumplimiento de leyes. Como del equilibrio de dos fuerzas resulta la armonía de los mundos; como la ley de gravedad rige desde el átomo hasta el astro que centellea en las profundidades del espacio; también en la vida social existen leyes que regulan los actos del individuo, y preceptos augustos de moral, sin los cuales es imposible todo sólido progreso y toda esperanza de mejoramiento.

Pero lo que el señor Verax pretende demostrarnos no cabe en la esfera de lo racional. Todas las instituciones no revisten el carácter de perpetuidad. Es la variedad condición esencial de la naturaleza humana.

Así cuando las instituciones no cumplen los altos fines que las motivan; cuando marchan en oposición con el espíritu científico; cuando en lugar de contribuir al mejoramiento de los pueblos son por el contrario perjudiciales; entonces, sépalo el señor Verax, esas instituciones caen con pavoroso estruendo. ¿Cabe acaso obra más augusta que la de Jesucristo? ¿Hay en la serie de redentores alguno que pueda ponerse en parangón con el ilustre filósofo de Nazaret? ¿Lo conoce el señor Verax? Pues bien: ¿qué hizo Jesucristo? Echó abajo carcomidas instituciones; sustituyó las prácticas repugnantes del culto externo con el cumplimiento de preceptos salvadores; confundió a los que se titulaban exclusivos guardadores

de la ley mosaica; y abrió luminosos horizontes al siervo que gemía inclinado sobre la gleba. Fue la obra más hermosa que registran los siglos. Y si pasamos a otro orden de ideas veremos que todas, sí, todas las instituciones se modifican al contacto del tiempo armonizándose con el espíritu predominante de cada época. ¿No le dicen nada a nuestro ilustrado adversario esos imperios que se derrumban, esas instituciones que surgen, esos ideales que predicán atrevidos reformadores acogidos al principio entre burlas y escarnios y más tarde verdades demostrables o fórmulas de progreso religioso, de progreso político, de progreso científico? ¿No desaparecieron al ímpetu violento de la Revolución Francesa absurdos privilegios, gastadas instituciones; no fueron las repúblicas latinoamericanas hasta ayer siervas de castellanos monarcas; teníamos nosotros hace cincuenta años las instituciones actuales? No por cierto. Pruebas son estas de que para llegar a mayor grado de perfección que puede alcanzarse sobre este triste mundo hay que pasar por una larga serie de lentas y dolorosas transformaciones. Y sentada tal conclusión, ¿con qué derecho adjudica el señor Verax a su Iglesia Católica la inmutabilidad en sus leyes, la perpetuidad en sus doctrinas? El catolicismo, como todas las creaciones humanas, cumplidos sus fines históricos, desaparece para dar lugar a nuevas creencias en las que fulgura, sin dogmas, sin sacramentos, sin altares, la idea de Dios y de supervivencia del espíritu.

### III

En el párrafo tercero del artículo de que venimos ocupándonos se advierten estas palabras: «desearíamos que se nos demostrase qué deberes ha confundido el cristianismo etcétera». Perdónenos el señor Verax. No hay para nosotros nada más grande, nada más hermoso, nada más sublime que el cristianismo. Nunca, nunca lo hemos confundido con la religión católica. Absolutamente en nada se parecen. No tuvo jamás

idea de fundar religión alguna aquel redentor incomparable. Fue la doctrina que manó a raudales de sus labios doctrina de paz, de caridad y amor. Su templo, la naturaleza. Curó al ciego, levantó al caído, y no manchó jamás sus palabras con la mentira, ni torpe adulación empañó el brillo de sus acciones. Propagó sus máximas sublimes por medio de la persuasión y del ejemplo. Y cuando la maldad de los hombres le hizo sentir inenarrables dolores, allá en la cima del Gólgota, desangrado, exasperante, en las convulsiones de la agonía prorrumpió en aquellas palabras sublimes: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen». Dieciocho centurias han pasado y aún escuchan y escucharán siempre los humanos aquellos acentos de paz y de perdón. ¡Cuánta, cuánta diferencia se mira entre los preceptos de aquel mártir, entre aquella enseñanza de tolerancia y amor, entre aquel conjunto de máximas luminosas y las doctrinas estériles y erróneas de las actuales religiones! Con ridículas ceremonias, con prácticas inconducentes, con la simonía y el nepotismo, con persecuciones a todo lo que no participe de su ciego exclusivismo, con el fervor evangélico de Santo Domingo de Guzmán, San Vicente Ferrer y San Ignacio de Loyola han sustituido los enaltecidos preceptos del Evangelio. Los que se apellidaron continuadores de aquel que no tuvo donde reclinar su cabeza y que dijo: «Mi reino no es de este mundo», y aquellos humildes pescadores encargados de predicar la buena nueva, cimentaron su poderío en la ignorancia de los pueblos luchando siempre contra cuanto tendiese a emanciparse de su pesado yugo. Fomentaron el fanatismo, y como consecuencia de esto, han hecho de su religión la rémora de todo progreso, el obstáculo de todo adelanto. Dígasenos ahora si puede admitir punto de comparación, bajo cualquier lado que se la mire, con aquella doctrina salvadora que predicara en las montañas de Galilea, que enseñara en las orillas del lago Tiberiades y que sellara con su sangre generosa el más grande de los redentores, el sublime Jesucristo.

## IV

Dijo Baye, e incontestablemente probó, que el fanatismo es mucho más pernicioso que el incomprensible ateísmo. Y a fe que estaba en lo cierto el ilustre filósofo francés. Las páginas más negras de la historia son las escritas por el fanatismo religioso. Misión augusta es esta de la historia llamada a perpetuar las grandes luchas sociales y a juzgar la larga serie de instituciones benéficas o perjudiciales que se han sucedido en el transcurso de los tiempos. La historia es la luz de una verdad ajena de preocupaciones y de odios. Recórrase con calma; estúdiense con detenimiento; hojéese con el santo anhelo de conocer la verdad y se verá cómo desde sus tiempos embrionarios hasta el año en que escribimos, el catolicismo no puede sincerarse del gravísimo cargo de intolerante. El fanatismo, lo repetimos, ha llenado de sombras la historia. Abridla y veréis la verdad de ello. Miradlo, miradlo en los absurdos terrores *milenarios*; en las persecuciones de Abelardo; en la hoguera que consume el cuerpo del soñador audaz que al mediar el siglo XII intentara el establecimiento de una república cristiana; en la hecatombe de los albigenses; en el concilio de Constanza que viola la fe de un salvoconducto y arroja a las llamas a Juan Hus y a Gerónimo de Praga; en el proceso infame de Juana de Arco; en la causa de los templarios; en el santo cielo de San Vicente Ferrer que hace degollar en un solo día *tres mil* judíos en la antigua Toledo; en el decreto feroz que expulsa de España a centenares de miles de judíos; en la destrucción de los *valdenses*; en la matanza de Vassy; en el crimen horroroso de San Bartolomé, en las nueve mil víctimas de Torquemada; en el puñal del dominico Jacobo Clemente; en la mano de Ravailac que asesina al rey más grande de la Francia; en la muerte de Calas; en las horrorosas de *dragonadas* y en tantos y tantos hechos semejantes que proclaman a una que el fanatismo es la peor de las plagas que pueden caer sobre este mísero planeta.

Pero añade el señor Verax: *también los adversarios del catolicismo cometieron iguales atrocidades*. Y bien, ¿hemos disculpado acaso los crímenes de la Reforma? ¿Hemos tenido alguna palabra

de aplauso para el terrible Calvino que hace decapitar a Jaime Gruet, y arroja a las llamas al inspirado Miguel Servet? ¿Hemos elogiado acaso ese monstruo coronado que se llamó Enrique VIII? Nada de eso. Los protestantes, sin embargo, buscan la excusa en el precedente. La Iglesia Católica había empleado como medios de persuasión el tormento y la hoguera. Ellos siguieron el mal camino. A tales padres, tales hijos.

## V

Asómbrase el señor Verax de que hayamos llamado *padrón de ignominia* al antievangélico tribunal del Santo Oficio, y dice: *nada hay en el mundo que no pueda desvirtuarse si no se mira más que por un solo lado, &*. Con toda sinceridad confesamos nuestra ignorancia. Siempre habíamos creído que la Inquisición no tenía más que un lado: el de sus crímenes. ¿A que no nos prueba el señor Verax lo contrario?

Más adelante añade: andando a caza de hechos en los fastos del espíritu humano se puede hacer la historia negra de la ciencia. *Acumulando los accidentes funestos ocasionados por los profesores del arte de curar, se puede presentar la medicina como la carrera del homicidio, &*. ¡Cómo se equivoca nuestro digno opositor! Si hacinando esos *accidentes* de que habla hubiese alguien bastante osado que pretendiese negar los beneficios de la ciencia médica, contra ese osado se levantarían el testimonio elocuente de los siglos, las voces de Hipócrates, Galeno, Celso, Avicena y demás grandes maestros, y el fallo de la opinión pública para confundirlas: para pulverizarlo por desconocer las verídicas e incuestionables enseñanzas de la ciencia. Y lo mismo sucedería con cualquiera institución que no tuviese, perdónesenos la frase, la patente tan sucia como el santo tribunal de que hablamos.

Pregunta el señor Verax: ¿Qué haría usted al contemplar un sombrío cuadro, *tal como queda indicado más arriba, sobre la monarquía, la democracia, &*? ¿Qué haríamos? Pues está claro. Procuraríamos remontarnos a la época en que los sucesos

acaecieron, los estudiaríamos convenientemente pensando con sano criterio las acusaciones y las defensas; investigaríamos el porqué de los hechos consumados, y después de darnos idea completa de todo, con severa imparcialidad emitiríamos nuestro fallo, insuficiente tal vez por la escasez de nuestra fuerza, pero siempre inspirado por la razón y la justicia. Y como parece desea el señor Verax, juzguemos el cuadro de la Inquisición, vamos a complacerle. *La miramos por sus diferentes caras*, como lo desea nuestro antagonista, buscamos los bienes, como también nos indica, y solo descubrimos males; *tomamos la balanza, pesamos el bien y el mal*, y el mal pesa más, mucho más, infinitamente más, por la sencilla razón de que no hay más que poner en el opuesto lado. ¡Qué el cuadro tan lúgubre, si no hay contraste, si todo hace sombra, todo crímenes, todo horrores! ¡Cuántas cosas podemos contar al señor Verax después de haber examinado aquel cuadro histórico desde Santo Domingo de Guzmán, primer inquisidor, hasta a fines del pasado siglo en que desaparece a la luz de las ideas modernas. Oiga el señor Verax. Si mal no recordamos, tuvo lugar el hecho que vamos a referir en Valladolid, bajo el reinado sombrío de Felipe II. Dos hermosas jóvenes abrazaron por su desgraciada suerte las doctrinas luteranas. Saberlo el Santo Oficio y condenarlas a la hoguera fue obra de un momento. Esto no tiene nada de extraño, ¿no es verdad, apreciable señor Verax? Pues continúe oyendo. Iba a celebrarse el auto de fe. Un hombre condujo sobre sus hombros el haz de leña que debía alimentar la hoguera, un hombre la encendió; ese hombre era el padre de las víctimas. Consecuencia lógica de esto: el fanatismo religioso puede conducir al parricidio.

## VI

No concluiremos sin dar a conocer un error capital sufrido por nuestro opositor. Dice así: *es menester observar cómo a medida que fueron menguando las exhibiciones de los herejes y últimamente el*

*peligro de introducirse en el orbe católico el protestantismo el rigor de ese tribunal se atenuó también. ¡Cómo ve las cosas el señor Verax! ¡Cómo se conoce que no se ha fijado mucho en la historia moderna! No cayó esa institución por el aminoramiento de las días, pues al contrario, en el siglo xvii tenemos la de los jansenistas, y como todo el mundo sabe, el señor Verax debería saberlo mejor que nosotros, el siglo pasado está considerado por la Iglesia Católica como el más perjudicial para ella, más aún que el siglo xvi en que aparece la Reforma. En tal concepto, no fue por la escasez de herejías que amenguaron los horrores del Tribunal. Fue porque después de la Paz de Westfalia las ideas de tolerancia religiosa habían iluminado las conciencias; fue porque los filósofos del siglo xviii echaron abajo el secular edificio de la superstición y de la ignorancia; y fue, en fin, porque al tenerse el concepto más aventajado de la dignidad humana debía desaparecer aquella podredumbre dejando solo las sombrías huellas de su paso en las páginas imperecedera de la historia.*

La Vega, 20 de abril de 1885.

*El Derecho*, 30 de abril de 1885.

## Rafael Moya

*La cuna tiene un ayer y el sepulcro tiene un mañana.*

VÍCTOR HUGO

**C**on profundísima tristeza, con sentimiento inexplicable, cual si estuviera mojada en lágrimas la pluma, trazamos estos cortos renglones en recuerdo del amigo querido que acaba de ser arrebatado de nuestro lado por la mano implacable de la muerte.

¡Qué engañosa, qué fugaz es la existencia humana! ¡Qué distancia tan corta se nota entre las alegrías novedosas de una cuna y las tinieblas perdurables de una fosa! No ha mucho que el amigo cuya irreparable pérdida lamentamos hoy, y la fuerza de sus años, en el brillo de su juventud, se movía activo y sonriente en este círculo de falsedades y engaños que llamamos vida. Idolatrado por su virtuosísima familia, rodeado de todas las comodidades que puede proporcionar posición independiente y desahogada, dotado de salud vigorosísima, parecía que ante él se presentaban los goces de largos y felices años, y que disfrutaría por envidiable tiempo del mágico espectáculo del mundo. ¡Quién hubiera sido capaz de augurar, en medio de tanta vida, un final tan próximo y tan triste!

Afable, cariñoso, circunspecto, amigo leal, caballero cumplido, deja un vacío inmenso en la sociedad vegana. Fue

siempre el objetivo principal de sus acciones, el bien de sus semejantes. No pasó, como tantos y tantos otros en frívolas diversiones tiempo preciosísimo, antes al contrario, observósele desde niño luchando denodado hasta conseguir a fuerza de afanes y trabajos modesta fortuna y reputación inmaculada. Patriota verdadero, vímosle en diversas ocasiones dispuesto a sacrificarlo todo, tranquilidad y patrimonio, en pro del triunfo de la idea, del triunfo de la libertad y del derecho. Aún recordamos, las veces que le oímos, en el calor de patrióticas discusiones, discurrir sobre la esperada invasión haitiana. Tenía el firme, el firmísimo propósito de ir con los primeros combatientes a luchar y morir por la salvación de la patria quisqueyana.

La última página de su vida es página de oro. Ha muerto por practicar el bien. Ha bajado a la fosa por llenar un deber humanitario. Combatían dos, y al ir a interponerse entre ellos recibió el plomo mortífero que tras lenta agonía ha acabado con aquella existencia generosa.

¡La muerte, la muerte! ¡Qué idea tan triste, tan lúgubre, tan desconsoladora para el que no espera en los destinos futuros, para el que se figura que todo ha terminado al cerrarse la fúnebre tapa del ataúd, al arrojarse el último pedazo de tierra sobre la fosa! ¡Pero qué hermoso, qué sublime para el que firmemente cree en el mundo espiritual, para el que busca la verdadera patria del alma, no aquí abajo, entre engaños y miserias, entre el cielo de las pasiones, y sí allá en las regiones de la eterna verdad y la eterna luz.

Nunca, nunca nos ha sobrecogido la idea de la muerte.

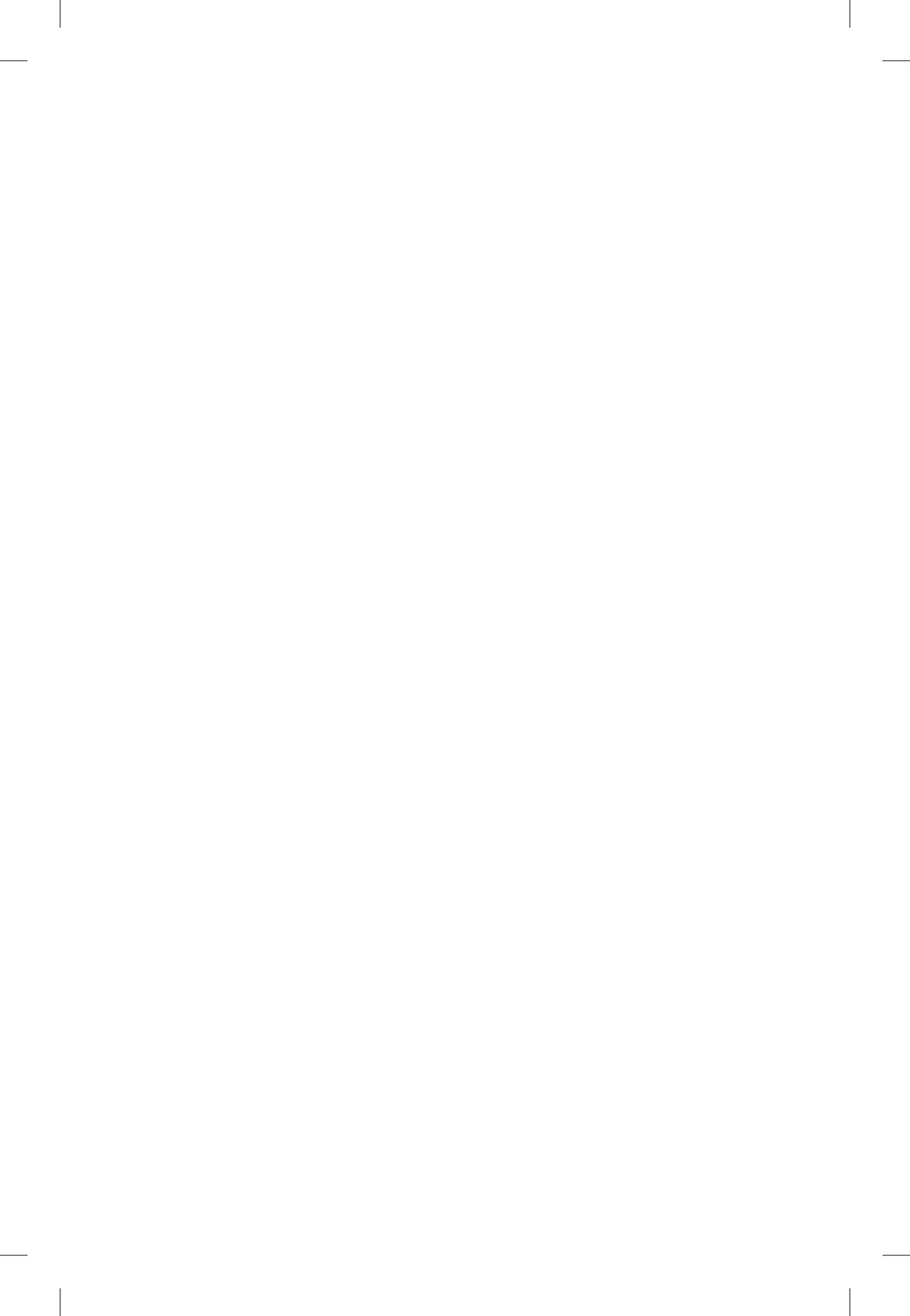
No hemos visto en ella más que una necesaria transfiguración. Así, al pie del cadáver que cercan funerarios blandones, junto al llanto desesperado de los que sobreviven, entre las salmodias lúgubres del sacerdote, nos ha parecido siempre alzarse el alma, cosa esplendorosa, libre de su corpórea vestimenta, para ir a buscar por entre armonías jamás escuchadas, por entre mundos nunca soñados, y por luminosa serie de necesarios

perfeccionamientos la fuente de que dimana todo bien y toda bondad: Dios.

En trance tan amargo, pidamos resignación y consuelo para la madre desolada, para la esposa desgraciada, para el huérfano pequeñuelo, para los hermanos cariñosísimos, y envidiemos a él que libre de terrenales lazos habrá recibido ya la recompensa de sus generosas acciones en el seno infinito de Dios!

La Vega, 5 de mayo de 1885.

*La República*, 9 de mayo de 1885.



## Amores históricos: Aspasia y Pericles

### I

Es la Grecia eterno foco de belleza y de luz. Acariciada por las azuladas ondas del Egeo, rodeada de pintorescas islas que semejan variados canastillos de perfumadas flores, llena todavía de grandiosos recuerdos, de pasadas glorias y de imperecederos monumentos es de todas las naciones antiguas la que más encanta y seduce al humano espíritu.

No se puede amar el arte sin amar la Grecia. Es imposible poseer sentimiento artístico verdadero sin estudiar antes las clásicas obras y los inimitables modelos de la riente civilización helénica.

Muchos siglos han pasado. Generaciones y generaciones se han sucedido como las olas de agitado mar; colosales imperios se han derrumbado dejando tras sí únicamente vano ruido de nombres y de glorias estériles, pero la Grecia, la Grecia hermosa de otros tiempos vive y vivirá perdurablemente en la conciencia humana. Es faro de inextinguible luz que marca a las generaciones los magníficos derroteros del arte. Es foco de eterna y sublime atracción. Hoy todavía, cuando contemplamos con la mirada del espíritu la noche tempestuosa del pasado, sentimos admiración religiosa por aquellos tiempos de gloria y de heroísmo.

Todos los pueblos han llevado al acervo común de la humanidad sus conquistas intelectuales, sus esplendores artísticos, sus monumentos de sabiduría o de material grandeza; pero ninguno, ninguno puede superar en esto al griego. Todavía admiramos las manifestaciones sublimes del genio de Homero en las páginas centelleantes de la *Iliada*; las concepciones casi divinas de Píndaro; la inimitable dulzura de la poesía bucólica de Teócrito; los arranques maravillosos que se advierten en las tragedias de Esquilo y de Sófocles; la elocuencia conversadora de Demóstenes; los chistes teatrales del satírico Aristófanes; y las narraciones de Heródoto y de Jenofonte. ¡Todavía busca el escultor como tipos de belleza plástica las estatuas de Fidias y de Praxíteles, y el arquitecto, como perfectos modelos, las rotas columnas, y el pórtico triangular del Partenón magnífico!

Nada, pues, tiene de extraño que en este siglo reputado como más positivista que artístico, al resonar el grito de resurrección, de la nacionalidad helénica, por tanto tiempo esclavizada bajo la cimitarra turca, el entusiasmo encendiese generosos corazones y el poeta más grande de nuestro siglo, el ilustre Byron, abandonase fáciles placeres, y corriese a morir bajo la griega bandera en la tierra sagrada de Misolonghi.

## II

No es posible encontrar en la historia ateniense época más gloriosa que la del gobierno de Pericles. Inmenso era el poder de Atenas en aquel entonces. Su flota numerosa recorría sin cesar las florecientes islas del Archipiélago. Las artes se encontraban en el punto culminante de su desarrollo. Maravillosos monumentos surgen por dondequiera. Crea Fidias su incomparable «Júpiter olímpico» y Mirón y Alcmenes adornan el hermoso vestíbulo dórico de los Propíleos, fábrica que consume inmensos caudales. Los personajes de las tragedias de Esquilo, quien había combatido en la épica jornada de Maratón, desfilan en el teatro provocando indescriptible entusiasmo en el impresionable

pueblo ateniense. A mayor altura no rayó jamás la gloria de Atenas.

El alma de aquello era Pericles, todo se reunía en él para conquistarle el aura popular. Arrebatadora elocuencia cultivada con especial esmero y notable belleza física eran condiciones más que suficientes para llamar sobre sí por ocupar por largo espacio de tiempo la atención de aquel pueblo idólatra siempre de la forma. Si a esto se agregan su desmedida afición a las artes y sus eminentes cualidades como político hábil y sagaz, se tendrá cercana idea del ilustre ateniense. Pero no hubiera brillado tanto en los fastos griegos sin el genio incomparable de Aspasia. Imposible es hablar de Pericles sin recordar a la hija ilustre de Mileto. Dos existencias tan íntimamente unidas como aquellas con dificultad se miran en la hermosa historia de las terrestres afecciones. Comunidad de sentimientos, de aspiraciones y de ideas: tal fue el amor de Aspasia y de Pericles.

### III

Era la morada de Aspasia en Atenas punto de reunión de los hombres más grandes de la Grecia. Colocóla Pericles en una de esas reuniones en que así se trataba de los méritos de alguna estatua de Fidias, de las escenas más aterradoras de las grandes tragedias de Esquilo, como también de los profundos y arduos problemas de la filosofía especulativa. Unió desde entonces el amor con lazo indisoluble sus almas. Sin temor de incurrir en equivocaciones puede asegurarse que gran parte de los actos que hicieron tan célebre a Pericles fueron inspirados por la bellísima Aspasia. Fue la estrella verdadera de su genio.

Un día los enemigos de Pericles acusaron a su hermosa compañera ante el sombrío Areópago. Tachábanla de impía y pretendieron acumular sobre la débil cabeza de la mujer amada todos los cargos más o menos erróneos que las bajas pasiones saben formular con perfección en semejantes casos. Estaba Aspasia completamente perdida. El destierro la aguardaba con

su fúnebre acompañamiento de penas. Pericles supo salvarla. Compareció ante la terrible asamblea. Vanos eran todos los resortes de la elocuencia tan perfectamente conocidos de Pericles, en gran manera debidos a Aspasia, e igualmente inútiles los recursos que se emplean en parecidas situaciones para mover a piedad el endurecido corazón de los jueces, pues los arranques conmovedores, las manifestaciones sublimes de la elocuencia estaban formalmente vedados en el Areópago. Pericles, el ilustre Pericles lloró. Con lágrimas pidió a los severos magistrados la salvación de su amada. Aspasia fue absuelta. El llanto es, a no dudar, la más hermosa expresión de elocuencia.

#### IV

En medio de las fluctuaciones de la larga guerra del Peloponeso vino a hacer sobremanera crítica la situación, la horrorosa peste que diezmó la ciudad ateniense. Una de las víctimas fue Pericles. Había ya antes sentido todo el peso de la ingratitud de sus conciudadanos viéndose calumniado y desconocidos sus grandes sacrificios. Después de su desaparición cayó sensiblemente la gloria de Atenas. Después que él, hombres de pequeña talla ocuparon el escenario político, revelando presto la carencia completa de aptitudes en que se encontraban para seguir con el necesario acierto las huellas luminosas de la política sabia y tolerante del malogrado Pericles.

A los que tenemos la felicidad o la desgracia de poner el sentimiento sobre todas las cosas, se nos figura que Aspasia decrece después de la muerte de su amante. Amor tan grande como ese parecía debía continuar aún después de la muerte misma. Debió ella haber conservado siempre en su pecho el recuerdo de Pericles. Algo así vertiginoso como el abismo, es el corazón de la mujer. Ni el que la llamó «mudable como la ola», ni los que a una han decantado el poder de sus gracias, y la nobleza de sus sentimientos han podido ni podrán conocerla a fondo. Es y será siempre un problema irresoluble e inexplicable.

Procurad sondearla; extremaos en conocerla, y cuando creáis haberlo conseguido adquiriréis presto la prueba irrefragable de lo contrario.

## V

En sumo grado prosaico encontramos el segundo enlace de Aspasia. En nada se parecen, si se exceptúa la belleza corporal, los dos esposos de Aspasia. El vendedor o tratante de Lisicles no puede admitir punto de comparación con el brillante jefe ateniense.

¡Poder incomparable de la belleza y del genio! El amor de Aspasia contribuyó a elevar a Pericles pues a ella, sin duda alguna, debe gran parte de su gloria, y ha inmortalizado al humilde Lisicles que sin Aspasia hubiera vivido y muerto desconocido para la posteridad. Casado con Aspasia cobra Lisicles presto nombradía y valor en la culta sociedad de Atenas y aun llega a ocupar importantes puestos públicos.

Pero lo repetimos. Admirable hubiera sido Aspasia si conservara toda su vida el amor de Pericles. Más, más grande apareciera a los ojos de la posteridad no relegando al olvido el recuerdo dulcísimo de su primero y más grande amor. Más la admiráramos si se pudiera presentarla como tipo acabado de constancia.

Mas como quiera que sea, el ilustre ateniense y la bella y espiritual hija de Mileto vivirán siempre en las páginas hermosas de la historia griega. Unidos en vida, unidos también aparecen a la vista de las generaciones. ¡Pasarán años, más años, y siempre se admirará la intimidad de aquellas dos almas, y siempre brillarán con esplendorosa luz los nombres de Aspasia y de Pericles en el cielo bendito del amor!

La Vega, 7 de mayo de 1885.

*El Derecho*, 15 de mayo de 1885.



## Temores infundados

**A**larmantes predicciones, desfavorables augurios se han escuchado en estos últimos días con motivo del cambio de gobierno que acaba de tener lugar. En nada nos extraña esto, pues es natural oír en épocas de anhelosa expectativa, como la presente, toda clase de rumores con relación a cualquier acontecimiento, máxime cuando, como ahora, es este de capital importancia, siendo por lo regular infundados y concluyendo por desaparecer al cabo cuando la reflexión y el convencimiento recobran su brillo un tanto oscurecido por las impresiones más o menos penosas del momento.

Fijándonos detenidamente en el grado de certidumbre que pueden entrañar los referidos rumores, tendremos que encontrarlos despejados de ella, y atribuirlos al estado de penosa inquietud que atravesamos, en el cual cualquier suceso que sobreviene, aun en el orden natural de ellos, es más que motivo para echar a volar especies de todo género que el tiempo viene a desmentir o darles, en raros casos, necesaria confirmación.

Semejante situación de continua alarma en que nuestra política no es lo que debería ser, esto es verdadera ciencia de gobierno, y sí conjunto de comodidades engendradas por políticos de pequeña talla que obedecen al acicate de una ambición [...] lo que produciría inevitablemente la vuelta de épocas luctuosas, cuya recordación apena, y que proyectan todavía negras sombras en el animado cuadro de la patria historia.

\* \* \*

A hacer oportuna observación nos mueve lo que acabamos de exponer. ¿Es acaso la libertad don que dispensan los gobiernos, que pueden a su arbitrio ofrecer o retirar según las circunstancias; o por el contrario, no es algo sagrado inherente a la personalidad humana, algo superior a toda medida gubernativa, algo cuyo desconocimiento supone por parte del gobernante sobra de maldad y por el pueblo ignorancia o envilecimiento? ¿Puede cualquiera, por más que disponga de toda clase de elementos coercitivos, aminorarla o perseguirla? ¿Es posible que un pueblo nacido para ella y en ella educado pueda tolerar impunemente el despojo de tan precioso bien y su sustitución por un régimen tiránico y desesperante?

La libertad es sagrada en todos sus variados aspectos. Libertad de conciencia, libertad de pensamiento, libertad de asociación, libertad comercial son sus más espléndidas manifestaciones. De ellas no puede prescindir el ser humano en la vida colectiva, pues le son necesarias para dar cumplimiento a augustos y enaltecidos fines. Los gobiernos que faltando a sus deberes se dedican a hacerles cruda guerra recogen siempre cosecha abundante de oprobio y de desprecio.

Ni las sugerencias de un optimismo deslumbrador nos guían, ni las insinuaciones de un pesimismo desesperante nos dirigen. Creemos la libertad asegurada por completo en la República. Estamos en la firme convicción de que ha echado hondas raíces en la conciencia pública.

Podrá, merced a circunstancias especiales, verse prontamente eclipsada. Podrá contemplarse, quizás, muda la prensa que es la luz, disuelta la asociación que es la esperanza, escarnecido el sufragio, callada la tribuna, violados los comicios, y perseguido el pensamiento; pero situación tan degradante engendrará necesariamente el descontento, el sufrimiento popular por algún tiempo comprimido estallará al fin y cual formidable alud pulverizará cuantos elementos reaccionarios le salgan al encuentro.

\* \* \*

Desde la cuna de las sociedades hasta el actual momento histórico, un hecho se observa que atrae, irresistiblemente, la atención y que proporciona notable y provechoso enseñamiento. Dos ideas aparecen siempre en la historia en la lucha continua. De ese choque titánico ha surgido la dignificación de la humanidad. La una ha lidiado por la esclavitud del hombre; la otra ha combatido por su emancipación completa.

La primera ha dispuesto siempre de la fuerza, ha contado en sus filas a los poderosos de la tierra, a los Césares, a los Napoleones, a los Rosas, ha encendido hogueras y ha levantado patíbulos.

La otra, ha consumado con Cristo la redención humana en la cumbre del Calvario; ha vibrado en el alma de los Gracos; ha tenido de su lado a Lincoln que rompe las cadenas del esclavo, a Garibaldi, a Mania, a Juárez, a Céspedes, a Espaillat inmaculado el primero de nuestros hombres públicos y a todos los mártires y los redentores. Y en esta lucha gigantesca, en esta pugna magnífica la victoria, a la larga, ha pertenecido siempre a la última; ¡que la libertad, emancipación de Dios, no sucumbe jamás sobre el planeta!

\* \* \*

El actual presidente de la República, que conoce perfectamente esto, que es joven, y como tal, propenso a seguir los arranques generosos y que tiene una reputación bien ganada, no abandonará el derrotero de la libertad que conduce al bien [...] que quieren aparecer con título honroso en las páginas de la historia.

No nos hacemos ilusiones con respecto a la actual situación de la República. Ardua empresa es conducirla a puerto de salvación, si se tienen en cuenta los obstáculos de todo género por los errores de nuestros políticos hacinados, que entorpecen de momento la gestión gubernativa.

El primero de todos es la actual pésima situación de la Hacienda pública. Toma el mal cada día más amenazadoras proporciones por lo que para su curación se necesitan grandes y oportunos remedios. ¿Lo conseguirá el actual Gobierno? ¡Quiera Dios podamos contestar afirmativamente en breve plazo!

Creemos por el momento, que lo principal es el establecimiento de un régimen de privación y de economías a fin de poder nivelar las entradas con los gastos más imprescindibles. Inútil es buscar el remedio en otra parte.

Multitud de asuntos de importancia suma claman por pronto y especial estudio. Figura en primera línea la mejor organización del ejército. Punto es este de urgencia, pues nuestro ejército no es ni sombra de lo que debería ser. A otras grandes necesidades que se advierten debe contraer su atención el nuevo gobierno con propósito firme de mejoramiento, si es que anhela alcanzar gloria y aplauso.

\* \* \*

Alimentamos la halagadora esperanza de que en el orden político se siga una marcha en extremo conciliadora procurando armonizar elementos en pro del general mejoramiento. Necesitamos unir nuestras fuerzas para conseguir el verdadero progreso. Queremos ir hacia adelante y nunca en opuesto sentido. Sin libertad no hay progreso positivo. Así piensa la mayoría sensata de la República. Por eso no vacilamos en repetir que creemos la libertad asentada sobre bases incommovibles. Tal es al menos la opinión de los que, como nosotros, en la órbita de la ley, luchan y lucharán sin descanso por mantener levantada la sagrada bandera de los principios.

La Vega, 24 de mayo de 1885.

*El Derecho*, 30 de mayo de 1885.

## Adelante

Imposible es volver a otro lado la mirada.

Únicamente la instrucción, bien dirigida, es la que puede proporcionar a la República agrupaciones idóneas capaces de extirpar de raíz males anejos que constituyen en la actualidad obstáculos formidables al completo desenvolvimiento del progreso.

Ella es la que puede acabar con tantas preocupaciones absurdas como todavía se miran, derramando sobre nuestras colectividades la luz esplendorosa de la ciencia que todo lo aclara y explica.

Ella solamente, en plazo no muy prolongado, trocará nuestras masas populares, desprovistas hoy por completo de toda clase de conocimientos con respecto a las grandes obligaciones que les demarca el patriotismo, en agrupaciones de ciudadanos pensadores y reflexivos, partidarios convencidos del sistema democrático adaptable a nuestro modo de ser como nación libre e independiente.

Ella contribuirá, a no dudarlo, a hacer una verdad en gobernantes y gobernados el respeto absoluto a la ley, pues siendo este el buen camino no tiene nada de aventurado suponer que el pueblo que se aparta de él marcha a pasos precipitados a su enervamiento y a su ruina.

Objétese todo lo que se quiera en contrario. La necesidad preponderante entre tantas como se presentan en el animado cuadro social es instruir, pero no instruir rutinariamente, sino con sujeción a procedimientos científicos en armonía con el espíritu analítico e investigador que caracteriza a nuestro siglo.

A donde quiera que convirtamos la atención encontraremos elocuentes demostraciones del afán con que pueblos y gobiernos de consuno acometen la magna empresa de llevar la luz vivificante del saber a innúmeros desdichados que, por su desgracia, están privados de tan importante beneficio.

Y es esto sobrado natural. Solamente instruyendo a la par que moralizando puédese recoger frutos de bendición para lo porvenir. El ciudadano consciente, el individuo, sea cual fuere su posición social, que conozca el conjunto de derechos que le son inmanentes, será en todas ocasiones, custodio de la ley, sostenedor inflexible de las libertades populares, y estará siempre dispuesto a rechazar valerosamente toda suerte de arbitrariedades o imposiciones, por desgracia harto frecuentes, que tiendan a desconocer sus naturales e imprescriptibles atribuciones.

Pero por el contrario, ¿qué se puede esperar del ciudadano que por su poca o ninguna cultura desconoce los derechos individuales y sus necesarias aplicaciones? Lógico es suponerlo. En lugar de ser elemento de bien contribuirá tal vez sin pensarlo y sin quererlo, a entronizar errores y a agravar males de dificultosa duración, y que, a la postre, son factibles a ocasionar la ruina de la patria. En vez de ser factores de adelanto, serán causantes de retroceso. Debiendo ser constantes defensores de la justicia y el derecho serán, por el contrario, sumisos servidores de esas personas de pequeña talla que aún, desgraciadamente, dejan sentir su maléfica influencia en la villa de los pueblos que bajo el espléndido sol americano hablan la hermosa cuanto rica lengua de Castilla.

El progreso debe ser armónico en sus grandiosas manifestaciones. Adelanto intelectual y adelanto material deben marchar acordes. A la vez que se crean escuelas, centros luminosos donde radica la verdadera grandeza de los pueblos, débese impulsar

vigorosamente el desarrollo material protegiendo con ahínco las industrias que surjan, a fin de levantar el país del estado de postración en que se encuentra y conducirlo al grado de esplendor a que es acreedor por su magnífica posición geográfica y por sus gloriosísimos antecedentes históricos.

A conseguir fin tan digno de loa deben dirigirse los esfuerzos de los hombres pensadores que creen posible su administración y ambicionan de todas veras ver las fuerzas vivas del país empleadas en su logro, y no desangrándose miserablemente en estériles discordias intestinas.

Es hora ya de abandonar la degradante situación en que nos encontramos, para entrar de lleno en la vía ennoblecedora de la regeneración popular por medio de la difusión de la enseñanza en todas las clases sociales. Hora es de dejar para siempre la funesta política personalista que tan cara nos cuesta y que conduce directamente a la postración y a la deshonra para tornar confiados en el anchuroso carril que va a la organización y al progreso.

Consumimos estérilmente el tiempo en toda suerte de empresas políticas con el objeto, por demás laudable, de asimilarnos en instituciones a países que marchan a la vanguardia del progreso moderno, sin parar mientes en lo dificultoso de tal empeño, pues es racional suponer que para hacerlas adaptables a nuestra manera de ser, se necesita primero como condición sine qua non instruir convenientemente al pueblo para que sepa conocer y apreciar en su verdadero valor las ventajas que entrañan las referidas instituciones. Pensar lo contrario es, según nuestro humilde sentir, formar castillos en el aire.

Es, pues, el pronto y mejor desarrollo de la instrucción necesidad que se impone cada vez más. A ella es que deben dedicar sus afanes los gobiernos con preferencia a cualesquiera otras necesidades que se presenten, si es que quieren merecer el honroso dictado de ilustrados.

Sin aducir ejemplos de países de condiciones etnológicas en un todo diferentes a las nuestras y en los que la educación popular parece que alcanza el máximo de su desarrollo, detengamos

la mirada en algunas de nuestras hermanas de Suramérica, con especialidad en Chile y Buenos Aires, y notaremos cómo prospera la enseñanza en sus diversos racionales grados a la sombra de gobiernos que se desviven por seguir las prescripciones del progreso.

Ejemplo tan halagador debe ser imitado aun a costa de afanes y de sacrificios. Es conveniente pensarlo y meditarlo mucho. Sin la instrucción y sin el cumplimiento de los preceptos dignificantes de la moral no hay para los pueblos positivo bienestar. Trabajemos, pues, por instruir y moralizar, dando así prueba espléndida de que amamos la República y que ansiamos su prosperidad y engrandecimiento.

La Vega, 24 de mayo de 1885.

*El Derecho*, 30 de mayo de 1885.

## Es grave

**P**or más de un motivo llama la atención y se presta a múltiples reflexiones el asunto que con sobra de atinadas consideraciones trata *El Derecho* número 11, en su artículo de fondo.

Gravedad extrema reviste el punto. Acuerda el pacto fundamental del Estado al primer magistrado de la nación, en la atribución 24 del artículo 52 la facultad de «conceder indultos particulares», lo que ha dado margen a varias interpretaciones, creyendo unos que dicha facultad abarca únicamente a los delitos políticos, y haciéndola extensiva otros hasta los llamados comunes.

Ahora bien, estudiado el asunto a la luz de la imparcialidad y de la sana razón, es de todo punto imposible aceptar la opinión última, so pena de incurrir en trascendentales errores y en falsear el principio del derecho constitucional que consagra la independencia de los tres poderes que forman el mecanismo administrativo.

Inadmisible es, en nuestro sentir, la opinión de los que creen que la prerrogativa presidencial aludida no tiene límites en su aplicación. Si así fuera, no lamentaríamos nunca bastante esa falta de sentido común de nuestros legisladores que vulnera los fueros sagrados de la justicia, establece un principio por todo concepto erróneo, y puede ocasionar lamentables excesos en lo venidero.

Es condición necesaria para que sea buena la administración de justicia y surta beneficiosos resultados el que mire ampliamente despejado el campo de sus atribuciones, encuentre cuando y cada vez lo necesite apoyo de quien ha menester, y tenga la absoluta seguridad de que sus decisiones serán por todos acatadas.

De lo contrario más valdría suprimirla. Si por falsa interpretación de un acuerdo de la ley sustantiva puede un funcionario prevalido de ella hacer nulas sus decisiones, de más está esa respetabilísima institución en el cuadro social. Pudiéndose ponerse en duda la validez de sus sentencias rendidas con arreglo a las prescripciones augustas de las leyes, no tendría base sólida sobre qué cimentarse y vendría a ser en último caso, en lugar de verdadero resguardo de la sociedad, institución desacreditada y, por ende, insuficiente para llenar sus luminosos fines.

Tal nos parece que sucederá con la nuestra si no se aclara con tiempo el punto a que nos contraemos. Debe destruirse el funesto precedente sentado. Debe hacerse comprender que la mencionada atribución no es ni puede ser extensiva a toda clase de delitos.

Como creemos al pensamiento sagrado en sus manifestaciones, también alimentamos la creencia de que la vida humana es inviolable. Consecuentes con tal principio es, en concepto nuestro, digna de aplauso la facultad de conmutar la horrible pena de muerte en otra inmediata ahorrando así a la sociedad un día de luto y poniendo uno de sus miembros en el camino de la rehabilitación por medio de un sincero arrepentimiento.

Pena causa decirlo. Las ideas de libertad y de progreso que tanta y tan esplendorosa luz han derramado sobre las modernas sociedades, no han alcanzado a borrar de todos los códigos la bárbara e inconducente pena de muerte.

Última reliquia de pasadas épocas de barbarie y retroceso en las que el espíritu humano dormitaba entre las sombras de la ignorancia; postrer legado de tiempos en los que, cabe los fosos de señoril morada se alzaba la horca infamante donde se cumplían sin apelación las sentencias del terrible señor feudal; recuerdo de siglos en que imperaba la fuerza como único e

indiscutible derecho, la pena de muerte es el bordón que más afea las sociedades que todavía la mantienen en sus leyes, y que, sin embargo, blasonan de cristianas e ilustradas.

Pero concretándonos al punto de referencia observaremos que si en momentos dados es conveniente y merecedora de la general aprobación la conmutación de la última pena en otra más benigna y más conforme a la idea cristiana, no lo es en manera alguna, bajo ningún punto que se la mire, la absolución de toda pena en casos que demandan el exacto cumplimiento de las decisiones judiciales.

Choca y mucho que en la mayor de las Constituciones se acuerde la facultad de indultar a un individuo que, si en raras ocasiones puede hacer buen uso de ella, en las más de las veces puede y suele incurrir en gravísimos errores. Tal hecho se explica en parte si se atiende a que gran número de legisladores, muy particularmente los nuestros, miraron más la superficie y no el fondo de las cosas, requisito indispensable este último para formar buenas leyes, y no aceptaron a desechar ciertas tradiciones monárquicas en cuyo número, de legítimo derecho, corresponde un lugar a la facultad de conceder indultos. «Únicamente, dice un notable publicista americano, en algunos casos muy excepcionales, en que la penitencia del criminal aparezca probada, podría ejercerse el sublime acto de perdón, mas no por el Ejecutivo sino por la representación nacional a nombre del pueblo». En el mismo sentir abundamos. Facultad tan preciosa y por lo mismo tan expuesta a ser mal aplicada debe ser exclusivamente atribución del Poder Legislativo.

Parécenos que no hay inconveniente alguno en que el Congreso Nacional, en uso de sus soberanas atribuciones, esclarezca el punto a la luz de la razón y la justicia. Es esto más hacedero y mucho más racional que lanzarse a una reforma constitucional en estos momentos por completo inconvenientes.

La Vega, 2 de junio de 1885.

*La República*, 10 de junio de 1885.



## La poesía

*A mi querido amigo Lorenzo J. Perelló, hijo.*

### I

La poesía es la más hermosa de las artes.

Es la más perfecta manifestación del sentimiento.

Es el arte que realiza todas las celestes aspiraciones, todos los sueños del alma.

Tiene su asiento en la naturaleza y las misteriosas regiones de lo ideal.

Tiene la facultad de conducirnos a esos espacios llenos de lo infinito.

Es por eso que el poeta encuentra inspiración en los cuadros esplendorosos que pródiga ofrece natura a cada paso pues son fuentes de ella el azulado cielo, la inmensidad de los mares, los cambiantes caprichosos de la tarde y los campestres paisajes circundados de luz.

Es por eso que también la encontramos en los delirios benditos del amor, en los ensueños de la juvenil edad y en nuestras consoladoras esperanzas de otra vida.

Las manifestaciones primeras de la poesía se ocultan en la oscuridad que envuelve los tiempos prehistóricos.

Para nosotros su principio no es dudoso. Nace cuando aparece el primer hombre.

El primer canto debió brotar de sus labios al contemplar asombrado el mágico espectáculo de la naturaleza primitiva.

Después, cuando el instinto de conservación formó los primeros lazos sociales, cuando el ser humano buscó la compañía de sus iguales como medio de progreso, como tendencia natural a un fin oscuro para aquellas incipientes colectividades y claro y despejado para las modernas sociedades, el sentimiento poético tomó mayores vuelos y asumió fases diferentes.

Entonces bajo la tosca vivienda alzada en las soledades asiáticas, cabe la orilla del Éufrates bíblico y del Indo sagrado, debieron escucharse, si vagos y desarmónicos al principio, claros y cadenciosos después, los primeros cantos encaminadores de campestres goces y de sencillos placeres.

Poesía primitiva aquella que conforme gana terreno el principio de sociabilidad avanza también, pasando por notables transformaciones y se condensa majestuosa en la poesía india que se revela a la vez religiosa y social en los *Vedas* y en el *Ramayana*, aparece sagrada en Persia y Egipto, alcanza su más grandioso estado en la riente Grecia, brilla caballerisca en los trovadores, ilumina con Dante y el Petrarca las tinieblas de la Edad Media, irradia esplendorosa luz en el Siglo de Oro de la literatura castellana, en el que se escuchan los acentos místicos de Santa Teresa y los versos inmortales del autor de *La vida es sueño*, y presenta fases marcadas en la Edad Moderna, ora impregnándose del materialismo y del escepticismo predominantes, ora rindiendo culto a los ideales clásicos, pero siempre sublime, siempre llena de grandeza, cual si fuera un rayo de luz divina destinado a deslumbrar perpetuamente las generaciones a las grandezas del pasado y las misteriosas sendas de lo porvenir.

## II

Objetiva o subjetiva en su carácter, y bucólica, épica, lírica o dramática en sus manifestaciones, la poesía ha reflejado en todos los tiempos el sentimiento general, retratando con admirable fidelidad las costumbres de cada época, siendo, por decirlo así, la exposición de sus aspiraciones artísticas y de sus progresos morales.

La historia de la poesía puede decirse que es la historia de la humanidad. Es la expresión más acabada del sentimiento social que se manifiesta en populares romances, en sencillos idilios o en épicos conceptos, según las condiciones del momento, ora cantar las bellezas naturales, ora celebre las dulces dichas del hogar, ora por la escala ascendente del entusiasmo encomie las hazañas de los héroes por las glorias de la patria en bélicas contiendas alcanzadas.

La poesía es el foco luminoso donde se concentran todos los rayos del sentimiento y todas las esperanzas vagamente definidas de nuestro espíritu. Abrid la historia. Recorred sus cuadros portentosos, ya iluminados, ya sombríos, ya presentando resplandores de gloria, ya cubiertos por las sombras de la ignorancia y del fanatismo, pero siempre dignos de ser estudiados, y observaréis cómo se cierne sobre ellos y bate sus alas el ángel de la luz y de la poesía.

Ella infundía aliento a los antiguos guerreros cuando lidiaban en inmortales combates por la salvación de la patria. Los cantos de Tirteo enardecían los corazones y producían fabulosas hazañas. Alejandro, el inmortal guerrero macedonio, en medio del fragor de las batallas, recitaba los magníficos versos de la *Ilíada*. Casi todos los hombres del mundo antiguo amaron la poesía. César, el vencedor de Farsalia, fue en su juventud poeta, lo mismo que el ilustre Cicerón. Predilección siempre observada y unidad de sentimientos que se explican con el carácter universal de la poesía que tiene en todos tiempos y en todas partes el singular privilegio de hacer vibrar en los humanos corazones la cuerda de la sensibilidad y de producir inefables emanaciones.

## III

No tiene nada de aventurado suponer que la poesía bucólica o pastoril es la que puede presentar mejor derecho de antigüedad. Natural es suponerlo así, toda vez que fue la naturaleza con su pompa magnífica, con sus aves, flores, árboles y seres animados lo que más atrajo la atención del hombre primitivo y cautivó su entendimiento.

Retratando con admirable exactitud las campestres bellezas, pintando con acertados colorido los juegos pastoriles y los dulces y agradables coloquios en que zagales y zagalas pasan la tranquila vida, es la poesía bucólica por su disposición y por su carácter digna de especial y detenido estudio.

Fascinan el alma con su dulzura arrobadora los deliciosos idilios y las muchísimas églogas de Sannazaro, de Gil Polo, Meléndez y demás cultivadores de este género en que se retratan fielmente pastoriles escenas. Allí se ve a la sombra de copudo árbol al solitario zagal tañendo la dulce flauta para olvidarse de amoroso desencanto, o a la gentil pastora que sumerge el blanco y bravo pie en el arroyuelo que tranquilo se desliza; poesía que revela en todo ternura y sencillez y que deja en el alma placentera impresión cuando y cada vez que en ella nos fijamos.

A la poesía bucólica sigue la épica o heroica. Al pastoril esparcimiento el guerrero afán. A la campestre tranquilidad el belicoso estruendo. A la zampoña rústica la marcial trompa. Brota ardorosa como el sentimiento que la origina la poesía épica celebrando militares glorias y fabulosas conquistas. Y andando los tiempos, por los adelantos sociales reclamada, viene la poesía dramática presentando en el teatro, ora en alegre comedia o en sombría tragedia los eternos tipos que en el mundo se presentan conteniendo y las costumbres y los adelantos de su época.

No hay que dudar que donde más esplende el genio poético de la antigüedad es en la literatura griega. Fue en Grecia donde la poesía, al manifestarse en sus principales fases, alcanzó mayor

grado de perfección, produciendo esas obras maravillosas que hoy constituyen verdaderos monumentos literarios que tienen la no común particularidad de llamar siempre la atención de todo espíritu ilustrado.

Cuando estudiamos y admiramos aquella espontaneidad gallarda de la poesía griega, parece a nuestro espíritu dado siempre a mirar las grandezas del arte, ver desfilar ante la asombrada vista, entre la multitud de genios, a Homero cantando los inimitables versos de su *Ilíada*, a Píndaro recitando sus odas inmortales, a Safo rompiendo su lira vibradora y buscando en el seno de la muerte el olvido de sus amorosas penas, a Corina vencedora por cinco veces consecutivas de Píndaro en los certámenes poéticos, a Teócrito el de los idilios pastoriles, a Erine y Mirtis, líricas celebradas, a Esquilo y Sófocles que divinizan en la escena los héroes de Maratón, de Salamina y de Platea, conjunto asombroso de genios elevados a gigantesca altura por la general admiración, y que serán siempre en el templo magnífico del arte objetos del eterno culto de las generaciones.

#### IV

Admiración sin límites despierta en el espíritu humano la lectura de una de esas grandes obras maestras que se llaman poemas. En ellas se refleja la grandeza del genio. Son como brillantes estrellas que despiden suave luz en el hermoso cielo de la poesía.

La *Ilíada* es el monumento más grande de la antigüedad. En sus páginas magníficas palpita todo el entusiasmo de la edad heroica. Leedla y os parecerá contemplar las griegas naves y los numerosos guerreros, creeréis ver cabe los muros de Troya la famosa las promesas de Héctor y de Aquiles, observaréis cómo los dioses y los humanos se confunden, estudiaréis el carácter griego en sus tiempos primitivos; pero, sobre todo, admiraréis y reverenciaréis al genio sublime que pudo dar cima a obra tan

maravillosa siempre digna de aplaudirse, y, en posteriores tiempos, nunca superada.

En medio de las sombras de la Edad Media esplende con luz divinísima la obra gigantesca del Dante. La *Divina comedia* es la obra maestra de su época. La Edad Media se retrata allí, toda entera, con sus preocupaciones, con sus ensueños artísticos, con su ascetismo, con su exagerado espíritu religioso, con sus dolores y con sus esperanzas. No me digáis, no, con la crítica moderna que hay impropiedad en su título, que el *Purgatorio* y el *Paraíso* están cuajados de triviales y pueriles divagaciones, si en cambio hay belleza, y belleza incomparable en los cuadros portentosos de su *Infierno*, llenos de arranques sublimes, de notables contrastes, aunque tal vez con sobra de metafísicas abstracciones; cuadros en que más se revela el genio del poeta, y que seducen por su elevación, encantan por su brillantez, y hacen sentir al espíritu profundas e inexplicables impresiones.

A la obra mencionada, digna de vivir eternamente, sigue una serie de magníficos poemas que forman el más preciado tesoro artístico de la humanidad, sucesión de páginas luminosas en las que brilla la grandeza de cada siglo y la eterna aspiración del espíritu humano siempre en pos de grandes y benditos ideales.

La Vega, 6 de junio de 1885.

*La República*, 17 de junio de 1885.

## Nuestra literatura<sup>1</sup>

*A mi amigo Eugenio Deschamps.*

### I

Tristísima, como una de esas prolongadas noches polares en que todo yace cubierto con el sudario de espesas tinieblas, transcurriría la existencia del humano espíritu en este mísero planeta, si sobre ella no derramase sus fulgores el luminar espléndido del arte. El arte dulcemente nos conmueve; él nos hace experimentar inefables fruiciones; él alumbra con su hermosa luz la dolorosa senda que los corazones sensibles tienen que recorrer en su breve peregrinación terrestre. Sencillo, informe, casi brota el sentimiento artístico al nacer las sociedades, revelándose en populares canciones y fabulosas leyendas. Y a medida que el principio de sociabilidad gana terreno; a proporción que los horizontes del espíritu se ensanchan, el sentimiento artístico se eleva y se depura, y asume fases diferentes obedeciendo a condiciones de tiempo y de espacio.

<sup>1</sup> Escrito a raíz de que Eugenio Deschamps le dedicara el artículo «Nuestra literatura», el cual fue enviado para publicarse en *La Lucha Activa*; pero esta revista había desaparecido cuando llegó a manos de sus directores y redactores. El texto de Deschamps apareció en *El Eco de la Opinión*, 5 de febrero de 1887. (Nota del editor).

La literatura es la más sublime expresión del arte. Si la escultura crea los arquetipos de la belleza plástica, y la arquitectura escribe su historia en sagradas ruinas y magníficos monumentos, y la pintura copia fielmente en sus lienzos las bellezas naturales, y la música con sus gratas armonías transporta el espíritu a regiones ideales, la literatura, ora aparezca en su sencillez primitiva, ora adornada con el ropaje de agradables formas, supera en mucho a las otras manifestaciones del arte, porque hiere con más delicadeza que ellas la cuerda de la sensibilidad al constituir el reflejo fiel del espíritu de una nación o de una raza con sus aspiraciones y sus adelantos, con sus angustias y sus glorias.

En la literatura de un país palpita su historia. A veces exageradas y a veces sin perder nada de su primitiva realidad, conserva ella sus tradiciones y sus leyendas, y revela todo lo que constituyó un día la manera de ser de generaciones extinguidas, y lo que forma el carácter especial de las que ahora se agitan. Pueblo que no tiene literatura casi decirse puede que carece de historia.

## II

La literatura de las repúblicas latinoamericanas se encuentra, puede decirse, en su primer período de formación. Entre las causas que han impedido su natural desarrollo figura, como una de las más importantes, el olvido que se advierte en la gran mayoría de los escritores americanos del estudio de ciertos puntos en que deben inspirarse para dar a sus obras carácter especial o imprimirles ese sello de originalidad que tanto se necesita cuando se trata de formar una verdadera literatura nacional.

La literatura americana, por la circunstancia que hemos apuntado, se mira plagada de imitaciones serviles y de obras en que escasea el verdadero mérito literario, pero que bien evidencian las singulares aptitudes, por desgracia casi siempre mal encaminadas, de los que en esta privilegiada porción del planeta se consagran al cultivo de las bellas letras. Al aceptar y proclamar principios que no se compadecen con su manera de

ser especial y al desconocer las fuentes en que deben beber la inspiración, muchos escritores americanos retardan indefinidamente el anhelado desarrollo de la literatura de sus respectivas nacionalidades.

### III

Los ingenios americanos tienen, sin necesidad de recurrir a ajenas fuentes, sobrados asuntos en que emplear sus facultades intelectuales. A ellos deben concretar sus esfuerzos, si es que verdaderamente se proponen crear para sus respectivos países una literatura especial, esto es, conjunto de producciones en que se trate de un modo fiel una entidad social, con sus tradiciones, casi siempre exageradas por la fantasía popular, con su espíritu religioso, con sus costumbres, con sus preocupaciones, con sus ideales, con todo, en fin, lo que contribuye a darle fisonomía especial en el cuadro de las agrupaciones humanas.

No cabe duda que la contemplación de la portentosa naturaleza intertropical, es manantial inagotable de sublime inspiración para el espíritu. Cordilleras altísimas que besan las nubes; hermosos ríos de sosegado curso; lagos transparentes en que se retrata el siempre azulado cielo; murmuradores arroyuelos de pintorescas orillas; bosques inmensos y feracísimos valles; flores preciosas que perfuman el ambiente a toda hora; panoramas rientes por todas partes; todo lo que en esa esfera cautiva y dilata al espíritu prestándole aliento en esta hermosa región del planeta llamada América.

A juzgar por las numerosas bellezas naturales que por todas partes se presentan en el suelo americano, podría creerse que la literatura de las varias entidades nacionales que en él se encuentran abunda en modelos de fieles e interesantes descripciones. No sucede así desgraciadamente. Pocas, muy pocas son las composiciones de sobresaliente mérito con que cuenta en el género descriptivo. Si se ofrecen a cada momento producciones de esa clase, son estas tan superficiales e incoloras, que

bien patentizan el poco o ningún esfuerzo intelectual puesto en ellas, considerándolas, bien equivocadamente por cierto, como pertenecientes a un orden de inspiración secundaria.

#### IV

Fuente de perpetua inspiración debería ser para los cultivadores de la amena literatura en este continente, todo cuanto se refiere a sus primeros pobladores. He ahí asuntos que admirablemente se prestan a todo linaje de emociones literarias; pero que se encuentran en casi completo abandono a causa del extravío de nuestro gusto literario, abandonado en distintas direcciones y casi siempre impulsado por móviles superficiales. Plácenos consignar aquí que nuestra naciente literatura ofrece ya ejemplos de una regular consagración a este interesantísimo estudio.

Las tradiciones, la historia, las costumbres de los primeros habitantes de ciertas porciones de América constituyen asuntos dignos de mayor atención que la escasísima que hasta ahora se les ha dedicado. ¡Cuánto hay que admirar en aquella noble raza que vivía feliz al arrullo de sus brisas, y a la sombra de sus árboles, ignorando que había sonado la hora en el reloj del tiempo, de que todo lo que formaba su placer y su gloria iba a ser pisoteado por los bridones de terribles conquistadores!

La sencilla historia de la raza indígena se encuentra escrita en cada árbol, en cada piedra de la tierra americana. No hay rincón de ella en que no palpite su recuerdo. Más de tres centurias han pasado, y todavía parece que resuena en nuestros oídos el estruendo del imperio azteca al derrumbarse en la rota de Otumba, en el lamento de la raza peruana al contemplar la muerte del más desgraciado de sus incas en el patíbulo de Cajamarca. Por los risueños valles quisqueyanos, llenos aún del recuerdo de sus antiguos poseedores, vaga en la callada noche la poética sombra de Anacaona, y al caer la tarde, confundidas con los postreros rumores del día, escúchanse las lamentaciones de

la desgraciada raza aborigen que llora todavía la muerte de sus héroes y la ruina completa de sus lares!

Las tradiciones indígenas constituyen su filón de inagotables riquezas literarias escasamente explotado. El esclarecimiento de todo cuanto se refiere a ellas, aparte de ser de inagotable utilidad en la formación de una literatura americana, es un deber que están obligados a cumplir, por elevadas razones de justicia, los que hoy son dueños del suelo en que viviera la desdichada familia aborigen.

## V

Como todas las de la América Latina, y menos rica que ellas a causa de nuestro menos tiempo de existencia como entidad independiente, la literatura dominicana se encuentra en su primera fase de desenvolvimiento. Retardado su propio desarrollo por causas sobrado conocidas, apenas nos han concedido algunos momentos de paz nuestras frecuentes luchas políticas, hase despertado potente el amor a las bellas letras, dando origen a multitud de notables producciones. Contamos ya con prosistas y versificadores de no escaso mérito.

Escasas son las obras de regular aliento con que cuenta nuestra naciente literatura. Posee dos en su parte amena que no vacilamos en reputar como de bastante mérito, tanto por sus condiciones literarias, cuanto porque tienden al esclarecimiento de los primeros tiempos de nuestra historia. *Enriquillo*, la primera, de sabor clásico, pone de relieve con singular maestría la épica figura del cacique de aquel nombre, y refiere, con la imparcialidad que cuadra a la narración histórica, los trabajos por él realizados en pro de la reivindicación de los conculcados derechos de la raza indígena. La otra, intitulada *Fantasías indígenas*, es colección de preciosas composiciones poéticas sobre episodios y leyendas de la época de la Conquista. Brillan en ella el fecundo numen de su celebrado autor y su afición al estudio de nuestros aborígenes históricos.

Si no atiende a ser por extremo difícil en países como el nuestro, por motivos que a ningún lector de mediano alcance se escapan, el cultivo apropiado de ciertos géneros literarios, no es de extrañar que carezcamos, casi por completo, de ejemplos de nuestra afición a ellos. Como obra de esfuerzo dramático, es digna de entero aplauso *La hija del hebreo*. Revela en ella su autor no pocos conocimientos en el difícil arte dramático, pues en el desarrollo del interesante argumento de la mencionada producción, presta verdadera vida a sus personajes, y da a sus escenas la animación y el colorido necesarios, manteniendo cautivada la atención hasta el buen desenlace de él. Por temor de ocupar demasiado espacio no mencionaremos otras producciones literarias dignas de ello.

## VI

Concluamos. Si verdaderamente deseamos poseer literatura especial, justo es que consagremos a su formación todos los esfuerzos que sean necesarios, abandonando para ello el trillado sendero de las imitaciones y dedicándonos con fe a la creación de producciones en que se refleje verdaderamente nuestro espíritu nacional.

Dando al olvido pasadas desgracias, y ocupándonos asiduamente en el aumento de nuestro hoy escaso movimiento literario, llegará el día en que sea nuestra joven República foco de esplendorosa luz en el hermoso mar de las Antillas.

*El Eco de la Opinión*, 2 de abril de 1887.

## La fuerza y el derecho

### I

Siempre serán estériles cuantos esfuerzos se hagan para perpetuar y legitimar las conquistas de la fuerza. Con elocuentísimos ejemplos nos enseña la historia que el hecho consumado por la violencia y revestido de apariencias legales, al desconocer los salvadores principios del derecho, al no representar en la serie de los humanos progresos sino nuevos términos, tiene que ser precisamente pasajero, concluyendo por dar paso a otro orden de cosas más en armonía con la gran ley de justicia que se revela luminosa en todas las evoluciones y transformaciones de la especie humana.

El dominio de la fuerza, irresistible por circunstancias especiales en las antiguas sociedades, va disminuyendo paulatinamente en estas épocas en que parece se opera una completa palingenesia. La fase postrera de este movimiento ha de ser aquella en que la fuerza aparezca enteramente subordinada al derecho. Pero necesario es confesar que ese momento, anhelado y presentado por cuantos espíritus generosos mantienen enhestado el lábaro de redentores ideales, dista aún mucho de alborear en los horizontes de la humanidad. Si bien es verdad que los continuados esfuerzos de la inteligencia humana han contribuido a extirpar inveterados abusos, y ahuyentado gran

parte del cúmulo de fanatismo y preocupaciones legados por pasadas edades, no es menos cierto que todavía se emplea la fuerza en resolver problemas de altísima importancia y todavía impone soluciones que no se compadecen con los principios de libertad y de justicia que tan alto propaga nuestro siglo. Al servicio casi siempre de la injusticia e incapacidad por su esencia para figurar por sí sola como factor de progreso, no puede la fuerza crear nada que tenga condiciones de solidez. Apartado de su solo objeto, del fin único, que puede justificar su uso cual es el cumplimiento de los acuerdos del derecho, no produce más que lo que lógicamente debe esperarse de ella: el desequilibrio social. El proceso histórico de la humanidad comprueba espléndidamente tal aserto.

Factor primero en toda labor de organización y resultando la libertad de su aplicación clara y precisa, ha tenido naturalmente el derecho para llenar su trascendental cometido que sostener porfiadas luchas contra todo linaje de elementos refractores al logro de un estado en que se evidencie el perfecto equilibrio de las fuerzas sociales alcanzadas por sus civilizadoras enseñanzas. Lucha gigantesca, titánica ha sido la mantenida desde la cuna de las sociedades entre la fuerza y el derecho, fecunda en mártires y en sacrificios de todo género, y fuente de que dimanen los grandes principios que constituyen el luminoso credo de la actual centuria.

## II

Cuando se sigue el gradual desenvolvimiento de la humanidad en sus varias condiciones de tiempo y de espacio, bien pronto atrae la atención del observador consciente el espectáculo que ofrece el perenne combate de estos dos elementos antitéticos. Avasalladora por excelencia, ha tendido siempre la fuerza a dominarlo todo concentrando las manifestaciones serenas del derecho. Regulador por su esencia, ha buscado el derecho la armonía social con sanos procedimientos, descartando de sus

medios de acción los empleados por su antagonista, y proclamando la capacidad absoluta del ser humano para tomar parte en la obra de su perfeccionamiento, que se realiza mal que pese a los constantes enemigos de todo adelanto.

Camino larguísimo ha tenido que recorrer la idea del derecho para llegar a su actual interesantísima fase. Desconocida por completo en aquellos imperios asiáticos en que la fuerza bruta se imponía de un modo irresistible; oscura por demás en el modo de ser de aquella variedad de entidades antagónicas coexistentes que formaban la riente Grecia, aunque casi alcanzada por la intuición sublime de Platón y por el frío raciocinio del filósofo de Estagira; clara en parte en aquella interesante lucha el patriado y la clase plebeya del pueblo rey, donde llega a formar con el transcurso del tiempo aquel gran cuerpo de leyes que todavía se estudia; vaga durante la larga noche de la Edad Media, en que el espíritu científico refugiado en las universidades y en los conventos malgasta sus fuerzas en estériles controversias escolásticas, brilla, al fin, con viva luz cuando merced a los esfuerzos de Bacon y Descartes que derrumban la estéril filosofía escolástica y proclaman la eficacia de nuevos métodos para llegar al verdadero conocimiento de las cosas, formula y codifica el ilustre Hugo Grocio los grandes principios que constituyen el derecho de gentes, ampliados y mejorados más tarde por serie numerosa de ilustres pensadores.

Triunfos momentáneos han sido los de la fuerza; decisivos casi siempre los del derecho. Nuestro siglo, que tantos títulos honrosos puede presentar a la consideración de la posteridad, registra en sus anales gran número de acontecimientos que no son sino victorias del derecho sobre la fuerza. Iluminado al nacer por los últimos resplandores de la inmensa hoguera que redujo a pavesas el alcázar de la monarquía absoluta y los restos del feudalismo, el siglo XIX, resumen de todas las grandes conquistas del humano espíritu, ha emprendido la obra gigante de reconstruir el edificio social sobre las bases de la libertad y la justicia. No han faltado, no faltan sofistas, bien semejantes a los de la antigua Atenas, que niegan la misión

de mejoramiento que está cumpliendo la actual centuria, y encarecen la virtualidad de ciertos sistemas en que se elevan a dogmas, principios probados en la piedra de toque de la experiencia como infecundos para la consecución de todo propósito de bien. En esta época de libre examen ¡quién lo creyera! no ha faltado quien sostenga la esclavitud como institución legal y la guerra como el estado natural del hombre. Compadezcámoslos. Son como aquellos desgraciados de que habla el gran poeta florentino, condenados a avanzar incesantemente con la cara vuelta hacia atrás.

Las colonias españolas, víctimas de aquel régimen político que les velaba naturales expansiones y arruinadas por el monopolio que imponía el desenvolvimiento de sus fuerzas económicas, elevadas al rango de naciones soberanas por el esfuerzo épico de insignes paladines; la redención de Grecia, tanto tiempo esclavizada por la cimitarra turca, operada por la fuerza irresistible de la opinión pública vivamente atraída por los grandes acuerdos de la brillante civilización helénica; la esclavitud abolida en la patria de Washington, después de la guerra cruenta que han contemplado los tiempos modernos, y otros hechos más, son manifestaciones espléndidas de que la idea del derecho continúa su marcha progresiva a través de los tiempos, proclamando fórmulas salvadoras, reformando instituciones y destruyendo para siempre infames tiranías.

### III

La fuerza subordinada al derecho; la ley sirviendo de brújula a gobernantes y a gobernados; las cuestiones surgidas entre las entidades nacionales resueltas por el arbitraje o por un areópago compuesto de representantes de todas ellas, inspirados en las grandes ideas de paz y de equidad tan hondamente esculpidas en la conciencia humana: he ahí la síntesis de las aspiraciones de los que anhelan sea pronto un hecho el reinado de la justicia en todos los pueblos de la Tierra.

Aún está lejos la realización de ese ideal. Todavía, a despecho de las enseñanzas de la historia, se yergue la fuerza imponiendo conclusiones que contrastan con el espíritu de tolerancia y expansión que informan gran número de las instituciones modernas; todavía hiere nuestros ojos el triste espectáculo de soberbios potentados tributándoles estúpidas apoteosis; todavía subsiste, si bien modificado, el bárbaro derecho de conquista; todavía vela el autócrata ruso el sueño de la infeliz Polonia, llora la desgraciada Irlanda, agoniza Cuba y gimen la Alsacia y la Lorena en la ergástula de oprobiosa servidumbre. No debemos desesperar por eso. Para las injusticias del presente, para las imposiciones de la fuerza queda el recurso supremo de apelar al porvenir. Tarde o temprano el porvenir responde adjudicando al derecho la victoria.

*El Eco de la Opinión*, 12 de noviembre de 1887.



## Boulangier

*P*ocos hombres han adquirido en tan corto tiempo una popularidad tan ruidosa como el personaje cuyo nombre aparece al frente de estas líneas. Acostumbrados a tener por regla invariable de conducta al juzgar una personalidad que por cualquier concepto logra sobresalir del nivel común, el examen imparcial de los hechos que han contribuido a colocarlo en tal altura, confesamos con entera sinceridad que semejante procedimiento, aplicado al general Boulangier, no explica suficientemente la nombradía que alcanza en la actualidad este popular personaje. La popularidad inmensa por él adquirida en estos últimos años reposa sobre bases poco sólidas, y por consiguiente, poco duraderas. Su pasado no abona gran cosa en su favor. Si su hoja de servicios guarda hechos que le acreditan como valiente, cosa harto común en la institución a que pertenece, en cambio no es posible concederle la posesión de esas cualidades que anuncian un estratégico hábil, capaz de alcanzar por medio de señaladas victorias el aplauso y la admiración del pueblo por cuya causa combate. Boulangier no es un hábil general, más aún, no es siquiera un mediano estratégico, a juzgar por lo que se desprende de su vida militar y de las críticas imparciales de que ella ha sido objeto de algún tiempo a esta parte.

Su presente, a contar desde el momento en que empieza su popularidad, no es mucho más brillante por cierto que su pasado. Cualidades de organizador puso de relieve durante la época en que ocupó el Ministerio de la Guerra, y no es posible dudar que su gestión administrativa contribuyó en no pequeña parte a la introducción de reformas que han modificado favorablemente el antiguo deficiente modo de ser del ejército francés; pero sus alardes de indisciplina a cada momento repetidos, sus mal disimuladas aspiraciones al poder, su política acomodaticia que le permite la atracción de fuerzas refractarias a la República, las cuales solo ven en él el instrumento de planes que solo pueden realizarse con mengua del sistema de gobierno que hoy impera en Francia, y otras causas más que pocos desconocen, hacen que sus méritos de organizador desaparezcan ante tan larga serie de faltas, y que los espíritus pensadores, aquellos cuya mirada busca el fondo y no la superficie de las cosas, vean en el popular general francés una amenaza formidable para la continuación del imperio de las instituciones civiles y para la causa de la libertad y de la democracia.

A nuestro humilde juicio, dos son los factores que más han contribuido a la gran popularidad que disfruta el personaje a que hacemos referencia. Las esperanzas en él fundadas suponiéndole el llamado a vengar los desastres de la Francia, por más que sus cualidades militares no tengan nada de brillantes, y la natural veleidad del pueblo francés que con harta frecuencia se apasiona, como la historia lo comprueba, de quien sabe hábilmente halagar sus deseos de gloria y presentar ante su vista cuadros de deslumbrado bienestar que con dificultad suma pueden realizarse, son, a nuestro modo de ver, los motivos que originan los triunfos populares que a cada momento se registran en la vida, harta agitada, del renombrado militar en quien nos venimos ocupando. El pueblo francés no olvida, no puede olvidar jamás la derrota sufrida en su última guerra con Alemania, ni considerar para siempre perdidas a la Alsacia y la Lorena, esos pedazos del corazón de Francia entregados en infausto

día, por las imposiciones del destino, a sufrir todos los antojos y crueldades de extranjeros señores. De ahí que acaricie a toda hora la idea de recuperarlas, aun a costa de guerra cruentísima, y de que se complazca en mirar en el general Boulanger el destinado para realizar obra tan grande y patriótica. Pero no parece Boulanger el hombre capaz de representar papel tan elevado, ni las hondas divisiones que se advierten en la política interior de Francia, son las más propicias para el sostenimiento con éxito favorable por parte de ella de una guerra con Alemania. Además, y sin que por esto se crea que lo concedemos todo a la influencia personal, profesamos la opinión de que mientras vivan Moltke y, sobre todo, Bismarck, no podrá recuperar Francia lo perdido. Sol en su ocaso, todavía Bismarck, el gran estadista, ejerce influencia decisiva en la política europea, como lo prueba su propósito, cada vez más visible, de dejar a Francia completamente aislada en el caso no remoto de una guerra con la nación cuyos destinos dirige desde hace largos años aquel hábil diplomático.

El otro factor no es menos importante. A juzgar por el estado de Francia en estos últimos meses, diríase que cansada del gobierno republicano aspira a dejar la vida agitada que lleva por otra de más calma y sosiego. El radicalismo con sus exageraciones e intemperancias da pábulo a semejante aspiración, y de ello se aprovecha Boulanger para presentar un programa de gobierno en que tras frases destinadas a hacer efecto se pone en claro su innegable deseo de dar al traste con las actuales instituciones y de erigir sobre sus ruinas una especie de dictadura cuyos resultados han de ser, a no dudarlo, desastrosos. Lo repetimos: Boulanger es una amenaza para la causa de la democracia. Esos generales de larga espada que por tortuosos caminos aspiran a las grandes magistraturas, nos producen malísimo efecto. Los que profesamos afecto entrañable al pueblo francés, sin parar mientes en sus veleidades; los que sentimos admiración profunda por sus glorias que son, puede decirse, el patrimonio de la humanidad entera; los que de veras ansiamos el triunfo de los principios democráticos

proclamados por Francia desde la iluminada cima de sus Asambleas, vemos con profunda pena el vuelo creciente que toma la ambición de aquel popular personaje. De anhelar sería que el pueblo francés, conociendo a tiempo su error, comprendiese que no es el predominio de un hombre sino el cumplimiento positivo de las instituciones y el respeto a la ley lo que puede llevar a las naciones a la cima de la prosperidad y de la gloria.

*El Teléfono*, 21 de abril de 1889.

## Recepción

*P*or esta ciudad han desfilado caudillos ungidos por el éxito, dispensadores supremos de destinos y mercedes, y a su paso han tronado los cañones, ha resonado la música, y se ha agolpado curiosamente las muchedumbres... Pero en el fondo de todo eso, el ojo observador consciente solo ha visto, en casi todos los casos, cumplimientos de deberes oficiales por unos, deseos de conseguir algo puramente personal por parte de otros, miedo mal disfrazado en algunos, curiosidad pueril por parte de la inmensa mayoría...

El grandioso acto de que fue ayer teatro esta ciudad no se parece en nada, absolutamente en nada, a las recepciones que aquí con frecuencia hemos contemplado. No fue una recepción, fue una verdadera y prolongada ovación, en que el entusiasmo popular, sin distinción de clases ni de personas, se desbordó a oleadas. Aquella gran muchedumbre, tres mil o más personas a juicio de algunas, se agitaba movida por el mismo poderoso sentimiento, el de vivísima estimación y sincera gratitud al sacerdote ejemplar, al ciudadano virtuoso, al hombre amante del progreso, al amigo leal de todos, al que durante largos años de residencia en esta ciudad se formó la atmósfera de simpatía que hoy lo envuelve, por su atrayente sencillez, por su elevada cultura, por su participación en muchas obras de progreso, por su espíritu de conciliación y por otras muchas y relevantes prendas de carácter

que adornan y realzan su personalidad, hoy justamente elevada, con general aplauso, a la jerarquía episcopal.

Por todo eso fue fácil, facilísima, la tarea de los iniciadores de la recepción de ayer. El éxito, sea dicho sin hipérbole, superó notablemente a lo que esperábamos. Sin orden oficial todos los establecimientos comerciales se cerraron, y a una mera indicación de la Junta todos los vecinos de las calles por donde debía pasar la comitiva se apresuraron a adornarlas lucidamente, a pesar de lo desapacible del tiempo, que parecía iba a echarlo todo a perder. Tarea larguísima, para la que nos falta tiempo, sería la de relatar circunstanciadamente, punto por punto, todo lo referente a la solemnidad de ayer. Llamaron mucho la atención el extenso arco levantado por el Padre Fantino frente al colegio San Sebastián, el adorno vistosísimo de la estación del ferrocarril, en que demostró su buen gusto el señor Conde, jefe de dichas oficinas, las combinaciones de letras y de palmas del hotel Ayuso, el arco erigido por el progresista don Marcelino Perdomo, el arco levantado por el gremio de obreros, y el sencillo y artístico construido por el Club Juventud, eficazmente ayudado por el Club de Damas y la sociedad Amantes del Progreso. También llamaron mucho la atención las colonias italiana, rusa, española, danesa y haitiana que concurrieron con sus respectivos pabellones, las escuelas debidamente organizadas llevando cada una su estandarte, la banda de música infantil que con notable acierto dirige don Francisco Soñé, y otras cosas más que de momento no recordamos.

Al pie del arco erigido al frente del colegio San Sebastián, después de cumplidas ciertas ceremonias religiosas de ritual, en cortas pero expresivas frases dio la bienvenida a monseñor Nouel, en nombre del Ayuntamiento, el regidor don Emilio Ceara, y el ingeniero A. Scaroina también pronunció algunas frases apropiadas al presentar al nuevo prelado a los representantes de las colonias arriba mencionadas. Otros se preparaban a hablar, pero les fue completamente imposible. En la esquina del señor Marcelino Perdomo, en nombre de la colonia italiana, pronunció el señor José Schifino hermosos y expresivos

conceptos, que fueron muy aplaudidos; en la esquina del señor Casiano Robles habló con despejo y acierto en representación del gremio de artesanos el joven Narciso Estrella, y frente al Club Juventud pronunció algunas palabras adecuadas, el presidente de dicho centro, don Julio Espaillat, y dejaron caer de sus labios expresivos conceptos de congratulación la señora Isabel B. de Castro y Juanita Espínola, presidentas, respectivamente, del Club de Damas y de la Sociedad Amantes del Estudio. También durante el trayecto, hablaron algunas niñas de diversas escuelas al presentar al joven mitrado artísticos ramilletes.

La marcha «La consagración», compuesta expresamente para este acto por el joven e inspirado artista Gabriel del Orbe, fue brillantemente ejecutada por el quinteto de cuerdas dispuesto al efecto por el maestro don Manuel M. del Orbe, lo mismo que el himno entonado por los alumnos de la escuela vespertina que regenta el mencionado señor Del Orbe. A muchísimas personas les hemos oído tributar grandes elogios a la marcha y al himno ya mencionados.

Las vastas naves de la iglesia parroquial fueron estrechas para contener la inmensa comitiva. Allí, con voz hondamente emocionada, con voz de lágrimas, con frases emocionadas del corazón, dio gracias al pueblo el nuevo arzobispo, conmoviendo profundamente al manifestar «que las flores que se habían derramado a su paso no se marchitarían nunca en su alma» y verter otros conceptos expresivos de la inmensa gratitud que se albergaba en su pecho.

Por la noche se elevaron algunos globos en el colegio San Sebastián y tuvo lugar en el parque de recreo una retreta ejecutada por la banda infantil, quedando sumamente concurrida. En uno de estos días se le entregará al nuevo mitrado el cuadro artístico que está componiendo por encargo de muchos amigos de monseñor Nouel el genial artista M. Puello. En la orla de dicho cuadro aparecen la iglesia, parque, teatro y otras obras a cuya realización ha contribuido moral y materialmente el padre Nouel, y en el centro, bajo expresiva dedicatoria, y perfectamente imitadas las firmas de todos los que dedican dicho cuadro.

Tales son, a grandes rasgos, los hechos más culminantes del homenaje que el pueblo vegano ha tributado al padre Nouel. Cuando se siembran vientos se recogen tempestades; pero cuando se siembran beneficios, se recoge, como ahora, cosecha espléndida de gratitud y de cariño. Algunos, como yo, al rendirle ese tributo no hemos visto en el padre Adolfo una nueva alta dignidad del clero católico, sino al amigo queridísimo con quien nos ligan el vínculo de indestructible afecto y cierta comunidad de sentimientos y de ideas.

La Vega, 13 de diciembre de 1904.

*Listín Diario*, 23 de diciembre de 1904.

## Cuba

**A**l firmarse la página vergonzosa del Zanjón, al disiparse en el espacio el himno del último combate de armas de aquella lucha de destrucción [...] que la causa de Cuba estaba inevitablemente perdida y que en vano serían cuantos esfuerzos hicieran se hicieran en lo adelante por echar a la dominación española, dueña de los medios de Resistencia y por tanto dispuestas a poner en juego unos grandes recursos a fin de conservar el último y máspreciado resto de su gigantesco imperio colonial que se extendía desde las orillas del río Grande hasta la cuasi inexplorada Patagonia.

Nunca participamos de la creencia, no escasa de fundamento, si se atiende a los momentos en que se [...]. La historia con sus luminosas enseñanzas nos había demostrado de irrefragable manera que todas las ideas de progreso y de justicia pugnan por realizarse en aquellos los pueblos que luchan por su independencia han visto, a la postre, coronados sus esfuerzos por la victoria. Las antiguas colonias sudamericanas, tras prolongada lid, retiraron abatido el pabellón bicolor símbolo de despotismo religioso y flotando sobre sus castillos la enseña de Junín y Ayacucho, símbolo de redención y de gloria.

¿Y por qué Cuba había de exceptuarse de la regla general?  
¿Por qué había de ser la sola nota discordante en el hermoso concierto de pueblos que entonaban himnos a la libertad?  
¿Por qué había de verse condenada a oír siempre el ruido de

sus cadenas y el llanto de sus hijos a servidumbre ignominiosa condenados?

Imposible, nos dijimos. Si todos los pueblos han podido hacerse independientes, Cuba también lo podrá. No caben ni caber pueden excepciones en las leyes de eterna justicia que rigen las humanas colectividades. Los esfuerzos que por la libertad de un pueblo se hacen no se pierden jamás. Si, por el momento, se miran fracasar, al renovarse, circunstancias y con mejores elementos, logran, al fin, alcanzar el objetivo anhelado. Es únicamente cuestión de tiempo.

Imposible es dejar de reconocer que en Cuba, más que en cualquiera otra parte, se presentan dificultades de singular cuantía para la pronta realización de su independencia. La lucha se advierte desventajosa para el elemento criollo por desgracia no tan unido como debiera esperarse. No ha habido hasta ahora la unidad de acción que se requiere para dar cima a obra que demanda.

Aparte también de lo sumamente dificultoso que es echar por tierra instituciones que cuentan siglos de existencia y recursos de todo género para sostenerse, hay que confesar que las condiciones naturales de la gran Antilla no se prestan a una guerra como se requiere entre partes desiguales, pujante y aguerrida la una, débil y casi en su generalidad bisoña la otra, y en la que la astucia y la constancia tienen que suplir forzosamente la desproporción numérica. Tenían a su favor los patriotas de Suramérica la extensión del territorio, lo que les permitía esquivar fácilmente la persecución y también la escasez de poblaciones de gran importancia en zonas por demás dilatadas. En Cuba sucede todo lo contrario. Las ciudades en que el enemigo puede rehacerse en caso de derrota son numerosísimas y están en extremo cercanas; y, fácilmente, con el ejército aguerrido de que dispone, puede España ocupar militarmente todo el territorio insurreccionado.

Estas y otras desventajas no son, sin embargo, parte a amenazar el entusiasmo en los hijos de aquel suelo; antes al contrario, sirven para acrecentarlo y para predisponerlo a toda suerte de

sacrificios hasta conseguir llamarse ciudadanos de un pueblo independiente y libre.

\* \* \*

Las últimas noticias recibidas de la infortunada isla aseguran que el movimiento revolucionario se propaga con rapidez inaudita infundiendo el patriotismo [...] más independiente [...] cada día [...] con visos en el mundo social son necesarias las guerras, en ciertos casos para acabar definitivamente con el imperio de males añejos que tienden a imponer el desenvolvimiento progresivo en las sociedades, y a sucumbir en vergonzante estacionamiento.

En hojas periódicas que merecen completo crédito se anuncia que la riquísima Baracoa ha sufrido o sufre riguroso asedio. De importancia es esto si se atiende a que la ciudad mencionada, por su situación aislada en el extremo oriental de la isla, y por lo accidentado del terreno que la rodea, no sufrió en nada en la pasada guerra. Augurio favorabilísimo es este para la causa cubana. Revela tal hecho decisiva a toda prueba en los que han acometido la magna empresa de sustituir la española bandera con la enseña de la estrella solitaria.

Y así debe suceder y sucederá indudablemente. Ha sido destino de España perder una por una todas las posesiones que descubrieran sus navegantes arrojados y avasallaran los guerreros intrépidos en las épocas más gloriosas de su historia. Pues no supo conquistar, pero no ha sabido ni podido guardar. Su política en la península amplia y libre, y en América despótica y exclusivista en supremo grado ha motivado el hecho arriba mencionado. De nada le sirve la experiencia. No se corrige nunca. Su intolerancia religiosa, principalmente, le hizo perder allá por el siglo xiv las mejores posesiones europeas, y su régimen despótico le ha dado siempre igual funesto resultado. [...] Todo para ella y nada para los vecinos: he ahí la síntesis del régimen colonial español.

[...] Se es todo menos ciudadano. Créese tener patria y es lo que menos se tiene. Para él están vedados los goces que la libertad proporciona. Tiene obligaciones, pero no derechos. En manos de sus opresores se concentra todo: gobierno, fuerza y riqueza.

Situación tan degradante engendra necesariamente el descontento y la irritación en los ánimos y predispone para la lucha. Anúnciase ella formidable y terrible a juzgar por los mismos acontecimientos. Querrá España no soltar la presa, pero la fuerza de las circunstancias le impondrán el destino. Tiene esto que suceder puesto que las eternas leyes de equidad y justicia han menester exacto cumplimiento. Todo anuncia la proximidad del Fausto día en que el sol no alumbre más que pueblos libres en el hermoso archipiélago antillano.

La Vega, 27 de junio de 1885.

*El Derecho*, 22 de junio de 1885.

## Lorenzo J. Perelló<sup>1</sup>

*A la benemérita Sociedad Literaria Amantes  
de la Luz dedica este humildísimo trabajo consagrado  
a la memoria de uno de sus miembros más queridos,  
su representante ante la Sociedad La Progresista.*

*Para tan breve ser, ¿quién te dio vida?<sup>2</sup>*

### I

Concluida la efervescencia suscitada por los últimos deplorables sucesos, tiempo es ya de que volvamos la mirada al pasado sombrío para poner de relieve, tal como era, tal como hubiera

<sup>1</sup> Lorenzo Justiniano Perelló hijo (1862-1886) perteneció al grupo de jóvenes liberales cibaños que se convirtió, junto con Eugenio Deschamps, José Ramón López, Juan Vicente Flores, Pablo Eliseo López y Federico Augusto González, en los más ardorosos defensores del patriotismo y del civilismo, en su época. Fue miembro de la redacción de los periódicos de combate *La Alborada*, *La República* y *El Derecho*, firmando muchas veces sus escritos con el seudónimo de Leandro. Tuvo como maestro y mentor a Manuel de Js. de Peña y Reinoso. Cuando en los campos del Cibao estalló la Revolución de Moya el 21 de julio de 1886, para hacer frente al fraude electoral cometido por Ulises Heureaux y el gobierno de Alejandro Woss y Gil en las elecciones de ese año, Perelló hijo se incorporó a esta como secretario particular de Casimiro N. de Moya y falleció el 21 de agosto, víctima del tifus que le atacó en pleno campo de batalla. Su entierro se produjo en el Cementerio de El Palmar, desde donde algunos años después fueron exhumados sus restos y trasladados al de su ciudad natal de Santiago de los Caballeros. De él se decía que era el más destacado orador de su tiempo. Fueron sus padres Lorenzo Justiniano Perelló y Cipriana Justina Rochet. (Nota del editor).

<sup>2</sup> Segundo verso, primer cuarteto, de «A una rosa», soneto de Luis de Góngora y Argote. (Nota del editor).

llegado a ser, una personalidad simpática y modesta que yace en él casi por completo olvidada. Tarea difícil en extremo es esta para quien reconoce y proclama encontrarse desprovisto de las facultades necesarias para llenarla cumplidamente; pero que acometemos gustosos, sin paramientos en aquella importantísima circunstancia, toda vez que a ello nos impele, con fuerza irresistible, la amistad que nos unía a aquel joven muerto cuando mayores eran las esperanzas en él fundadas, por su clara inteligencia y por su probada adhesión a la causa sagrada del mejoramiento público.

Idénticos propósitos e iguales principios políticos, aunque quizás discrepásemos en cuestiones de detalle, contribuían a extremar los lazos de aquel afecto, nunca turbado por esas pequeñeces que tan frecuentes son en la esfera de la vida. Nuestra amistad no databa de la niñez: siete años hace solamente que nos conocimos, y en tal espacio de tiempo, tal vez por afinidades psicológicas, tal vez por esa fuerza de atracción misteriosa que hace que las almas se aproximen, aquel afecto, jamás desmentido, adquirió toda la consistencia de esas amistades que se estrechan en los juegos de la infancia y en la intimidad de las aulas, y que resisten casi siempre a todos los embates del destino.

Así, al trazar estos renglones, como en tropel acuden a nuestra mente los recuerdos de más felices tiempos, turbando con su avasallador influjo, la serenidad de juicio que tanto se necesita para condensar en breves páginas, todo lo que nos sugiere el estudio de una personalidad, no ilustrada todavía con acciones eminentes, pero sí ennoblecida por su participación en actos meritorios, y apreciada hasta lo sumo en el círculo de su ciudad natal y de sus numerosísimos amigos.

## II

Hijo, de honradísima familia, en la que arde perenne, como en oculto santuario, la luz de las más preciadas virtudes sociales, nació Lorenzo J. Perelló hijo, en la ciudad de Santiago de los

Caballeros el año 1862. Los saludables ejemplos que se ofrecían a su vista en el hogar a toda hora, y las enseñanzas que en él oía, nutrieron su inteligencia con elevadísimos principios morales y formaron en su pecho ese caudal de nobles sentimientos de que supo hacer más tarde apropiado uso.

Sentimiento predominante desde temprano en su alma, fue el amor que en todas ocasiones demostró a la ciudad en que naciera; ciudad que brilla en las páginas de la patria historia con ineclipsable luz, pues brinda en sus anales, cuajados de tradiciones épicas y legendarias acciones, material soldado para formar espléndida y sublime epopeya. La resistencia heroica que puso la ciudad invicta a las falanges haitianas el 30 de Marzo de 1844, coronada con triunfo gloriosísimo; sus brillantes recuerdos de la época en que las huestes iberas hollaban los quisqueyanos lares; la página inmortal de la Evolución: los ingentes esfuerzos de aquel noble pueblo en pro de la causa de redentores ideales, y otros hechos de grata recordación, que son timbres más que suficientes para dar a Santiago los caracteres de la grandeza y el heroísmo, cautivaban su generoso espíritu, apasionado siempre por todo lo que rebasase del nivel común y se cerniese en luminosísimas esferas.

Una de sus más queridas aspiraciones era la de acrecentar, en lo posible, aquel tesoro de nobles glorias, no ya pugnando por guerreros lauros, y sí por el pronto mejoramiento, en todos sus órdenes de la vida, de la hermosa población que bañan las ondas del pintoresco Yaque. En la prensa, en la tribuna. en todas las esferas de actividad intelectual, siempre se le vio luchando por el esplendor y engrandecimiento de su queridísima Santiago.

Veinticuatro años contaba el malogrado joven en el momento de descender al sepulcro, y en edad tan temprana no es posible, ni por las condiciones del medio social en que vivía, ni por las circunstancias concurrentes en la escuela política en que estuvo siempre afiliado, ocupar puesto sobresaliente en el cuadro de sus contemporáneos y ofrecer al biógrafo esa serie de actos resonantes que forman la parte principal de la vida de una personalidad histórica. Carecía, a no dudarlo, de esos

deslumbradores merecimientos que tanto atractivo tienen para las imaginaciones superficiales; que para el observador consciente huelgan en la narración histórica; pero no los necesita para presentar, modesta si se quiere, pero llena de luz, exenta de máculas, una hoja de servicios en que, desde el primero hasta el último, se evidencia consagración absoluta y por completo desinteresada a la causa de la libertad y la justicia.

La historia, que filosóficamente estudiada suministra caudal copioso de inapreciables enseñanzas, presenta a menudo en sus páginas imperecederas tipos en que, por accidentes fortuitos o por concurso de circunstancias especiales, se personifica un hecho de trascendencia, se simboliza una fase de la evolución incesante de los organismos sociales a la adquisición de fines de positivo adelanto y vense otros a quienes todavía se unge con el dictado de héroes, que ofrecen solo al juicio de la posteridad, bélicos timbres alcanzados en sangrientas y renombradas conquistas. Vase aun tras ellos la admiración de gran parte de la familia humana.

Mas para el observador no pagado de vanas exterioridades, obsérvanse otros que, aunque más desprovistos de resonancia y de títulos deslumbradores, merecen el aplauso de la opinión sensata, porque en ello se vincula toda la suma de condiciones esenciales para determinar un verdadero hombre público, digno de brillar con viva luz en el magno proceso de las transformaciones humanas. Tendencia constante al bien; firmeza en combatir por él, aun cuando se cierren los horizontes y por todas partes se levante formidable muro; desprecio a las transacciones propuestas por el vicio y a sus halagos tentadores; fidelidad al deber, aunque ella implique el sacrificio de intereses y de afectos, constituyen las verdaderas ejecutorias de un hombre público. Lo demás es humo. Por desgracia, ¡cuán raros son esos caracteres!

Todavía no podía el noble joven, segado en flor por la implacable muerte, figurar en el número de esos tipos históricos, a quienes la conciencia pública absuelve con encomios y la posteridad prodiga lauros y coronas. Con el tiempo hubiera llegado a

contarse en ese número, pues poseía gran parte de las cualidades para ello necesarias. Adhesión acrisolada al bien público; sujeción estricta a los dictados de su conciencia, nunca traicionarla por las sugerencias de la ambición, y honradez a toda prueba, eran las principales cualidades de aquella individualidad, que hubiera dado de sí brillantísimos destellos, si su prematura muerte no hubiera venido a impedirselo. Su vida puede resumirse en breves palabras: amó la justicia y sirvió siempre la causa del bien. Pero creeríamos llenar de un modo incompleto la labor que nos hemos impuesto, si a grandes rasgos no hiciésemos un análisis de esa vida, tan desprovista de hechos resonantes pero tan fecunda en propósitos dignos y levantadas aspiraciones.

### III

Aunque por breve espacio de tiempo desempeñó el cargo de profesor de instrucción primaria en uno de los establecimientos docentes de Santiago, dando clara muestra de lo bien que entendía los penosos deberes inherentes al ejercicio del magisterio, por el empeño que se tomaba en el adelanto intelectual y moral de los tiernos seres confiados a su celo pedagógico.

Mas aquella alma soñadora, sedienta siempre de emociones, necesitaba otro teatro más vasto que la escuela para desplegar el vuelo de sus privilegiadas facultades. Las luchas políticas tenían para él atractivo irresistible. Entre las paredes de la escuela se ahogaba. Necesitaba dilatar su espíritu en la candente atmósfera en que se agitan los partidos políticos, levantando su airada voz en la tribuna contra torpes desafueros, y clamar en la prensa porque fuese un hecho el ejercicio libérrimo de sacratísimos derechos, y la implantación gradual de ciertos principios democráticos de trascendencia suma para el mejor régimen político del Estado. La lucha por el bien era su elemento, y en ella siempre se le encontraba.

No fue, sin embargo, perdido para aquella inteligencia el corto tiempo que pasó ocupando el sitio de maestro. Pronto

comprendió que eran ineficaces para el logro de los fines racionales de la enseñanza ciertos métodos empleados, y sostuvo, sin exagerar principios educacionistas, la necesidad de someterlos a gradual y detenida reforma. Oímosle muchas veces, en conversaciones íntimas, exponer a ese respecto larga serie de bien encaminadas reflexiones.

#### IV

Cultivó con no escaso éxito la literatura de periódico. Género es este que a primera vista parece que no requiere la suma de conocimientos que se demanda en otras esferas de expansión intelectual; pero que, bien examinado, reclama, y mucho, por cuanto exige en los que a él se dedican, aparte de espíritu de observación sagaz y reflexiva y concepción rápida, la luz del saber suficiente para dilucidar, de un modo preciso, ciertas cuestiones de vital interés para la mejor organización jurídica de las colectividades humanas.

No hay duda que el periodismo, en esta época de general progreso, por las condiciones a él inherentes, reviste importancia suma y alcanza un grado de influjo que, si se utiliza sabiamente, no puede menos que contribuir de un modo poderoso a la adquisición de fines que vinculen práctica utilidad social. La ciencia en su objetivo de luz y el arte en su finalidad estética, reciben de él el vigoroso empuje, pues se presta maravillosamente, por sus condiciones peculiares, a la difusión de todo género de conocimientos en las masas sociales; conocimientos hasta ayer conservados en libros de costoso uso y en el cerebro de corto número de privilegiados, y que hoy, merced al periódico y a otros medios de fácil publicidad, descienden, como rocío de luz, sobre la inteligencia de las muchedumbres.

Teniendo el bien por objetivo, la misión del periódico es útil y fecunda, pero puesto, como con harta frecuencia acontece, al servicio de intereses que no tienen otra meta que la de su utilidad personal, o la de la satisfacción de innobles apetitos,

falsea entonces su civilizador cometido, desnaturaliza la parte de esfuerzo que le corresponde en el logro del bien social. Y produce resultados en extremo nocivos, pues siembra gérmenes de corrupción y de envilecimiento en la atmósfera en que se mueven los organismos sociales.

Desde el primer momento de su aparición en la arena periodística, comprendió nuestro no bastante lamentado amigo, cuál era la finalidad de la prensa en esta época de sobresaliente esfuerzo científico, y en total concepto, dejó siempre ver en sus escritos que era el bien social el blanco a que tendían sus aspiraciones. Gustábale poco ocuparse en la parte de fondo de las hojas periodísticas en que colaboraba o que dirigía, y dejaba con frecuencia a otros el cuidado de desempeñarla. A grande altura rayaba en la redacción de esas partes secundarias de un periódico, en las que chispea el ingenio y que son casi siempre las que más se leen.

En la prensa fue donde más en relieve puso toda la fuerza de su patriotismo. Condenó siempre desde ella toda clase de gubernativos desmanes, de autoritarias imposiciones y de otros hechos dignos de ello, con la rectitud de una conciencia que veía en el bien el más querido de sus ideales.

## V

Su estilo, claro como transparente lago de doradas arenas, era el reflejo fiel de sus sentimientos: conciso y agradable se prestaba admirablemente a la externación de juicios rápidos, propios de periodista, y a la propaganda fructuosa de las verdades democráticas en las masas sociales, quienes gustan de lo escrito sencillamente, y detestan todo lo que trasciende a oscurecer la claridad que debe reinar en la exposición de los pensamientos.

Adolecía a veces su estilo de ligeras incorrecciones, excusables por demás en quienes escriben para el periódico sin el tiempo para ello suficiente, viéndose obligados a terminar en breves momentos, por atender a imprescindibles ocupaciones, trabajos que por su índole piden consagración más dilatada. Pero nunca

en el desenvolvimiento lógico de sus ideas dejó ver esos conceptos anfibológicos que tanto dañan la palabra hablada o escrita. Creía que «la claridad es el alma de la locución», y en tal sentir, cuidó siempre de desterrar de sus escritos toda suerte de giros inadecuados, de chocantes neologismos y de otros vicios gramaticales que afean notablemente el uso de la rica y hermosa lengua castellana.

## VI

Tenía facilidad notable en el uso de la palabra, gustándole hacerse oír en reuniones políticas y certámenes de carácter literario, obteniendo siempre la aprobación entusiasta de auditores, a veces en no escasa parte de depurado gusto intelectual, por el timbre simpático de su voz, por lo correcto y castizo de la dicción y por las bellísimas y oportunas imágenes con que solía esmaltar sus armoniosos períodos.

En extremo gustábale esa especie de elocuencia en que el orador tiene por auditorio la impresionable muchedumbre y por dosel los azulados cielos; elocuencia que, ajena de artificios retóricos, es la expresión fiel de los sentimientos que agitan el alma del que habla; elocuencia que ha tenido en este gran siglo, como su más eximia personificación, la palabra todopoderosa de Oconnell, el defensor ilustre de la desgraciada Irlanda; elocuencia que hace latir siempre a unísono compás los corazones, y que encrespa o aquieta, según le place, el oleaje social, a veces más terrible en su cólera que la que suele agitar los procelosos mares. Ante el concurso popular su mirada se iluminaba, y brotaban a raudales de sus labios palabras que revelaban la elevación de sus propósitos y la magnitud de su patriotismo.

## VII

Pero, más que todo, era poeta. Poeta en la no vulgar acepción de esta palabra. Porque no está la poesía, como la generalidad

erradamente se figura, vinculada en escaso número de seres que no tienen el feliz privilegio de encerrar en moldes apropiados todos los pensamientos que les sugiere la contemplación de las bellezas naturales o el estado de sus facultades afectivas. Si, como no es posible dudarlo, la poesía reside en el sentimiento, todo aquel que sepa sentir con verdadera delicadeza artística, es y debe considerarse como un poeta.

El que se siente presa de dulcísimas emociones al contemplar agreste paisaje, bañado por las vivas tintas de la aurora o por la luz melancólica de la tarde; el que siente las bellezas que encierra un cuadro en que el arte pictórico hizo espléndido derroche de sus más delicados matices; el que llora las miserias que la humanidad presenta en su vía crucis terrestre; y se cierne sobre ellas como el ángel de la caridad y del consuelo, ese es poeta y verdadero poeta. Así el amigo inolvidable.

Todo era para aquella idiosincrasia esencialmente estética, fuente de delicadas emociones. Nunca contempló, sin entusiasmo profundo, el panorama prodigioso que ofrece la inmensa Vega Real observada desde las alturas del Santo Cerro. Aquellas risueñas colinas que parecen confundirse con el azul de los lejanos horizontes; aquel mar de purísima verdura interrumpido a trechos por pintorescos hogares; aquel conjunto de animación y de colores, que en vano pugnaría la pluma por describir acertadamente y el pincel por retratar de un modo fiel, eran para aquel espíritu, tan dado a sentir las inefables fruiciones del Arte, espectáculos que hubiera querido tener siempre ante su retina.

Encanto dulcísimo tenían para él las tradiciones indígenas: aquella noble raza, digna de mejor suerte, inspirábale compasión profundísima, y con frecuencia recorría su interesante historia, tan llena de poéticas leyendas y de luctuosas escenas. En peregrinación artística visitó el lugar en que se alzaba la populosa e histórica población, que en la segunda mitad del siglo XVI destruyera violentamente una conmoción sísmica, buscando entre sus restos, diseminados en vasta extensión de terreno, con emoción profunda, las huellas de una

época histórica fecunda en acontecimientos de todo género para la tierra quisqueyana. Todavía debe conservarse su nombre, grabado por él, sobre los restos de una fortaleza levantada allí por los conquistadores.

Su espíritu, apacentado siempre en artísticos sentimientos y luminosos ideales, no podía permanecer nunca indiferente ante esos cuadros, ora llenos de luz, ora de sombras, que la naturaleza con sus espectáculos y la sociedad con sus transformaciones y sus luchas nos fuerzan a contemplar a cada paso.

## VIII

A las luchas políticas consagró la mayor suma de su actividad intelectual. Parte activísima y preponderante tomó siempre en las lides cívicas emprendidas por esa briosa parte de la juventud de Santiago, que ha sabido enastar a toda hora la enseña de salvadores principios democráticos, a despecho de los intereses del momento, prestos siempre a coaligarse contra toda idea luminosa que tienda a guardar la esfera de acción de los organismos políticos. Su ideal político puede muy bien considerarse en pocas palabras. Anhelaba la implantación gradual, pero efectiva, de los grandes principios que informan el credo de la democracia representativa, forma de gobierno únicamente racional si bien se mira, y la sola capaz de prosperar en medios sociales, si no del todo aptos para ella, no influenciados al menos por añejas tradiciones, y libres, por completo, de la atmósfera de odios formada en otras partes por el absurdo régimen de torpes privilegios o irritantes desigualdades.

Así, el ejercicio de los derechos naturales, libre por completo de cortapisas, tenía en él un campeón decidido; lo mismo que ciertas ideas de vital interés para las sociedades humanas. Abogó siempre con empeño por la pronta y racional difusión de la enseñanza en todas las clases sociales, como medio adecuado para hacer efectivo el cumplimiento de las instituciones; y por el fomento de todo género de industria: viendo en el científico

desarrollo de estas la verdadera base del pronto bienestar y engrandecimiento de la República.

No tuvo la causa del bien servidor más constante que este joven malogrado. En las luchas por el triunfo legal de progresivos ideales, encuéntrase siempre formidables obstáculos, suscitados por los elementos que ellos lesionan y a quienes hacen lanzar gritos de guerra. En los momentos de incertidumbre ocasionados por tales obstáculos, parece que el ideal acariciado va a sucumbir bajo los formidables golpes de sus enemigos, y se patentiza entonces un hecho que prueba hasta lo sumo la debilidad de nuestra condición humana. Muchos que en la hora de iniciarse la lucha hicieron ostentoso alarde de adhesión incondicional al principio proclamado, al ver encapotarse los horizontes y al oír por todas partes anuncios de persecuciones y calamidades, abandonan la candente arena pronunciando palabras de duda y procurando cohonestar su conducta con frases dictadas por el egoísmo personal; y otros, viendo fracasar la esperanza del próximo triunfo y con ella la del logro de ardientes aspiraciones, desertan de sus filas y van a aumentar las del enemigo. Pero también hay otros, muy pocos por cierto, que revelan la entereza de su alma y la fuerza de sus convicciones permaneciendo firme en el palenque del combate, y resueltos a caer, si es necesario, como buenos. Al número de estos pertenecía Lorenzo J. Perelló hijo.

Nunca desesperó del triunfo de sus ideas, ni aun en los momentos en que parecía perdida toda esperanza. Si tenía frases de indignación y de desprecio para los que, como el apóstol al dulce Jesús, negaban en la hora triste de la desgracia los principios que habían defendido, también tenía palabras de aliento para los que parecían próximos a desfallecer y a los que procuraban comunicarse todo el fuego que ardía en su alma generosa.

## IX

Circunstancias diversas le indujeron a tomar parte en el movimiento revolucionario del 21 de julio. Las fatigas de todo

género que sufrió en los comienzos de aquella sangrienta campaña minaron su delicada complexión orgánica, y le produjeron una fiebre violentísima que en pocos días puso fin a su existencia, sin ser parte a impedirlo los grandísimos esfuerzos de su desolada madre y los cuidados de un amigo cariñoso.

El 21 de agosto de 1886 dejó de existir en Las Lagunas, lugar situado a pocas leguas de Santiago. Allí reposan todavía sus restos esperando el momento de ser trasladados al cementerio de su ciudad natal, adonde el cariño de su familia y de sus amigos ha de levantarle un día modesto monumento.

## X

Y vamos a concluir. Al tender una ojeada sobre las líneas que van escritas, de sobra comprendemos que, por nuestra influencia y otras circunstancias, no hemos acertado a dar cabal idea de la personalidad que las motiva, ni hemos podido reflejar fielmente en ellas todos los sentimientos que al trazarlas se han adueñado de nuestra alma. Creyéndolo así, no podemos menos que repetir, al poner punto final a estos renglones, aquellos tan conocidos versos del autor inmortal de *La vida es sueño*:

*Y aun no cabe lo que siento  
en todo lo que digo.*<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Palabras del personaje Eco en la segunda jornada de *Eco y Narciso*, comedia de Pedro Calderón de la Barca, publicada originalmente en Madrid en 1674. (Nota del editor).

## RECUERDOS Y OPINIONES

*A la benemérita sociedad La Progresista de La Vega,  
dedico este defectuoso opúsculo, como una débil muestra  
de la admiración que me inspiró su constante celo en pro del  
mejoramiento material e intelectual de la República.*

F. GARCÍA GODOY



## Ámina

(TRADICIÓN QUISQUEYANA)

### I

Hacia la parte sudoeste de la eminencia conocida con el nombre de «El Santo Cerro» –célebre, aparte de sus recuerdos históricos, por contemplarse desde ella uno de los más bellos paisajes que puede ofrecer la riente naturaleza intertropical– y al pie de las últimas estribaciones de la gran cordillera Central, se veía a fines del siglo xv un modesto caserío perteneciente a los dominios del poderoso Guarionex, cacique de Maguá, y distante pocas leguas del lugar en que este soberano tenía su residencia.

Nada más pintoresco que el sitio en que se alzaban las ochenta o noventa chozas que componían la pobre aldea. Rodeada como estaba de muchos árboles frondosos que formaban una espléndida cortina de verdura que la hacía casi invisible, solamente los pájaros que por allí cruzaban eran capaces de divisarla por completo, cuando en su raudo vuelo se cernían sobre ella. Inmediato al caserío corría un limpio y murmurador arroyuelo, besando el musgo que crecía en sus orillas y dejando ver las partículas de oro que brillaban entre sus arenas.

Trescientos o cuatrocientos indios pertenecientes a la gran familia quisqueyana, heroica y digna como pocas, y en aquel entonces puesta a prueba por el infortunio, habitaban el pintoresco

y escondido canei. Tranquilos y felices vivieron allí sus padres en íntima comunión con la naturaleza, consagrados a sus no pesadas faenas, y del mismo modo hubiera transcurrido la existencia de sus actuales moradores, si desde hacía cerca de año y medio un acontecimiento insólito no hubiese turbado completamente la dicha que disfrutaba la raza aborígen, cubriendo su porvenir de negras nubes que amenazaban convertirse en tempestad que todo lo iba a barrer a su paso. Ya por aquella época el genio de Colón había engarzado en la áurea corona de los monarcas iberos las joyas por él encontradas en el inmenso y solitario Atlántico. Un día llegó a oídos de aquellos indios que unos hombres blancos que disparaban rayos habían llegado por mar a las tierras del cacique Guacanagarix. Desde entonces cambió por completo la decoración: el cuadro antes risueño se tornó lúgubre, muy lúgubre.

En la reducida aldea que hemos bosquejado vivía Ámina, la flor de Maguá, como la nombraban por las comarcas cibaenñas. Tenía diecisiete años, su tez parecía más clara que la de las otras mujeres de su raza: sus ojos garzos despedían viva luz, y sus luengos cabellos le caían con encantador descuido sobre sus bien formadas espaldas. Era la admiración de cuantos la veían. Su belleza responsable y serena y su dulce trato cautivaban todos los corazones. Nacida bajo el mismo techo que su primo Guará, valeroso guerrero muy querido de Guarionex, crecieron juntos tomando parte en unos mismos juegos y comunicándose las gratas impresiones de su infancia. Tan agradable intimidad engendró más tarde un amor vivísimo; y ya por aquellos días para ninguno de los habitantes de esa parte del cacicazgo de Maguá era un secreto que no pasarían muchas lunas sin que la bella Ámina uniese su suerte al valiente guerrero y se trasladase con él a la capital de los Estados de Guarionex.

La tarde en que principia nuestro relato se notaba en el caserío un movimiento no acostumbrado. La agitación que en él se veía anunciaba que estaba sucediendo algo de no escasa importancia para sus pocos moradores.

## II

Antes de seguir adelante, bueno es que procuremos recordar, aunque sea de un modo sucinto, cuál era el orden de cosas que por aquel tiempo imperaba en el nuevo dominio agregado por Colón a la por entonces floreciente monarquía española. La política inspirada en sentimientos de tolerancia y de justicia que la gran Isabel quería se siguiera con los indios, puesta debidamente en práctica, hubiera, sin duda alguna, alejado de la colonia los males que cayeron sobre ella y convirtieron aquel hermoso paraíso en triste campo de desolación y de exterminio. Los deseos de la magnánima reina se estrellaron en la rapacidad sórdida y la desenfrenada concupiscencia que guiaba al mayor número de los oscuros aventureros que vinieron con el inmortal genovés a las regiones americanas.

Al juzgar el trágico episodio de la Conquista no debemos ser demasiado severos; hartos es sabido que no se opera ninguna gran transformación social, sin que deje tras sí larga huella de lágrimas y sangre. La humanidad sigue su penosa marcha al través de los tiempos, siempre en pos del ideal de su perfeccionamiento, dejando a su paso sembrado el camino de cadáveres y ruinas. Cuando llega a una de esas etapas señaladas en su senda por la mano de Dios, parece vacilar y detenerse. Pero la anima el soplo de lo alto: pone de nuevo los ojos en el confín del horizonte por donde irradian misteriosas claridades, y sigue la marcha sin pensar en los obstáculos de que está cubierta la vía.

Conocidas, además, la escasa cultura de la gran mayoría de los descubridores, y la edad de hierro en que vivieron, en la cual una fe ciega exaltaba las conciencias y la dureza de las costumbres no permitía hacer alarde de ciertos sentimientos filantrópicos, hay que confesar, juzgadas las cosas desde el punto de vista necesario y con la serena imparcialidad que cuadra a la historia, que tienen hasta cierto grado alguna disculpa, los rudos campeones de la Conquista; todavía hoy al expirar el siglo XIX en el que tantos adelantos ha realizado el espíritu humano, algunas naciones, so pretexto de cumplir una misión civilizadora

sobre ciertos pueblos, se valen para ello de los acorazados y el cañón Krupp. Una y mil veces debemos condenar semejantes procedimientos, indignos de una centuria que tanto blasona de ilustrada y justiciera.

Necesario en alto grado repetimos el cumplimiento del deber que tienen los pueblos colocados en la cima de la civilización de ejercer un magisterio moral sobre las razas o agrupaciones humanas de reconocida inferioridad intelectual, pero creemos también que para cumplir tan hermoso ministerio, no se requieren otros medios que los aconsejados por el espíritu de tolerancia que informa las instituciones modernas. El misionero que recorre lejanas comarcas para derramar la luz de salvadoras ideas, la escuela que prepara generaciones para el porvenir; el periódico que combate por los eternos ideales que rinde generoso culto a la conciencia humana; el telégrafo que acerca el pensamiento y otros medios por el estilo, constituyen los llamados a realizar una pronta transformación en el modo de ser de una colectividad humana que por excepcionales circunstancias se encuentre privada de los beneficios de la civilización. Otros recursos no contribuirán nunca a llegar a un resultado satisfactorio. Los procedimientos coercitivos engendran siempre el desconcierto, la imposición sirve para separar; nunca para unir. Puede la fuerza doblegar por un momento las voluntades, mas siempre, tarde o temprano, luce el día en que los pueblos se yerguen y sacuden su pesado yugo. La historia, y en particular la nuestra, así lo evidencia.

Los osados aventureros que vinieron en la flotilla descubridora encontraron en los sencillos indios del cacicazgo de Marién cordialísima acogida. Creyéndolos seres de una naturaleza superior, desde el cacique hasta el último vasallo, hicieron cuanto fue posible para tenerlos satisfechos. Su escasa penetración no les hizo recelar nada de aquellos hombres, y así accedieron con grandes demostraciones de júbilo a que Colón construyese en sus costas una fortaleza con el aparente objeto de defenderlos de las agresiones de los caribes, sus constantes enemigos. Todo fue bien en los primeros momentos; pero después de haberse

ausentado el Almirante empezaron a manifestarse las malas pasiones de la mayor parte de los que componían la guarnición de la nueva fortaleza, y no pasó mucho tiempo sin que cometiesen increíbles excesos. Dio esto motivo a que unidos los caciques Caonabo y Guarionex atacasen y destruyesen el fuerte de Navidad. Todos los aventureros perecieron. Sobre las calcinadas ruinas, el indio quisqueyano entonó el himno de la victoria.

Vuelto Colón con poderosa armada, y fundada la Isabela, claramente comprendieron los indios cuál era el propósito que animaba a los extranjeros. De la pequeña ciudad recién fundada salieron varias expediciones para explorar el interior del país. Las ideas de amistad y unión que Colón sembraba a su paso no dejaron de producir algún fruto. Con el aparente propósito de mantener relaciones comerciales, fundóse en las orillas del Jánico el fuerte de Santo Tomás, y se confió su mando a Pedro Margarite. La inicua conducta de este dio pábulo al descontento que empezaba a cundir en los indios, originando la formación de una nueva y poderosa liga entre los caciques principales del Cibao. Todo hacía barruntar que iban a comenzar en breve las hostilidades. Ocurría esto a mediados del año 1494.

### III

En una piedra que formaba en su parte superior una especie de asiento, y cuya base iban lentamente socavando las aguas del arroyuelo que corría junto al pobre canei, estaba sentada Ámina, la flor de Maguá, la tarde en que hemos visto la pequeña aldea hondamente agitada. En su rostro, siempre radiante de alegría, se reflejaba en aquel momento una profunda tristeza. A su lado, con un arco en la mano, se veía un mancebo de gallarda presencia. Era Guará, el prometido de Ámina. El joven guerrero le decía con voz ligeramente conmovida:

—Escucha, Ámina, Louquo parece que ya no quiere proteger nuestra raza. El arijuno se pasea impunemente por nuestros valles, y pretende arrebatarnos la libertad, que es el mayor

tesoro que existe sobre la tierra. Nuestras vírgenes violadas, nuestros hogares destruidos, piden a los cielos pronta venganza. Caonabo, el invencible cacique de Maguana, y nuestro soberano el valiente Guarionex han hecho un llamamiento a sus guerreros para marchar unidos a combatir a los enemigos de Quisqueya. Primero vamos a arrojarlos de la fortaleza de Santo Tomás, y después destruiremos el gran canei que han construido en la costa. A sus habitantes les espera la suerte que cupo a los arijunos que quedaron en las tierras de Marién cuando se fue el guamiquina.<sup>11</sup> Soy guerrero, y no puedo hacerme el sordo a la voz del deber. No temas nada: venceremos a nuestros enemigos, y yo te juro que a mi regreso, que ha de ser pronto, se realizará al fin lo que tanto anhelan nuestros corazones.

Ámina nada contestaba. Con el rostro apoyado en las manos dejaba correr con abundancia sus lágrimas. Se hubiera creído, al verla así, que algún fúnebre presentimiento se albergaba en su pecho.

En la aldea ocurría en tanto un suceso de suma importancia para sus habitantes.

A los sones del tamboril y del caracol se reunían en una especie de plazoleta cincuenta guerreros armados de flechas y macanas. Era el contingente que el humilde caserío suministraba al cacique en casos de guerra; y justo es decir que en esta ocasión más que en ninguna otra el entusiasmo inflamaba los corazones, pues todos querían venir cuanto antes a las manos con los hombres que tanto daño causaban a la raza aborigen. Guará debía conducirlos hasta el lugar donde acampaba la numerosa hueste que dirigía el soberano de Maguá.

El joven besó por última vez la frente de Ámina, que continuaba sollozando, y se puso a la cabeza de los guerreros, perdiéndose a los pocos pasos tras un recodo del sendero que conducía a la aldea.

El sol se había escondido ya tras las sierras de la lejana cordillera, y la noche empezaba a extender su manto de sombras,

<sup>1</sup> Nombre con que los indios llamaban a Colón. (Nota del autor).

haciendo que los objetos perdiesen poco a poco su forma y color; y aún permanecía fija en el punto por donde habían desaparecido los guerreros que marchaban al combate.

#### IV

Construido precipitadamente, aprovechando una favorable coyuntura, el fuerte situado a orillas del Jánico carecía de algunas condiciones indispensables en las fortificaciones europeas, pero hasta cierto punto innecesarias en las erigidas en territorio americano, dadas las maneras de guerrear de los indios y las armas de uso primitivo de que se valían. Visto a cierta distancia presentaba un aspecto respetable. Las aguas del Jánico lo rodeaban por un lado sirviéndole de natural defensa y por el otro estaba convenientemente resguardado, de modo que era casi inaccesible para los guerreros indios que no podían disponer de los medios de ataque necesarios.

En vista de la actitud hostil que empezaban a tomar los naturales y de los rumores que se propagaban respecto de un próximo rompimiento, dispuso Colón a reforzar la reducida guarnición de aquella fortaleza, y al efecto envió a Alonso de Ojeda, muy conocido ya por su primera expedición al interior del Cibao, con algunos centenares de hombres, recomendándole la mayor vigilancia a fin de que no pudiera ser sorprendido por los naturales.

En el fuerte de Santo Tomás parecía reinar la más completa tranquilidad. Algunos soldados conversaban y reían cerca de la puerta principal; y solo revelaba que había alguna vigilancia el guerrero cubierto con reluciente armadura y con la alabarda. Ojeda, no obstante, estaba pensativo. Apoyado en una almena dirigía la vista por el horizonte que le circundaba, como si temiera que en algún punto de él se ocultara un peligro. El recelo principiaba a germinar en su ánimo, porque desde antes había empezado a notar que gradualmente iba disminuyendo el número de indios que acudía a comerciar con los soldados de la

guarnición. Esta circunstancia, y la noticia que le dio un soldado de haber visto como a cosa de una legua de la fortaleza un grupo de indios en actitud nada pacífica, le indujeron al acercarse la noche a disponer que una manga de arcabuceros, bien apostada, vigilase la parte del río, y que por el otro lado se triplicase el número de centinelas.

Entre tanto las numerosas tribus que acaudillaban Guarionex y Caonabo, habían acampado en la mañana de aquel mismo día a no larga distancia del fuerte, bien resueltas a destruirlo y a exterminar a sus defensores. Creyendo que la guarnición estaría desprevenida, se decidió que el osado Guará al frente de doscientos guerreros efectuase el asalto en cuanto llegara la noche. Las huestes aliadas debían esperar a poca distancia el resultado del audaz ataque que se preparaba.

Avanzando silenciosamente a favor de la oscuridad de la noche, pronto llegaron a la ribera del río opuesta a la en que estaba emplazado el fuerte. Parecía que en el interior de este todos reposaban. No se veía ni se oía en él nada que indicase vigilancia alguna. Persuadido de que la victoria era segura, Guará no vaciló un momento. Dividió sus guerreros en dos grupos y se colocó a la cabeza del que debía ejecutar la parte más difícil. Los valientes indios pasaron el río con el mayor silencio, y ya se encontraban casi tocando la fortaleza cuando resonó con formidable estrépito una descarga, seguida de otras, que iluminaron por un momento aquella trágica escena. Sorprendidos los indios, cayeron muchos de los que iban en la vanguardia bajo los tiros de los arcabuceros castellanos, mientras el resto, merced a la oscuridad que reinaba, pudo salvar en precipitada fuga la distancia que lo separaba del real de los caciques coaligados.

El fuerte volvió a sumergirse en las tinieblas; y una hora después solo se oían el acompasado murmullo del río que proseguía su solemne curso y el rumor del viento que agitaba las ramas de los árboles que adornaban sus riberas.

Entre los muertos se hallaba el denodado Guará; el primero en el asalto, fue también el primero en recibir la muerte. Con el

pecho atravesado por un balazo cayó cadáver al río, encontrado entre sus aguas tumba digna de su valor indomable.

## V

Seis veces el sol se ha ocultado tras las montañas que limitan el horizonte occidental, sin que en el caserío de Ámina se haya sabido nada de los guerreros que fueron a la lid resueltos a vencer o morir por la libertad de la raza quisqueyana. Ni diumbas ni areitos se escuchan ya en la pobre aldea: la inquietud oprime el ánimo de sus moradores, pues no hay entre ellos quien no tenga un pariente en el grupo expuesto a los azares de la guerra. Pero la tristeza mayor es la de Ámina. La virgen de los bellos ojos y de la undosa cabellera gime desconsolada. En vano sus amigas intentan mitigar su dolor con afectivas palabras; nada puede desviar su pensamiento del ser que forma el encanto de su existencia. La poética hora del crepúsculo vespertino la encuentra siempre apoyada en la piedra en que su amante se despidiera de ella por última vez y con los ojos fijos en el lado del horizonte por donde se decía que la guerra empezaba a pasear su negro estandarte.

Un día principió a circular en la aldea una nueva que produjo en Ámina un efecto indescriptible. Se dijo que Guará había muerto combatiendo, y lo que al principio no fuera más que un simple rumor, tomó presto el carácter de indiscutible verdad. Los presentimientos de Ámina se habían cumplido. Su dolor no conoció límites. Pronto, sin embargo, observaron todos con admiración que Ámina ya no lloraba. Su mirada adquirió una fijeza extraordinaria y cuando le hablaban respondía con frases incoherentes o con una risa que hacía sufrir al oírla.

Louquo, compadecido de tanto dolor, había apagado la luz de la razón en el cerebro de Ámina.

Estaba loca.

Un día desapareció de la aldea. No tardó, sin embargo, en decirse muy bajo que todas las noches, cuando la oscuridad era

mayor y los habitantes yacían en brazos del sueño, una mujer se sentaba en la piedra del arroyuelo y se ponía a conversar con las ondas que resbalaban a sus pies.

Era Ámina, la flor de Maguá.

## VI

Cuando del pobre caserío no quedaba más que el recuerdo; cuando la infortunada raza quisqueyana había sido exterminada; cuando sobre las ruinas de la rudimentaria civilización aborígen se asentaba otra más brillante y poderosa, todavía en las noches de vela se contaba la historia melancólica de Ámina; y el viajero que al caer la tarde cruzaba por aquellos lugares, al acercarse al sitio en que se alzaba la reducida aldea, creía siempre distinguir, sentada al borde del camino, a la virgen de Maguá que lloraba el triste fin de sus amores.

## Asunto importante

Querido Carlos:

Aprovecho un rato de los pocos que me dejan libres mis habituales ocupaciones, para contestar tu última epístola, y al hacerlo no puedo menos que lamentar, como en idénticas ocasiones, que mi insuficiencia no me permita responder con la hermosa brillantez que quisiera a las preguntas que me diriges sobre cuestiones de carácter literario, pues bien conoces que asuntos de este linaje solo pueden ser satisfactoriamente dilucidados por quienes han consagrado a su estudio gran parte del existencia y llegado por ello a poseer numerosos conocimientos, pudiendo por tales circunstancias figurar como autoridades más o menos respetadas en la República de las letras, pero no por individuos, como nosotros, que solo por invencible afición dedican sus escasos momentos de ocio al cultivo de la amena literatura. Semejante consideración, importantísima por cierto, no impide, sin embargo, que de cuando en cuando también eche mi cuarto a espadas para exponer con franqueza mi humilde opinión sobre puntos que atañen a nuestra hermosa lengua, por creer que es deber de todos los que la hablamos trabajar por conservarla en el mayor grado de pureza posible.

Y vamos al grano.

He aquí la pregunta que me haces: «¿En materia de lenguaje conviene acatar las decisiones de un centro, formado con el objetivo de velar por la conservación del idioma y constituido por personas capaces de cumplir, o por el contrario debemos atenernos a lo que nos dicta nuestro criterio o bien seguir las restricciones de individuos que sin pertenecer a ningún cuerpo oficial presentan por sí solos condiciones de idoneidad y ciencia para legislar de un modo acertado en estos asuntos?» Sin vacilar un momento voy a responder, porque tengo sobre este punto formado desde hace tiempo un juicio que la observación y el estudio robustecen cada vez más. Creo firmemente, salvo mejor parecer, que en el caso de dudas y contradicciones que nos encontramos, si es que verdaderamente se desea evitar que el idioma pierda su unidad y se fraccione en numerosos dialectos, hay que obedecer, siquiera sea en la parte ortográfica, los fallos de una Corporación que tenga de su parte el prestigio que dan el largo tiempo empleado en esclarecer tales materias y la suficiencia reconocida para ello de una parte de los miembros que la componen.

El prurito de hacer a cada instante innovaciones en el modo de ser del lenguaje por más que estas no tengan en su abono sino razones las más veces desprovistas de sólido fundamento, no ha dejado de perjudicar a la buena estructura del idioma, aunque como era lógico aconteciese, tales reformas, no nacidas de una necesidad evidenciada ni quizás de un sincero deseo de mejoramiento, han tenido en su mayor parte brevísima duración, por comprender a tiempo aún los mismos que al principio las acogieron con más calor, que a la postre habrían de producir lamentables resultados. Tal vez alguna de las personas que acometieron dichas reformas en varias de las repúblicas latinoamericanas (sobre todo en la Argentina donde se ha llegado a deplorables extremos en asuntos lingüísticos) hayan procedido con la mira, más que de mejorar el idioma, de crear para cada una de sus naciones respectivas una lengua cualquiera que mire la cuestión desde el punto de vista nacional, desatendiendo consideraciones de gran monta, podrá parecerle bueno y santo tal

propósito; pero bien examinado, necesario es reconocer que, aparte de ser el castellano un idioma que tiene mérito real por sus excelentes condiciones peculiares y por estar en él escrita una de las literaturas más gloriosas del mundo, existen razones de un orden superior que borran cualesquiera otras que puedan impulsarnos a destruir su necesaria unidad. La civilización moderna tiende a estrechar cada día más los lazos que unen a la gran familia humana. Numerosos adelantos realizados en el orden social patentizan a cada instante la aspiración grandiosa de hacer posible la sublime idea que se llama la fraternidad universal. A tan hermoso pensamiento corresponde el propósito de formar un lenguaje universal, para llegar más pronto por su medio a la meta señalada. Pues dados tales acontecimientos aparece puramente negativa, por no responder a la generosa evolución iniciada en el sentido de unir más estrechamente a la humanidad, la idea de crear con el habla castellana hondamente descompuesta y con voces de ajena procedencia idiomas particulares, si es que tal nombre pueden merecer los pobres dialectos que a formarse llegarán de ese modo.

Que la Real Academia por su antigüedad, con la indiscutible competencia de algunos de sus miembros, y por otras circunstancias que no se escapan a ninguna persona medianamente instruida, debe de ser obedecida en la parte ortográfica, aunque en otras se disienta de su criterio, cosa que parece sumamente necesaria por más que muchos no la estimen así, unos por convicción sincera en un todo digna de respeto y otros guiados por móviles que no deben cambiar esos asuntos. Harto se me alcanza que hay mucho de cierto en los cargos dirigidos a la Corporación de Madrid por Gómez Salazar, Antonio de Valbuena y otros funcionarios enemigos de ella. Como estudio con ahínco el actual movimiento literario, no ignoro la polvareda que han levantado en España el último de los escritores y otros con la publicación de obras en que se censura destempladamente la duodécima edición del Diccionario de la Academia.<sup>1</sup> Confieso, empero,

<sup>1</sup> *Fe de erratas del Diccionario*, por A. de Valbuena, *Doña Lucía*, novela histórica o historia novelesca. (Nota del autor).

que aunque conozco que las críticas de que ha sido objeto el nuevo léxico oficial tienen a veces sobrado fundamento, no me parecen, sin embargo, suficientes, como sin duda han propuesto sus autores, para desacreditar a la corporación que tiene a su cargo la custodia del idioma, haciendo que venga a menos su autoridad, conveniente a no dudarlo para evitar innovaciones perjudiciales. Voces mal definidas, carencia de muchos vocablos no opuestos a la índole del idioma; palabras que aún se usan y deben usarse calificadas malamente de anticuadas y, voces que sobran; falta de numerosas locuciones, frases familiares y refranes, tales son, en resumen, los principales cargos que dirigen a la Academia sus tenaces detractores, en un lenguaje que raya a menudo en destemplado e insultante. No puede ponerse en duda que en la obra aludida existan tales errores, y también voces de abolengo americano pésimamente definidas como se puede probar fácilmente. Pero como quiera que es imposible o sumamente difícil por lo menos componer un diccionario que sea el efecto o cosa parecida, nada tienen de extraño los errores lexicográficos que han motivado las amargas censuras citadas, que al fin y al cabo son útiles, pues descartado lo mucho que en ellas pone el apasionamiento, siempre quedan observaciones que de fijo aprovechará la Academia cuando se ocupe en una nueva edición de su maltratado léxico. Así y todo, según el sentido de escritores imparciales, es este el mejor de cuantos se han publicado de la lengua castellana.

Y cuenta que reconozco a fuer de imparcial que no solo en asuntos lexicográficos incurre la Academia en graves errores: cuestiones puramente gramaticales resuelve ella de un modo que me parece erróneo, y las cuales no menciono por no alargar demasiado esta carta. Dicho sea esto en honor de la verdad. Pero te lo repito: creo muy necesario que se siga su dictamen en lo que atañe a la ortografía, aunque en otras cosas se disienta, por ser la única manera de lograr que el castellano conserve la unidad que imprescindiblemente necesita para continuar figurando por su peculiar estructura, por la fuerza onomatopéyica de muchas de sus voces, por su pronunciación fácil y armoniosa, por su sintaxis

que permite dar a la frase cortes acabados, y por mil primores más, en el número de los idiomas más bellos y sonoros que se hablan en el globo. No concluiré este párrafo sin copiarte lo que dice un escritor chileno que acaba de adoptar la ortografía de la Academia, que dicho sea de paso, es ya la más seguida en España y América. Así se expresa el escritor nombrado: «Todos los países o individuos de América que queramos reformas en la lengua castellana, trabajemos unidos hasta conseguir que la Academia, por sí misma o por un congreso de españoles y de americanos nombrados al efecto, introduzca en ella esa reforma que cada día se hace más necesarias; mientras tanto, respetemos lo subsistente; respetemos la autoridad constituida; no fraccionemos más; no introduzcamos más confusiones».

Los que de veras rendimos culto a la hermosa lengua con que en la época del mayor auge de las letras españolas vistieron sus brillantes pensamientos: Fray Luis de León y Santa Teresa, Calderón y Lope de Vega, y en tiempos posteriores Moratín y Jovellanos, Larra y Donoso Cortés, Bello y Baralt y otros escritores de imperecedero renombre, estamos en el deber de luchar, cada cual en la medida de sus fuerzas, porque no se pierda la unidad y pureza del habla castellana, felizmente en nuestro país, por circunstancias favorables, con menos alteraciones y corrup-telas que ninguna otra de las naciones americanas que formaron parte de la monarquía española.

Tuyo de corazón,

F. G. y G.



## Aniversario

**M**uchos le han olvidado ya. Con tal rapidez ocurren los acontecimientos en la vida social, y son tan variados y numerosos, que casi siempre el suceso últimamente acaecido borra de la memoria, en parte o por completo, el hecho que poco tiempo antes atrajo nuestra atención y obtuvo larga resonancia. Sucede a menudo que un acontecimiento, por ser de excepcional importancia, se grava más fuertemente que otros en la memoria; pero pasa el tiempo y merced a su bienhechor influjo concluye por perder algo de su prístina fuerza o por extinguirse del todo.

Así es y así debe ser. Es una ley sabia esa del olvido. ¿Qué sería de nuestra pobre alma agobiada casi continuamente por los desencantos que brinda la existencia si el olvido no proporcionase una tregua a nuestros dolores, si los sufrimientos morales que con frecuencia nos aquejan no fuesen perdiendo parte de su intensidad de día en día? Triste, sombría, como noche sin término, transcurriría entonces la existencia. Afortunadamente las cosas pasan siempre de otro modo.

No transcurre un día, una hora, un minuto, sin que la muerte, la implacable muerte, deje de cumplir su terrible tarea de segar existencias, no respetando frecuentemente ni aun aquellas que el sol de la juventud ilumina. A cada instante vemos desaparecer para siempre de la escena de la vida, seres queridísimos

con quienes vivíamos en dulce comunidad de sentimientos y de ideas; y apodérase profunda tristeza de nuestros ánimos al mirar así extinguirse prematuramente personalidades que hubieran sido en su día útiles en alto grado a la noble causa del mejoramiento público. Cada vez que ocurre una de esas pérdidas irreparables que el patriotismo llora, cada vez que vemos apagarse el fuego de la vida de uno de esos corazones que amaron el bien, cada vez que se extingue una de esas inteligencias consagradas a esclarecer los grandes problemas filosóficos y sociales que agitan el sentimiento humano, sentimos amargo desconsuelo y parecemos que con ella se ausenta parte de nuestra propia existencia. Sucédense luego los años, y el bálsamo del olvido va poco a poco borrando tan tristes memorias que acaban por desaparecer completamente, a la manera de esos celajes formados por el sol poniente que conforme este desciende van perdiendo parte de su vivo matiz hasta concluir por desvanecerse del todo.

Y, sin embargo, no siempre sucede así. Hay seres dotados de una sensibilidad que no les permite olvidar fácilmente. Procura uno a veces desechar el triste recuerdo que le acosa con tenaz insistencia, y es vano nuestro afanar, pues cuando más se quiere alejarlo más pronto vuelve a dominar nuestra mente. Tal nos sucede cada vez que el tiempo, en su curso incesante, marca la fecha triste en que bajó a la tumba el amigo querido que se llamaba Lorenzo J. Perelló hijo. Quisiéramos dejarla pasar sin decir nada, pero no nos es dable hacerlo. Impulsados por fuerza misteriosa abrimos otra vez las cartas que de él conservamos como precioso recuerdo, y de nuevo nos transportamos a aquella época de nobles esfuerzos y patrióticos sacrificios en la que tanto descolló el abnegado joven santiagués.

Tenía veinte y tres años cuando murió. ¡Veinte y tres años! ¿Se puede acaso hacer algo digno de perdurable renombre en tan corto tiempo de existencia, y en estas sociedades pagadas del lauro alcanzado en sangrientas lides que del mérito conseguido practicando actos de ejemplar civismo? Algo hizo, no obstante, el joven malogrado que motiva estas líneas, que le hace merecedor ya que no de legar un nombre lleno de gloria a la posteridad, de

figurar a lo menos dignamente en el número de los individuos, escasos por cierto, que en los resueltos tiempos que alcanzamos, han sabido dar muestra de que aún no se ha concluido el verdadero patriotismo y de que aún vive el sentimiento del deber en muchos nobles corazones.

Al servicio de la causa del bien puso siempre con admirable desinterés las dos cosas que podía consagrar: su pluma y su elocuencia. Contribuyó a instituir sociedades y fundó y dirigió periódicos. Con incansable tesón batalló en la prensa por el triunfo de hermosos ideales. En el calor del combate tal vez incurrió en algunas exageraciones, por muchos censuradas; pero nada extrañas si se tiene en cuenta el ardor juvenil, y el no haber todavía adquirido su juicio la madurez que solo dan el tiempo y el estudio detenido y completo de la vida social. Como muchos notaron, el grupo que en aquel entonces luchaba en el campo de la legalidad por el mejoramiento político del país, y en el cual ocupa puesto prominente nuestro llorado amigo, no había podido resumir en un programa claro y concreto sus patrióticas aspiraciones ni establecido una norma de procedimiento que diese a los trabajos que por el bien se hacían la unidad indispensable para arribar a soluciones que satisficiesen cumplidamente a los que de veras querían ver a la República encaminada a la adquisición de un porvenir venturoso. Sin un credo que armonizase distintas aspiraciones, y sin una línea de conducta, por todos seguida, que diese cohesión y fuerza a los pocos que enhestaban la bandera de los principios en la candente arena en que se agitan los partidos políticos, no era posible alcanzar lo que sinceramente se quería. Así lo comprendimos con tristeza desde el primer momento, y así se lo dijimos repetidas veces al amigo inolvidable.

Hay ciertos males que por el concurso de diversas circunstancias echan tan hondas raíces en el organismo social, que es difícilísimo hacerlos desaparecer de allí y para alcanzar tal resultado no se ponen en juego los medios que el estudio del modo de ser de las sociedades ha revelado como los únicos de ello capaces. Toda reforma tiene precisamente que ser gradual para

poder alcanzar un resultado favorable. La idea salvadora que hoy apenas despunta, siguiendo la serie lógica de su desarrollo, no tardará en ser realidad consoladora y en brillar como astro de potente luz. Para mejorar, para reformar, hay, pues, que proceder lentamente, cumpliendo sucesivas gradaciones, y procurando con sumo tiento y cordura limar las asperezas que a menudo se presentan. Cualquier reforma que pretenda intempestivamente y de golpe cambiar las instituciones o el modo de ser de un pueblo, tiene por necesidad que provocar una reacción que dará al traste con ella y hará después más difícil su realización. Así nos lo enseña a cada paso la historia de las evoluciones sociales.

¡Qué poder tan grande el de los recuerdos! Por este sencillo fenómeno psicológico llamado asociación de ideas, aún imperfectamente analizado, y que ocupa interesantísimo lugar en las operaciones intelectuales, sentimos cómo los recuerdos se encadenan en nuestra mente y cómo de los unos pasamos insensiblemente a los otros. Aún nos parece contemplar en la tribuna al malogrado joven, con la mirada fija en el vasto salón brillantemente iluminado y lleno de personas ansiosas de oír su voz. Su acción era correcta, y su elocuencia sumamente pintoresca: pudiérase creer que sus ideas tenían matices de brillante mariposa. Su voz clara y sonora resonaba siempre en la vasta sala haciendo que todas las almas sintiesen de igual manera que la suya, y a cada momento era interrumpido por aplausos atronadores. Pero más que perorar en las sociedades agradábale dirigir su palabra en ciertas solemnidades al inmenso pueblo congregado. En esos instantes parecía transfigurarse. Sus expresivos ojos rechispeaban y de sus labios brotaba cascada de hermosas ideas que al caer sobre la muchedumbre la hacían prorrumpir en frases de entusiasmo, en vítores y aclamaciones. Era entonces cuando verdaderamente estaba en su elemento.

No nos queda de él más que la memoria. Temprano, muy temprano, cual esas flores todavía llenas de aroma y colores que el huracán arrebató a su paso, inclinó su frente en el regazo apacible de la muerte. El día tristísimo que recordamos siempre con pena, se cerraron sus ojos y se apagó para siempre la luz de

su inteligencia. Allá en la falda de la montaña gigante que irgue su cima al pie de la heroica Santiago, duerme el último sueño el joven y abnegado luchador. Allí reposan sus restos aguardando el momento, que ya tarda, de ser trasladado a la Necrópolis santiaguense, para que pueda al fin descansar cerca de los seres que más quiso, y de la ciudad que fue objeto de su constante amor y teatro de sus modestas glorias.

Agosto 21.



## Salomé Ureña de Henríquez

### I

La poesía aparece como elemento importantísimo en el desarrollo de todas las civilizaciones. En ella se reflejan con entera fidelidad el carácter y las aspiraciones de un pueblo o de una raza y las ideas que más han contribuido a su progresivo desenvolvimiento. Puede considerarse por eso la historia de la poesía como síntesis brillante de los progresos realizados por el humano espíritu en la sucesión de los tiempos, como cuadro completo y admirable de vida social, que ofrece siempre al observador grande y provechosa enseñanza.

Considerada en su conjunto, la poesía presenta diferencias marcadísimas, como producto al fin de diversas entidades sociales. Y por gradación necesaria, dentro de la poesía particular de un pueblo, se advierten también notables diferencias generadas por el peculiar modo de ser de los individuos que la cultivan. Aunque una por su esencia, la poesía es varia por sus múltiples maneras de expresión. Lo que distingue al verdaderamente artista es el modo propio, personal, que tiene de sentir y expresar la belleza que palpita en los mundos de la naturaleza y del espíritu. Y necesario es convenir que son raros, muy raros, los poetas que saben sentir con fuerza la belleza y expresarla correcta y armoniosamente. De ahí que cuando surge en un medio social

cualquiera uno de esos seres de cuya mente fluye a toda ahora manantial de brillantes ideas en forma llena de sonoridad y armonía, todos los espíritus se vuelven hacia él anhelando bañarse en el río de oro de sus pensamientos y de todos los pechos se escapan gritos de admiración que forman a su alrededor coro perpetuo de alabanzas. Tal sucede con la ilustre poetisa que motiva estos mal trazados renglones.

Desde que floreció la célebre monja mexicana, que recluida en la soledad de un claustro supo con sus inspirados cantos despertar el entusiasmo de sus contemporáneos mereciendo que se le apellidase la *décima musa*, hasta nuestros días, numerosas mujeres americanas han sabido mantener vivo el celeste fuego de la poesía en el templo imperecedero del arte. En la época actual en que el gusto es sobremanera exigente y en que es necesario poseer grandes dotes intelectuales para conquistar el codiciado laurel de la gloria, han brillado y brillan como astros de primera magnitud poetisas cuyos nombres no citamos por ser de todos conocidos. A ese número pertenece sin duda alguna la señora Salomé Ureña.

Su poesía es elevada, correcta, sonora, armoniosa. Sus inspiradas rimas, ora arrullan dulcemente a las almas sumergiéndolas en arrobadores ensueños, ora despiertan en los corazones la indignación, el dolor, la alegría, según el sentimiento que la haya hecho pulsar las cuerdas de su lira. De carácter elevado son los asuntos que más frecuentemente trata. Casi todas sus composiciones encierran alguna idea filosófica, la que acrecientan más el indisputable mérito de ellas. Su musa no desciende a ciertas trivialidades, ni se deja llevar por las corrientes que arrastran siempre a los talentos mediocres. Viril y llena de grandeza es su poesía, como elaborada al calor de las grandes ideas de regeneración y de progreso que el espíritu moderno propaga continuamente por todos los ámbitos del globo. Se encumbra a menudo su fantasía a espacios que solo puede recorrer el genio: si en ocasiones es la alegre mariposa que vuela casi tocando al suelo, las más veces es el águila que se posa en las cumbres y se cierne en inmensas alturas. Sentir hondo y pensamiento elevado

resplandecen en sus rimas que son casi siempre reflejo fidelísimo de la verdad social. Una de las primeras glorias de la literatura contemporánea, el insigne autor de *Raimundo Lulio* y de *Maruja*, han escrito los siguientes conceptos calificados por alguien, con razón sobrada, en nuestro sentir, como un nuevo y luminoso canon literario: «La poesía, para ser grande y apreciada debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva extraño a cuanto le rodea, y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana como el arado remueve la tierra: abriendo surcos». Así, así es muchas veces la poesía de la señora Ureña de Henríquez.

## II

Pocas son las composiciones de nuestra poetisa en que se celebran esferas de la naturaleza, que ha sido, es y será fuente de tener inspiración para el artista. Su poesía es, sobre todo, palpación vigorosa de la vida social. Se conoce que lo que más atrae su atención es la lucha de encontradas ideas que agita constantemente a las sociedades. Tiene, sin embargo, dos producciones pertenecientes a aquel género que admiran por su naturalidad y por la singular belleza de la forma. La sonriente naturaleza de nuestros privilegiados climas no pierde sensiblemente nada de su gallarda lozanía con la aparición del período más triste del año. Pero a su influjo efectúase en otras regiones una notable transformación. Llega el invierno, la época en que las fuerzas creadoras de la naturaleza parecen perder algo de su misterioso poder, y decrece en los corazones el fuego de la vida, y los árboles desnudos de la obra semejan verdaderos esqueletos, y sobre campos y ciudades extiende la nieve su melancólico sudario. Este contraste ha hecho decir a la poetisa en su bella composición titulada «La llegada del invierno»:

En otros climas a sus rigores,  
pierden los campos gala y matiz,  
paran las aguas con sus rumores,  
no hay luz, ni brisa, mueren las flores,  
huyen las aves a otro confín.

En mi adorable gentil Quisqueya  
cuando el otoño pasando va,  
la vista en vano busca tu huella  
que en esta zona feliz descuella  
perenne encanto primaveral.

Una joya de delicados esmaltes es la pequeña composición denominada «El ave y el nido». Difícilmente puede escribirse nada más tierno y sencillo. ¡Cuánta ternura palpita en esa corta producción! Leyendo créese ver el nido labrado en *el hueco de piedra dura* y las señales de temor de la pobre madre que espera perder su tierna prole. Es una verdadera filigrana. No podemos resistir el deseo de copiarla íntegra. Hela aquí:

¿Por qué te asusta, ave sencilla?  
¿Por qué tus ojos fijas en mí?  
Yo no pretendo, pobreavecilla,  
llevar tu nido lejos de aquí.

Aquí en el hueco de piedra dura  
tranquila y sola te vi al pasar,  
y traigo flores de la llanura  
para que adornes tu libre hogar.

Pero me miras y te estremeces  
y el ala bates con inquietud,  
y te adelantas, resuelta, a veces,  
con armoniosa solicitud.

Porque no sabes hasta qué grado  
yo la inocencia sé respetar,  
que es para el alma tierna, sagrado  
de tus amores el libre hogar.

¡Pobre avecilla! Vuelve a tu nido  
mientras del prado me alejo yo,  
en él mi mano lecho mullido  
de hojas y flores te preparó.

Mas, si tu tierna prole futura  
en duro lecho miro al pasar,  
con flores y hojas de la llanura  
deja que adorne tu libre hogar.

### III

Pero la cuerda que más vibra en la lira de oro de la señora Ureña de Henríquez, es indudablemente la del patriotismo. De ella han brotado sus más sentidas y elevadas estrofas. Los recuerdos de inmensa gloria que encierra la historia de la raza quisqueyana; el hecho magno que dio vida a la nacionalidad dominicana llevado a cabo el día de inmortal memoria por el titánico esfuerzo de un corto número de héroes en cuyos generosos pechos ardía la llama del amor patrio; la restauración de nuestros derechos como entidad nacional, conculcados en día nefasto con la mano de un mandatario que no vaciló en sustituir el glorioso pabellón cruzado con extraña bandera, y sucesos de grande importancia para el mejoramiento material e intelectual de la República, son los asuntos a que ha consagrado la mayoría de sus cantos la distinguida poetisa antillana.

Mucho tendríamos que escribir si nos propusiéramos hacer un detenido examen de las producciones de la ilustre hija del Ozama que aparecen en el libro publicado por la benemérita Sociedad «Amigos del País», y de otras que han visto la luz

después de la aparición de dicha obra. Semejante propósito podría llevarnos muy lejos. Como quien recorre un camino que ofrece a cada paso risueñas perspectivas, deteniéndose aquí para completar tal paisaje lleno de color y vida, parándose más allá para ver mejor el apacible arroyuelo que retrata en su clara linfa la imagen de los árboles que le sirven de dosel, haciendo alto más adelante para admirar la pintoresca llanura que semejante a un mar de esmeralda se dilata ante la asombrada vista, vamos, a pesar de lo expuesto, a examinar, siquiera sea ligeramente, algunas de las rimas de la célebre cantora, dando para ello la preferencia a aquellas que por su particular carácter reflejan mejor la personalidad que los produce.

«La gloria del progreso» es una oda de gran mérito. En ella palpitan generosos sentimientos y levantadas aspiraciones. Júzguese por el principio:

No basta a un pueblo libre  
la corona ceñirse de valiente:  
no importa, no, que cuente  
orgulloso mil páginas de gloria,  
ni que la lira del poeta vibre  
sus hechos pregonando y sus victorias;  
cuando sobre sus lauros se adormece  
y al progreso no mira  
e insensible a los bienes que le ofrece  
de sabio el nombre a merecer no aspira.

Son bellísimos los alejandrinos «A la patria». En ellos se ponen de relieve los patrióticos sentimientos de la autora, y resalta la esperanza de ver a la tierra predilecta de Colón encaminarse a mejor destino por sendas más luminosas que la hasta entonces seguida. Es una composición que se lee con gran placer. Abundan en ella estrofas como estas:

Mas hoy que ya parece renaces a otra vida  
con santo regocijo descuelgo mi laúd,

para decir al mundo si te juzgó vencida  
que te alzas victoriosa con nueva juventud;

que ostentas ya por centro del libre el estandarte  
y por dosel, tu cielo de nácar y zafir,  
y vas con el progreso que vuela a iluminarte  
en pos del que te halaga brillante porvenir;

que ya los nuevos hijos se abrazan como hermanos,  
y juran devolverte tu augusta dignidad,  
y entre ellos no se encuentran ni siervos ni tiranos  
y paz y bien nos brinda Unión y Libertad.

La generosa revolución de noviembre que echó por tierra  
un régimen gastado y proclamó ideales salvadores, falseados más  
tarde por las ambiciones del personalismo, le inspiró estas estro-  
fas, dignas de grabarse en mármol:

Todos venid y en fraternal alianza  
estrechad vuestros nobles corazones;  
reprimid el rencor de las pasiones  
y revivan al sol de la esperanza  
del patriota las dulces ilusiones.

Y pues grande ayer en Capotillo  
espanto fuisteis de la hispana gente,  
aún reclama el esfuerzo del valiente  
para dar a sus triunfos nuevo brillo  
Quisqueya la gentil, la independiente.

Mas deponed la poderosa espada  
con que abris el camino a la victoria  
guardadla de hechos grandes en memoria:  
que en esta nueva singular cruzada  
no será de las armas la alta gloria.

La hazaña inmortal realizada del 27 de Febrero de 1844, día en que acabó para siempre la odiosa dominación haitiana, inflama su numen y le ofrece ocasión de manifestar una vez más sus patrióticas aspiraciones. Merecedores de conservarse en la memoria de todo buen dominicano son los siguientes versos:

Mas ah ¿piensas que ya basta  
ese triunfo de hazañas y grandezas?  
a más altura tu bandera enasta,  
de otra lucha que aguardan las proezas.

Convoca a tus legiones  
no ya al festín de la matanza fiera  
sino a la santa lid de las naciones  
donde el talento vencedor impera.

Tus campos sin cultivo  
que se dilatan bajo un sol de fuego,  
de su vigor aguardan primitivo  
de fecundante paz el blando riego.

Aguardan del celoso  
y activo agricultor vastos plantíos  
que tu crédito alzando poderoso  
deben aliento y esperanza y bríos.

De la segur al filo  
doblegan la cerviz tus selvas graves,  
para dar a los pueblos un asilo  
vida al comercio y a los puertos naves.

La muerte del insigne patriota Ulises F. Espaillat le inspira acentos elegíacos dignos de la lira de Leopardi, el cantor de las grandes tristezas. Y en verdad que todo lo merecía aquel hombre que ha sido el tipo más brillante de civismo que pueden presentar estos revueltos tiempos en que la visión se

yergue y la virtud esconde avergonzado. Amor probado al bien y honradez inmaculada fueron sus timbres más preclaros. Era justo como Arístides y abnegado como Cincinato. Desempeñó la primera magistratura de la República sin que la maledicencia pudiera clavar en él su agudo diente y cuando las pasiones desbordadas le hicieron descender de su elevado puesto, se retiró a su hogar con la conciencia tranquila y perdonando a sus enemigos. Las amargas decepciones que sufrió anticiparon la hora de su muerte. Queremos repetir aquí lo que a este respecto hemos dicho en otra parte: «a la noticia de su muerte la nación entera se vistió de luto; las pasiones políticas cedieron un momento de reposo; los poetas arrancaron de sus vidas sentidísimas elegías y tristeza profunda se enseñoreó de todos los corazones, cual si con la muerte del egregio santiagués hubiera desaparecido parte de la vida nacional. Debe ser hermoso morir de este modo, oyendo, quizás, allá en las profundidades del sepulcro, el sentido llanto de todo un pueblo». He aquí algunas estancias de la admirable composición que le consagra la poetisa dominicana:

[...]

por eso el llanto de los ojos brota  
y la Patria laméntase, no en vano,  
y acongojada en su dolor se agita,  
que ha perdido el deber un ciudadano,  
y un defensor la libertad bendita.

[...]

Soldado de la Patria generoso  
nunca rindió su corazón honrado,  
de honores ni de mando codicioso.  
Si el triunfo deseado  
sus esfuerzo coronó, heroico empeño,  
gozarlo quiso en el hogar tranquilo,  
y de sí mismo y de sus obras dueño,

haciendo el bien sin aspirar renombre  
a la par le siguieron en su estilo  
la admiración y la maldad del hombre.

Con pena no seguimos admirando las otras muchas producciones de carácter patriótico y social que se encuentran en el precioso libro de que ya hemos hecho referencia. La falta de tiempo y el temor de ocupar mayor espacio del que nos hemos propuesto, nos lo vedan de consuno.

#### IV

Muy digna de atención, por ser en ella donde más se refleja el carácter de un autor, es esa poesía dulcísima que canta los dolores y alegrías de hogar, que es el oasis donde descansamos de los perennes trabajos de la vida social y el único asilo donde encuentra espíritu la calma perdida en la lucha diaria de ideas, afectos e intereses que se debate en el escenario del mundo. Tiene en este género la señora Ureña numerosas producciones de gran mérito que bastarían por sí solas para conquistarle una envidiable reputación literaria. Entre muchas que podríamos citar son bastante notables por el sentimiento que revelan las tituladas: «¡Padre mío!», «A mi madre», «A mi esposo ausente», «A mi hijo» y otras más que han contribuido a acrecentar el renombre de su ilustre autora, que es hoy sin duda una de las primeras poetisas que puede presentar la literatura hispanoamericana.

El ave ha enmudecido desde hace algún tiempo. Hoy se ocupa la distinguida poetisa en las penosas faenas del magisterio, que le impiden arrancar a su lira nuevas armonías. A veces, sin embargo, cuando ocurre uno de esos sucesos con que la patria se regocija por ver en él signo inequívoco de la aproximación de su ansiado mejoramiento, merced a los ácidos trabajos de los obreros del progreso, en cuyo número se encuentra la cantora dominicana en primera fila, rompe el silencio y deja oír estrofas de sobresaliente mérito. Dígalo si no la oda leída en

el acto solemne de la investidura de las seis primeras Maestras Normalistas. Es una obra de excelente mérito desde cualquier punto de vista que se la quiera considerar. He aquí parte de ella:

¡Ah! La mujer encierra  
a despecho del vicio y su veneno,  
los veneros de lo grande y de lo bueno.

Mas de una vez en el destino humano  
su influjo se ostentó libre y fecundo,  
ya es Veturia; y desarma a Coriolano,  
ya Isabel, y Colón halla otro mundo.

Hágase luz en la tiniebla oscura  
que al femenil espíritu rodea,  
y en sus alas de amor irá asegura  
del porvenir la salvadora idea.

¿A qué copiar más? Todas las estrofas de esta brillante producción son por el estilo. Se principia a leerla, y cuando se ha concluido, siente uno el deseo vehemente de empezar de nuevo.

Hora es ya de poner punto final a estos renglones. Y no lo haremos sin antes expresar que al escribirlos no nos ha guiado otro objeto que el de rendir nuestro homenaje de admiración, pobre como nuestro, a la mujer de noble corazón y elevada inteligencia que ha sabido unir su nombre al de los grandes poetas que en la sonora lengua castellana pueblan el espacio de dulces e impercederas armonías.



## El Santo Cerro

**E**n diversas ocasiones había oído a varias personas encomiar la belleza del panorama que presenta la rica e inmensa Vega Real observada desde el Santo Cerro; y tales elogios avivan en mi ánimo el deseo de contemplar cuanto antes tan grandioso espectáculo, que, según se cuenta, arrancó un grito de admiración al inmortal genovés cuando lo vio por vez primera, y del cual tenía yo formada una idea que suponía fuera algo exagerada, pues no dejaba de temer que, como ordinariamente acontece, no correspondiese a ella ni a las frases de encarecimiento que escuchara, la fría realidad, siempre propensa a destruir los juicios que formamos de las cosas que solo de oídas conocemos.

Al fin, pocos días después de mi llegada a La Vega, pude realizar el proyecto que alimentaba hacía tiempo de conocer el grandioso panorama, por todos reputado como uno de los más hermosos que pueden admirarse en América, donde hay tantos y tan bellos. En una deliciosa tarde del mes de febrero del año 1881, un amigo que se había prestado gustoso a acompañarme y yo, montamos en rápidos y cómodos corceles, y después de pasar el límpido y rumoroso Camú y de contemplar por última vez el pintoresco llano en que se asienta la ciudad de La Vega, nos dirigimos por el camino real que une a esta población con la cercana de Moca. Después de caminar cerca de legua y media,

llegamos a un punto en que el camino se bifurca: a la derecha teníamos el que conduce a Moca; a la izquierda el que lleva a la eminencia que era objeto de nuestro viaje. Seguimos por este último, y pronto descubrimos la parte inferior de la larga cuesta que termina en el Santo Cerro. Aún no habíamos ganado la tercera parte de la penosa subida, cuando empezó a descubrirse parte del cuadro que tanto anhelaba conocer: a medida que ascendíamos el paisaje se ensanchaba más y más, y ya al concluir la pendiente cuesta, al pie del pequeño caserío que en la cima de la elevada loma ha edificado la piedad religiosa, pudimos abarcar de una ojeada la maravillosa escena que se desplegaba ante nuestros ojos, que no podían saciarse de admirar las innumerables bellezas en ella agrupadas por la pródiga naturaleza de nuestros privilegiados climas.

No es posible describir aquí las emociones que se sucedieron en mi alma, dispuesta siempre a admirar cuanto en el espíritu y la naturaleza nos eleva a la serena contemplación de la belleza, en los momentos en que mi vista escudriñaba hasta los más recónditos sitios del paisaje, descubriendo a cada paso primorosos detalles que contribuían en alto grado a aumentar la grandeza de aquel incomparable conjunto. ¡Qué hermoso, qué sublime espectáculo! Pudiera creerse que la naturaleza había querido dar a los hombres una muestra de su poder, reuniendo en aquellos parajes a los prodigios de una vegetación espléndida todo un mundo de colores, de matices y armonías. Para ver mejor el magnífico espectáculo sentéme sobre la yerba en una pequeña elevación del terreno, muy cerca de la iglesia que se ha levantado en aquel sitio para conmemorar un milagro allí acaecido en los primeros días de la conquista.

El tono brillante que da carácter peculiar a los paisajes intertropicales, siempre llenos de luz y color, se acentuaba más sobre aquella hermosa tarde, la más a propósito para que un pintor inspirado hubiera pretendido reproducir con la posible fidelidad todo el conjunto maravilloso que teníamos delante. A veces algunas nubes velaban el disco del Sol, marcando en el inmenso manto de verduras grandes espacios de sombra, que formaban

hermoso contraste con las partes que permanecían iluminadas. Desde el lugar en que estaba sentado podía observar el maravilloso cuadro hasta en sus más insignificantes pormenores. Abajo, al pie casi de la base de la eminencia desde donde mirábamos la campiña, veíanse por el camino que va a Moca, el cual se dilataba ante nuestra vista semejante al serpenteo de inmenso reptil, cruzar hombres, mujeres y cabalgaduras grandemente disminuidos por la distancia. Hacia la parte septentrional el verde oscuro de la lujuriosa vegetación, interrumpido a trechos por pintorescos bohíos, se prolongaba hasta confundirse con el puro azul del lejano horizonte, figurando todo un mar hermosísimo no alterado por los embates del viento. Y para hacer más posible la ilusión columbrábase con la línea en que aparentaban unirse el cielo y la tierra una nubecilla de un color blanco sumamente puro: parecía la vela de un buque que se alejaba por aquella dirección. Cerca, muy cerca de la línea mencionada, aparecían unas pequeñas formas blancas, distinguiéndose una más que las otras: eran las casas de Moca. Y la más visible, según nos dijeron, era la iglesia.

Por la parte oriental el paisaje presentaba una ligera variación: veíase ya la línea curva que anunciaba el comienzo de una montaña que iba unirse a otras que no me era posible divisar desde el punto en que estaba colocado. La hermosa y dilatada sabana de San Diego se extendía hasta terminar al pie de la montaña que cierra por aquel lado el paisaje. De la villa de San Francisco de Macorís, situada en la misma dirección, se alcanzaba descubrir una forma indecisa que era la iglesia. Por el oeste ya la variación era mucho más sensible: los últimos picos de la cordillera Central se dibujaban sobre el limpio azul del cielo, dando más variedad y belleza al incomparable panorama.

Sinceramente lo confesamos: espectáculo como aquel necesitaría para ser descrito como se debe una de esas plumas brillantes que lo expresaban todo con vivo colorido o uno de esos pinceles que pueden trasladar al lienzo con admirable perfección todos los colores, todos los matices, todos los juegos de luz y sombra que ofrecen los cuadros rientes de la naturaleza.

Superior a nuestras fuerzas consideramos la tarea. ¿Puede acaso nuestra tosca pluma dar nunca cercana idea de aquel lujo de colores, de aquellos bosques de palmeras que por doquier se divisan, de aquellas pardas humaredas que se pierden en el espacio, de aquellos pájaros multicolores que cruzan a cada paso los aires, de aquella variedad de líneas que quita al paisaje toda monotonía, de aquellos hermosos contrastes, de aquel todo, en fin, grande, hermoso, magnífico, que dilata el alma y le presta alas para volver a las regiones luminosas de lo bello y de lo sublime?

Cerca de dos horas estuve abismado en la contemplación de aquel hermoso panorama. La campana de la vecina iglesia que daba el ángelus me hizo despertar de mi largo arrobamiento. De nuevo tomamos el camino ya recorrido, y mientras íbamos por él aún me parecía contemplar el hermosísimo panorama que poco antes había admirado, el más bello sin duda alguna que he visto en el curso de mi existencia.

## El naturalismo

*L*as dos grandes ideas que en el orden filosófico se disputan el dominio de las inteligencias, mantienen hoy porfiada lucha en el campo del arte. Idealistas y naturalistas combaten en nuestros días con el mismo encarnizamiento que realistas y no realistas en la Edad Media. Y existe actualmente, dígase lo que se quiera, la misma intransigencia que entonces. El exclusivismo, como en aquellas épocas, es el carácter distintivo de las modernas escuelas. Cada una de estas cree firmemente poseer la verdad, y en ese concepto formula preceptos y establece cánones, cuyo cumplimiento exige rigurosamente fulminando anatemas contra los que no los acatan, como hace Emilio Zola, el más caracterizado jefe del naturalismo en Francia, quien trata de tontos o imbéciles a todos aquellos que no participan de sus opiniones.

Negarse es imposible que en la presente hora, debido indudablemente al derecho, ya poco discutido, de examinarlo todo con entera libertad, existe una deplorable confusión en las esferas intelectuales, pues a cada paso se oyen sobre puntos que parecían resueltos definitivamente opiniones a cual más contradictorias. De tristes consecuencias es este estado para el progresivo desenvolvimiento intelectual, porque como es de esperarse tiende a establecer una especie de anarquía, mala como todas, y hace nacer la duda en muchas inteligencias que no aciertan a

descubrir luz alguna que pueda guiarlas en semejante tenebroso caos. Dice por ejemplo, un autor moderno: «La estética no es ya ciencia de las vaguedades y abstracciones, antes tiene un campo bien definido y las enseñanzas que ella preconiza adquieren cada día autoridad y prestigio».<sup>1</sup> Y otro autor, también contemporáneo, escribe: «Confieso que el pulso me tiembla al entrar en una cuestión cuyas bases son aún objeto de opiniones contradictorias, hasta el punto de que con razón se pide por muchos el más completo olvido de cuanto hasta ahora sobre estética se ha escrito, para formar un nuevo concepto de lo bello sobre los sólidos principios de las ciencias experimentales».<sup>2</sup> No puede ser mayor el mal que lamentamos, y que lamentarán sin duda con nosotros todos los que toman por lo serio estas cosas. Y lo peor del caso es que no tiene remedio.

Enemigos, como somos, de todo lo que sea exclusivismo, no condenamos ni condenar podemos a la nueva escuela naturalista, antes al contrario la creemos resultado necesario de un movimiento filosófico que responde cumplidamente a las aspiraciones de una época como la actual en que todo se analiza y se discute. Condenamos sí en el naturalismo artístico ciertos principios que pregona muy alto a cada momento contrarios a nuestro modo de ver a toda sana finalidad estética, y la aplicación exagerada que hacen de sus doctrinas algunos sectarios con mengua de la moral y hasta de la dignidad humana. A nadie que haya estudiado algo estos asuntos podrán extrañarle tales exageraciones, en las que han incurrido todas las escuelas literarias que se han sucedido en el mundo. El clasicismo cayó como es sabido en el deplorable exceso, y más tarde el romanticismo rebasó los límites debidos, dando origen a creaciones extravagantes o monstruosas, que labraron pronto su descrédito haciendo abstracción de doctrinas que en manera alguna podemos aceptar y dentro de ciertos límites demarcados por el buen sentido, el naturalismo puede y debe figurar como elemento de grande trascendencia para el logro de fines de cultura social.

<sup>1</sup> *El romanticismo en España*, por José Leopoldo Feu. (Nota del autor).

<sup>2</sup> *Estudios literario*, por José Verdes Montenegro. (Nota del autor).

Como según lo demuestra una atenta observación de las cosas, lo ideal y lo real se compenetran estrechamente en lo que existe, no vemos la causa de los radicales distingos de la escuela que pretenden que hay un abismo insalvable entre dos formas del ser que deben vivir en íntima armonía como en la naturaleza sucede. En nuestro humilde sentir, es posible rendir culto a lo ideal y ser naturalista a un mismo tiempo en el buen sentido de esta palabra. No acertamos a ver el motivo de que se excluyan. Sucede sí que ambas ideas llevadas a la exageración, como a menudo se mira, obligan a que al fin se las considere como opuestas e irreconciliables. Tan malo es el idealismo que se pierde en abstrusas especulaciones falseando a su antojo la realidad de las cosas que no debemos perder nunca de vista, como le escuela que personifica opuestas tendencias exagerando la misma realidad hasta lo sumo. Tan opuesta manera de ver las cosas, equivocada a no dudarlo, produce en los que siguen exclusivamente el primer sistema concepciones pueriles reñidas con la sana verdad, y obliga a los que solo se informan en el otro a abultar las cosas de una manera nada convincente. El arte, para realizar sus fines esenciales, es completamente libre: solo debe acatar aquellos preceptos que la necesidad impone y contra los cuales fuera demencia rebelarse.

Sea el novísimo naturalismo artístico, según unos, *derivación o degradación de romanticismo*, según otros, producto de las teorías evolucionistas que agitan el mundo intelectual, o partícipe de ambas cosas a la vez, es el caso que sus doctrinas ganan terreno y que exageradas en su pernicioso influjo en dos géneros literarios de altísima importancia: el drama y la novela. Obra de puro entretenimiento y encerrando a la más superficial enseñanza, la novela, por obra y gracia del falso naturalismo imperante, hase convertido en un apéndice de algunas ciencias. Novelas de Zola y de otros naturalistas, aún más *naturalistas* que él, corren por el mundo en las cuales se describen con admirable lujo de detalles algunas enfermedades del humano organismo. Todos los síntomas, todas las fases de ciertas dolencias se encuentran allí descritos magistralmente como en el mismo libro de Medicina.

En otras se pintan con vivo colorido escenas pornográficas y hechos horribles que dejan en el espíritu dolorosas impresiones. ¡Y hay quienes dicen que en todo eso palpita una finalidad moral! En verdad reconocemos que aún no hemos acertado a descubrir, aunque mucho lo deseamos, cuál es el objeto moral que se supone a tales producciones. Al bien no se va por el mal; se va por el bien mismo. Después de leer una de esas obras como *L'Assommoir Nana* y otras en que se encuentran fotografiados con admirable fidelidad vicios sociales de la peor especie, tal vez habremos adquirido más conocimiento de las bajezas, debilidades y miserias humanas; pero de fijo no sacaremos nada de provechosa enseñanza, nada que dilate el ánimo, nada que eleve el espíritu a las regiones luminosas de la belleza y del bien. Lo bello y lo bueno ¿pueden acaso encontrarse bajo el lodo?

Oigamos lo que dice la escuela naturalista: «El hombre es, fatalmente, el producto de un temperamento particular, hereditario, que se desarrolla en cierto medio físico, intelectual y moral, el cual se modifica por diversas circunstancias». Es decir que todas las energías de la voluntad, los relampagueos de la inteligencia, las palpitaciones del sentimiento, no provienen de algo íntimo, propio, especial, personal, sino son resultados de ciertas condiciones fisiológicas modificadas por influencias puramente físicas. El hombre, *la bestia humana*, como lo llaman los naturalistas, no es un carácter, es un temperamento que a cada instante se modifica por el medio ambiente, la nutrición y otras causas por el estilo. El libre albedrío no existe: obramos porque a ello nos vemos impelidos fatalmente. Los grandes genios que han iluminado con vivos resplandores la senda que la humanidad recorre; los héroes que han hecho el sacrificio de su vida en aras de excelsos ideales; todos los que han ejecutado acciones sublimes, imperecederas, no han hecho todo eso guiados por una fuerza íntima radicada en su ser, sino porque sus temperamentos, ya fatalmente predispuestos, han sido movidos a ello por influencias puramente naturales. No negaremos por cierto, porque negarlo sería desconocer lo que la realidad enseña, que el medio en que se vive influye no poco en el hombre, y que heredamos

accidentes físicos y quizá actitudes intelectuales; pero de esto a creer como varios naturalistas que no hay irresponsabilidad moral por ser efecto nuestras acciones de causas exteriores que operan sobre un organismo ya preparado, hay una diferencia radical, inmensa. De semejante *determinismo* resulta, por lógica generalización, que el criminal no es responsable de sus actos: si ejecuta un crimen es porque no ha podido hacer otra cosa. A esa cuenta en lugar de ser trasladado a una cárcel o a otro sitio de reclusión, merecía ir a un hospital o a un manicomio en todo caso. Desconfiemos, la historia nos advierte, de estos sistemas en que se despoja al hombre de su libertad moral, sin la cual no pasa de ser un jeroglífico completamente indescifrable.

La influencia de tan perniciosas doctrinas se deja sentir ya en la novela de un modo nada favorable a este género literario. Despojada la novela de su finalidad estética ha se trocado en auxiliar de varias ciencias. Tal transformación es en extremo deplorable. La ciencia y el arte tienen sus esferas de acción bien demarcadas. Pueden auxiliarse mutuamente, pero nunca invadir sus respectivos campos. Indudablemente el arte para crear la belleza debe de tener por base la verdad. Tipos, caracteres, costumbres, hechos sociales requieren ser copiados con la mayor fidelidad para que produzcan el efecto que se anhela, esto es, proporcionen al ánimo momentos de agradable solaz y aun alguna enseñanza. Y también creemos que el novelador debe buscar siempre para asuntos de sus obras hechos de la vida social que no tengan el triste privilegio de inspirar repugnancia al público que solo busca honesto y agradable entretenimiento. Para determinar más el contraste, que es el alma de la creación artística, introduce a veces el novelador en sus obras hechos y caracteres que suelen inspirar repulsión. Nada podemos objetar en este caso. Si de la acertada contraposición de caracteres, primorosamente retratados, resulta la belleza, y es esta, como se sabe, el objetivo del artista, parécenos que en manera alguna puede ser este objeto de censura. Mas de este procedimiento al que está hoy en moda media grandísima distancia. El naturalismo repugna o aparenta repugnar todo linaje de hechos que tienden

a elevar el alma a luminosos espacios, y así busca con fruición lo extravagante, lo grotesco, lo monstruoso, y se complace en retratar con frecuencia hechos y personajes de lo más abierto del cuerpo social. Mujerzuelas libidinosas, obreros soeces, y otros personajes de este jaez, son los tipos en que se ocupa con una delectación la novísima escuela, y que, fuerza es confesarlo, retrata, las más de las veces, con acierto y una profusión de pormenores que asombran. Y preguntamos: ¿qué sanas emociones puede producir en el alma la pintura fiel de lo horriblemente feo, de lo horriblemente monstruoso? Si esos tipos abyectos y viciosos que tanto fijan la atención del naturalismo, compusiesen toda la sociedad, podría ser entonces disculpable tal modo de proceder; pero como afortunadamente no es así, como en la colectividad social si existen vicios también existen virtudes, si hay miserias, y no pocas, también hay muchas cosas buenas, tan extraña manera de pintar las cosas, haciendo abstracción del conjunto y fijándose solo en ciertos detalles, falsea por completo la misma realidad y origina nocivos resultados.

No entraremos a discutir aquí si el arte tiene en sí mismo su fin, al decir de unos, o si, según sostienen otros, aparte de su objetivo estético entraña fines de alta trascendencia. Si es lo primero, con realizar la belleza cumple su objeto; si es lo segundo, ¿por qué llevar siempre a la escena caracteres que aun siendo reales no encierran enseñanza que no redunde en desprestigio de la personalidad humana? El fin de esto, a decir verdad, no puede ser bueno por más que se diga. Lo que nos consuela únicamente es que tan tristes exageraciones tienen que producir pronto una reacción que pondrá coto a tales excesos. No comprendemos el arte de esa manera. Reproducir lo que es o lo que deber ser con brillante colorido, hacer que nuestra alma se expanda en la contemplación serena de lo bello, impresionarnos hondamente dejándonos entrever risueñas perspectivas, es para nosotros el verdadero objetivo del artista. El arte que pretende otra cosa no es más que una falsificación del verdadero, lo cual la crítica ilustrada pone en evidencia.

## Paz<sup>1</sup>

**N**egarse es imposible que la paz es el bien de más precio para las humanas agrupaciones. Donde ella no existe, míranse tan solo retroceso y ruina; donde ella impera, aparecen las conquistas intelectuales de todo género y el adelanto material en todas las variadas formas. La paz es el principal remedio de los males que afligen al cuerpo social, y es por eso que en los lugares donde la verdadera civilización ha sentado sus reales, pueblos y gobiernos de consuno procuran su más prolongado sostenimiento. Convencidos debemos estar de que la paz es la base de todo adelanto positivo, y de que a su sombra únicamente pueden tener realización cumplida los fines de mejoramiento material e intelectual a que las sociedades encaminan sus naturales aspiraciones.

Causa principalísima, o si se quiere única del estado de estacionamiento en que se encuentran algunas de las repúblicas latinoamericanas, es la falta de tranquilidad durante prolongados períodos, en los que solo se oye el ruido pavoroso de la guerra, empleada como medio de solución de ciertas cuestiones de poca importancia en la práctica de las instituciones democráticas; equivocación dolorosísima y de incalculable trascendencia, pero harto disculpable, si se atiende haber sido el régimen seguido

<sup>1</sup> Aunque el presente artículo ha sido publicado, lo reproducimos aquí por creer que nunca está de más repetir ciertas cosas. (Nota del autor).

por España en sus antiguas posesiones ultramarinas el menos adecuado para dar de sí agrupaciones capaces de realizar, sin necesidad de cruentos sacrificios, la obra magna de su reconstrucción política.

Mal tan grave tiene que lamentarlo, y mucho, la nacionalidad dominicana. Aún no del todo constituida por el esfuerzo heroico de los próceres del glorioso 27 de Febrero, y ya las pasiones políticas claman enfurecidas, y ya asoma la cabeza de repugnante personalismo origen principal de nuestras discordias, y cuyo imperio subsiste y aún subsistirá largo tiempo, pues ha echado hondas raíces en el organismo nacional. Y tras el clamoreo de las opuestas ambiciones, como natural consecuencia, viene la guerra con todo su cortejo de horrores y todo su séquito de males. Brevísimas épocas de paz interrumpen tan desconsolador estado de cosas, y durante ella adviértese únicamente en los que dirigen la cosa pública el deseo vehemente de impedir que pase el poder a manos de sus enemigos políticos.

Hoy tocamos las consecuencias, y para remediarlas pedimos paz. Este bien social inapreciable es para la patria salvación suprema. Asegurarse puede que la paz, en el actual momento histórico, es la principal de las aspiraciones que abraza la generalidad sensata, la cual desea fervorosamente su prolongación, una vez que solo imperando ella podremos llegar a la práctica consciente de las instituciones democráticas, únicas adaptables a nuestra manera de ser y únicas capaces de llevarnos a la adquisición de salvadores fines.

Grave equivocación sufren aquellos que creen que los males de todo género que aquejan nuestro organismo político pueden ser curados por medio de las revoluciones, pues no se detienen a pensar que estas, salvo en rarísimas excepciones, lo que hacen es aumentar prodigiosamente el número de aquellos, trayendo a la superficie nuevos funestísimos elementos de retroceso y discordia. Las revoluciones siempre dejan tras sí, como legítimo resultado, cosecha abundantísima de males, y entre nosotros más, por ser en la mayoría de los casos el medio de satisfacer ambiciones personales que pugnan por alcanzar el poder para

desde allí ocuparse solamente en fraguar estériles combinaciones de partido o intrigas de personalismo mezquino, en vez de procurar por cuantos medios hubiere la ciencia de gobierno, el engrandecimiento del país, para dar así prueba evidente de abrigar grandeza de miras y sentir elevado patriotismo.

No es posible desconocer que son muchas las sombras que oscurecen nuestro horizonte político debidas en gran parte a la ineptitud de algunos gobernadores o a su falta de virtudes cívicas; pero necesariamente tiénese que convenir que la desaparición de esas sombras no es cosa de momento, y sí de la acción benéfica y dilatada de la paz, reinando la cual podrán únicamente resolverse todos los problemas así políticos como económicos, que tanto preocupan en la actualidad y de cuya solución pende, sin duda, el anunciado mejoramiento de la República.

Así como en el mundo físico buscan los líquidos su nivel, también los pueblos, por medio de instituciones adecuadas a su modo de ser y en consonancia con el espíritu científico de su época, buscan un estado de relativo perfeccionamiento. Para la adquisición de semejante estado requiérese tranquilidad perfecta, porque inútil sería pretender llegar a su posesión un medio social, agitado y perturbado de continuo por luchas intestinas, y en el cual no sería posible llevar a la práctica, con la serenidad y calma que para ello se necesita, las ideas de mejoramiento social que han de cambiar ventajosamente nuestras deficientes instituciones.

Hay que desengañarse: con la paz todo, sin la paz nada. Pídela a gritos la necesidad imperiosa de fomentar nuestra empobrecida agricultura, base principal de la riqueza pública, atrayendo corrientes inmigratorias que poblarían zonas por demás extensas, hoy casi desiertas y sin cultivo, y mañana fuentes de producción positiva. Pídela también la necesidad de propagar la instrucción en todo el territorio nacional, necesidad harto sentida por cuantos estudian determinadamente la marcha irregular que llevan las cosas, y ven en ella el solo medio de lograr y cumplir los deberes y derechos que entraña la vida democrática. Pídenla, en fin, la necesidad de consolidar nuestro crédito en el

exterior, la conveniencia de explotar las innumerables riquezas que encierra nuestro suelo y la de acometer ciertas empresas de vital interés para el bienestar del país.

Deber de todos los que quieren el bien de la patria es procurar la conservación de la paz. Paz cimentada en la oralidad y en el respeto a la ley; paz en que se mire respetada la libre acción jurídica del ciudadano en el ejercicio de sus derechos humanos, y en la que aparezcan todas las clases sociales unidas en una sola bendita aspiración: la de colocar la República a la altura que demandan sus gloriosos recuerdos históricos.

## Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce

*H*e ahí los tres grandes poetas de mayor resonancia en la moderna literatura española. Los dos últimos, sobre todo, personifican diversa y trascendental experiencia del actual movimiento literario, uno de los más fecundos que registra la historia del arte, mal que pese a una crítica insuficiente que por fijarse más en engañosas excentricidades que en el fondo de las cosas, toma por signos de decadencia las señales que anuncian que en el orden artístico, como en todos los órdenes en que se evidencia la libre actividad humana, se está operando una transformación que abre nuevos horizontes al numen poético, de acuerdo con las ideas de adelanto científico proclamadas en esta hora solemne de la historia. Expresión acabada de vida social, al influjo de las tendencias innovadoras que agitan el mundo intelectual, sin languidecer y consumirse en impotentes esfuerzos. Bien cierto es, por desgracia, que exageraciones inconducentes propias de estas épocas de renovación enturbian las fuentes del arte, y producen corrientes malsanas que tienden a destruir los mismos sólidos fundamentos del orden moral. Si detenidamente se estudian las épocas más brillantes de la literatura, pronto se notará que en todas ellas ha habido momentos en que el mal gusto ha reinado, erigido casi en sistema, aunque en breve una saludable reacción ha venido a poner las cosas en su lugar, restableciendo los

verdaderos ideales estéticos, y echando por tierra los que en la apariencia los habían definitivamente sustituido.

No falta quien sostenga que la literatura decae a pasos precipitados, por el solo hecho de presentarse indicios del mal gusto en una limitada parte de ellas. Opinión es esta que solo prueba ser observador muy superficial quien lo expone, y contra la cual protestan los grandes ingenios de este siglo que en el drama, la novela y la poesía lírica han adquirido y adquieren cada día mayores títulos a la admiración universal. A cada instante se lee y se oye que la poesía agoniza, a causa del espíritu de mercantilismo que se infiltra en las esferas; y tal opinión que corre cada día con más valimiento es, dígame cuanto se quiera, es errónea a todas luces. A nada han azotado con tan furiosos embates los vientos del escepticismo como a la idea religiosa. Se ha combatido con todo linaje de armas y con el firme propósito de borrarla para siempre de la conciencia humana. Negaciones radicales se han echado y se echan a volar para hacer asequible tal objeto. Y ¿cuáles son sus resultados? Los que se debían. Lo que se ha debido desaparecer, ha desaparecido; lo que ha debido quedar, ha quedado. Lo accidental, lo contingente aparece o desaparece según convenga; lo esencial, lo absoluto persiste indefectiblemente. La corriente de las ideas modernas arrastra instituciones decrépitas, dogmas que ya no tienen razón de ser, formas teóricas incompatibles con el derecho y la justicia; pero por más grande que sea su violencia no podrá arrancar jamás de la conciencia la idea capital grabada en ella con caracteres indelebles, la idea de Dios. Revelada por la institución y demostrada por el raciocinio, clarísimo en el santuario de la conciencia y visible a toda hora en el orden del universo, la idea de Dios no puede nunca borrarse de nuestro entendimiento, a pesar de negaciones que no tienen nada de originales, producidas por causas de diversa índole, cuya enumeración no viene al caso. Semejantes negaciones, aunque de momento levantan mucho ruido, y hasta crean escuelas en que se afilian numerosos prosélitos, concluyen prontamente dejando de su paso huellas apenas perceptibles. Ninguna voz ha resonado más alto en nuestro siglo

que la voz de Víctor Hugo. Voz de sibila o de inspirado profeta ha parecido a veces la suya al escucharse tronando contra seculares tiranías y señalando a la humanidad nuevos y luminosos derroteros. Su palabra, al servicio de la justicia, ha combatido fuertemente torpes preocupaciones, mezquinos privilegios, instituciones impotentes ya para realizar fines de progreso en la vida social. Pero la idea de Dios no se borra jamás de su inteligencia. En la hora triste de la muerte, cuando el alma se recoge para la última suprema meditación, cuando cesan las influencias del exterior y brilla la verdad con todos sus colores, el sublime pensador pronuncia esas palabras que la humanidad aún escucha: «Creo en Dios».

Pues lo que sucede con la idea religiosa acaece también con la poesía. Observadores vulgares, inspirados en el examen incompleto o superficial de los hechos, sostienen a cada paso que el momento que alcanza la humanidad no es en nada favorable al desenvolvimiento de la poesía, y se fundan para decir tal cosa en la antinomia que supone existe entre la ciencia y el arte, como si la vida y la belleza estuviesen reñidas, como si no fuesen dos irradiaciones que parten de un solo foco de luz, como si la ciencia y el arte, que no son sino formas de nuestra libre actividad, no emanasen de un mismo origen que es la personalidad humana. Ciertamente parece que en determinadas épocas históricas se ha observado o creído observar el hecho de que a mayor actividad científica corresponde menor actividad artística y viceversa; pero no es método nada lógico partir de este hecho, imperfectamente examinado y producido tal vez por circunstancias contemporáneas, no bien conocidas, para deducir de él consecuencias que no se hallan en todo conformes con la realidad. Ejemplo elocuente de ello es nuestro siglo. En ninguna de las edades de la humanidad ha llegado como la actual centuria el espíritu científico a ejercer tal influjo en todas las esferas de la vida social; y, sin embargo, ¿acaso esto ha impedido el desarrollo de una literatura brillantísima que hará época en la historia del arte, y que florezcan grandes ingenios en un todo dignos de perdurable renombre? Mientras el ideal

científico adelanta, en igual proporción adelanta también el ideal estético. Lo que sucede es que el fanatismo de escuela, siempre intolerante, prefiere quedarse rezagado a seguir los rumbos que le indican nuevas doctrinas. El arte, como todo, experimenta cambios que sin destruir su reticencia, porque no es posible, lo va modificando parcialmente. Y hay que seguir los nuevos caminos abiertos a la actividad intelectual sin exageraciones que todo lo falsean, o de lo contrario se expone el artista a ver despreciadas sus obras que al fin concluirán por ser recuerdos del pasado absolutamente desprovisto de valor estético. No, la poesía no puede morir. Únicamente cuando los gérmenes de vida esparcidos por el planeta pierden su potencia creadora a impulsos de gigantes convulsiones teológicas u otros accidentes materiales, haciendo en él imposible la existencia del ser humano, podrá apagarse el fuego bienhechor de la poesía. Antes no es posible que se extinga su luz. La poesía es expresión de vida social, y solo puede extinguirse con la vida. Los accidentes que hoy se lamentan son de suyo pasajeros. No deja el sol de brillar por más que negras nubes cubran su disco; el cielo sigue siempre azul por más que abajo rujan con furia la tormenta. Confirmación espléndida de que la poesía no ha muerto son los tres grandes poetas que en el período comprendido desde los albores del romanticismo hasta hoy, han derrochado y derrochan tesoros de inspiración y de armonía. Nos referimos al cantor inmortal de *Granada*, al original creador de las *Doloras* y al insigne autor de *El vértigo* y *La visión de Fray Martín*.

\*\*\*

Indudablemente Zorrilla es el poeta más popular que ha producido España en la presente centuria. Y eso se comprende fácilmente. Su poesía, siempre sonora, es el eco fiel de las creencias y de los sentimientos del pueblo. Su inspirada musa celebra con más frecuencia las leyendas y las tradiciones conservadas y

embellecidas por la fantasía del pueblo, amantes siempre de las pasadas glorias y de los hechos que exceden del nivel común. Su estética no entraña esas grandes aspiraciones filosóficas que palpitan en las obras de otros poetas también como él ungidos por la gloria. No canta proponiéndose un objeto determinado que dé a sus versos carácter trascendental: canta porque no puede otra cosa. Él mismo lo ha dicho en su hermosa poesía «A Valladolid»:

¿Quién soy yo? No me hagáis tales honores,  
no me deis opinión, bando y colores:  
yo no soy más que un pájaro que canta.  
¿No cantan en abril los ruiseñores?  
Dios me puso la voz en la garganta  
puso en mi corazón la poesía,  
¡ay! Y si no cantara... me ahogaría.

Ninguno como él ha sabido con tan especial predilección recoger esos recuerdos de hechos aún no depurados convenientemente por la crítica histórica y guardados como oro en paño por la fantasía popular, para darle nueva y brillante vida en sonoras estrofas esmaltadas de bellísimas imágenes. Admirador entusiasta de glorias que pasaron para quizás nunca volver, en peregrinación artística, ha ido de ciudad en ciudad, de región en región, deteniéndose para cantar, ora a las ruinas de feudal castillo en que la imaginación popular pone el asiento del novelesco suceso, ora al olvidado monasterio que se alza en medio de pintoresca campiña, lejos de los rumores y de las acechanzas del mundo, ora a la cruz que se levanta en solitario sitio para conmemorar hecho portentoso que vive en la memoria de las gentes, ora, en fin, a la catedral gótica imponente, majestuosa, símbolo de épocas gloriosa, la cual con sus agujas que se pierden en el espacio, con sus vidrios de colores que descomponen la luz, con sus sepulcros de mármol que revelan la nada de las grandezas humanas, despiertan en la mente místicas ideas y convidan al alma a la meditación y al recogimiento. Ninguno, ninguno como

Zorrilla ha podido pintar todo esto con más brillante colorido en canciones y leyendas, a veces incorrectas por no cuadrar con su carácter el cumplimiento de ciertos preceptos, pero siempre llenos de espontaneidad, de primorosos esmaltes, de suavísima frescura y de mágica armonía.

Siglos hace que los árabes habitaron en España, al impulso de enemigos hados tuvieron que abandonar las fértiles comarcas de la risueña Andalucía. Otra raza se posesionó entonces de aquellas regiones, y otra religión y otras costumbres sucedieron a la religión y a las costumbres de los vencidos árabes. Jamás pueblo alguno ha marcado tan hondamente la huella de su paso como el pueblo árabe en las comarcas que habitaran durante varios siglos. Algo de aquella civilización oriental, tan propicia al deleite de los sentidos, se refleja todavía en el modo de ser de la raza que puebla esas regiones. Todavía se elevan con gran profusión en las ciudades andaluzas los blancos almenares, desde cuyas cimas llamaba el almuédano a orar a los creyentes; todavía se contemplan monumentos en que brilla el genio artístico de aquel pueblo; todavía se admira la Alhambra incomparable cubierta de vistosos ajimeces, reclamada de preciosos alicateados, de brillantes azulejos, y llena aún del recuerdo de aquellos abencerrajes caballerescos y de aquellos gomeles y zegríes valerosos que así rompían lanzas con sin par gallardía en los granadinos torneos, como derramaban su sangre generosa en los campos de batalla, ya en luchas civiles suscitadas por ambiciones mezquinas, ya en la guerra santa emprendida contra los odiados cristianos, implacables enemigos del hombre musulmánico. De ahí el tinte oriental que a menudo se percibe en la poesía del vate vallisoletano; de ahí el lujo de imágenes con que siempre sabe embellecer los partos de su fecunda fantasía.

El espíritu palpita vigoroso en los cuadros magníficos del autor de *Margarita la tornera*. Es su poesía reflejo del pueblo español, de verdadero pueblo amante de sus costumbres originales, de sus creencias rayanas en la superstición, y de otras cosas privativas que le imprimen fisonomía especialísima, no de ese otro pueblo contagiado ya por las influencias extranjerías, que se

modifican de un modo quizás favorable para su mejoramiento en su peculiar manera de ser, en cambio le están haciendo perder los rasgos característicos que tanto lo distinguen de otras agrupaciones nacionales. Zorrilla, sin duda alguna, puede decirse que es el poeta más genuinamente español que se conoce.

\*\*\*

Campoamor es verdaderamente original. Críticos extranjeros de gran nombradía se han fatigado en vano procurando descubrir analogías y semejanzas en las producciones del ilustre asturiano con las de otros poetas que han figurado brillantemente en el mundo literario. Unos le hacen descender literalmente de Heine (cosa extraña en nuestro concepto dadas las diferencias que existen entre la poesía de ambos), otros de Leopardi; otros, por último, de Musset y Víctor Hugo. Sin quitar de que en el fondo tenga Campoamor leves puntos de semejanza con alguno de los poetas citados, circunstancia que nada tiene de extraña, antes al contrario es sobrado natural, tales juicios lo que hacen es aumentar más y más la merecida fama del creador de las *Doloras*. Cuando vemos que eminentes críticos extranjeros se ocupan con notable interés en hacer el análisis de las obras de un poeta, procurando adjudicar a sus naciones respectivas la gloria de poseerlo, siquiera sea considerándole como continuador de algunas de sus primeras celebridades, fuerza es convenir que la personalidad así disputada, entraña méritos reales y condiciones suficientes para legar su nombre a la posteridad envuelto en resplandores de gloria.

Así pasa con el gran poeta a que hacemos referencia. De todos los poetas que han florecido en España en la actual centuria, Campoamor es el que más ha despertado la curiosidad en otras naciones. Sin dificultad nos explicamos esa circunstancia. Original y filosófica en el fondo, su poesía tiene primores de forma que deslumbran. Para él como para nadie que se detenga a meditar seriamente sobre lo existente, no hay en la naturaleza

ni en la sociedad hechos absolutamente aislados. Todo en ellas se relaciona. Según su modo de ver, los hechos son como eslabones de una cadena, como partes de un gran todo. El gran mérito está en observar bien las relaciones de unos hechos con otros. Se necesita para ello estudiar a fondo y libre de prejuicio las cosas que vemos. El autor de las *Doloras* descubre en el hecho que considera sus articulaciones con otros y forma con las ideas particulares que ellos representan una más general que los comprende. De esta manera de ver las cosas dimana la profundidad filosófica que encierran sus producciones. Este procedimiento cautiva por su solidez y deslumbra por su alcance. Tal vez contribuya también a producir esos tintes pesimistas y escépticos que a menudo se echan de ver en sus *doloras* y poemas. Conforme casi siempre con el modo de ser de los sucesos que afectan favorable o desfavorablemente nuestra resistencia por creer que no está en nuestra mano remediarlos, si revela en determinados momentos que oprime su alma una vaga tristeza, esta es siempre sincera, y no tiene nada común con ese sentimentalismo empalagoso que distingue a los que por fijarse solo en el lado ideal de las cosas desatendiendo el positivo, ven únicamente en el escenario social engaños y maldades, ruinas y desastres, sin parar mientes en que todos esto tiene su razón de ser, que radica, no como algunos erróneamente suponen, en intervenciones que no pueden explicarse de un modo racional, sino en nuestra propia naturaleza por ley imposible de eludirse.

Líbrenos Dios de incurrir en la inmodestia de creer que podemos emitir un juicio acabado sobre la filosofía de Campoamor. De fijo sabemos que es esa tarea que excede a nuestras fuerzas. Lo que hacemos es estampar aquí, apresuradamente, pues no nos es dado hacerlo de otro modo, lo que nos sugiere el estudio que hemos hecho de las obras del ilustre poeta y de algunas de las críticas de que ha sido objeto. El concepto que de la realidad tiene la escuela de Campoamor, pues ha llegado a formarla y no así como se quiera, responde a un examen filosófico basado en un procedimiento rigurosamente científico. Así la evolución de su poesía sigue un orden

enteramente lógico. Nada describe Campoamor, al decir de sus biógrafos, que no tenga objeto definido. Principia su poesía en la *dolora*, resumen de un hecho particularmente encadenado a otros; siguen en los *pequeños poemas* que en opinión de unos son *doloras prolongadas* y en el sentir de otros *conjuntos de doloras enlazadas y comprendidas por una idea superior*, y termina en la *epopeya trascendental*, síntesis suprema de lo existente, la cual abarca todo lo pasado y lo presente. A esa idea responde (y de aquí las opiniones son por demás contradictorias) su *Drama universal*, conjunto de hechos diversos, de contrarias aspiraciones, de opuestos sistemas, donde por extraña manera todo se une y se resuelve en una idea capital, oscura para algunos, luminosa enteramente para otros.

Dejando a un lado consideraciones sobrado filosóficas que nos harían ocupar mayor espacio del que queremos, hay que convenir en que este celeberrimo poeta cuenta con valiosos títulos para aparecer en el número de los que han sabido libertarse del yugo de las preocupaciones de escuela para caminar por sendas hasta entonces desconocidas y después transitadas con numerosos imitadores.

\*\*\*

Menos filosófica sin duda que la poesía de Campoamor es la del célebre autor de los *Gritos del combate*; pero en cambio refleja con más fuerza la realidad social al poner de relieve las angustias y dudas que torturan el ánimo en estas épocas de agitación en que todo se transforma. En su poesía viril y resonante palpitan los dolores e indecisiones de nuestro siglo con más intensidad que en ninguna otra. Núñez de Arce, como creo que se ha dicho ya, es el que mejor ha realizado aquella famosa definición de la poesía: *sentir hondo, pensar alto, hablar claro*. Que siente profundamente lo que expresa en sus magníficas estrofas, que su pensamiento se remonta a grandes alturas, que es claro como pocos siendo su forma modelo de corrección y elegancia, cosas

son que nadie que haya leído con interés sus rimas podrá poner en duda ni por un momento: tanto resaltan en ellas las brillantes cualidades enunciadas.

Esa duda sombría que aqueja a muchas grandes inteligencias en estos tiempos de renovación en que todo parece incierto, también oprime el alma del gran poeta castellano. Al mirar lo porvenir cubierto por densas nieblas, la incertidumbre se apodera de los ánimos y la tristeza de los corazones. Instituciones que durante largos siglos reinaron sin rivales en la humana conciencia, caen de sus pedestales al impulso de los desencadenados vientos que agitan la atmósfera social, y van a reunirse con tantas y tantas cosas que hoy se miran como curiosos fósiles en el museo de la historia. Por inducciones completas y por deducciones rigurosas, el espíritu científico se ha elevado a inmensas alturas, y empieza a hacer luz sobre cosas imperfectamente conocidas que se pretendían explicar por ingeniosas hipótesis o por causas más o menos racionales. La ciencia escudriña hasta las últimas profundidades del cosmos. Guiada por su inflexible anhelo de verdad no se detiene ante los obstáculos que arraigadas preocupaciones han hacinado en su camino. Los elementos del pasado, al ser vulnerados, se defienden como es natural, y de la lucha que surge se deriva ese estado angustioso, cuya nota característica es la duda. Tal es la causa de que el poeta diga: *que irresistible terremoto moral, mueve al mundo*, y que más adelante agregue:

¿Es acaso el crepúsculo del día  
que se extingue con la aurora del que empieza?  
¿Es ¡ay! renacimiento o agonía?

Renacimiento decimos nosotros. ¿Si no hubiera esas transformaciones que en ciertas épocas cambian el modo de ser de las sociedades, la humanidad no existiera o a lo menos arrastraría una existencia parecida a la de algunos animales? ¿No es el movimiento natural imprescindible? ¿No es por ventura factor importantísimo de vida? Sin movimiento no hay transformación y sin transformación no hay progreso. Verdad es esta de

indiscutible evidencia. Tiempos mejores vendrán; y a la duda que nos oprime, sucederá, como producto de estas agitaciones que hoy tanto nos asustan, la verdadera fe, la fe en dogmas sublimes no impuestos por escuelas o sectas exclusivas sino proclamados por la razón humana, que dando rodeos que no podemos comprender busca la fuente inagotable de que procede Dios.

De tan visible estado de incertidumbre se origina este tinte melancólico que se advierte en las producciones de Núñez de Arce, y que tanto agrada a las organizaciones predisuestas a sentir como el ilustre poeta. A los que en algo participamos de sus dudas y temores, nos gustan sobremanera sus rimas. Núñez de Arce es, a no dudarlo, el continuador de los grandes líricos de la época más brillante de la literatura española, las sobresalientes cualidades de su poesía, majestuosa, escultural, sonora, hecha de molde, dice la inminente escritora Emilia Pardo Bazán, *para recitada por algún Simónides moderno, de pie sobre una roca, dominando el rumor de la alborotada multitud y el estrépito de la lid política-religiosa*.<sup>1</sup>

El insigne autor de *Raimundo Lulio* ocupa con razón sobrada puesto prominente en la literatura contemporánea. Ha sabido ser original en lo que la originalidad, tal como muchos la entienden, es hoy posible; y es de mencionarse y de aplaudirse en él no haber dado esos ejemplos de insubordinación literaria, tan frecuentes en los que llegan a su altura y de tan pernicioso resultado para las medianías. Ha condenado esa poesía ligera, insustancial, artificiosa, que nada dice al alma, y ha indicado los caminos que deben seguirse en estos tiempos de renovación y de combate. Reformador moderado, sus doctrinas empiezan a abrir nuevos horizontes al arte. Por eso será imperecedera su gloria.

<sup>1</sup> *Los pasos de Ulloa (apuntes autobiográficos)*. (Nota del autor).



## Margarita

(EPISODIO ÍNTIMO)

### I

¡Pobre Margarita!

Solamente cinco o seis personas acompañamos su cadáver al cementerio.

Era una tarde hermosísima.

Aún el espíritu menos dispuesto a entregarse a cierto género de meditación, le impelía a ello con fuerza irresistible el contraste que formaba aquella tarde espléndida, llena de luz y vida, con el ataúd que conducíamos en hombros y el dolor que se reflejaba en nuestros semblantes.

La naturaleza sonreía, presentándose a nuestros ojos ataviada con las galas de su más deslumbradora magnificencia.

Mientras el reducido acompañamiento caminaba por un sendero de la silenciosa Necrópolis en busca de la fosa en que iba a depositarse nuestra fúnebre carga, hízome olvidar por un momento mi pena el lujo de matices y colores que por doquiera aparecía. En las ramas de los árboles, de continuo habitadas por una brisa cargada de aromas, volaban alegres y multicoloresavecillas; lucía el cielo con un azul purísimo, y a lo lejos el sol poniente daba al maravilloso cuadro los últimos toques, dorando la

cumbre de las lejanas montañas y formando en las nubes variados y pintorescos arreboles.

En la situación en que se encontraba mi espíritu hubiera querido que aquella tarde el cielo apareciese sombrío, silenciosos los pajarillos, el sol velado por negras nubes, que todo, en fin, armonizase con el estado de mi ánimo presa en esos instantes de dolorosos recuerdos.

Y nada de eso sucedía.

Cumplido el triste deber que nos había llevado a aquel sitio, los acompañantes se fueron alejando poco a poco. Únicamente quedé yo sentado no lejos de la tumba recién cerrada y sumido en profunda meditación.

Las postreras tintas del crepúsculo se deslucían en las sombras de la noche, cuando dejé aquel sagrado recinto, no sin dirigir antes la última mirada al montón de tierra que señalaba el sepulcro de Margarita. Recorrí otra vez la silenciosa calle del cementerio; y al oír cerrarse tras mí la puerta de la solitaria ciudad de los muertos, al poner de nuevo los pies en la ciudad de los vivos, llena de agitación y ruido, teatro donde se deslumbran a menudo nuestras esperanzas al soplo del desengaño, pensé en lo que dejaba abandonado para siempre, y repitieron mis labios estos versos del dulce y malogrado Bécquer:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

## II

Voy a abrir el libro de su vida, para relatar el triste episodio que ocupa sus últimas páginas.

No se espere encontrar en él esos variados incidentes dramáticos que constituyen el principal atractivo de la novela.

El episodio que vamos a referir es sencillo por demás; es un historia que se repite todos los días, y que, a pesar de eso, interesa siempre.

Tal vez el indiferente no hallará en estos renglones nada que cautive su ánimo ni dé pasto a su fantasía; mas el que una vez en su vida haya sentido apresurarse los latidos de su corazón al choque del infortunio, no podrá menos de ver con interés este sencillo drama que tuvo por escenario un hogar ignorado, por protagonista una pobre niña y por espectadores pocas, muy pocas personas.

Margarita era hija de un anciano militar cubierto de honrosas cicatrices y poseedor de una brillante hoja de servicios. A pesar de sus grandes merecimientos, el coronel se veía oscurecido y olvidado, mientras otros que valían muchos menos que él eran elevados a los más altos puestos. Nada de esto preocupaba al noble veterano, quien vivía feliz al lado de su hija única, vivo retrato de su difunta madre, ocupado en darle una sólida instrucción, de lo que era muy capaz por poseer no escasos conocimientos.

Muchos hombres he encontrado en el mundo a quienes, a pesar de su honradez y otras nobles cualidades, ha cabido suerte parecida a la del padre de la joven que motiva estas líneas. Casi siempre está la recompensa en razón inversa del mérito. En la gran mayoría de los casos, no sube el que vale más sino el que puede más. El trabajador silencioso, que con el deber por guía se ocupa en el mejoramiento de la sociedad en que vive, ve frecuentemente adelantarse en el camino al que solo supo proceder según las circunstancias y tuvo por meta la satisfacción de sus particulares aspiraciones.

Cierto es que la posteridad, en algunos casos, borra con su veredicto y sus aplausos la falta cometida; pero confesemos que esta idea apenas bastaría para compensar las amarguras que día por día paladea el mártir de la injusticia de sus contemporáneos, si la conciencia del deber no les infundió ese valor necesario para proseguir sereno por el oscuro y áspero camino.

Las causas del hecho que hemos anotado, y el cual la observación patentiza a cada paso, radican, a no dudarlo, en lo imperfecto de nuestra propia organización y en el escasísimo grado de cultura que se nota en la inmensa mayoría de los componentes de la colectividad social. Irremediable lo primero, no lo es por

cierto lo segundo. Elévese el nivel intelectual de la humanidad al grado necesario, y entonces, y como es de esperarse, el verdadero mérito encontrará mayor número de personas que sepan reconocer y proclamar sus excelencias.

Era el padre de Margarita uno de esos seres que sufren resignados los embates del destino, resueltos a llevar hasta lo último su pesada cruz, sin entregarse a esas lamentaciones vulgares que a nada conducen. La educación de su vida, como ya dijimos, era la única distracción del viejo militar en la época en que la suerte me obligó a llamar por primera vez a su puerta. Y eso le bastaba para creerse feliz.

Complicado en un movimiento revolucionario cuando apenas tenía diez y ocho años, más por seguir a amigos queridísimos, fantaseadores de bellos e irrealizables ideales, que por convicciones propias experimenté el inmenso pesar de ver la muerte de algunos de mis compañeros y el completo fracaso de aquella descabellada intentona. Disperso nuestro grupo por las fuerzas del gobierno, vagué largo tiempo por las calles de la sombría ciudad, llena aún de ruidos siniestros, hasta que me acordé que el coronel, como antiguo amigo de familia, podía brindarme en su casa momentáneo asilo.

Así sucedió felizmente.

En aquella mansión hospitalaria permanecí algún tiempo, esperando la ocasión, que al fin se presentó, de pasar al extranjero.

En esos días de tristeza y certidumbre conocí y traté íntimamente a Margarita.

Contaba entonces catorce años y parecía un botón de rosa al empezar a abrirse.

### III

Regresé tres años después.

Conservaba fresco el recuerdo de las atenciones que me prodigó el anciano militar en momentos bien angustiosos,

y quise que una de mis primeras visitas fuese para él, a fin de demostrarle lo mucho que agradecía la noble conducta que observara conmigo en aquellas aciagas circunstancias.

En su casa nada había cambiado excepto Margarita.

La niña era ya mujer, y mujer hermosísima.

Mucho atrajo mi atención su singular belleza la noche en que fui a visitar a su padre después de mi vuelta del destierro. Con un sencillo vestido blanco que daba mayor realce a su hermosura y una rosa prendida en los negros cabellos; apoyada la hermosa frente en la blanca mano y la mirada perdida en no sé qué misteriosa contemplación, tal como la vi entonces, hubiérala tomado cualquiera por uno de esos seres creados o idealizados por la soñadora fantasía de los poetas.

Noté en el semblante de Margarita una expresión de melancolía que no dejó de preocuparme. En la mirada de sus grandes ojos negros, en su aspecto pensativo, en un algo imposible de explicar, advertí que mi joven amiga era víctima de uno de esos dolores morales que se pone empeño en ocultar a todo el mundo, y que, sin embargo, la vista menos perspicaz descubre fácilmente.

Una sospecha cruzó por mi mente: Margarita amaba. Pero ¿por qué sufría? ¿Acaso su amor no era bien correspondido? ¿Era indigno de ella el objeto de sus afanes? No pude contestarme entonces esas preguntas. Hablamos de poesía, de modas, de países lejanos y de otras mil cosas diferentes. Por temor de ser indiscreto delante de su padre no me atreví a preguntarle la causa de la melancolía que como densa nube velaba su angelical semblante.

#### IV

Volví pensativo a mi habitación. El recuerdo de Margarita me preocupaba.

Y debo aquí manifestar que nunca sentí por ella otra cosa que un sincero afecto de hermano. Creía sí, y el tiempo lo

confirmó más adelante, que la pobre niña iba a entrar en un período de penas, en el que tal vez le convendría tener a su lado un verdadero amigo.

Formé entonces la resolución de serle útil en cuanto me fuera dable, y la cumplí después religiosamente.

Dejé por algunos días la vida retraída que llevaba desde mi regreso a la patria, y me dediqué a hacer prolijas indagaciones con el objeto de aclarar mis dudas sobre la causa del pensar que tanto afligía a mi joven amiga.

Al fin la verdad brilló ante mis ojos. Lo supe todo.

Margarita sostenía relaciones amorosas con un joven que disfrutaba en la población de no muy honrosa fama por sus continuas calaveradas.

El coronel, como era natural, se oponía mucho a esos amores.

Temblé con la pobre niña. Lo que había oído contar de aquel seductor en nada le favorecía.

¿Por qué se fijó Margarita en aquel hombre? Misterio es este que no tiene, a mi modo de ver, explicación posible. El que dotó al ser humano de la facultad de sentir, y estableció que esa corriente de misteriosos efluvios que enciende el amor en las almas podría únicamente decirlo. No se analiza al sentimiento. Nos domina, y difícilmente podemos sacudir su yugo. Déspota sin trabas fuera si la razón y el deber no lo modificasen a menudo.

Triste, preocupado, me dirigí esa noche a la casa de Margarita.

## V

Estaba sola. El anciano había salido momentos antes a ver un antiguo camarada que se encontraba enfermo de gravedad. La joven leía con gran interés cuando el ruido de mis pasos le hizo levantar la cabeza.

—¿Qué lees? —pregunté.

—El poema de amor y el sentimiento, —replicó— leo a *Graziella*.

—Hermoso episodio —le dije.

—Hermoso, pero triste. Nunca he podido recorrer sus páginas sin que el llanto asome a mis ojos. A veces me parece contemplar a la pobre Graziella en la solitaria casa de Procida aquella terrible noche en que tomó la resolución, que no pudo cumplir, de sepultarse para siempre en un convento. ¡Quién le hubiera dicho entonces a la pobre niña que su amor inmenso iba a tener por recompensa la más negra ingratitud!

—Mucho te preocupa la suerte de Graziella —la contesté.

—Mucho, sí, mucho. ¿Quién de nuestro sexo puede estar segura de que no ha de sucederle otro tanto?

Quedamos un momento silenciosos.

Por la abierta ventana entraba un aire fresco impregnado de suaves perfumes, y en el fondo oscuro del cielo se veían centellear las estrellas.

—Margarita —le dije— tú sufres y me ocultas la causa de tu dolor. Bien sabes que te profeso el cariño de un hermano y que tengo secretos para contigo. Dime, pues, lo que te pasa.

—Nada, nada. Esas son suposiciones tuyas. Demasiado sabes que mi carácter ha sido siempre melancólico.

—Te empeñas en negar —repliqué— pero es inútil. Lo sé todo.

—¡Todo! ¿Y qué es lo que sabes?

—Sé que amas a un hombre que no es digno de ti.

—Pues bien, sí, quiero a un hombre, y prefiero morir mil veces a dejar de amarlo.

—Margarita, tu padre se opone a tu amor, porque sabe bien que ese joven no puede hacerte feliz.

—Le engañan.

—No, no le engañan. Ese hombre no siente nada por ti. No cree en el amor de ninguna mujer. Hace alarde de sus conquistas para satisfacer su amor propio. Considera a las mujeres que tienen la desgracia de amarlo, como considera sus caballos y sus joyas, como cuestión de vanidad.

—Eres muy cruel, muy cruel.

—Esa es la verdad, Margarita.

—Le amo.

—Ese hombre causará tu desgracia.

—Le amo.

—Piénsalo bien. Vas a labrar no solo tu infortunio, sino también el de tu padre. Domina ese amor para bien de él y tuyo.

—No puedo. Sería menester arrancarme el corazón. Es mi primero y será mi último amor.

Reinó de nuevo el silencio.

Margarita volvió a contemplar las estrellas que como esclavos de oro salpicaban la bóveda celeste, y yo me puse a hojear un libro que encontré sobre la mesa.

Me despedí al fin de Margarita casi sin hablarle, y tomé el camino de mi morada pensando en los graves resultados a que podía conducir a la joven su desdichado amor.

## VI

Un acontecimiento imprevisto obligóme a dejar la población por algún tiempo. Circunstancias particulares cuya enumeración a nada conducirían, hicieron que mi ausencia, que al principio creía fuera solamente de algunos días, durara no ya semanas ni meses, sino años.

Aunque el punto de mi residencia temporal se encontraba algo lejos de la ciudad en que vivía Margarita, procuré siempre, con especial ahínco, informarme de la suerte que le cabía.

Un día llegó a mis manos una carta enlutada. Reconocí en el sobre la letra de Margarita.

La abrí conmovido; y por ella supe que pocos días antes había muerto su padre víctima de un violento ataque cerebral.

Así me lo decía en aquellos cortos renglones en los que no era difícil descubrir la huella de sus lágrimas.

¡Cuánto hubiera dado en aquel momento por haber podido regresar a su lado para consolarla en su terrible desgracia!

Pero no me era posible. Compromisos sagrados me impedían dejar el lugar en que moraba hacía más de un año.

Transcurrieron dos años más.

Las noticias que de ella recibía eran vagas e insuficientes, lo que avivaba mi curiosidad y me impelía a desear mi pronto regreso.

Por ellas me enteré que la joven había tenido que mudarse de la casa en que naciera, sin duda para buscar una de precio más proporcionado a su actual situación económica, y también supe cosas que me hicieron meditar largamente.

Los amores de Margarita ocultos mientras vivió su padre, tomaron muerto este un carácter de gran intimidad, circunstancia que me daba mucho en qué pensar, pues creía firmemente que el amante de mi amiga, aprovechando la buena ocasión que se le presentaba, extremaría sus esfuerzos para llegar a un resultado que satisficiera su amor propio y aumentase su fama de conquistador amoroso, aunque para ello se viese precisado a salpicar de cieno la frente de la infeliz huérfana.

Mientras vivía la joven bajo la mirada paternal del coronel, nada podía temerse; pero muerto este; abandonada de todos; sujeta a sus solas fuerzas para ganar su sustento; expulsando a toda hora palabras arteras que sonaban en sus oídos como música armoniosa, era muy de esperar que al cabo sucumbiese como la débil nave que perdida la brújula recorre sin rumbo los embravecidos mares.

No se me ocultaba, sin embargo, que para llegar a tan deplorable resultado, tendría el seductor que poner en juego todas sus artes de calavera. Margarita no caería muy fácilmente en sus redes.

Pertenecía el coronel al número de esos hombres, raros en verdad, que en medio de la presente anarquía intelectual producida por la lucha de los diferentes sistemas filosóficos que se disputan la posesión de la verdad, saben conservar íntegras las convicciones arraigadas en su espíritu con la experiencia y el estudio, sin dejarse seducir con las conclusiones más o menos brillantes presentadas por los sectarios de esta o aquella escuela.

Dios, como finalidad absoluta de la verdad, la belleza y el bien, y la existencia de una moral basada en el deber, cuyos preceptos habían de cumplirse sin vacilaciones y temores, eran las creencias principales del padre de Margarita. A ellas debía, indudablemente, la integridad de carácter y las otras excelentes cualidades que tanto la diferenciaban de la inmensa mayoría de sus semejantes.

Su casa era templo en que se rendía constantemente culto a la virtud. Nunca llegó a los oídos de Margarita una palabra obscena. Nunca leyó uno de esos libros en que un procaz novísimo naturalismo se complace en resolver por el lado los más puros afectos. Sus lecturas se reducían a algunas obras de sobresaliente mérito. Era aficionadísima a los versos. ¡Qué bien los leía!

La circunstancia de haberse criado en una atmósfera como esa, no corrompida nunca por aires malsanos, escuchando continuamente las nobles exhortaciones de su padre, dábanme derecho a esperar que mi joven amiga saldría triunfante de los peligros que la amenazaban en el escenario del mundo.

Pero no se me escondía una cosa. El principal enemigo de Margarita, era Margarita misma: era su propia exquisita sensibilidad. Su corazón era como un arpa, a cuyas cuerdas bastaba el más ligero choque para que vibrasen fuertemente. En ella todo el asentimiento, cualquier pena, la más leve, era bastante para con mover su frágil organismo. En tales condiciones había mucho que temer por ella, si, como parecía seguro, el hombre a quien amaba, perito en estas cosas, sabía aprovecharse del no común desarrollo de su facultad sensitiva.

Para mí no era dudoso que así lo efectuaría.

## VII

Al fin pude realizar mis deseos.

La hora de regreso había llegado.

Arreglé precipitadamente mis asuntos, y emprendí viaje aquel mismo día para el pueblo en que vivía Margarita, y en el

cual habían transcurrido los días más felices de mi infancia y de mi adolescencia.

Llegué dos días antes. Era ya de noche cuando efectúe mi entrada. El reloj daba en este momento las nueve.

Las calles estaban desiertas y oscuras. Solo una que otra persona se veía cruzar por ellas.

No vacilé, sin embargo. A riesgo de pasar por imprudente, tomé el partido, apenas me cambié la ropa de viaje, de ir aquella noche a la casa en que me dijeron que se había mudado Margarita.

La encontré cerrada como muchas otras de la misma calle.

Dudé un momento, pero era tan grande mi deseo de saber lo que había sido de la joven durante los últimos meses de mi ausencia que, abandonando toda vacilación, di un paso hacia la puerta.

Golpeé ligeramente la madera, y al ruido vino a abrirme una anciana.

Después de enterarse del objeto de mi visita, me dijo la buena mujer que Margarita ya no vivía allí y que tampoco podía informarme con certeza sobre su paradero, pues desde hacía cerca de año y medio que habitaba aquella casa no había vuelto a saber de la joven a quien yo buscaba.

No quise preguntar más.

Mis sospechas empezaban a confundirme.

¿Dónde estaba Margarita?

## VIII

Procuré informarme al día siguiente.

Ningún resultado obtuvieron al principio mis investigaciones; pero pronto tropecé con un antiguo conocido, quien me dijo algunas cosas que picaron vivamente mi curiosidad.

Margarita vivía en el pintoresco pueblo de C, situado a seis u ocho leguas de la ciudad en que me encontraba.

No titubeé un momento. Era mi deber partir, y así lo llevé a efecto.

Pronto encontré en la reducida población quien me diera las señas de la casa de Margarita.

Descubrí, por fin, su más que modesta vivienda.

Abrióme una mujer, y al verme retrocedió asombrada.

¡Era Margarita!

¡Qué cambio tan notable había experimentado durante mi ausencia!

Yo también me conmoví mucho al verla.

Pronto se repuso de su primera impresión y me tendió su mano que estaba helada.

¡Pobre Margarita! ¡Qué honda había sido su caída!

Sus cabellos, negros como el azabache, empezaban a llenarse de hebras de plata. Su pálido semblante y el círculo amoratado que rodeaba sus ojos, mostraban visiblemente que cruel enfermedad consumía su existencia.

Tendí la vista en torno mío. Todo lo que notaba decía bien a las claras que mi pobre amiga era víctima de la más espantosa miseria.

Dos o tres sillas desvencijadas, una mesa en no muy buen estado cubierta con un mantel de lienzo bastante ordinario, un catre, un anafe con algunas planchas y algunos cachivaches más de uso diario: he ahí todo el mueblaje de Margarita.

Se me olvidaba un detalle.

En un ángulo de la habitación, sobre una tosca cuna de madera, reposaba un niño de aspecto enfermizo: era su hijo.

Hice que Margarita me narrase su historia. Con lágrimas en los ojos refirióme todos los sucesos de su vida desde el día en que su anciano padre bajó al sepulcro

Acosada por las continuas solicitudes de su amante, creyó al fin en la sinceridad de sus juramentos, y fue débil.

Cuando vino a comprender toda la gravedad de su falta, ya era inútil el remedio.

Satisfechos sus viles deseos, aparentó el seductor un amor sin límites, que fue menguando sucesivamente hasta terminar con el completo abandono de la incauta joven.

La vista de la casa en que vivía feliz algún tiempo, la hacía sufrir; además, no podía pagar el alto precio en que estaba

alquilada. Resolvió entonces trasladarse a C., donde le era fácil vivir con menos recursos y donde su falta era ignorada.

En breve pudo conocer toda la extensión de su desgracia. No iba a estar ya sola en el mundo pues un nuevo ser habitaba en sus entrañas.

Margarita fue madre.

¿Cómo vivió durante ese tiempo? Los ahorros del coronel era muy pocos. Casi todos se consumieron en la enfermedad que le condujo a la tumba. Algunas semanas después de su muerte puede decirse que había desaparecido hasta el último centavo. Impelida por la necesidad tuvo entonces que vender a bajo precio sus pocas joyas y sus mejores trajes.

La joven se encontró al fin sola frente de la miseria. La infeliz huérfana se vio entonces en el momento más crítico de su existencia.

En esos mismos días tuvo el pesar de oír ciertas proposiciones que hicieron subir la vergüenza a su rostro.

Dos caminos se le presentaron entonces.

El uno conducía a la riqueza por medio de la deshonra.

El otro llevaba a la redención por medio del trabajo.

El primero, sembrado de flores, estaba lleno de risueñas perspectivas, el segundo aparecía oscuro y cubierto de abrojos.

En honor de la verdad debemos decir que vaciló un momento.

Un instante más, y hubiera continuado rodando por la pendiente de la deshonra hasta parar en yo no sé qué abismo.

Pensó en Dios y en los consejos de su anciano padre, y supo retroceder a tiempo.

¡Trabajó!

Ella, criada en una posición si no brillante a lo menos llena de comodidades y en la que todas sus ocupaciones se reducían a leer y a cuidar de sus pájaros, vióse obligada a coser primero y a empuñar la plancha después para conseguir su subsistencia y la de su hijo.

¡Ah! Los que no comprendéis cuánta grandeza y cuánta resignación hay en quien así procede en esa edad en que la sangre

corre ardientemente por las venas y en que todo convida a disfrutar de los goces dulcísimos de la vida, leeréis estos renglones sin que nada os digan; pero los que podéis medir la inmensa altura de la caída y apreciar en su verdadero valor la conducta de la pobre joven, de seguro no dejaréis de conmoveros al recorrer estas páginas consagradas a su memoria.

El asiduo trabajo a que se consagraba y las atenciones de la maternidad iban dando cuerpo a la dolencia que consumía su delicado organismo.

Desde mi primera mirada pude hacerme cargo de lo grave de su enfermedad.

Me separé al fin de ella aparentando confianza en su restablecimiento y anunciándole mi pronta vuelta.

## IX

No estuve muchos días sin ver de nuevo la pobre huérfana. Pero esta vez no iba solo. Me acompañaba un joven médico en quien tenía plena confianza, pues a pesar de su juventud y de su escasa práctica, contaba ya en su carrera triunfos que hubieran enorgullecido a cualquiera otro de más años y mayores conocimientos.

El joven facultativo examinó detenidamente a la enferma y le dirigió numerosas preguntas. Prescribió en tono de confianza algunos medicamentos, retirándose luego con el pretexto de tener que asistir a otros enfermos que estaban a su cuidado.

Momentos después lo seguí.

Como convenimos, me aguardaba en la esquina próxima.

Sus palabras confirmaron presto lo que yo ya suponía. La enfermedad de Margarita era grave, gravísima. Según lo que he podido observar, me dijo, únese en esa joven a una dolencia del pecho, ya muy avanzada, uno de esos males ante cuya naturaleza la ciencia se reconoce impotente. O mucho me engaño, concluyó, o a su pobre amiga quedan pocos meses de vida.

Comprendí la verdad de estas observaciones y bajé la cabeza.

Mi deseo más vehemente era entonces vivir cerca de Margarita a fin de que viera a su lado un amigo que de veras sintiese su desgracia; pero me lo vedaban ciertas razones de delicadeza y de interés personal.

Con uno u otro pretexto logré que llegaran a sus manos algunos recursos que mejoraron en parte su crítico estado.

Cada vez que me era posible iba al pueblo donde moraba la joven con el objeto de saber de su salud.

Esta no podía ser peor.

Para colmo de males el pequeñuelo, fruto de sus desdichados amores, íbase extinguiendo lentamente presa de mortal dolencia.

Al fin murió.

Este fue un golpe fatal para la pobre madre. Era en los primeros días de abril.

## X

Una tarde fui a visitarla, y sufrí mucho al verla ya sin fuerzas para levantarse del lecho.

La ciencia había fallado acertadamente: la joven se moría.

Pasó la riente primavera con sus mariposas y sus flores; el verano transcurrió también con sus ardientes efluvios, y llegaron al cabo, como todo en el mundo, los primeros fríos del invierno.

Me hallaba un día solo en mi cuarto leyendo una obra que me habían recomendado mucho, cuando oí llamar a la puerta.

Una niña de ocho a nueve años pedía verme con gran instancia.

Al momento reconocí a la hija de una buena mujer que asistía a Margarita por encargo mío, desde que su enfermedad empezó a presentar un carácter sobrado alarmante.

La niña estaba muy fatigada a consecuencia del largo viaje efectuado a pie.

Puso en mis manos un papelito.

Lo abrí y leí temblando estas palabras escritas con mala letra y peor ortografía: «La enferma se muere, venid pronto».

Pedí explicaciones a la niña, y esta me dijo que a su salida del pueblo se creía que la mujer duraría solamente pocas horas.

Apresuré mi viaje, y dos horas después me apeaba a la puerta de la casa de Margarita.

Llegué tarde: hacía una hora que la enferma era cadáver.

## XI

Me detuve conmovido.

El cuadro que tenía ante mi vista era tristísimo.

En un rincón de la sala, sobre un pobre catre, yacía el cuerpo de Margarita.

No muy lejos en una mesa cubierta con un paño negro ardían dos velas ante un crucifijo.

Tres o cuatro mujeres del vecindario rezaban con mucho fervor algunas oraciones.

La pobre víctima del destino dormía por última vez en su lecho, mañana descansaría ya bajo la tierra.

Tal expresión de humana serenidad se notaba en su semblante que se hubiera podido creer que el ángel de la muerte aun no la había tocado con sus alas.

Parecía dormida.

Su correcto perfil se destacaba con admirable claridad sobre el fondo oscuro de su traje. Estaba bella, con esa belleza suprema que solo la muerte puede comunicarles a ciertos rostros.

Triste, abismado en los recuerdos de tiempos que transcurrieron felices, pasé sobre una silla las largas horas de aquella noche que juzgué interminable, escuchando los rumores del viento que azotaba las paredes de la pobre casa, y viendo consumirse las velas que a ratos lanzaban fantásticos reflejos, hasta que la aurora vino a iluminar con su suave luz el mortuorio lecho de Margarita.

## XII

Han pasado algunos años.

El seductor de Margarita vive alegre y feliz. Es rico y poderoso. Todos le respetan. Ha desempeñado importantes puestos públicos, y sus amigos aseguran que en breve ocupará otros aún más altos. Muchas veces le encuentro en mi camino, y evito hablarle. A veces, sin embargo, la farsa social hace que sus palabras se crucen con las mías. Ignora sin duda el papel que he desempeñado en la existencia de su víctima, de la cual ni aún se acuerda. Tal vez si lee estos renglones pensará en ella, y la voz de remordimiento se alzarán en su conciencia...

En un rincón del humilde cementerio de C, bajo una tosca cruz que solo se diferencia de las demás por estar iniciales: M. R. duerme en el último sueño la desgracia huérfana. No lejos de su tumba crece un ciprés. Ninguna mano amiga viene a regar flores sobre ella ni ningunos ojos al verter una lágrima. Como vivió en el mundo sola y abandonada, así reposa en la mansión de los muertos, sin escuchar otro rumor que el del viento que mueve las hojas del ciprés vecino, y sin recibir otra caricia que la del rayo melancólico de la luna que viene a besar su solitaria tumba.



## IMPRESIONES



## Dos palabras

No tengo por qué ocultarlo. Mi manera de pensar acerca de algunos puntos literarios expuestos hace varios años en *Recuerdos y opiniones* se ha modificado bastante. Y no podía ser de otro modo. No pasa inútilmente el tiempo para quien, como el que estas líneas escribe, estudia con vivo interés las curiosas y complicadas evoluciones del arte contemporáneo. Quizás haya contradicciones entre lo publicado en aquella obra y algo de lo que en esta aparece; pero tal discordancia ni aun merece consignarse, por ser cosa natural en todo escritor que aspire a expresar con entera sinceridad su pensamiento.

En materia artística, como en todo, detesto lo exagerado y rutinario, y así como disto desde el partidario del estéril dogmatismo que tiende a convertir la crítica en mero ejercicio retórico, tampoco me siento atraído –sin dejar no obstante de reconocer lo mucho digno de loa que contiene el modernismo– por el aparente éxito de ciertos procedimientos antiestéticos que algunos snobs estafalarios proclaman a los cuatro vientos como fórmulas definitivas destinadas a operar una transformación salvadora en todo cuanto con el arte se relaciona.

Varios de los artículos que contiene este tomo se han dado ya a la estampa durante estos últimos cinco años en *Letras y Ciencias* y la *Revista Ilustrada*. Ni esos ni los demás tienen

verdadero mérito artístico, ni cosa que lo valga. Lo digo tal como lo siento. ¿Por qué publico, pues, esta obra? Simplemente porque hoy todo se publica y porque deseo seguir contribuyendo, en la medida de mis cortas facultades, al aumento de nuestra producción literaria.

Y nada más por ahora.

## La crítica

**P**unto menos que imposible paréceme precisar cuál de las novísima teorías estéticas ofrece más sólida base para un procedimiento crítico acertado y fecundo. Porque sin un criterio estético debidamente depurado, amén de otras condiciones indispensables, demás está afirmar que no puede haber crítico que merezca en realidad este nombre. Una crítica formalista inspirada tan solo en preceptos de empolvadas retóricas, que menosprecia lo interno, lo esencial, por atender exclusivamente a accidentes externos, no puede en manera alguna satisfacer a quienes conozcan algo las diversas e interesantes fases del movimiento intelectual moderno.

Por más que la crítica dogmática –representadas en la actualidad principalmente por el ilustre Brunetière– no quiera aún darse por vencida, bien puede asegurarse que ha perdido por entero la alta autoridad que se le concedía en otro tiempo, debido en primer término a las nuevas doctrinas estéticas y a las trascendentales innovaciones introducidas en la manera de lograr el más amplio y exacto conocimiento de la obra artística. Existen, ya lo creo, ciertos principios estéticos inderogables de aplicación constante; mas hoy no se puede aplaudir o censurar una producción literaria, fundándose en que en ella se cumplió o dejó de cumplirse tal o cual requisito preceptuado por Horacio o Baillo. Por cauces más abiertos van las corrientes modernas.

No cabe comparación entre la crítica influida por preocupaciones de escuela, que callaba de plano, y la crítica científica de Taine, en que se une el sentimiento artístico al análisis severo, y se busca en el estudio el sentimiento, la raza, medio social, circunstancias históricas, fundamento positivo para el examen y apreciación acertados de todo lo que constituye una verdadera personalidad literaria.

La crítica moderna, tal como la comprende Anatole France, el más genial y sugestivo de los actuales críticos franceses, rara vez sentencia en definitiva, contentándose con exponer en forma artística impresiones puramente personales. Esa moderación en avanzar conclusiones, sálvala de caer en los extremos del apasionamiento o la injusticia. De tarde en tarde aparecen ciertos temperamentos de vigorosa complexión artística, que por la novedad de su procedimiento y la índole de su ingenio desorientan al crítico más zahorí, quien, impotente para comprenderlos, concluye por aplacarlos al nivel propio de las medianías o juzgarles con desdén o visible enañamiento. Ejemplos de esta clase abundan en la historia de la crítica. Sin ir más lejos, ¿quién que sepa algo de estas cosas ignora que la crítica posterior a Sainte-Beuve ha rectificado completamente los grandes errores que acerca de Balzac se advierten en las obras de aquel insigne crítico?

Despojada la crítica de sus ínfulas dogmáticas, no puede ser actualmente sino conjunto de apreciaciones subjetivas expuestas con mejor o peor método, en mayor o menor grado nutridas de erudición literaria, más o menos saturadas del modernismo; palabra con que muchos designan ciertos refinamientos y matices peculiares del presente estado intelectual, mientras que otros –quizás acertadamente– le conceden significación más lata y comprensiva. Así entendida la crítica, la cualidad que ante todo reclama en quien se juzgue con las aptitudes necesarias para su ejercicio, es la completa sinceridad, la fiel expresión del efecto producido en su espíritu por la creación artística, sin temor a ciertas preocupaciones que son a menudo causa de yerros de gran importancia.

Aunque no falta quien sostenga que la crítica considerada como impresión personal hace más fácil su desempeño, la observación detenida del movimiento literario contemporáneo destruye por completo tal aserto; porque la división cada día más acentuada que engendra el individualismo hoy triunfante en el campo del arte, la complejidad de ideas que revela la literatura de nuestro tiempo, y otras particularidades, requieren para ser cabal apreciación crítica cerebros vigorosos, claras inteligencias, que no se encuentran, por cierto, al doblar cada esquina. Criticar puede cualquiera que se le antoje, quién lo duda; pero criticar bien, que es lo que importa, ya es harina de otro costal. Los buenos críticos son más escasos de lo que generalmente se cree. Rarísimos son en el día los críticos que buscan en el estudio de la personalidad del autor la manera de comprender su obra, y saben ver con lucidez el sentido interno de esta sin descuidar por eso sus condiciones externas. Lucido quedaría uno de esos críticos formalistas para quienes todo el procedimiento crítico se reduce a exigir la estricta sujeción a preceptos retóricos y reglas gramaticales, si tuviese, por ejemplo, que juzgar *El discípulo*, de P. Bourget, el gran novelista psicológico; obra refinadamente artística, como expresión acabada de un estado psíquico generado por causas de índole varia, merecedoras de largo y concienzudo estudio.

Con el reinado de la crítica dogmática termina también forzosamente el de los críticos indiscutibles, cuyos fallos nadie podría poner en tela de juicio sin incurrir en terrible desacato. Hoy todo se analiza y se discute. No obstante su gran mérito Lemaitre, France y otros insignes críticos son discutidos en Francia y fuera de ella. No en vano el principio de libre examen informa todas las operaciones intelectuales de la sociedad contemporánea. Y como quiera que cada día se facilita más la adquisición de cierta cultura literaria que por lo regular sirve para encubrir graves deficiencias, fácilmente se explica la frecuencia con que se improvisan escritores que, creyéndose perfectamente dotados por ello, no temen hablar largo y tendido sobre asuntos que en realidad conocen muy superficialmente.

De ahí que a cada rato veamos echarse a vuelo las campanas en honor de producciones insustanciales, de trabajos literarios de pésimas condiciones en el fondo y en la forma, al paso que poco se dice de obras en que palpita el sentimiento artístico gráfico y correctamente expresado.

Dícese que aquí no tenemos críticos; y es esta una verdad de Perogrullo que seguramente nadie desconoce. Lo extraño sería que los tuviésemos. No surgen críticos por arte de birlibirloque, así como se quiera. La crítica metódica y reflexiva es género literario que solo florece en determinadas condiciones. Nuestra incipiente literatura no está todavía para gastar tales lujos. No hace mucho se quejaba no recuerdo qué notable escritor de que en España la crítica seria y provechosa no estuviese, ni con mucho, en relación con lo que en aquel medio literario se producía. En el país, por circunstancias que nadie ignora, se ha publicado muy poco, y acaso, acaso no pase de cuatro o cinco el número de obras que tenemos de positivo mérito literario. Son contados los escritores nacionales que de vez en cuando se deciden a publicar algún libro. En tales condiciones, claro está que en materia de crítica literaria solo tenemos lo que en realidad es posible: menos aficionados que con mayor o menor conocimiento de causa, que con laudable asiduidad y sin ella, exponen sin pretensiones de ningún linaje (por mí lo aseguro) su modo de pensar respecto de esta o aquella producción nacional o extranjera.

## El Santo Cerro

... *D*espués de caminar cerca de legua y media, llegamos a un punto en que el camino se bifurca: a la derecha se extendía el que conduce a Moca, y a la izquierda el que lleva a la eminencia que era objeto de nuestro viaje. Seguimos por este último y pronto descubrimos la parte inferior de la larga cuesta que termina en el Santo Cerro. Aún no habíamos ganado la tercera parte de la penosa subida, cuando empezó a descubrirse parte del cuadro que tanto anhelaba conocer: a medida que ascendíamos el paisaje se ensanchaba más y más, y ya al concluir la pendiente cuesta, al pie del pequeño caserío que en la cima de la elevada loma ha edificado la piedad religiosa, puede abarcar de una ojeada la maravillosa esfera que se desplegaba ante mis ojos; espectáculo grandioso que, según se cuenta, arrancó un grito de entusiasta admiración al inmortal genovés cuando en una de sus excursiones al interior del Cibao lo contempló por vez primera.

Del todo imposible me es describir con fidelidad las impresiones que en aquellos instantes se sucedieron en mi alma, dispuesta siempre a admirar cuando la naturaleza y el espíritu nos eleva a la serena contemplación de la belleza. Mi vista deslumbrada escudriñaba hasta los más recónditos sitios del paisaje, descubriendo a cada paso primorosos detalles que contribuían a aumentar la grandeza de aquel incomparable conjunto. ¡Qué

hermoso panorama! Pudiera creerse que la naturaleza había querido dar a los hombres una muestra de su poder, reuniendo en aquellos parajes a los prodigios de una vegetación espléndida todo un mundo de matices, de colores y armonías. Para ver mejor el magnífico espectáculo, sentéme sobre la yerba en una pequeña elevación del terreno, muy cerca de la iglesia que se ha levantado en aquel sitio para conmemorar un milagro según dicen allí acaeció en los primeros días de la Conquista.

El tono brillante que da carácter peculiar a los paisajes intertropicales, siempre llenos de luz y color, se acentuaba más aquella hermosa tarde, la más a propósito para que un pintor inspirado hubiera pretendido reproducir con la posible exactitud todo el conjunto maravilloso que teníamos delante. A veces algunas nubes velaban el disco del Sol, marcando en el inmenso manto de verdura grandes espacios de sombra, que formaban hermoso contraste con las partes que permanecían iluminadas. Desde el lugar en que estaba sentado podía observar el grandioso cuadro hasta en sus más insignificantes pormenores. Por el camino que va a Moca, el cual se dilataba a mis pies terminando el serpenteo de inmenso reptil, veíanse cruzar hombres, mujeres y cabalgaduras grandemente disminuidas por la distancia. Hacia la parte septentrional el verde oscuro de la lujuriosa vegetación, interrumpido a trechos por pintorescos bohíos, se prolongaba hasta confundirse en el puro azul del lejano horizonte, figurando todo un mar hermosísimo no alterado por los embates del viento. Y para hacer más posible la ilusión columbrábase por la línea en que aparentaban unirse el cielo y la tierra una nubecilla de un color blanco sumamente puro: parecía la vela de un buque que se alejaba por aquella dirección. Muy cerca de la línea mencionada, aparecían algunas pequeñas formas blancas: eran, según me dijeron, las casas de Moca.

Por la parte oriental el paisaje presentaba una ligera variación: veíase ya la línea curva que anunciaba el comienzo de una montaña que iba a unirse a otras que no me era posible divisar desde el punto en que estaba colocado. La extensa sabana de San Diego se dilataba hasta terminar al pie de la montaña que

cierra por aquel lado del paisaje de San Francisco de Macorís y se alcanzaba a descubrir una forma indecisa que era la iglesia. Por el oeste ya la variación era mucho más sensible: los últimos picos de la cordillera Central se dibujaban sobre el limpio azul del cielo, dando más variedad y belleza al incomparable panorama.

Lo digo con entera franqueza: mi pluma es impotente para dar cabal idea de aquel admirable conjunto. Ella carece de la brillantez necesaria para describir, ni aun aproximadamente, aquella deslumbrante orgía de colores, aquellos bosques de palmeras que por doquiera se divisan, aquellas pardas humaredas que se pierden en el espacio, aquellos pájaros multicolores que cruzan a cada paso los aires, aquella variedad de líneas que quitan al paisaje toda monotonía, aquellos hermosos contrastes, aquel todo, en fin, grande y magnífico, que dilata el alma y le presta alas para volar a las regiones luminosas de todo lo bello y lo sublime.

La campana de la vecina iglesia que daba del Ángelus me hizo despertar de mi largo arrobamiento. Los últimos límites del crepúsculo se desvanecieron en las sombras de la noche, y aún persistía en mi retina el deslumbramiento producido por aquel indescriptible panorama, el más bello sin duda que he visto en el curso de mi existencia.



## La novela de Billini

**N**o soy crítico ni pretendo que como tal se me considere. No obsta eso, sin embargo, para que de cuando en cuando eche también mi cuarto a espadas con motivo de asuntos de amena literatura, ya que en estos tiempos sean aquí intelectual y flamante crítica impresionista, no hay quien no se crea capaz de absolver o condenar cualquier acto literario, sin arredrarse por el bien fundado temor de decir no pocos disparates y de incurrir en gravísimas equivocaciones. Convencido como estoy de mi escasa idoneidad, debería quizás de abstenerme de realizar el propósito que motiva este artículo; pero es tan grande mi afición a todo lo que pertenece a la literatura, que declaro francamente que no he podido resistir a la tentación de poner a un lado todo género de escrúpulos, y decir, según mi leal saber y entender, cuanto se me ocurre acerca de la reciente producción de uno de nuestros más vigorosos ingenios.

Tampoco merece dejarse en el tintero otra circunstancia que en parte justifica mi intento. Salvo algún suelto periodístico, escrito más por deber de cortesía que por otra cosa, la obra artística, por causas bien conocidas, no tiene por lo común entre nosotros otra acogida que sepulcral silencio; pues rara vez –sea dicho sin ofender a nadie– se deciden quienes pueden y deben a estampar en letras de molde el juicio que la obra les merece, bien para encomiarla sin exageración o censurarla sin acritud,

o para con ocasión de ella exponer saludables advertencias y sostener la necesidad de abandonar gastados moldes y avanzar resueltamente con los nuevos luminosos derroteros que sigue el arte en la época de renovación y de combate que alcanzamos. A todo lo dicho adiciónese lo reducido y pobre de nuestro medio literario –que no permite al autor vislumbrar la más leve esperanza de legítimo lucro– y dígase si no es empresa en extremo meritoria la publicación de libros de reconocido valor artístico, como de Pascuas a Ramos lo hacen algunos de nuestros escritores, dignos por esto solo del aplauso de cuantos ardientemente ansiamos el auge y esplendor de las letras nacionales.

\*\*\*

La obra del señor Billini, a mi juicio, entraña principalmente el propósito de hacer una descripción completa de cuanto atañe al simpático pueblo que se asienta en medio del pintoresco valle del Güera. Que la descripción del ameno valle está hecha de mano maestra, como de quien ha contemplado con alma de artista todos sus ardientes paisajes y deslumbradoras perspectivas, cosa es que puede afirmarse sin vacilaciones de ninguna especie. En toda esta parte del libro hay mucha fuerza pictórica, hay verdadero derroche de inspiración y de color. El paisaje descrito aparece a nuestra vista con toda su imponente magnificencia y brillante colorido. Se cree sentir el aura que acaricia las silvestres flores del verde llano, escuchar el murmullo del manso río, contemplar el hermoso cielo azul de aquella región privilegiada.

Las costumbres banilejas también están fielmente pintadas. Merecen leerse más de una vez los capítulos consagrados a describir las tradicionales fiestas y diversos aspectos de la vida social de Baní, capítulos llenos de pormenores característicos que prestan hermoso color de realidad al interesante cuadro. En uno de ellos endilga el autor un sermoncillo a las bellas banilejas que sueñan con los goces de la vida capitalina, lo que, a mi entender,

es cosa de todo en todo impropia de la obra artística, donde si se quiere alcanzar efecto ético debe dejarse que el lector lo deduzca lógicamente de lo narrado, nunca convirtiendo la novela en púlpito y oficiando el novelista de predicador, conforme sucede en varias producciones híbridas en las cuales se desnaturaliza y falsea la esencial y verdadera finalidad del arte.

En toda novela que tiene dos protagonistas resulta, por lo común, que uno encarna mayor interés que el otro, viniendo por natural consecuencia a constituir la figura principal del dramático sucedido. Quizás me equivoque, mas paréceme que esta cuasi regla tiene aplicación en el presente caso. Antoñita, a mi ver, se destaca, con más acentuada personalidad que su amiga Engracia, a causa indudablemente de las particularidades de su no vulgar idiosincrasia, que le permite ejercer decisivo influjo en las situaciones más culminantes de la novela. Ambos tipos femeniles aparecen delineados acertada y primorosamente. Sin meterse en honduras psíquicas, sin sutiles análisis psicológicos, el autor no omite detalle que sirva para conocer más íntimamente la fisonomía moral de las heroínas de su libro. En Engracia, pongo por caso, el cuento del gatito prieto, su resistencia a quedarse con parte del dinero de don Antonio, y otros pormenores, aparentemente de poquísimos o ningún valor, arrojan mucha luz sobre su carácter, y explican satisfactoriamente su manera de proceder en todo el episodio.

A pesar del esmero con que está dibujado don Postumio, se me figura que este personaje adolece de un no sé qué de vago y artificial que le roba en parte interés y brillo. Candelaria Ozán y su atrevido sobrino –que en lo moral forman contraste con los personajes citados– aparecen bosquejados muy superficialmente, cuando bien merecían algunos toques más del pincel que con tanto cariño y acierto retrata los demás tipos, no tan solo por el papel importante que en la obra representan tía y sobrino, sino también porque figuras tales como aún siendo repulsivas, necesitan modelarse con vigor artístico para que produzcan naturalmente el fin estético que se anhela. Del natural está tomado sin exageración Enrique Gómez, y ya que hablo de este

afortunado mozo, confieso que me parece muy poco verosímil la carta saturada de misticismo que le dirige Eugenia María, lo mismo que la escena en que el apuesto capitalaño descubre el amor que empieza a germinar en el pecho de la desventurada Engracia.

Admíranse en esta novela pasajes de mucho efecto artístico que producen la completa ilusión de la verdad, y todo esto sin echar mano de esos resortes que a tiro de ballesta denuncian al novelador cursi desprovisto de ingenio. El amor hacia Enrique que va gradualmente enseñoreándose de Antoñita, amor que la joven juzga criminal y que inútilmente procura sofocar, da materia a incidentes referidos con gran naturalidad, que realzan y acrecientan el mérito de la obra. Conocido el carácter de Antoñita, no me sorprende el rasgo de generosa audacia con que salva la vida a Enrique y al jefe de las fuerzas del Gobierno, ni mucho menos la escena en que tras recia lucha con su conciencia, sin pensar en el qué dirán, declara su firme resolución de no unirse a su primo Eduardo, momentos antes de verificarse el concertado matrimonio. Abundan en la novela banileja páginas de mucho interés y colorido local, que demuestran cumplidamente que el señor Billini posee muy apreciables facultades descriptivas y pictóricas, que, unidas a la muy rara de poder hacer el análisis hondo y concienzudo de un carácter, componen lo más necesario para cultivar con éxito la novela moderna, diferente por muchos respectos de la que hasta ayer estuvo en boga cortada por el patrón de un idealismo huero o de un romanticismo trasnochado.

\*\*\*

El infecundo personalismo –origen principal de casi todas las luchas fratricidas que han ensangrentado y cubierto de ruinas el suelo de la patria– aparece en toda su desconsoladora realidad en algunos capítulos del libro que da margen a este desaliñado estudio, sumergiendo el ánimo en dolorosas reflexiones... En

honra del autor debe decirse que al referir sucesos atañederos a la política y en que se ha visto envuelto, lo hace sin ningún matiz de apasionamiento, aconsejado siempre por esa serena imparcialidad propia solo de las almas verdaderamente superiores. De esta opinión, sin embargo, no participa un íntimo amigo mío, persona nada tonta y de antigua filiación baecista, quien cree que el señor Billini incurre a menudo en errores y descubre a cada paso su predilección por el bando político a que pertenecía en la época en que se efectuaron los hechos que narra en su novela. Aún dando de barato que tales cargos resultaren ciertos, nada perdería con ello la obra, puesto que no es posible pedir al novelista –que por incidente refiere un hecho de carácter político– la escrupulosa exactitud que debe exigirse al historiador, ya que la verdad artística no es lo mismo que la verdad histórica, y porque, además, los tales pequeños errores no destruyen en manera alguna la parte esencial de lo narrado, que es verdadera, como no podría negar nadie que conozca a fondo la luctuosa historia de nuestras contiendas civiles. De mí sé decir que no veo nada que tachar en lo referente a la política personalista que tanto ha perjudicado al organismo nacional, y que el capítulo titulado «Cosas de aquí... y de más allá» tiene mucha fuerza sugestiva y merece leerse con mucho detenimiento.

En resumidas cuentas, la obra del señor Billini es de esas escasas que hacen sentir verdadera fruición estética, y está realizada por un estilo fluido y pintoresco, y por un lenguaje sobrio y correcto, donde encontrarán poco que roer esos críticos de detalle que tanto se afanan por descubrir una frase mal construida, un galicismo de poca monta, este o aquel adjetivo impropriamente colocado. En esta interesante novela esplende un realismo de buena cepa, rebosando luz y color, que prueba observación perspicaz, sin ninguna de esas pinturas pornográficas que tanto afean ciertas obras, por otros conceptos dignos de encomio, de escuela literaria ya vencida en el mismo medio social en que alcanzó inmensa resonancia y éxito brillante y completo.



## A Dolores

**A**tado con una cinta antaño azul y hogaño de color casi indefinible, empolvado, amarillento, llamóme ayer la atención, al registrar una gaveta de mi escritorio, un paquetito colocado en un rincón entre recortes de periódicos y colecciones de cartas.

Apresúreme a romper la vieja cinta para ver lo que el paquetito contenía, y ante mi vista aparecieron una flor marchita y dos cartas apenas legibles...

Una oleada de recuerdos invadió mi cerebro.

Al leer aquellas líneas trazadas apresuradamente con mano fabril, parecióme que ante mí surgía la mujer que las había escrito, bella, seductora, con su busto estatuario, con sus formas voluptuosas, con sus grandes ojos irradiando misteriosas claridades, tal como era hace veinte años cuando a escondidas de sus padres manteníamos dulcísimos coloquios y jurábamos amarnos hasta el último instante de la existencia.

\*\*\*

¿Mariposa de luz de mis primeros amores, por qué vienes ahora a revolotear en torno mío, cuando mis idealismos juveniles han desaparecido, cuando la duda ha ahuyentado de mi

espíritu tantas creencias consoladoras, cuando de las flores de mis esperanzas quedan apenas restos marchitos que la brisa más leve puede llevarse lejos, muy lejos?

Tú, Dolores, resumes el período más luminoso de mi vida juvenil, período feliz en que una mirada de tus grandes ojos negros colmaban todos mis anhelos, y sumergía mi alma en inefables deliquios, en arrobadores ensueños... Tú escuchaste las primeras frases de amor que brotaron de mis labios, tú presentaste ante mi asombrada vista paisajes deslumbradores, mágicos horizontes henchidos de luz y de poesía. ¡Cuántas, cuántas veces paseamos juntos por las umbrosas alamedas del encantado país de los ensueños, forjando ilusiones, desasidos por completo de la cruel realidad, olvidados de que en torno nuestro se agitaba un mundo lleno de pasiones mezquinas, de decepciones y de odios!

\*\*\*

Después... ¿Qué pasó después?... Lo recuerdo en este comentario como si ayer hubiera acaecido.

Moría la tarde. Inmóvil en un recodo de las playas puerto-plateñas, con el corazón dolorido, con el alma enlutada, miraba cómo lentamente iba alejándose el vapor que conducía a lejanas regiones. El mar y el viento murmuraban su eterna queja; las obras se estrechaban a mis pies; el rojo encendido del horizonte iba gradualmente desvaneciéndose, y yo, indiferente a todo aquello, seguía en el mismo sitio con la vista clavada en la nave que te alejaba para siempre de mi lago...

Nada he vuelto a saber de ti desde aquella tarde. Cuatro lustros han pasado dejando en mi cuerpo y mi alma imborrables huellas: creía haber olvidado por completo; y hoy, sin embargo, una flor marchita y dos cartas han bastado para hacerte surgir ante mis ojos deslumbradora de belleza y gracia, y para hacerme recordar hasta los menores incidentes de aquella pasión amorosa tan pronta y tristemente terminada por la ausencia.

## *Cosas añejas*

TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO,  
POR CÉSAR N. PENSON

### I

Complázcome, ante todo, en manifestar que considero a Penson en el número de los escritores nacionales más dignos de estimación y aplauso. Tiene muchas de las cualidades que distinguen el verdadero erudito.

No está su gusto sino cuando con entera libertad puede revolver empolvados archivos y consultar viejos libros, restregando el documento o dato que le falta para dar cima al estudio arqueológico de índole filológica que trae entre manos. Requieren estos trabajos, poco apreciados por el vulgo literario, afición a toda prueba, suma laboriosidad y gran caudal de paciencia; condiciones que si con detenimiento se observa reúnen pocos escritores modernos, puesto que la generalidad de estos por sistema o por lo que sea, rehúye todo estudio serio, pagándose, sobre todo, de lo que deslumbra y seduce, aunque en el fondo revele pobreza de ideas y adolezca de superficialidad notoria.

En cuestiones gramaticales, el voto de Penson merece tenerse muy en cuenta. Entre nuestros actuales escritores es, quizás, el que más ha ahondado en tales materias, como lo evidencian ciertos escritos suyos no ha mucho publicados. No guarda

secretos para él la sonora lengua castellana, y así conoce bien todos sus primores y filigranas y su riqueza sintáctica que tanto se presta a la acertada y natural expresión de sentimientos y de ideas. A reflexivo estudio que ha hecho Penson del castellano, y al culto que rinde a ciertos clásicos de la época más brillante de la literatura española, débese, sin duda, el tinte arcaico que a veces se advierte en sus escritos, lo cual, a decir verdad, no es de mi gusto. Nada anfibológico su estilo, pierde en él algo en ocasiones la espontaneidad del pensamiento por el afán de la corrección escrupulosa y nimias, y por el empeño de vaciar la expresión en el molde de la frase netamente castiza.

Para el observador algo versado en estas cosas, nada depone en contra de la afirmación, las voces y locuciones de abo-lengo americano que Penson emplea con frecuencia, y siempre con acierto aunque otra cosa opine el Conde de las Naves en la crítica que hace de *Cosas añejas*, obra esta acerca de la que voy a exponer con sinceridad cuanto desde mi particular punto de vista artístico he notado en ella digno de alabanza o censura.

## II

Levantar con mano segura el velo misterioso que cubre lo pasado, y poner ante nuestra vista con su peculiar colorido y apropiado relieve sucesos que por diversas causas se grabaron hondamente en la fantasía popular viniendo al cabo a adquirir el matiz de lo tradicional y legendario, es empresa que habla muy alto en favor del escritor que la lleva a feliz término; porque además de demostrar con ello facultades intelectuales nada comunes, contribuye, en cuanto es posible, a dar completa idea de la fisonomía moral de una sociedad en un tiempo dado con todo aquello que la particulariza y distingue.

Pintados con esmero, y con plena vida artística, aparecen en el libro a que me contraigo, lugares y personajes pertenecientes a épocas no muy lejanas, pero a las cuales envuelve ya la densa niebla del olvido. Necesítase amor entrañable al pasado,

afición decidida a espaciar el espíritu en el ambiente de muertas edades, para de tan discreta manera acertar a describir lugares cuyo aspecto es hoy totalmente diferente; relatar un hecho ya lejano con todos sus incidentes y particularidades; resucitar un personaje tal como fue o se supone que debió ser, depurándolo de absurdas exageraciones, sin quitarle por eso el colorido poético o la faz repulsiva con que lo muestra ante nosotros la ola incesante del tiempo.

Rico de color local y perfectamente desarrollado se me antoja un «Drama horrendo», episodio de tonos sombríos narrado con soltura y elegancia, en el cual no decae el interés un solo instante. Aparte de algún detalle bien conservado, deja «Bajo cabello» bastante que desear por muchos respectos. Suprimido tal cual pormenor que juzgo defectuoso, ganaría mucho «Barriga Verde» en perfección artística; y cuenta que a mi ver este sucedido es por varios conceptos uno de los mejores que contiene el libro. Cuadro bien dibujado y de muchos efectos trágicos es «La muerte del Padre Canales», y no menos digno de encomio conceptúo a «Profanación», relato que contiene una soberbia descripción del arruinado monasterio franciscano, lugar del escandaloso acontecimiento que se cuenta en aquel episodio. No veo por lo demás en Alcius Ponthieux y sus compañeros sino imaginaciones juveniles caldeadas con la fiebre romántica contraída durante su permanencia en la gran capital situada a orillas del Sena. Cosas mucho peores registranse en la historia del romanticismo, escuela literaria por aquel entonces en toda su fuerza y apogeo. «Entre dos miedos» merece desterrarse de la obra por insustancial y... por lo mismo. Penson describe con facilidad y gallardía, y buena prueba de ello es «El martirio por la hora», tradición cuajada de excelente descripción. Paréceme sí en este suceso poco o nada verosímil la escena en que el Doctor se propasa a ciertos atrevimientos mayúsculos, con María en presencia de la madre de esta dormida. Exagerado encuentro también el retrato de esta mujer en desnaturalizada, pues raya en lo increíble que mostrara tan refinada crueldad con su hija, aunque a ello la impulsara el ansia de ocultar a todos la mancha

caída en el limpio blasón de la familia. Hay idealismo de buena escuela en algunas situaciones de «Los tres que echaron a Pedro entre el pozo» y de «Muerte por muerte», y, como detalle curioso, he leído con agrado «El santa y la colmena». Nada sobra en «Las vírgenes de Galindo», conmovedor episodio escrito con arte sumo, y en el cual la impresión que desde el principio se apodera del lector va creciendo en intensidad hasta el momento de la consumación del horrible asesinato. Y ya que a este conocido acontecimiento me refiero, no quiero dejar pasar la ocasión sin decir que existe por aquí quien afirma y sostiene que el José María Rodríguez de que habla el autor al final de la narración no tuvo arte ni parte en el espantoso crimen, sino que antes al contrario, fue un buen padre de familia y empleado pundonoroso, debiéndose su trágico fin a intrigas políticas de poderosos enemigos... Como carezco de humor y de tiempo para practicar las indagaciones que amerita el caso, dejo a Penson esta tarea, a fin de que si lo dicho resulta cierto haga la necesaria rectificación del punto cuando se ocupe en preparar la segunda edición de su primoroso libro.

### III

Como he dicho en diversas ocasiones, disgustame en extremo la crítica que convierte en capitales errores insignificantes deslices, pues por lo general denuncia en quien así lo ejerce deficiente doctrina estética y escasa o ninguna elevación de miras. Pero eso no obstan, sin embargo, para que en escritor como Penson se note bastante, por ejemplo, que asegure, en «La muerte del Padre Canales» que el P. Perozo era antiguo capitán de los tercios de Flandes, cuando estos habían terminado su gloriosa historia hacía más de un siglo, y poco menos que tal denominación había desaparecido de la milicia española; y que diga en «Muerte por muerte» que se acudió a dar parte del asesinato de Tomás Ramírez al capitán general brigadier don Juan Sánchez Ramírez, cosa también imposible, porque para la

fecha en que apareció este suceso hacía ya varios años que había muerto el heroico caudillo de la Reconquista.

A descuido exclusivamente atribuyo los pequeños errores señalados; y aunque en nada aminoran el mérito de la obra, sería de desear que desapareciesen de ella en la nueva edición que según he oído dará el autor a la stampa.

Bien puede Penson estar satisfecho de haber enriquecido nuestra naciente literatura con joya de tan subidos quilates como *Cosas añejas*, y crea que experimento íntimo regocijo uniendo mi humilde aplauso a los muchos que le ha tributado la crítica ilustrada con motivo de la publicación de su por muchos conceptos interesante obra.



## *Ramona*

NOVELA AMERICANA POR HELEN HUNT JACKSON

No sabe mi distinguido amigo el notable escritor José Martí, acertado traductor de *Ramona*, cuánto le agradezco el ejemplar de esta hermosa novela que tuvo la amabilidad de ofrecerme, pues sin exageración de ningún género puede afirmarse que son muy contadas las creaciones novelescas contemporáneas que produzcan el vivo placer estético que se experimenta al recorrer las páginas del interesante libro que motiva este deficiente artículo. Acabo de leerlo nuevamente, y declaro con mi habitual franqueza que no he podido resistir al deseo de decir sobre él siquiera cuatro palabras, por más que juzgue cosa superior a mis fuerzas el propósito de apreciar acertadamente el mérito artístico de esta celebrada novela, máxime cuando ya críticos autorizados lo han puesto de relieve de manera brillante y en extremo lisonjera para la inspirada autora de *Ramona*.

Bien diferente de la crítica informada en dogmatismos de escuela, crítica llena de prejuicios y exigente hasta lo sumo respecto al cumplimiento de ciertos cánones puramente convencionales, la que hoy prospera en el mundo de las letras reclaman ante toda la expresión sincera del efecto producido en el ánimo con la obra artística, lo que ha hecho que muchos, exagerando este fecundo principio, hayan creído que la crítica moderna se reduce a decir con desenfado cuanto, venga o no al

caso, se nos ocurre al estudiar una producción literaria. La crítica de impresión personal, en realidad, vale bien poco cuando no revela observación honda y perspicaz, y un criterio ecléctico colmado por el estudio de los principios de cada escuela y de los mejores autores. Quien tales condiciones atesore, ya puede ufanarse de ser capaz de ejercer el magisterio de la crítica del modo cumplido que demanda empresa tan espinosa y delicada. Líbreme Dios de suponer, ni por un instante, que poseo nada de lo expuesto, ni que valen un pito los articulejos críticos que de hijos en agraz suelo dar a la estampa. A la irresistible comezón de decir con mi habitual franqueza lo que pienso acerca de *Ramona*, únese también el deseo de llamar la atención sobre esta excelente producción novelesca, por acá poco conocida, y a mi juicio acreedora de ser leída con preferencia a muchas que andan por ahí de mano en mano sin que nada justifique predilección tan señalada.

\*\*\*

No pertenece *Ramona*, ni con mucho, al crecido número de novelas que todos los días salen de las prensas norteamericanas para solaz y deleite de millones de lectores; novelas en su mayor parte desprovistas de valor estético, como informadas por lo común en un objeto de trascendencia estética, casi siempre marcadísimo, al cual se sacrifica a menudo sin compasión cuanto elemento artístico aporta la observación directa de la realidad, una vez que con ello pueda resultar lesionada la finalidad moral preconcebida. Tan estrecho procedimiento, contrario en un todo a la libertad artística bien entendida, solo puede dar de sí obras sin adecuado ambiente, sin hondos análisis psicológicos, sin espontaneidad, sin expresión verdaderamente humana. Para los que buscamos en la creación artística la pintura amplia y real de la vida, sin propósitos docentes ni descripciones pornográficas, resultan forzosamente soporíferos los consabidos engendros literarios. *Ramona* dista mucho de figurar en este número. Hay

en esta novela mucha luz, mucho color, mucha vida. La verdad artística hiere nuestra retina ataviada con las galas deslumbradoras que puede solamente prestarle el verdadero ingenio. Se lee y releo esta obra con delectación hasta su última página, pues en toda ella se refleja con brillante colorido la impresión sentida por la autora ante el doloroso espectáculo que hizo brotar de sus labios el grito de piedad que resuena melancólicamente en las más interesantes situaciones del conmovido relato californiano.

Pasa la sesión en la Baja California pocos años después de ser incorporado a los Estados Unidos aquel extenso territorio. Casi a raíz de tan importante suceso empezaron los indios que poblaban aquella vasta región a echar de menos a sus antiguos señores mexicanos y a vislumbrar la horrible suerte que le aguardaba. Con crueldad sin igual fueron poco a poco aventados de sus hogares, arrojados hoy de aquí, mañana de más allá, constreñidos a soportar terribles vejaciones, sin que nada valiesen las protestas que en favor de aquella infortunada raza hicieron algunos hombres de alma noble y generosa. La lucha biológica, el eterno combate con la vida en que las especies mejor dotadas acaban por destruir forzosamente las menos favorecidas con la naturaleza, presenta una de sus más sombrías bases en esta aplaudida novela, y hace acudir a la mente un cúmulo de desconsoladoras reflexiones.

Tristeza profunda despierta en el espíritu la contemplación de un conjunto de seres humanos humildes y laboriosos, condenado a inevitable ruina por una civilización superior con criminal refinamiento. En la rudeza de las costumbres, en la carencia de ciertos sentimientos filantrópicos por aquel entonces casi desconocidos, en el espíritu predominante en una época todavía influida por las preocupaciones de los siglos medievales, tienen alguna atenuación los hechos de crueldad ejecutados por los guerreros hispanos que destruyeron con sus victoriosas espadas las recién descubiertas civilizaciones americanas; pero ni una sola de estas circunstancias, que sirven en parte de disculpa a los horrores perpetrados en la conquista de este continente, pueden citarse en abono de los luctuosos sucesos tan magistralmente

contados en *Ramona*. Muchos de los que se juzgan poseedores de la última palabra de la ciencia absuelven estos hechos considerándolos como forzoso resultado de la pugna biológica, necesaria, fatal, inevitable... Tal vez tengan razón, mas nadie podrá convencer jamás a los que subordinamos todo acto social a un fin de bien y de justicia, que el combate que riñen por la existencia las colectividades humanas, imprescindible y todo, puede y debe efectuarse con procedimientos equitativos más en armonía con los principios de fraternidad y mejoramiento general que tanto preconiza la actual centuria.

A la raza conculcadora pertenece Helen Hunt Jackson, y por lo mismo entraña mayor importancia su elocuente testimonio. Toda su obra puede resumirse en una protesta contra los desafueros e iniquidades cometidos con los indios, y, sin embargo, es tal el arte con que está compuesta la novela, que la autora logra plenamente el resultado apetecido, sin revolve aliada contra los culpables, y sin falsear en nada la finalidad estética que debe constituir siempre el verdadero objetivo del artista.

\*\*\*

Con gradación y sencillez enteramente artística desenvuélvese el argumento, y ningún episodio ajeno a la novela distrae la atención, que va en aumento a medida que se avanza en la lectura. Los sucesos se eslabonan lógicamente, y todo pasa en la obra de manera natural, sin efectismos rebuscados, sin sensiblería romántica, sin nada que dañe la armonía artística del conjunto. Hase exagerado mucho el cumplimiento del canon de la escuela naturalista que prescribe que las decisiones sean lo más completas posible, lo que a menudo ha dado lugar a una prolijidad cansada, a un acumulamiento de detalles que casi siempre ocasiona invencible fastidio. Así no sucede en *Ramona*. Abundan en ella las descripciones, pero ¡qué descripciones! Sobrias, admirables, rebosantes de realidad, impresionan vivamente con la pintura fiel del objeto que se propuso describir la autora. Las

montañas siniestras, los valles pintorescos, las mil variedades de la espléndida vegetación californiana, surgen a nuestra vista con todos sus colores, con lo que caracteriza la ardiente naturaleza de aquella hermosa porción del suelo americano.

Ni un momento la nota de lo exagerado falsea o desnaturaliza el carácter de los personajes que se mueven en el maravilloso escenario en que pasan los sucesos narrados en la obra. Ilumina con suave luz el sombrío cuadro, Ramona, la mestiza, la encantadora niña aquella que halla en su amor al indio Alejandro fuerzas suficientes para afrontar resignada los rigores de un destino cada día más adverso. Con majestuoso relieve destácase en toda la narración Alejandro Asís, el generoso e infortunado indio, quien parece sentir con más fuerza que ninguno de sus compatriotas las angustias y dolores de la desgraciada raza a que pertenece. ¡Qué bien dibujada se me figura la Señora Moreno! Alma esta de acertado temple sobre la que resbala el tiempo sin modificar en lo más leve sus sentimientos y preocupaciones. Felipe, el cumplido caballero mexicano; el P. Salvatierra, el octogenario franciscano austero y humilde, de quien dice la autora que había ya en todo él la poesía trágica, y a veces sublime, de un hombre que ha sobrevivido a su época y a sus ideales; Margarita, Juan Canito, figuras todas perfectamente delineadas y llenas de vida artística, como productos al fin de un realismo vigoroso y sano.

Escenas henchidas de hermoso color local esmaltan esta primorosa novela, probando cumplidamente que la autora posee esa fuerza de expresión pictórica que tanto realza las más aplaudidas creaciones románticas del arte contemporáneo. El encuentro de Alejandro y Ramona en la callada noche, al pie de los sauces; el pasaje en que el indignado indio refiere a su amada con todos sus lúgubres pormenores el desastre de Temecula; la peligrosa fuga de Alejandro y Ramona en busca del sitio seguro donde fabricar el nido de sus amores; los últimos momentos de la Señora Moreno hasta el postrer instante atrincherada en el inexpugnable baluarte de sus preocupaciones y sus odios; el trágico fin de Alejandro a manos del americano Farrar, en la

soledad de la abrupta montaña en que se había refugiado el infortunado esposo de Ramona, son situaciones de mucho mérito artístico que valoran notablemente el hermoso libro prestándole un atractivo y un interés poco comunes.

No diré que esta celebrada novela esté por completo libre de máculas. Harto se me alcanza que estas no pueden faltar en las producciones del ingenio, ya que la absoluta perfección es ideal que se esconde en la región de lo inaccesible y burla siempre nuestros empeños. Digo sí, ingenuamente, que lo que a mi ver amerita censura en esta obra es de tan escasa importancia, que fácilmente puede pasar inadvertido. Atesora, en cambio, tan considerable número de bellezas, produce tan viva emoción estética, que nadie de fijo dará por mal empleado el tiempo que consagró a recorrer sus páginas. Quizás vaya errado, mas se me figura que son muy pocas las novelas modernas que pueden poner la ceniza en la frente de este bellísimo romance. Y que mucho que así suceda, si es *Ramona* una pintura brillante y completa de una naturaleza exuberante y de un medio social curiosísima, hecha por una mujer de exquisita sensibilidad y clara inteligencia, que puso en ello su alma de artista enamorada de luminosos y excelsos ideales.

## Núñez de Arce

EL PROPÓSITO DEL POEMA «LUZBEL»

**C**onozco solo un fragmento de «Luzbel», la última producción, si no me equivoco, del insigne poeta vallisoletano. El genio del mal retratado en el poema, no se diferencia gran cosa de los tiempos similares que la creadora fantasía de los poetas ha amontonado con el acervo literario de los antiguos y modernos tiempos. Subsiste siempre la misma personificación con idénticos atributos. Salvo tal o cual detalle, el Satanás que surge ante los ojos tiene perfecta semejanza con el que desde niño estamos acostumbrados a contemplar en grabados terroríficos. El soberbio Ángel destronado ha variado bien poco en su eterna peregrinación al través de las edades, pues el espíritu moderno, que tantas cosas ha transformado, no ha podido casi despojar su sombría figura del matiz legendario que constantemente la acompaña. El mismo tipo cristalizando la misma abstracción, como si estuviera irremisiblemente sentenciado a no admitir modificaciones de ningún género, sin complejidades, sin fuerza vital para romper las mallas que lo estrechan y aprisionan, impidiéndole en absoluto la realización de todo propósito de bien...

Tal vez tengan razón, si por este aspecto se considera a «Luzbel», los críticos que acusan a Núñez de Arce de poca novedad en las ideas, de cierta vacuidad en lo que toca a lo esencial de los asuntos que trata, de repetir los mismos conceptos aunque

vestidos con vario y brillante ropaje; pero no pueden, sin incurrir en la nota de parciales o apasionados, negarle la soberana belleza de las formas, la sonoridad y armonía de sus magníficas estrofas, que ora tienen resonancias bélicas como clarín guerrero, ora apóstrofes rudos e hirientes, ora arranques de profunda desesperación generados por duda que turba su alma y constituyen la musa inspiradora de sus más sentidas y elogiadas poesías.

A pesar de lo que generalmente se cree, parece que la duda que aqueja a Núñez de Arce es solo expresión de un estado intelectual puramente transitorio. En su espíritu no se ha efectuado, dígame lo que se quiera, esa lucha maravillosa que nos pinta Renan en una de sus obras. Su escepticismo no es el sereno y resignado que admiramos en el autor de la *Vida de Jesús*, sino algo que en el fondo no es más que el lamento que arrancan a su alma sus creencias aparentemente perdidas. Tal inconformidad arguye falta de convicción, carencia de valor moral para aceptar con resignación la realidad de las cosas, y de ahí a caer nuevamente bajo el dominio de la fe no hay más que un paso. Ante la puerta del templo de lo por venir henchido de misteriosos rumores, donde parece como que alborea la luz de las nuevas ideas que han de transformar completamente nuestra sociedad caduca y desesperada, detiene sus pasos el gran poeta castellano para oír embelesado el canto de sirena de sus antiguas creencias del cual evoca en su espíritu todo un mundo de recuerdos; haciéndoles sentir la nostalgia de ideales que la ciencia con sus análisis y razonamiento jamás podrá subsistir en ciertas almas dotadas de poderosas facultades afectivas... Su poesía «Tristeza» revela admirablemente semejante estado de ánimo.

Los que hace bien poco hemos sentido bajo las piqueta del análisis científico derrumbarse el alcázar de nuestras más consoladoras creencias; los que todavía no nos resignamos a creer, como Brunetière, que la ciencia ha fracasado en su objetivo supremo de alcanzar la verdad, sentimos a veces momentos de profundo desfallecimiento, de amarga duda, y, con Núñez de Arce, observamos con ansiedad el oscuro horizonte para ver si entre sus nieblas acertamos a descubrir el iluminar que nos indique la proximidad del anhelado puerto.

## Asuntos literarios

*H*e afirmado más de una vez en mis deficientes artículos, que del examen de la producción literaria desde puntos de vista puramente retóricos gramaticales, en modo alguno puede resultar crítica provechosa, amplia, tolerante, sugestiva, propia en fin del presente momento artístico. Redúcese la crítica que solo se fija en accidentes externos, a hacinamiento de ideas vulgarísimas, de preceptos consagrados por la rutina, y sirve únicamente para contribuir al desarrollo de lo que llamé no recuerdo quién el raquitismo literario. Rarísimos son ya los que cultivan la crítica de esta manera; y por lo que a mí respecta confieso que cada vez que tropiezo con críticas de tal calibre, recuerdo al momento la época de mi vida estudiantil, en que Hermosilla, el intransigente Hermosilla, imperaba todavía despóticamente en las aulas, y era en el colegio considerado por todos como el Pontífice Máximo, el Legislador supremo e indiscutible en todo lo atañero a asuntos literarios.

Las revoluciones que han agitado el mundo literario durante la presente centuria han dejado en todas partes gérmenes de renovación artística, que, con el transcurso del tiempo, han dado sus naturales resultados. Lo esencial permanece en pie, pero lo susceptible de modificación y transformación, se modifica y transforma inevitablemente. El dogmatismo cerrado de Hermosilla, la estricta sujeción a principios y reglas las más de las

veces convencionales y arbitrarias, no informan hoy ni informar pueden ningún procedimiento crítico que aspire a tener éxito cumplido. Aférrase, pues, a lo rutinario, a lo que ya no tiene razón de ser, a lo que solo tiende a entrabar la libertad artística sin proporcionar en cambio nada beneficioso para el arte, es empeño estéril y vano, que evidencia criterios sumamente estrechos en quien de este modo cierra los ojos por miedo a la luz y prefiere permanecer estacionario, encerrado en el reducido círculo de sus ideas, tapándose los oídos para no escuchar el ruido que anuncia que a su alrededor todo cambia obedeciendo a leyes necesarias e inevitables.

Es menor cada día, como nadie ignora, el número de los críticos que fulminan sus fallos en desagravio de tales o cuales cánones retóricos y gramaticales infringidos o menospreciados. No en vano prosiguen su misteriosa labor las ideas de renovación esparcidas en el ambiente del arte contemporáneo. Puesta de manifiesto la inutilidad de añejos dogmatismos y convencionalismos, surge, como privativa del presente estado intelectual, la crítica de impresión personal, artística, luminosa, robustecida por la observación libre de prejuicios, henchida de interesantes apreciaciones subjetivas, aunque a menudo enturbiada por móviles mezquinos, por apasionamientos personales, que la hacen aparecer como desprovista de imparcialidad, y, por consiguiente, falta de valor real y de positiva trascendencia.

Desdén profundo me ha inspirado siempre esa crítica superficial e incolora, que se entrega con fruición al rebuscamiento de defectillos sintácticos u ortográficos; crítica que nada dice al espíritu, que jamás cambia de puntos de vista, que presenta siempre ante la mirada los mismos monótonos horizontes... Bajo su microscopio, lo insignificante adquiere gigantescas proporciones, y el más chico error o descuido reviste la importancia de falta imperdonable. Por nada de cuanto llevo expuesto vaya, sin embargo, a creerse que mi devoción a la libertad artística llega al extremo de rechazar ciertos principios deducidos de algunas verdades estéticas que jamás podrán ser derogadas. Nada de eso. Lo que censuro es lo convencional sin un sólido fundamento, el

ciego acicalamiento a lo rutinario, lo que no da ni puede dar de sí sino frutos raquíticos, creaciones indelebles que aparecen y desaparecen sin dejar apenas huellas de su paso.

Me explico perfectamente que Antonio de Valbuena fustigue con su sátira a muchos de los poetas que figuran en sus conocidos *Ripios*. Bien merecen la palmeta del dómine los versificadores hueros tan duramente tratados por Valbuena. Pero me indigna esa misma sátira aplicada a Echegaray y a Núñez de Arce. La sátira valbuenesca resulta contraproducente en este caso. Con sus juicios sobre los dos literatos citados, solo consigue Valbuena demostrar sus intransigencias de sectario, su carencia de elevada doctrina estética, su impotencia para descubrir las luchas íntimas, los estados psicológicos que determinan la creación artística... Léase, por ejemplo, el juicio que hace Valbuena de Núñez de Arce, compárese con el de Menéndez y Pelayo sobre el mismo poeta, y se verá la inmensa diferencia que hay entre la crítica puramente externa, formalista, intolerante y apasionada, y la crítica honda, luminosa y sugestiva.

\*\*\*

Como lo enseña la historia, no ha habido escuela filosófica o literaria que no haya en mayor o menor grado exagerado el alcance de sus tendencias innovadoras. La exageración es lo más temible en materia de reformas. A cada reformador siguen por lo regular numerosos adeptos, más o menos ardorosos y convencidos, que echan a perder o poco menos la nueva doctrina con sus desmesuradas alabanzas y estupendas exageraciones. Fuera ya de sus naturales cauces es la idea o principio que inspira el propósito innovador, viene presto la relación que lo reduce a sus naturales límites, sin perjuicio de incurrir por su parte en iguales o mayores descensos. Es este un hecho que la simple observación comprueba a cada paso, en el cual debemos fijarnos detenidamente siempre que nos propongamos emitir juicio imparcial y sereno sobre esta o aquella escuela literaria.

En nombre de la libertad artística reivindicada, incurrió el romanticismo en monstruosas exageraciones; salvó con sin igual audacia el límite que le señalaba el buen sentido, y se entregó al goce desenfrenado de una libertad que todo lo permitía, terminando pronto su ruidosa vida en medio del más merecido desprecio. Del naturalismo nada se diga. Por sus excesos ya se oyen en el palenque de sus glorias vencido y maltrecho, después de haber proclamado *urbi et orbi* su propósito de llevar a cabo la más asombrosa regeneración estética de que hay ejemplo en la historia del arte. Y, con todo, tanto el romanticismo como el nacionalismo poseían gérmenes de mejoramiento artístico que produjeron sazonados frutos, y no cabe negar que algunos de los principios sustentados por ambas escuelas influyen visiblemente en la buena labor literaria de estos últimos años.

De poco tiempo a esta parte, nótase en muchos escritores americanos el prurito de imitar la manera literaria de algunos ingenios desequilibrados por la neurosis muy aplaudidos en la gran metrópoli francesa, sin pensar que son otros los ideales que ante sí tiene la literatura americana, y que en estos pueblos será siempre exótico al pasajero, lo que en la misma ciudad-cerebro no pasa de ser un mero accidente, ráfaga momentánea, como lo sostienen críticos notables. Algunos decadentistas americanos dislocan en el estilo, quieren que el vocablo se transforme en color y la frase vibre como arpa eolia, hostigados por el deseo de aparecer como verdaderamente originales, expresando sus pensamientos de una manera nueva, extravagante y rara. Afortunadamente parece que esta racha del mal gusto vaya pasando.

La crítica actual, como queda dicho, tiene que ser amplia y tolerante si quiere buscar, con acierto la presente evolución literaria; pero a la par de estimular y encomiar toda tendencia que represente un grado más de positivo progreso en la esfera del arte, debe condenar severamente toda clase de exageraciones, todo lo que —como el gongorismo que ya tenemos en casa— tiende a agotar la savia de toda una generación literaria que en día no muy lejano podría ser honra y gloria de América.

## Alonso de Ojeda

### I

Con pasmosa rapidez habíase propagado por todos los ámbitos de la Monarquía española la fausta del descubrimiento de maravillosas tierras en las vastas e inexploradas soledades del mar Tenebroso. Motejado de visionario, escarnecido como demente, el nauta genovés, rendido su primer épico viaje, viose súbitamente elevado a la cumbre de la mayor popularidad por las mismas muchedumbres que hasta hacía poco se complacían en arrojarle a la cara los más crueles dicterios y las más infundadas acusaciones. La figura del egregio Descubridor alzóse engrandecida sobre el pedestal grandioso de la pública administración, con toda la majestad del triunfo conseguido y toda la verdadera excelsitud de su genio. Así, desde Palos a Sevilla, desde las orillas del Guadalquivir a la ciudad Condal, a la sazón de los soberanos españoles, fue la marcha de Colón serie no interrumpida de ovaciones; pues por donde quiera que pasaba agolpábanse a las multitudes para aplaudirle con todos los extremos de un entusiasmo delirante, y para admirar con infantil curiosidad, nunca saciada, los asombrados indios y los variados objetos traídos de los lejanos y misteriosos países recién descubiertos.

El amor a aventuras de granjeasen gloria y riquezas por una parte, y por la otra el ansia de difundir en las nuevas

regiones las civilizadoras enseñanzas cristianas, fueron los móviles principales que espolearon a los hidalgos y sacerdotes que corrieron desalados a ocupar un puesto en la importante expedición que con desusada prontitud y gran copia de recursos se aprestaba en el hermoso puerto gaditano. Caldeada la fantasía con los estupendos relatos que acerca de la extraordinaria riqueza de los nuevos territorios se oían por todas partes, iban los hidalgos expedicionarios con la mente henchida de esperanzas e ilusiones, columbrando, en risueña perspectiva, vírgenes florestas donde el oro a montones despedía mágicas irradiaciones y todo servía para recreo y deleite de los sentidos.

## II

La personalidad del hidalgo de Cuenca ofrece al examen del observador rasgos característicos bien acentuados, y por lo demás bastante comunes en la mayor parte de los audaces aventureros que a fuego y sangre sojuzgaron el extenso continente americano. Valeroso hasta un grado apenas creíble; astuto y acomodaticio cuando necesitaba serlo; rápido en concebir y más aún en ejecutar; poco o nada escrupuloso en la elección de medios con tal que estos le condujesen al logro de sus propósitos, Alonso de Ojeda aparece en primer término con contornos bien delineados en el proceso histórico de la conquista de la Española, y puede presentarse como el primero, en el orden cronológico, de aquellos arrojados guerreros que agujoneados por el deseo de alcanzar alto renombre enriquecerse rápidamente, se encaminaron espada en mano, y seguido cada cual de reducida hueste a domeñar diversas comarcas del suelo americano; y tras recio lidiar derrumbaron en Otumba el secular imperio azteca; franquearon colosales cordilleras y se adueñaron de ciudades asentadas al pie de los volcanes andinos, asestaron golpe de muerte en el patíbulo de Cajamarca a la sólida dominación incásica, y sostuvieron con los indomables araucanos en las orillas

del Bio Bio la lucha gigantesca que cantó en versos inmortales la Musa épica de Ercilla.

En casi todo el período de la conquista de esta Isla vese siempre lugar prominente al incansable paladín castellano. Antes que nadie aparece recorriendo en excursiones exploradora las fértiles comarcas cibaenas; comandada luego los refuerzos enviados a la amenazada guarnición del fuerte de Santo Tomás, donde sostiene poco después riguroso asedio; con gran arrojo y reprehensible ardid ejecuta la captura de Caonabo, el heroico defensor de las libertades de su raza; vence en reñido combate al valeroso Maniocatex en el mismo corazón de la Maguana, y a la cabeza de la caballería pone de su parte a la victoria en la gran batalla de La Vega, demostrando en todos estos empeños bélicos superior resistencia para soportar las privaciones y fatigas de la guerra, notable facilidad para improvisar recursos, y un valor legendario, jamás discutido ni aun por sus más apasionados detractores.

De los conquistadores de más fama, muy raros cuentan una vida tan salpicada de novelescos incidentes y de penosas virtudes como la del esforzado hijo de Cuenca. En su última expedición a la Costa-firme fue la desgracia su inseparable compañero. No son para contar los sinsabores que experimentó en aquel desdichado viaje, ni los peligros a que se vio frecuentemente expuesto, y de los cuales se salvó gracias al acerado temple de su alma, hecha para luchar con la adversidad y para soportar sin desfallecimiento los duros embates del destino. De regreso a la Costa-firme vientos tempestuosos arrojaron su nave a la costa sur de Cuba, y exceden a cuanto se puede imaginar las calamidades de todo género que sufrió con sus compañeros al dirigirse, por territorios enteramente desconocidos, al extremo oriental de aquella isla con el propósito de aproximarse lo más fuera posible a la Española. Cerca de cuarenta días empleó el grupo de náufragos en atravesar con el lodo hasta la cintura espesísima ciénaga, alimentándose la mayor parte del tiempo con raíces y viendo reducirse sus filas por la desaparición de algunos en el inmenso pantano, sin que en tan grave aprieto desmayase un

solo momento el ánimo de Ojeda. Al fin vio recompensada su firmeza con su salvación y la de sus compañeros por el cacique de Neiba, el cual movióse a compasión a la vista de aquella gente famélica que semejaba verdaderamente fúnebre procesión de espectros.

Adicto primeramente al gran Almirante, quien en una de sus cartas le llama mozo discreto y de muy buen recaudo, mírasele más tarde en alianza íntima con el obispo Fonseca, el constante enemigo de Colón, solicitando y obteniendo del poderoso mitrado el permiso de armar y dirigir una expedición con el objetivo de descubrir nuevos territorios, permiso en un todo contrario al tenor expreso de las capitulaciones y convenios pactados entre el gran navegante genovés y los monarcas iberos. A juzgar por lo que cuenta Herrera, tampoco se llevó bien con el célebre Ovando. Residenciado el severo Comendador de Lares, fue Ojeda de los primeros en reclamarle ingentes sumas, fundándose para ello en razones de escasa monta, siendo desestimadas sus reclamaciones por haberse hecho después de transcurrido el plazo legalmente señalado.

La miseria acibaró terriblemente los últimos días de este bizarro campeón conquistador. No falta historiador que asegure que se hizo fraile franciscano, suceso que no debe merecernos entero crédito, puesto que no lo mencionan Las Casas y otros autores que hablan con alguna extensión de los hechos del infortunado Ojeda. Lo indudable es que murió en la indigencia y fue enterrado a la entrada de la iglesia de San Francisco, en sitio donde todos los que entrasen fuesen sus huesos los primero que pisasen.

La investigación histórica ha aventado el polvo que cerca de cuatro centurias habían depositado sobre su losa sepulcral y ha exhumado los restos del intrépido soldado que realizó tantas hazañas por someter al dominio español la heroica y noble raza quisqueyana.

## III

Muchas veces en mis paseos vespertinos, al bajar la colina en que se alzan los musgosos paredones del viejo convento que guardaba los despojos mortales de Ojeda, heme detenido frente a aquellas melancólicas ruinas iluminadas por las últimas expirantes luces crepusculares, y abismado mi espíritu en la contemplación de lo pasado, he creído ver con su propio colorido todo el cambiante cuadro de la Conquista, ya despejado y sereno como hermosa tarde estival, ya enrojecido el valle idílico con torrentes de aborígenes sangres, y sobre hogares arrasados y víctimas todavía palpitantes flotando el pabellón victorioso de Castilla.

Ante mis ojos han desfilado guerreros cubiertos de férreas armaduras cabalgando en corceles fogosísimos, raíles fanáticos, golillas presuntuosos, caciques agobiados por el peso de servidumbre ignominiosa, y en último término, espesa muchedumbre de indios, en la cual abre a cada paso grandes claros la muerte, constreñida a trabajos superiores a sus fuerzas y fustigada sin piedad por crueles opresores, ardiendo en ira y alimentando deseos de venganza al contemplar sus ídolos destruidos, sus aldeas incendiadas, sus vírgenes sirviendo de pasto a la concupiscencia de los recién venidos, todo cuanto constituía su orgullo y formaba el pedestal de su gloria, hecho pedazos y triturado por los herrados cascos de los bridones extranjeros.

No hay que apresurarse, sin embargo, a denostar acerbamente aquella interesantísima fase del progresivo desenvolvimiento de la humana especie. Déjese a cada cual la parte de responsabilidad que le toque; mas no se vaya por ello a extremar el juicio condenatorio hasta incurrir en exageraciones que solo arguyen carencia de sentido crítico para apreciar filosóficamente la evolución que realizan las colectividades sociales en su marcha ascendente hacia el ideal de su relativo perfeccionamiento. Juzgada la Historia por el examen parcial e incompleto de los sucesos que forman su interesante trama, aparecería como un vasto campo surcado por ríos de humana sangre, donde las

pasiones luchan encanecidas y sin tregua, y todo se resuelve en odio y satisfacción de bastardos apetitos. Ningún cambio social de trascendencia, ninguna transformación de radical importancia, ninguna reforma de positivo mejoramiento humano ha podido efectuarse sin recibir antes el óleo de cruentas persecuciones, y luchar a brazo partido con el cúmulo de obstáculos que seculares intereses presentan a su paso. Consolémonos de ello pensando que un día de justicia resplandece constantemente en todas las grandes mudanzas históricas, ideal que por lo común apenas se vislumbra en los hechos, pero que el observador imparcial descubre siempre al través de esos mismos hechos en la armonía y grandeza del conjunto.

## *Fidelia*

NOVELA VENEZOLANA POR GONZALO PICÓN FEBRES

Sinceramente lo confieso: Este desaliñado artículo no es un juicio crítico completo, ni cosa que a ello se asemeje. Mi amigo el inspirado poeta Andrés A. Mata, honrándome en demasía, me ha instado a que le dé mi opinión franca y sincera acerca de *Fidelia*, hermosa novela de costumbres venezolanas no ha mucho publicada; y, por complacerlo, escribo estos renglones sin pretensiones de ninguna clase, pues mal puede tenerlas quien como yo conoce su insuficiencia, y sabe a ciencia cierta que en esos asuntos de crítica literaria es mucho más fácil caer en graves errores, que acertar a distinguir clara y precisamente lo que es digno de alabanza de lo que solo amerita de desdén o censura.

Adolece, a mi ver, defectos de no escasa cuantía la reciente producción novelesca de Picón Febres, mas no hay para qué hacer mucho gasto de esfuerzo intelectual en ponerlos en evidencia, si se atiende, en primer término, a que la novela en los tiempos que corren es género literario que demanda para su acertado cultivo facultades no comunes, y, en segundo, a que *Fidelia* constituye el primer paso dado por su ilustrado autor en un terreno erizado de obstáculos, donde son por ello frecuentes los tropiezos y caídas. Muchos novelistas que conozco quisieran, no obstante, terminar su carrera por donde Picón Febres la

empieza. Por más que su realismo me parezca a veces más artificial que positivo, y note a menudo en sus procedimientos como novelador cierto exagerado acatamiento a fórmulas artísticas no ha mucho imperantes en el campo de la amena literatura india hoy en de capa caída, fuerza se hace declarar muy alto que por lo regular observa bien y pinta con mano segura cuadros de costumbres venezolanas, que se me figura tienen con algunas de por acá no pocos puntos de semejanza o analogía.

La ya derrotada escuela naturalista puso de moda en la época de su mayor auge las prescripciones interminables, el prurito de retratar los objetos sin omitir el más leve pormenor, resultando de tal proceder, salvo pocas excepciones, páginas soporíferas que cuando no se pasaban por alto, solo se veían haciendo un supremo esfuerzo sin que por lo general dejaran su lectura en el espíritu otra huella que la del cansancio o fastidio. De este pecado no es posible absolver al talentoso autor de *Fidelia*. Consagra, por ejemplo, un largo capítulo a describir física y moralmente al Padre Torrijos, y este personaje solo ocupa en la novela un puesto secundario y nada influye en el gradual desenvolvimiento de la obra. Lo peor de todo es que este afán descriptivo hace con frecuencia decaer el interés de la narración, con menoscabo de la emoción estética más o menos intensa que debe indefectiblemente producir toda obra de arte verdaderamente digna de ese nombre. Aparte de lo expuesto, hay en el libro escenas rebosantes de hermoso colorido, capítulos de gran interés sugestivo, personajes que se mueven y proceden como en la vida real; todo lo cual presta a la novela cierto singular atractivo, y revela bien que Picón Febres atesora mucho de lo necesario para poder figurar con brillo en el corto número de los buenos cultivadores de la novela contemporánea.

Fidelia, la protagonista del episodio, tiene, a mi juicio, algo de convencional y falso que roba matices a su gallarda figura. Sin necesidad de mucha perspicacia, adviértese pronto que Picón Febres ha querido hacerla objeto de detenido análisis psicológico, el cual a la postre no satisface por descansar sobre bases sobrado insuficientes y deleznales. La complejidad

de sentimientos y de ideas que se revela en *Fidelia*, no puede en nada satisfacer a quien algo conozca de estas cosas, sin que por ello puede tampoco afirmarse que la heroína de este relato carece en absoluto de los caracteres que determinan lo que particulariza al ser real y lo diferencia del que es exclusivamente producto de la fantasía. La hermosa *Fidelia* sueña con el bienestar doméstico; con la dicha alcanzable por medio del matrimonio con un joven de su condición trabajador; mantiene relaciones amorosas con Juan que posee aquellas cualidades, y... no le ama. El doctor Sánchez Azuero, bello, rico, de distinguidos modales, tras sufrir una serie prolongada de desaires más aparentes que reales, concluye por desbancar a Juan, y quedarse en plena posesión de la interesante muchacha. Quizás me equivoque, pero parece descubrir en esta novela cierto determinismo, a la Zola, que a la larga fatalmente se imponen. Como Lucía su madre, *Fidelia* se escapa al fin con su amante, no sin antes haber sostenido larga y porfiada lucha con su conciencia, no sin haber combatido briosamente con todas las energías de su voluntad la atracción que sobre ella ejerce Sánchez Azuero; atracción vaga al principio, intensa más tarde y que se remata por precipitar a la joven, ebria de amor, en brazos del hombre que adora en una noche plácida en que todo convida a las expansiones amorosas, a la satisfacción de deseos largamente comprimidos... La materia triunfa al fin, dando por tierra con los propósitos de bien tan dulcemente acariciados por *Fidelia* durante su permanencia en casa del Padre Torrijos. El temperamento de la muchacha y las circunstancias se componen de tal modo, que ella no puede hacer otra cosa sino... lo que hizo. Es la lucha entre el espíritu y la carne, entre el deber que le señala como faro salvador su unión con Juan, y sus sentidos, ya predispuestos, que, tras prolongada resistencia, salen al fin victoriosos del tremendo conflicto. Aunque evidentemente hay no poco de falso en el carácter de *Fidelia*, no puede, sin embargo, negarse que el autor ha sabido evitar con maestría peligrosos escollos, y que ciertas situaciones de la lucha íntima ya referida, están

pintadas con una precisión de interesantes detalles y con colorido de realidad merecedores, a mi entender, de calurosos aplausos.

Nada diré de ciertas audacias de lenguaje, ni de cierto naturalismo que campea en algunos diálogos, sobre todo lo cual podría exponer algunos reparos, si no estuviese con la premura del tiempo constreñido a poner punto final a estos renglones. Conste, sin embargo, que me ha agradado mucho la novela que ha dado margen a este rápido estudio; y que por ello me complazco en felicitar a su autor, a quien por sus *Páginas sueltas* y *Revoltillo* considero desde hace algún tiempo como uno de los más distinguidos cultivadores de la literatura en este hermoso continente.

## *Pentélicas*

POR ANDRÉS A. MATA

**S**i la crítica literaria moderna, como sostienen algunos, se reduce a referir con entera sinceridad «las impresiones de nuestra alma al recorrer las páginas de un libro», me apresuro a decir que *Pentélicas*, el primoroso volumen que contiene las poesías de Mata, ha despertado en mi ánimo múltiples sensaciones, proporcionándome ratos de verdadera y viva fruición estética. Antes de leer a *Pentélicas*, ya consideraba a Mata como un poeta de verdad, de los que entran pocos en libra, original hasta donde se puede ser actualmente, con fisonomía literaria bien definida, dotado de vigoroso temperamento artístico, no oscurecido ni falseado por convencionalismos retóricos infecundos o influencias malsanas de esta o aquella escuela. Conocía ya algunas hermosas composiciones suyas, y había notado en ellas algo de original y exquisito, que a mi modo de ver separaba radicalmente a su inspirado autor de la turbamulta de versificadores hueros que viven solamente de la imitación servil de cierta poesía de última hora, llena toda ella de sentimientos positivos, y cuyo principal mérito se hace consistir en el ropaje vistoso de su forma, con frecuencia semejante a abigarrado traje carnavalesco que las más de las veces solo encubre irremediable sosera o absoluta carencia de ingenio.

Me disgusta sobremanera este prurito de clasificación que aqueja a algunos escritores, que aún no han podido desprenderse de ciertos resabios de la crítica dogmática a lo Hermsilla, ya felizmente con pocos mantenedores en el abierto palenque de las letras. Para los tales escritores constituye el principal propósito de su estudio descubrir aquella escuela a la que pertenece el autor de la obra que examinan. Estímase este requisito como indispensable, aunque en muchas ocasiones se vea que el escritor clasificado grite y proteste al notar dónde se le ha colocado atendiendo a varias exterioridades, que es lo que ocurre a los críticos miopes que, contra toda justicia, dan a Bécquer una filiación rigurosamente heiniana. Por meras analogías, por simples apariciones, por la similitud de ciertos rasgos secundarios, inscribese a un poeta en el encasillado de tal o cual escuela o secta literaria, de la que casi siempre se encuentra a centenares de leguas por las peculiaridades esenciales de su manera personal de sentir y comprender el arte.

Para mí la poesía, bien entendida, es la expresión directa del sentimiento en forma serenamente artístico. Si el sentimiento reflejado en ella es puramente imaginativo, como ocurre a cada paso, ya mi impresión personal es desfavorable, efecto que se acrecienta cuando a ello se añade estar la poesía vaciada en moldes de escaso valor artístico. Pero cuando, como en las poesías de Mata, observo repetidas veces primorosamente cumplida esa compenetración del fondo y la forma, de que emana ese delicado aroma que nos inunda el alma de puro goce estético, sin poderlo impedir me siento imperiosamente atraído, seducido fascinado por el poeta que así ha sabido encerrar en un libro de versos, como en áureo relicario, todas sus nostalgias, todos sus sueños, todas sus ansias, toda su sed infinita de sublimes ideales, que casi nunca contempla realizados, que casi siempre ve con dolor desvanecer en lontananzas tristes, en horizontes intensamente grises.

\*\*\*

Ni parnasiano, ni simbolista, ni decadente. Mata no pertenece a ninguna de esas escuelas, y, sin embargo, no le faltan en sus rimas matices más o menos pronunciados de los dos primeros. No ha podido, como ningún artista, sustraerse al influjo de su siglo, dejar de seguir en momentos dados una corriente literaria determinada, aunque observando siempre en sus versos reflejada su personalidad poética, a diferencia de muchos, de la inmensa mayoría, que han oscilado en distintas direcciones, sin saber a qué carta quedarse, acatando siempre las imposiciones de moda efímeras, y obteniendo, merced a ello, aplausos que no han sido ni podían ser duraderos. Si Víctor Hugo, Lamartine y Zorrilla formaron en épocas pasadas la trinidad literaria en que principalmente se inspiraron numerosos poetas americanos, hoy también, salvo algunas excepciones, el neurosismo parisiense reflejado a maravilla por ciertos poetas, constituye la fuente principal en que beben la inspiración muchos de los más sonados cultivadores de la poesía en este continente.

Mata indiscutiblemente no figura en este número. Es un artista consciente, que con laudable discreción ha tomado del modernismo la parte duradera, lo que en esta especial manera de apreciar la evolución artística hay de positivo valor estético y de permanentemente humano. Con justificado desdén ha rechazado ciertos procedimientos que andan por ahí metiendo mucho ruido, no siendo en el fondo sino la resurrección de viejas teorías, cuya aplicación sembró en el terreno literario gérmenes de corrupción y de inevitable decadencia. Prueba evidente del valor intelectual de Mata, es haber comprendido a tiempo la inanidad de tales fórmulas, que son siempre seductoras para los escritores que empiezan, a quienes se les presenta como novedades de indiscutible importancia, encaminadas a renovar por completo el arte conduciéndolo con entera seguridad por nuevos y luminosos derroteros.

\*\*\*

En *Pentélicas* palpitan todas las inquietudes y las aspiraciones de un alma juvenil, aun muy ligeramente turbada por las ráfagas glaciales del escepticismo. Y, a pesar de ello, para los que solo se detienen en lo superficial, Mata es enteramente escéptico e inmoral por añadidura. Ni lo uno ni lo otro. El escepticismo no es, ni con mucho, la fuente de su poesía. Esta brota pujante y armoniosa de un corazón abierto a todas las impresiones, saturado de sentimientos generosos, y que tiene sus momentos de duda y desfallecimiento. Pero Mata no ha apostatado nunca de ciertas creencias que deben formar siempre el punto cardinal de todo espíritu que se apacienta en un racional altruismo. En ninguna de las páginas de su libro resuena de manera profunda la nota desconsoladora del escepticismo.

Se dice también que es inmoral. ¿Por qué? Solo los asustadizos en demasía, los hipócritas fariseicos que hacen en secreto lo contrario de lo que predicán en público, son capaces de dirigirle este cargo, que también se ha hecho a otros que han sabido reflejar en sus creaciones la verdad artística, rompiendo valerosamente con algunas preocupaciones sociales a que había que subordinarlo todo. La verdad no puede nunca ser inmoral. Lo censurable en el artista es que, desnaturalizando su misión, se complazca en realzar lo indecoroso y grosero con el propósito de producir un efecto determinado. ¿Acaso tiene nada de inmoral la esplendente desnudez de las grandes estatuas que nos ha legado el arte clásico? Porque Mata con mirada de águila escudriñe pavorosos abismos sociales, y por medio de brillantes imágenes llenas de vigor y valentía nos diga lo que en ellas ha herido, con más fuerzas sus fibras más recónditas, ¿puede con justicia acusarse de inmoral? Entiendo el arte como expresión completa de la vida, según la frase de Taine, y así me gustan mucho estos hermosos versos de Mata tan justamente ensalzados:

Del festín una hermosa es la reina;  
y entre gasas y blondas etéreas,

en su espléndido busto revientan  
 dos magnolias de mármol de Grecia  
 sobre un friso de ajadas gardenias.

\*\*\*

Mata no es siempre impecable. Pero por lo general en sus poesías el verso vibra armonioso y la estrofa tiene la tersura y limpidez del mármol helénico. No es cincelador exquisito, como Teófilo Gautier, *ouvrier du vers*, como se llamó él mismo, ni tiene ese poder soberano de Verlaine para encubrir el vacío del pensamiento con los efectos musicales del ritmo; pero alcanza de modo casi constante a expresar sus ideas con claridad, corrección y belleza. Como piedras preciosas de múltiples aguas, tienen a veces sus estrofas irradiaciones multicolores que deslumbran, y a veces aparecen serenas, reposadas, majestuosas, como bajorrelieves del Partenón o hermosos frisos del vestíbulo dórico de los Propileos.

No particularizo mi juicio citando algunas de las poesías que contiene *Pentélicas* por temor de alargar demasiado este artículo. En muchas de ellas hay primorosas bellezas dignas de ser saboreadas por temperamentos artísticamente refinados. «Menta y besos», «Grito bohemio», «A Sucre», «Del pasado», «Yámbica», «Auntumnal», y otras demuestran brillantemente que Mata es verdadero poeta. En «Auntumnal», poesía sugestiva, henchida de suave tristeza, se revela un estado de alma, que me parece vigorosamente expresado. Así exclama el poeta:

Bajo la densa atmósfera,  
 ¿quién no siente en el alma el tardo y sordo  
 bostezo sepulcral del desaliento,  
 y no ve en lo interior del pecho roto  
 que el amor, el recuerdo, la esperanza,  
 son escombros que ruedan sobre escombros?

.....

¡Oh, fauno! Que no sientes la tristeza  
de los días lluviosos,  
ofrécele al poeta, peregrino,  
de ideales remotos,  
tu invulnerable corazón de bronce,  
la irónica actitud de tú abandono,  
y con la cruel sonrisa de sus labios,  
las ceguedad eterna de tus ojos!

Sin miedo de incurrir en esos encomios ridículos que a menudo vemos estampados en libros y periódicos a referirse a escritores puramente mediocres, bien puede asegurarse que Mata es uno de los más gallardos e inspirados poetas que en la actualidad pueden presentar las bellas letras hispanoamericanas.

## *Leonela*

NARRACIÓN CUBANA POR NICOLÁS HEREDIA

*P*arécese el distinguido autor de *Leonela* un temperamento literario perfectamente equilibrado. Pertenece, sin duda, al número de escritores de este continente no contagiados por el decadentismo, «estado morboso del arte contemporáneo», que tantos estragos ha producido en las letras americanas. No ha dejado deslizar su esquiñe con las corrientes del mal gusto que en distintas direcciones cruzan el campo de la literatura modernísima, probando con ello que tiene verdadera conciencia literaria, cosa que de día en día va siendo más rara, por más que muchos crean o aparenten creer lo contrario. Es colorista sin exceso; pinta con esmero y elegancia, sin afejar jamás sus cuadros con colores chillones, sin perseguir nunca esos deplorables efectismos que para muchos constituyen la perfección más valiosa que puede resplandecer en la obra artística.

Los análisis psicológicos de Heredia son poco profundos; no tienen el sorprendente alcance, por ejemplo, de los de Paul Bourget; pero esta circunstancia, lejos de amenguar su mérito como novelista, lo que hace, bien mirado, es afirmarlo de manera brillante y cumplida. El autor de *Leonela* llega a donde debe llegar. Quiere, ante todo, que su análisis sea verdadero, y lo consigue plenamente. La complejidad psíquica, los refinamientos intelectuales propios de civilizaciones que han alcanzado su

mayor grado de madurez, requieren el hondo estudio introspectivo, el sutil análisis de Bourget, buzo incomparable que sin vértigo ni desfallecimiento desciende hasta las más recónditas y misteriosas profundidades del alma humana. Pero semejante procedimiento no encaja en el medio social en que se desarrollan los sucesos referidos en la novela de Heredia. Lleno de espesas sombras generadas por deficientes instituciones coloniales, y evidenciando un grado de desenvolvimiento intelectual hartamente limitado, no puede dicho medio dar de sí caracteres que ofrezcan a la observación psicológica campo especial y dilatado.

En *Leonela* aparece admirablemente retratada una parte de la sociedad cubana con todas sus peculiaridades y matices tal como era antes que la revolución iniciada en Yara viniera a conmoverla de un modo tan radical y profundo. Al recorrer las páginas de *Leonela*, experimentase el goce estético que produce siempre la realidad vaciada en moldes verdaderamente artísticos. Parece como que el sol de Cuba dora estas páginas con sus brillantes reflejos, haciendo destacar con su apropiado relieve los tipos de pasmosa verosimilitud tan concienzudamente estudiados por Heredia. La acción marcha hasta el desenlace sin embarazos ni tropiezos, y las partes todas de la novela aparecen perfectamente eslabonadas formando un conjunto armonioso, un todo artístico en extremo pintoresco y ameno.

Leonela es un tipo de mujer dibujado con una habilidad y acierto dignos del mayor encomio. A su complexión sólida y robusta, a su naturaleza ardiente e impetuosa, son debidos esos repentinos arranques tan comunes en ella, arranques que al fin la precipitan en la cima de la deshonra, a pesar de su sentido práctico de la vida, de su manera de ver las cosas ajustadas siempre al marco de lo real, de todas aquellas raras cualidades que parecen hacer de la joven una organización moral sólidamente cimentada. Los incidentes ocurridos en su rápida carrera con Valdespina al través de los campos, permiten ya presentir las escenas culminantes y decisivas de «El Retiro». Declaro, sin ambages, que este pasaje me sorprendió bastante, pareciéndome en el primer momento inverosímil, y algo así como uno de esos

recursos de que con frecuencia echan mano ciertos novelistas para producir resultados sensacionales. Lejos, muy lejos de eso. Quien observe atentamente el carácter, la particular idiosincrasia de Leonela, tendrá pronto que convenir en que nada es más natural que lo que ella hace. Aunque a primera vista no lo parezca, Leonela no es en el fondo sino una mujer toda carne, toda músculos, toda nervios... Por lo mismo que no es una mujer vulgar, todo lo que Leonela ejecuta tiene el privilegio de causar momentánea sorpresa. Fijándose en ella con detenimiento, pronto se convencerá uno de que tiene ante sí una mujer de carne y hueso, de condiciones verdaderamente excepcionales... Clarita forma notable contraste con Leonela, y despierta vivo interés; no obstante sus puerilidades y desmanes románticos es una figura simpática de mujer, pintada con verdad y galanura, que contribuye poderosamente a dar animación y colorido al dramático e interesante relato.

No puede negarse que en el plano de la novela, John Valdespina representa lo que el autor ha querido demostrar clara y evidentemente. Su educación enteramente yanqui, su permanencia de tantos años en la gran República americana, su asimilación completa de cuanto constituye lo característico de una raza tan diferente a la nuestra, no le sirven a Valdespina para impedir que tras de algunos meses de residencia en el suelo nativo, su carácter se modifique profundamente, y al fin piense y obre como un verdadero hijo de Cuba. Bajo su fina epidermis de pseudo sajón vuelve la sangre criolla a encender su organismo, llevándole a extremos que a él mismo dejan asombrado cuando puede reflexionar serenamente sobre ellos. El medio ambiente se impone de modo irresistible dando al traste con aquel cerebro tan bien equilibrado, y, como dice el autor, John vuelve a ser Juan. Todo ello me parece muy bien; pero, ¿puede tal caso elevarse a la categoría de regla general? Me permito dudarlo. Conozco algunos Valdespinas, que no obstante una dilatada permanencia en el suelo patrio, después de pasar largos años en países extranjeros, no han podido desprenderse de ciertos hábitos exóticos, de ciertas costumbres privativas de otras razas,

probando a cada paso con palabras y hechos la escasa influencia del medio nativo sobre sus respectivos organismos. Tal vez todo depende de cómo se combinen las circunstancias, las comprometedoras circunstancias.

Mucho espacio ocuparía si me propusiera hacer un análisis detenido de todos los personajes que se mueven en la preciosa novela de Heredia. Hay en ella tipos de tan saliente plasticidad, tan maravillosamente trazados, que se nos figuran que los vemos realmente, y a cada instante cruzan ante nosotros palpitantes de verdad y vida. Don Cosme, doña Luisa, Foronda, Manengo, el Cura, Capitán Ruiz Maella, y otros más, presentan en sus respectivos retratos toques de sobresaliente mérito histórico. Paréceme, sin embargo, percibir en el Capitán Ruiz Maella cierto leve matiz caricaturesco que, a mi juicio, deslustra algo el retrato de este curioso personaje.

En esta hermosa novela hay paisajes de mucho efecto cósmico, primorosos cuadros de costumbres, descripciones inimitables, y también situaciones conmovedoras que dejan en el ánimo la intensa impresión característica de lo trágico. Lo cómico alterna con lo dramático determinando las variadas impresiones que se sienten al leer el libro; pero la nota fuertemente conmovedora vibra más a menudo, sobre todo en las últimas páginas de la novela, que son interesantísimas, admirables, llenas de verdadero sentimiento y de hermoso y apropiado colorido.

*Leonela* es, indudablemente, un libro que honra en alto grado a las letras americanas. Cuando a cada momento nos tropezamos con novelas cursis saturadas de trasnochado y falso romanticismo o llenas de descripciones empalagosas y de situaciones en extremo repulsivas, natural es que experimentemos completo regocijo al detener la mirada en ese fragmento de palpitante y artística realidad que se llama *Leonela*. Reciba su celebrado autor mi humilde aplauso, que aunque poco vale, tiene por lo menos el mérito de ser la expresión sincera del efecto causado en mi espíritu por la lectura de la excelente obra que ha dado margen a este deficiente estudio.

## Zenea

*A José Joaquín Pérez*

**C**on los ojos de la imaginación me parece contemplar el pavoroso cuadro. Era el 25 de agosto de 1871. Se iba a fusilar un hombre. De la inmundicia mazmorra en que durante ocho largos meses había apurado el cáliz de amarguísimos dolores físicos y morales, continuamente torturado el espíritu por sufrimientos indecibles, fue conducido entre dos filas de soldados hasta los foros del castillo de La Cabaña, que era el sitio destinado para llevarse a cabo la ejecución. Había entrado al calabozo fresco el semblante y negros los cabellos, y salía de él con la cabeza enteramente blanca y todo el aspecto de un anciano. Tenía solamente treinta y siete años. El mar entonaba su monótona canturía, y las olas morían mansamente al pie de los sombríos paredones de la imponente fortaleza, teatro de tantos crímenes políticos... Pocos momentos después, dominando el rumor del oleaje, resonó una descarga, y cayó cubierto de sangre aquel hombre prematuramente envejecido...

¿Cuál era su crimen? Haber hecho jirones impulsado por viril indignación su infamante librea de colono, y haber aspirado con tesón incontrastable a llamarse ciudadano de un pueblo libre. Tal era la falta capital, tal el monstruoso delito que le había hecho merecedor del patíbulo, sentenciado por la cruel

intolerancia española, después de tenerlo rigurosamente privado de comunicación en húmedo e infecto calabozo, donde soportó con estoica entereza los más duros vejámenes de sus implacables carceleros.

En aquella densa noche colonial en que solo se escuchaban lamentos y maldiciones; no viendo a su alrededor sino siervos trémulos bajo el látigo de rapaces mandarines; enamorado ardentemente de la libertad y detestando con todo su corazón el yugo hispano; dotado de un alma superior que se ahogaba en aquel ambiente deletéreo en que solo podían agitarse y medrar conciencias desgravadas, quiso con todas sus fuerzas la redención de su patria y consagró desde niño a la realización de este supremo ideal todos los resplandores de su gran inteligencia y todas las energías de su voluntad irreductible. Su vida entera fue una constante peregrinación en pos de ese grandioso propósito. Años antes de estallar la revolución de Yara salió de la isla con la firme decisión de no volver a ella, pues como decía a sus amigos «no quería ser un esclavo más en el fundo de España».

\*\*\*

De su numen privilegiado brotaron sonoras estrofas, armoniosas endechas que todavía escuchamos con admiración y recogimiento. Es su poesía suave, cadenciosa, impregnada de tristeza. En sus cantos vibra la emoción de un alma toda luz, hecha solamente para hacer santuario de excelsas ideas, de nobles y generosos sentimientos. El amor y la patria son las dos fuerzas que constantemente mueven su espíritu, encienden su fantasía, y sirven de luminosa meta a todas sus acciones. Era grande su actividad intelectual; en prosa escribió más, mucho más que en verso; pero de su prosa —elegante y correcta por lo regular— aparte de uno que otro trabajo de bastante mérito, solo se ha salvado del olvido su libro sobre literatura norteamericana, colección de artículos publicados por primera vez, si no me equivoco, en *La América*, notable revista madrileña que dirigía el ilustre periodista

Eduardo Asquerino. Fueron muy aplaudidos en aquella época, y de hecho son dignos por sus brillantes condiciones de fondo y forma.

Pero lo que de él vive y vivirá largo tiempo son sus versos. En ellos está estereotipada toda su alma. Es cierto que en su mayor parte carecen de verdadera originalidad, tampoco es posible negar que abundan en ellos esas incorrecciones de forma que tanto persigue la crítica menuda. Conozco críticos que han pensado realizar una tarea útil poniendo de bulto los prosaísmos, repeticiones y demás defectos que sin gran dificultad pueden encontrarse en algunas poesías del infortunado lírico bayamés. No los seguiré por ese camino, que juzgo sumamente estrecho y muy expuesto a sensibles tropiezos.

Circunstancia digna de mencionarse, y que a mi manera de ver se explica en parte por las radicales ideas políticas del poeta, es la de que en los versos de Zenea apenas se percibe la influencia de ninguno de los autores españoles de más resonancia en su época. Si alguien ha notado algo en ese sentido, me apresuro a decir que por mi parte nada he visto de verdadera importancia que contraríe el hecho observado. Y esto no dejará de ser extraño a quien conozca lo difícil que es al escritor aislarse por completo del ambiente literario en que se mueve. Nacido y educado Zenea en una colonia española, donde solo se enseñaba por textos recomendados por el gobierno metropolitano, siempre inspirado por un espíritu de viva suspicacia y de notoria estrechez de miras, y viviendo en un tiempo en que Espronceda y particularmente Zorrilla tenían numerosos imitadores —de este lado del Atlántico sobre todo— parecía natural que su inspiración se abrevase en tales fuentes, y que, siquiera a ratos, dejase ver en sus rimas la huella más o menos pronunciada de semejante influencia.

En cambio la literatura extranjera contemporánea lo apasiona, tal vez con perjuicio de su propia personalidad poética. En varios de sus versos, a veces borrosas y a veces bien señaladas, hay huellas de Alfredo de Musset y otros poetas muy en auge en aquella época. En «Infelicia», la última composición de ese

poema del dolor escrito con lágrimas que se llama el *Diario de un mártir*, he creído notar claras reminiscencias del inspirado autor de *Rolla*.

\*\*\*

Cuando se lee el tomo que contienen las rimas del genial bardo cubano, no es posible dejar de sentir impresión duradera de honda melancolía. El trágico fin del poeta ha contribuido mucho, sin duda, a hacer más populares sus versos. Hay bastante hojarasca en este tomo, si vamos a ser sinceros, pero en cambio de eso, ¡cuánto delicado perfume no se desprende de sus páginas! ¡Cuántas bellezas de concepto y de expresión no hay esparcidas en sus hojas! Su romance a «Fidelia» publicado en España por una curiosa equivocación con la firma de Ros de Olano, es, si hipérbole, de los más hermosos que en su género se han escrito en castellano. Es una historia de amor tierna y melancólica, que principia con un idilio a orillas de un río y termina en la misteriosa soledad de un cementerio. Y parecidas a esa poesía hay bastantes en el libro.

Al recorrer los inspirados cantos reunidos bajo el expresivo título *En días de esclavitud*, no hay corazón sinceramente americano que no sienta la magia de esos acentos y no se conmueva ante el dolor que abrumba al poeta al ver en torno suyo espesarse más y más las sombras de degradante servidumbre. ¿En qué pecho generoso, en qué espíritu que abomine cuanto rebaja y envilece al hombre, no encontrarán siempre eco prolongado estas hermosas estrofas tan conocidas, y en las que se revela toda la inmensa angustia, toda la sombría desesperación que desgarraba el alma del Zenea?:

Tengo el alma, Señor, adolorida  
por unas penas que no tienen nombres,  
y no me culpes, no, porque te pida  
otra patria, otro siglo y otros hombres;  
.....

que aquella edad con que soñé no asoma,  
 con mi país de promisión no acierto;  
 mis tiempos son los de la antigua Roma,  
 y mis hermanos con la Grecia han muerto!

Veintisiete años hace que atravesado por balas españolas cayó en los fosos de La Cabaña el dulce cantor de «Fidelia». Si al conjuro de Cuba redimida, pudiese, cual nuevo Lázaro, levantarse de su olvidada tumba, ¡cuánta satisfacción no inundaría su espíritu al mirar convertido en realidad consoladora el magno objetivo de todas sus aspiraciones y esperanzas! En la fortaleza en que fue sacrificado Zenea, y sobre la cual durante cerca de cuatro centurias ha flameado orgulloso el pabellón español, en breve flotará la bandera gloriosa de la estrella solitaria; y sin duda las salvas que anuncien al mundo este gran acontecimiento, digno de servir de remate a este siglo de adelantos y reivindicaciones, harán rebullir en su sepulcro las frías cenizas del que todo lo ofrendó en aras de la consecución de una patria independiente y libre.

Ya puede, por fin, descansar en paz el nostálgico poeta de los *Cantos de la tarde*. Ya la heroica Antilla ha hecho pedazos su pesado sudario de cuatro siglos de triste coloniaje, y se apresta a surgir ante el mundo ataviada con todas las esferas de un pueblo dueño de sus destinos; ya solo himnos de libertad resuenan en los hermosos campos cubanos, donde el insigne Heredia oía angustiada el gemido del esclavo infeliz y el crujir execrable del azote; ya los bardos de la libertad de Cuba no sentirán más la infinita tristeza de aquellos luctuosos tiempos en que el infortunado Zenea escribía estos versos desconsoladores:

Los cubanos no tienen más suerte  
 que morder sus cadenas de hierro,  
 y unos pocos marchar al destierro  
 y otros pocos subir a la cruz.



## Carmelita

(FRAGMENTO)

... *P*arecióle que allí no podía respirar, que faltaba aire en aquel cuarto y con mano febril entreabrió una ventana que daba al patio. Un aura suave coreó su abrasada frente. No se oía otro ruido que el rumor del cercano río y el vago murmullo de la tenue brisa. Era una noche hermosísima de otoño. Aroma de azucenas y jazmines venía del patio embalsamando el ambiente, y en el limpio firmamento marcaban con deslumbrante brillo las constelaciones sus líneas de fúlgidas estrellas. Aquella calma augusta de las cosas armonizaba bien poco con el inmenso dolor que desgarraba el alma de Carmelita.

Continuaba sollozando. Su desesperación era cada vez más sombría. La muerte se le presentó entonces, no revestida de tétrico aspecto, sino atractiva y salvadora como puerto seguro, como refugio único donde depositar para siempre al pesado fardo de sus dolores. En ninguna parte ocultaría mejor su desventura. Voluptuosidad infinita sintió al pensar que podría cuando quisiera refugiarse en la lóbreguez misteriosa de la muerte. De seguro que allí no irían a perseguirla las burlas crueles, los sarcasmos y los dicerios que iban a acarrearle en ruidoso fracaso de sus esperanzas. Cuando durmiese el último sueño no vería ni oiría ya nada de ese mundo engañoso en que tanto había sufrido. ¿Para qué vivir más? ¿A qué vacilar por más tiempo? En la

muerte encontraría el descanso apetecido. Y en su mano estaba conseguir inmediatamente aquel supremo reposo. En el fondo del patio, detrás de una débil empalizada que se podía romper fácilmente, estaba la barranca, a cuyos pies corría con ímpetu el caudaloso río, que parecía brindar a la joven seguro lecho mortuario en el raudal hirviente de sus aguas. Morir, morir, repetía Carmelita abriendo con mano firme la puerta que daba acceso al oscuro y silencioso patio.

De pronto se volvió sobresaltada. En el aposento inmediato lloraba el niño como si le molestara algo. Cerró apresuradamente la puerta, y corrió hacia la cuna. Al verla extendió hacia ella el niño sus bracitos, como pidiéndole amparo. Al calor de aquella mirada, sintió Carmelita que se evaporaban sus propósitos de muerte, que de su mente huían las imágenes sombrías, los pensamientos tétricos. Un cambio completo de ideas se efectuó en su cerebro. Bajo la terrible impresión recibida aquella noche había olvidado que ella no se pertenecía, porque en el mundo se agitaba un ser que reclamaba imperiosamente sus cuidados... ¿Qué iba a ser del pequeño si ella moría?... Pedazo de mis entrañas, corazoncito mío, morir yo... y tú, tú, decía Carmelita estrechándolo con infinita ternura en sus brazos. El chiquitín, dulcemente arrullado, había vuelto a dormirse. Acostóle de nuevo en la mullida cuna y se puso a contemplarlo con la mirada llena de ternura. Mientras más veía al pequeñuelo, más se arrepentía del propósito concebido en un momento de lamentable ofuscación... Su antiguo fervor religioso, bastante disminuido desde hacía algún tiempo, surgió de improviso potente en su alma, tornando a ejercer sobre ella su acostumbrado influjo.

¡Cuánto no echó de menos en aquellos instantes la imagen de la Virgen de las Mercedes que tenía en su cuartito de la aldea; imagen que tantas veces escuchó las cándidas plegarias de su infancia y los ardorosos ruegos de su adolescencia! ¡Con qué fervor se postraría ahora ante ella, pidiéndole el perdón de sus faltas, el alivio de sus dolores! Experimentaba Carmelita en aquella hora la necesidad incontrastable de descargar su conciencia llena de escrúpulos por las ideas de muerte que hasta

hacía poco habían oscurecido su cerebro. Para ella solo revestía carácter divino, solo era objeto de culto religioso, solo debía ser reverenciado, lo que aparecía de la divinidad bajo una forma sensible, lo que podía ver y tocar, la sacra imagen pintada en el cuadro o de cualquier material plástico modelada por el arte.

Y en la estancia no había nada de eso. Sí, algo había; algo digno de los mayores extremos de veneración y respeto. Mas como objeto de lujo que devoción, veíase en un rincón del cuarto, pendiente de la pared, un hermoso crucifijo de marfil con incrustaciones de nácar. Desolada y contrista, demandando clemencia, cayó Carmelita de hinojos ante la efigie de aquel Mártir sublime de la injusticia humana que murió en una cruz perdonando a sus verdugos.



## Leconte de Lisle

**A**caba de inaugurarse en París, en el poético Jardín de Luxemburgo, el busto destinado a perpetuar la memoria de Leconte de Lisle. Bien merece ese homenaje el autor insigne de *Poemas antiguos*. Aunque juzgado diversamente por criterios de escuela más o menos inficionados de parcialidad o apasionamiento, la crítica serena reconocerá siempre que Leconte de Lisle poseía en alto grado la mayor de las cualidades que constituyen al verdadero poeta. Es sin duda una de las personalidades más salientes de la literatura francesa en la actual centuria. Por demás curiosa y digna de estudio es su fisonomía literaria, pues ofrece al observador atento multitud de rasgos bien acentuados que le prestan cierta grandeza de originalidad que en vano se buscaría en otros grandes poetas contemporáneos.

En medio del tumulto de un siglo como el actual, continuamente agitado por el oleaje de las más opuestas ideas, pudo Leconte de Lisle aislarse casi por completo de la atmósfera intelectual de nuestro tiempo, refugiándose en ciertas alturas casi inaccesibles desde donde contemplaba con olímpico desdén el espectáculo de la humanidad dividida por odios mezquinos, en lucha perenne de intereses, en persecución incesante de ideales que quizás no alcanzará nunca... Con estro vigoroso cantó las luchas titánicas de civilizaciones extinguidas, y evocados por sus versos armoniosos levantáronse de sus sarcófagos de piedra y se

mostraron en plena luz los dioses muertos de olvidadas religiones. La civilización cristiana le produce aversión mal disimulada. De toda su obra literaria se desprende un pesimismo enervante, acaso la negación completa de cuanto en el orden religioso forma todavía el consuelo de muchas almas...

Vivió intelectualmente en un mundo bien diferente del nuestro. Como muchos espíritus superiores tuvo por principal culto el helenismo. El ideal de belleza realizado por Grecia en el arte le parecía insuperable, y lo consideraba como caso único en la historia, y como destinado a servir eternamente de luminosísimo faro a todos los amantes de la forma artística serena y casi perfecta. Pocos hombres habrán sin duda poseído con tanta exactitud como él la visión maravillosa del arte griego. Se le hubiera creído un ciudadano ateniense de la época brillante de Pericles. Fuera de ese período histórico relativamente corto en que se cristaliza lo que hoy conocemos con el nombre de helenismo, se le antojaba mezquino e incoloro cuanto ha sido posteriormente realizado por el espíritu humano en su eterno afán de perfeccionamiento. La labor literaria de nuestro siglo, con ser tan grande, solo inspira un sentimiento de lástima o un gesto de desdeñosa indiferencia.

\*\*\*

Dice Hennequín, en su *Crítica científica*, «que verdadero gran artista es aquel cuya alma vibra en un millón de sensibilidades individuales y causa la alegría y el dolor de un pueblo». Nada de esto vemos, sin embargo, en Leconte de Lisle, a quien, sin incurrir en falta evidente de justicia, no se puede negar el título de eximio artista. Es que en estas materias no hay en realidad sino uno que otro principio que pueda aspirar a la categoría de absoluto, pues el arte, sin desatender ciertas condiciones de raza y ambiente, es y será siempre producto de la emoción individual. La poesía de Leconte de Lisle no fue nunca popular, cosa que sin gran trabajo se explica. La fría impassibilidad que caracteriza la escuela parnasiana no podía en manera alguna agrandar a la

muchedumbre, capaz solamente de ser conmovida por la expresión calurosa de afectos y pasiones. Sostuvo el gran poeta que el arte debe ser impasible, y de ahí que sus versos marmóreos solo puedan ser bien apreciados por un corto número de temperamentos artísticos ya convenientemente preparados para ello. En los asuntos que trata en sus poemas nada hay que haga palpar con fuerza el corazón del pueblo. Leconte de Lisle no expresó nunca tristezas hondamente subjetivas como Lamartine, ni bajó como Víctor Hugo a la candente arena donde se debaten con hórrido estruendo los magnos problemas que tanto preocupan a la sociedad moderna... Tuvo él su templo aparte, hecho de fino mármol de Paros, donde se erguían sobre altos pedestales los antiguos dioses, y donde él, solo él, oficiaba a manera de gran sacerdote apolíneo. Afuera luchaban encarnizadamente los muchedumbres, rugía el huracán social amenazando destruirlo todo, sin que tan temerosos ruidos perturbasen en lo más mínimo su majestuosa serenidad de artista enamorado de ideales ya desvanecidos en las melancólicas lontananzas del pasado.

Si bien se mira, lo verdaderamente admirable en Leconte de Lisle es la forma. A juzgar por lo que afirman muchos eminentes críticos franceses, a cuya opinión me atengo por ser a mi juicio los más capaces de acertar en este punto, el gran poeta parnasiano quiso, y lo consiguió de un modo digno de admirar, introducir en el lenguaje poético ciertas tonalidades preciosas, a fin de que sus poemas resultasen verdaderas sinfonías de palabras por medio de la combinación adecuada de ritmos y sonoridades. Por lo que a mí toca no tengo inconveniente en confesar que encuentro algunos de los poemas de Leconte de Lisle de una monotonía desesperante, a pesar de su maravillosa estructura, de su ropaje deslumbrador, y de sus sorprendentes efectos rítmicos. Con toda su habilidad artística y todo su vasto conocimiento del pasado, hallo sus versos, en ocasiones, fríos y cansados. Admiro su poder de artista incomparable, pero su poesía, por lo general, casi no me conmueve. Faltan en Leconte de Lisle el sentimiento, el calor, la fuerza vital de nuestra época, y por eso sus cinceladas estrofas no pueden despertar en nuestras almas enfermas emociones profundas y duraderas.



## Sor Clara

**S**eguía oyéndose con bastante claridad el ruido de la fusilería. Se batían allá lejos, detrás de las verdes colinas que limitan la extensa llanura, con ese salvaje encarnizamiento propio de las guerras civiles. Hacía rato que duraba el combate. En la lejanía, aquí y allá, jirones de espeso humo manchaban el limpio azul del horizonte, señalando, aproximadamente, los lugares en que era más reñida la batalla. A la entrada del destartalado villorrio, en un espacioso bohío situado frente a la sabana y convertido en hospital provisional por disposición del general Rodríguez, se comentaba de mil maneras el sangriento drama que se desarrollaba allá abajo. Un practicante de medicina y algunas mujeres disponían con presteza lo más necesario para la primera cura de los heridos. No tardarían en traerlos, y debían ser muchos, muchos. ¿Y los muertos? Esos se quedarían allá, insepultos tal vez, cubriendo las hondonadas del valle, en el mismo sitio en que los dejara el plomo homicida... Por la mañana habían pasado por allí las tropas del general Rodríguez. Se componían en su mayor parte de jóvenes vigorosos, rebosantes de ardor bélico, que iban con deseos de llegar pronto a las manos con el bando enemigo. Los generales Rodríguez y Fernández se disputaban la presidencia de la República. En el villorrio se creía ciegamente en el triunfo del primero.

Una mujer sentada cerca de la puerta principal del bohío se ocupaba en preparar hilas. Podría tener poco más de treinta años. Sus grandes y expresivos ojos azules parecía como que derramaban fulgores siderales sobre su rostro ovalado a que daba mayor realce su atractiva palidez. La llamaban Sor Clara. No llevaba, sin embargo, hábito monjil. Vestía pobremente, con sencillez no ajena de elegancia. Acogida en el convento de la ciudad después de su desgracia, había sido en él cuidada con maternal cariño por una monja de aquel nombre, antigua amiga de su madre, y muerta en olor de santidad hacía pocos años. Por broma o por no sé qué raro capricho, sus amigas del convento se acostumbraban a llamarla con el nombre de su protectora en lugar del suyo, que era Antonia. Cuando salió del convento nadie la conocía sino por Sor Clara. Aunque protestando al principio, al fin se había conformado.

La tarde caía. Con majestuosa lentitud hundíase el sol en un piélagos de púrpura, y todo en la naturaleza empezaba a tomar esos tintes melancólicos que anuncian la aproximación de la hora solemne de las agonías crepusculares. En la llanura silenciosa pastaban sosegadamente algunos animales. Sor Clara parecía meditar. Abstraída por completo de cuanto ocurría a su alrededor, con la mirada perdida en no sé qué vaga contemplación, se hubiera creído al verla de esa manera que recorría con el pensamiento los lejanos y vaporosos países del ensueño.

Justamente aquel día, 8 de julio, se cumplían siete años del suceso que había cubierto de luto su resistencia. ¡Qué día aquel, Dios mío! ¿Dónde estarían en aquel momento los infames? Aquel suceso no se apartaba ni un segundo de su memoria. Se le había clavado en ella con esa insistencia fatídica de la idea fija que caracteriza a la locura. Aquella tarde la atormentaba más que nunca el recuerdo de su pasado. Se volvía a ver, como en sus buenos tiempos, en su modesta casita de la ciudad, alegre, feliz, al lado de Mariana su hermana menor a quien amaba entrañablemente, trabajando las dos sin descanso para poder cumplir los encargos de hechuras de vestidos que les venían de todas partes. Huérfanas de padre y madre, a fuerza de laboriosidad

y de constancia, se habían hecho las modistas más solicitadas de la población. Tenía mucho trabajo, lo que les proporcionaba recursos suficientes para atender con algún desahogo a sus necesidades. Las muchachas ricas más exigentes en materia de elegancia a ellas encomendaban la confección de sus trajes. Algunas tardes, cuando el trabajo era poco y el tiempo lo permitía, se echaban regocijadas a la calle a ver las amigas, o se iban a su paseo predilecto, a orillas del mar, y allí, contemplando el vaivén del oleaje, dejaban pasar las horas sumidas en dulce arrobamiento. A la mente de Sor Clara acudían en tropel los recuerdos. Y de nuevo se figuraba encontrarse en la reducida sala, en que todo aparecía reluciente de aseo, dando vueltas a la rueda de su máquina de coser, y oyendo la charla incesante de Mariana y los trinos del canario que desde su jaulita de alambres dorados poblaba el espacio de suaves armonías.

La fatalidad se presentó un día en aquel feliz hogar en forma de un joven apuesto y simpático. Se llamaba Arturo Rosa; hacía poco que había llegado a la ciudad, y ocupaba en una importante casa de comercio de ella el delicado cargo de cajero. Era un calavera de tomo y lomo. Pronto fue uno de los más asiduos visitantes de la casita. La amistad en breve tomó mayores vuelos, y poco después se supone en el barrio que tenía amores con Antonia. Era cierto; Antonia lo amaba con toda la fuerza de un corazón hasta entonces virgen de tales impresiones. Creció el amor, y el resultado fue lo que algunos íntimos de la casa habían previsto... Para muchos, sin embargo, pasó inadvertida la falta de Antonia. Tanta confianza tenía esta en su amante que muchas veces rodeaba solo con Mariana, por tener que salir a comprar telas o practicar otras diligencias de su oficio. Un día, el 8 de julio, había pasado toda la tarde en casa de unas señoritas probándoles unos vestidos que debían estrenar en el baile que se daba esa noche en el Casino. Al volver, ya anocheciendo, extrañóle mucho al empujar la puerta de la sala ver que estaba a oscuras y que nadie había en ella. Impresionada hasta lo sumo hizo luz, y vio sobre un velador, en primer término, un papel cuidadosamente doblado.

Solo contenía estas palabras: «Antonia, perdóname; me voy a Nueva York, Arturo». Y nada más...

Aquel acontecimiento extraño, inverosímil, que en nada le había hecho sospechar, cayó sobre su alma con la violencia irresistible de las grandes catástrofes. Sobrecogióle una fiebre violenta, y aún no bien repuesta de ella, fue a vivir al convento recogida por Sor Clara, la vieja amiga de su madre. Detestaba la vida conventual, y cuando murió la monja quiso volver a su antiguo oficio de modista, pero ya era demasiado tarde. La clientela había volado. Cerradas todas las puertas, aceptó el puesto de enfermera en un hospital, donde le daban un corto sueldo con el cual se sostenía decentemente. Al adueñarse de la ciudad el general Rodríguez, escogió a Sor Clara en unión de otras para cuidar los heridos de su ejército, pues los hombres de que disponía para el caso estaban todos con el arma al hombro. Por eso la hemos visto sentada a la puerta de aquel bohío, pensativa, melancólica, en aquella serena tarde de julio, en que morían tantos hombres por colocar a Rodríguez o a Fernández en el solio presidencial de la República...

La noche había extendido su clámide de sombras sobre el villorrio y la llanura, turbada ahora por ruidos siniestros. Venían muy cerca carretas cargadas de heridos, según se podían columbrar a la débil claridad de las estrellas. Sor Clara, como quien despierta de un penoso sueño, había vuelto a la realidad y corría a cumplir sus deberes. A los lamentos desgarradores de los heridos, uníanse, de cuando en cuando, las manifestaciones estruendosas del ejército victorioso que se acercaba con objeto de pernoctar en el poblado. Los vivas a Rodríguez, al generar vencedor, atronaban el espacio. El triunfo había sido completo. Ya tenía presidente la República.

## Julián del Casal

Cuando pienso en Julián del Casal, se me ocurre siempre comparar su poesía a una flor hermosísima, de una blancura ideal, de aroma extraño, ejemplar delicado de no sé qué misteriosa flor desconocida. En sus versos hay coloraciones raras, matices de una delicadeza casi vaporosa, fulguraciones de un sol que se extingue, suave titilar de estrellas lejanas... Fue un poeta soñador que, en su rápido tránsito por el mundo, vertió en magníficos cantos todas sus acerbadas nostalgias de desterrado del atrayente país de la quimera.

No pretendo hacer el análisis de la emoción que palpita en sus estrofas, ni menos rastrear en qué moderno cenáculo artístico corresponde colocar su busto de poeta egregio. Algunos le han juzgado como decadente. No lo discuto. Tan solo digo que si el decadentismo americano pudiera presentar en su hoja de servicio siquiera tres o cuatro poetas como el autor de *Nieve*, ya podría alardear, con legítimo orgullo, de ser algo más que imitación servil de cierta literatura morbosa del momento, cuyo éxito resonante constituye para muchos la verdadera piedra de toque de su excelencia. Julián del Casal no fue ni pudo ser un poeta completo, si se atiende a lo corto de su peregrinación terrestre; pero supo sentir como pocos, y como pocos también encerrar sus pensamiento en una forma exquisita, a veces tersa como el mármol, a veces de un admirable efecto rítmico, siempre

saturada de un encanto singular, inexplicable, en que algunos temperamentos refinados hacen estribar su mérito más excelso.

El pesimismo no era en él una actitud, como alguien ha dicho de ciertos poetas jóvenes que viven lamentándose de una vida que apenas conocen, sino un vivo y profundo sentimiento. La tristeza fue su principal musa inspiradora, la plañidera inseparable que en el fondo de su alma entonaba el himno funeral de tristes desengaños, de esperanzas desvanecidas. Tal vez la lectura asidua de autores modernos de alta resonancia en cuyas obras vibra fuertemente la nota de la más amarga desconformidad con lo existente, quizás irremediable cansancio de la existencia, acaso ignorados desencantos, rompieron en su lira la cuerda de la esperanza, y lo impulsaron a modular estos versos esculturales en que late su inmenso disgusto de la vida. Esta no es, sin duda, copa rebosante de ambrosía, pero tampoco es manantial perenne de dolores. Como tiene amarguras y desilusiones, atesora también goces inefables. Así como al borde de negros abismos crecen flores hermosas de embriagador perfume, hay asimismo en la vida, al lado de desengaños que marcan de manera indeleble su hierro en el corazón, afectos perdurables que suavizan las asperezas del oscuro sendero a cuyo término nos aguarda la cima pavorosa de lo desconocido.

El celebrado autor de *Sagesse* creía que al poeta de *Hojas al viento* solo le faltaba creer. No sé si Verlaine se equivocaba al escribir, refiriéndose a Casal, estas frases publicadas en un periódico habanero: «Creo que el misticismo contemporáneo llegará a él, y cuando la Fe terrible haya dañado su alma móvil, los poemas brotarán de sus labios como flores sagradas. Es uno de esos jóvenes laxos de ciencia que necesitan reposar sus cabezas sobre el regazo de la Virgen. Lo que le hace falta es creer, cuando crea será nuestro hermano...» ¡Ah! la Virgen en cuyo regazo descansó siempre el sentido poeta cubano no fue la venerada en los templos católicos; fue la de la duda sombría, la de ese cruel escepticismo, que cual ola gigantesca sube y sube, amenazando llevarse las escasas creencias que todavía aletean en los más ocultos rincones de nuestras almas angustiadas...

Ese misticismo contemporáneo de que habla Verlaine, salvo en algunos espíritus sinceros, no es en gran parte sino aspecto nuevo de neurosismo literario que tiene su más genuina representación en la refinadísima capital de Francia. Decepcionados, inquietos, sin brújula, aparecen en la actualidad muchos espíritus reaccionando tras ideales religiosos, que cada cual formula a su antojo –díganlo Wizewa y Le Gallienne entre otros– y que, aunque en apariencia cristianos, no son en realidad sino falsificaciones más o menos exageradas de creencias consoladoras, siempre dignas de respeto, que durante largas centurias han señalado el rumbo a la humanidad, y que aun, como astros de inapagable luz, sirven de salvadora guía a muchas almas no aterridas por el viento de glacial escepticismo que se desprende de las más altas cumbres de la ciencia de nuestro tiempo. Dichosas ellas. Cuando una vez se ha perdido la fe, es muy difícil recobrarla. Como las golondrinas del nostálgico poeta sevillano, no vuelven a la inteligencia las creencias ahuyentadas de ella por el cálido soplo de las ideas modernas. No veo, ni remotamente, ante qué altares se postrará la humanidad de lo porvenir. Difícil, muy difícil es predecir qué se podrá en cambio de las viejas creencias cuya lenta agonía presenciamos con el pecho henchido de inmensa angustia. A muchos nos falta, ¿por qué callarlo? la refinación filosófica, la serenidad de ánimo que se refleja en estas hermosas palabras de Renan: «Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe ser nunca una cadena. Queda uno en paz con ella cuando la ha envuelto cuidadosamente en el sudario de púrpura en que duermen los dioses muertos».

No digo nada nuevo afirmando que Julián del Casal, en cuanto a la forma, procuró siempre inspirarse en los procedimientos con tanto éxito seguidos por algunos notables poetas parnasianos. La preocupación de la forma, el exquisito cuidado de lo externo, caracteres principales de aquella escuela, se revelan claramente en casi toda la obra poética de Casal. No quiere esto decir que fuera impecable. ¿Quién no lo es? Lo que no puede negarse es que en todo lo concerniente a la belleza de

la forma supera en mucho a todos los poetas cubanos de estos últimos años. Poseen sus versos un encanto voluptuoso, pues a la vez que deleite sensual en el oído, dejan en el alma la estela luminosa de una emoción de indefinible melancolía. ¿Quién no ve, quién no adivina al parnasiano de buena cepa en aquellas admirables estrofas en que narra la agonía de Petronio, el poeta condenado a muerte por Nerón, y que principian así?:

Tendido en la bañera de alabastro  
donde serpea el purpurino rastro  
de la sangre que corre de sus venas,  
yace Petronio, el bardo decadente,  
mostrando coronada la ancha frente  
de rosas, de terebintos y azucenas.

El hastío, el odio de la vida, temprano, muy temprano se infiltraron en su alma de niño, y prematuramente lo llevaron a la región de sombras de que jamás se vuelve. Su amor, su único culto fue la belleza, amante idolatrada que le acompañó siempre por los mundos fantásticos del ensueño, y le dijo al oído secretos inefables, que él, indiscreto, se apresuró a revelarnos en sus vibrantes poesías. Su alma llena de dudas, adolorida por el desencanto, se hundió en las nieblas del pesimismo desesperando, que a manera de negra nube entenebrece la atmósfera de este siglo expirante. Sobre su tumba, como él pedía a sus amigos, deben ponerse estos hermosos versos suyos, publicados, si mal no recuerdo, muy poco antes de emprender el viaje por ese mar sin orillas que ningún nauta ha explorado todavía:

.....  
¡Amó solo en el mundo la Belleza!  
¡Que encuentre ahora la Verdad su alma!

## Índice onomástico

### A

- Abelardo, Pedro 43-49, 58-60, 62, 73  
Agramonte y Loinaz, Ignacio 65  
Alcmenes 82  
Alejandro Magno 101  
Anacaona 108  
Aquiles 103  
Archambault, Pedro María 22  
Aristides 173  
Aristófanes 82  
Aspasia 43, 83-85  
Asquerino, Eduardo 281  
Avicena 74

### B

- Bacon, Francis 60, 113  
Baillo, Pero 225  
Balzac, Honoré de 226  
Baralt, Rafael María 157  
Baye, Nicolas de 73  
Bécquer, Gustavo Adolfo 204, 270  
Bello, Andrés 157  
Benítez y Correoso, Antonio 11  
Betances, Ramón Emeterio 11  
Billini, Francisco Gregorio 234, 236-237  
Billini, Francisco Xavier 27  
Bismarck, Otto von 119  
Blanco Fombona, Rufino 13  
Bonachea, Ramón Leocadio 63  
Bonaparte, Napoleón 89  
Bonifacio de Maguncia 61  
Boulanger, Georges 117, 119  
Bourget, Paul 227, 275-276  
Bravo, Nicolás 65  
Brazza, Pierre Paolo de 33  
Brunetière, Ferdinand 225, 254  
Bruno, Giordano 61  
Byron, George Gordon, lord 82

C

Calas, Juan 73  
 Calderón de la Barca, Pedro Antonio 140  
 Calvino, Juan 74  
 Camejo, Raimundo de Jesús (Verax) 57-58, 60  
 Campoamor, Ramón de 197-199  
 Caonabo 147  
 Casal, Julián del 297-299  
 Casas, fray Bartolomé de las 262  
 Castro, Isabel B. de 123  
 Ceara Jiménez, Rosa 12  
 Ceara, Andrés 22  
 Ceara, Emilio 122  
 Celso, Aulio Cornelio 74  
 César, Cayo Julio 89, 101  
 Céspedes, Carlos Manuel de 89  
 Champeaux, Guillermo de 44  
 Chartres, Fulberto de 45-47  
 Cicerón, Marco Tulio 101  
 Cincinato, Lucio Quincio 173  
 Colón, Cristóbal 61, 144-149, 170, 175, 259, 262  
 Conde de las Naves (seudónimo) 242  
 Corina 103  
 Cousin, Víctor 60

D

Dante, Dante Alighieri, llamado 43, 100, 104  
 Demóstenes 82

Descartes, René 60  
 Deschamps, Eugenio 105, 129  
 Dolet, Esteban 61  
 Donoso Cortés, Juan 157

E

Echegaray, José 257  
 Eloísa 43-49, 60, 62  
 Enrique VIII 74  
 Ercilla, Alonso de 261  
 Erine 103  
 Espaillat, Emiliano 22  
 Espaillat, Julio 123, 172  
 Espaillat, Ulises Francisco 23-24, 29, 89, 172  
 Espínola, Juanita 123  
 Espínola, Ramón E. 22  
 Espronceda, José de 281  
 Esquilo 82-83, 103  
 Estrella, Narciso 123

F

Fantino Falco, Francisco 122  
 Felipe II 75  
 Fernández de Moratín, Leandro 157  
 Feu, José Leopoldo 182  
 Fidas 82  
 Flores, Juan Vicente 19, 129  
 France, Anatole 226-227  
 Fulberto de Chartres 46

G

- Galeno, Galeno de Pérgamo,  
llamado 74  
Galileo, Galileo Galilei, llamado  
61  
García Calderón, Francisco 13  
García Calderón, Ventura 13  
García Copley, Federico 11-12  
Garibaldi, Giuseppe 89  
Gautier, Théophile 273  
Godoy, María Josefa 11  
Gómez Salazar, Francisco 155  
Gómez, Manuel Ubaldo 22  
Góngora y Argote, Luis de 129  
González, Federico Augusto 129  
González, Ignacio María 24  
Graco, Cayo Sempronio 89  
Greely, Adolphus 33  
Grocio, Hugo 113  
Gruet, Jaime 74  
Guacanagarix 144  
Guarionex 143-144, 147-148, 150  
Gustavo (seudónimo) 55-56  
Guzmán, S. 22

- Hidalgo y Costilla, Miguel 65  
Hipócrates 74  
Homero 82, 103  
Horacio, Quinto Horacio Flaco,  
llamado 225  
Hostos, Eugenio María de 11  
Hugo, Víctor 64, 77, 193, 197,  
271, 291  
Hunt Jackson, Helen 247, 250  
Hus, Juan 73

I

- Isabel I de Castilla 145

J

- Jacobo Clemente 73  
Jenofonte 82  
Jovellanos, Gaspar Melchor de  
157  
Juana de Arco 73  
Juárez, Benito

H

- Héctor 103  
Heine, Heinrich 197  
Henríquez Ureña, Pedro 13  
Heredia, Nicolás 275-276, 283  
Hermosilla, José de 255, 270  
Heródoto 82  
Herrera, Antonio de 262  
Heureaux, Ulises 13, 129

L

- Lactancio, Lucio Cecilio  
Firmiano 61  
Lagarrigue, Juan Enrique 13  
Lagarrigue, Luis 13  
Lamartine, Alphonse de 60,  
271, 291  
Larra, Mariano José de 157  
Le Gallienne, Richard 299

Lemaitre, Jules 227  
León XIII 62  
León, Fray Luis de 157  
Leopardi, Giacomo 172, 197  
Lincoln, Abraham 89  
Lisicles 85  
Lisle, Leconte de 289-291  
López, José Ramón 129  
López, Pablo Eliseo 129  
Luperón, Gregorio 11  
Luti, Marguerita (La Fornarina)  
43

## M

Mania 89  
Maniocatex 261  
Margarite, Pedro 147  
Martí, José 247  
Martínez, Alfredo E. 125  
Martínez, Rufino 14  
Mata, Andrés A. 269-274  
Meléndez Valdez, Juan 102  
Miranda, Ignacio de 64  
Mirón 82  
Mirtis 103  
Moltke, Helmuth von 119  
Morayta, Miguel 62  
Morelos, José María 65  
Moya, Casimiro N. de 13, 127  
Moya, Rafael 127  
Musset, Alfredo de 197, 281

## N

Napoleón III 54  
Nerón, Cayo César Augusto 300  
Norddenjol 33  
Nouel, Adolfo Alejandro  
122-124  
Noves, Laura de 43  
Noves, Laura de 43  
Núñez de Arce, Gaspar 198, 201,  
253-254, 257

## O

O'Connell, Daniel 136  
Ojeda, Alonso de 149, 259-260,  
262-263  
Oller, Rogelio 11  
Orbe, Gabriel del 123  
Orbe, Manuel María del 123  
Ovando, fray Nicolás de 262

## P

Pardo Bazán, Emilia 201  
Penson, César Nicolás 241-245  
Peña y Reinoso, Manuel de Jesús  
129  
Perdomo, Marcelino 122  
Perelló hijo, Lorenzo Justiniano  
(Leandro) 12, 99, 129, 130,  
139, 160  
Perelló, Lorenzo Justiniano 129

- Pereyra Jiménez, Nicolás 22  
 Pericles 43, 82, 84-85, 290  
 Petrarca, Francesco 43, 100  
 Petronio, Cayo o Tito 300  
 Picón Febres, Gonzalo 265-266  
 Píndaro 82, 103  
 Pla Varona, Francisco 11  
 Polo, Gil 102  
 Ponthieux, Alcius 243  
 Portinari, Beatriz 43  
 Praga, Jerónimo de 73  
 Praxíteles 82  
 Puello, M. 123
- R
- Rafael, Rafael Sanzio, llamado 43  
 Ramírez, Tomás 244  
 Ramus, Petrus 61  
 Ravailac, François 73  
 Redondo, Natalio 12  
 Rémusat, Charles de 60  
 Robles, Casiano 123  
 Rochet, Cipriana Justina 129  
 Rodríguez de Fonseca, Juan 262  
 Rodríguez, José María 244  
 Ros de Olanos, Antonio José  
 Rosas, Juan Manuel de 89
- S
- Safo 103  
 Sainte-Beuve, Charles Beuve
- San Agustín 61  
 San Bernardo 47  
 San Ignacio de Loyola 72  
 San Vicente Ferrer 72  
 Sancha, Ciriaco María de, obispo de Ávila 62  
 Sánchez Ramírez, Juan 244  
 Sannazaro, Jacopo 102  
 Santa Teresa de Jesús 100, 157  
 Santo Domingo de Guzmán 75  
 Scaroina, Alfredo 122  
 Schifino, José 122  
 Servet, Miguel 74  
 Silva, Fermín 11  
 Simaco, Quinto Aurelio 69  
 Simon, Jules 59  
 Sófocles 82, 103  
 Soñé, Francisco 122  
 Stanley, Henry Morton 33
- T
- Taine, Hyppolite 226, 272  
 Teócrito 82, 103  
 Tirteo 101  
 Torquemada, Tomás de 73
- U
- Ugarte, Manuel 13  
 Ureña de Henríquez, Salomé 165-167, 169, 174

V

Valbuena, Antonio de 154  
Vega, Lope de 157  
Verdes Montenegro, José 182  
Verlaine, Paul 273, 298-299  
Vicuña Subercaseaux, Benjamín  
13  
Virgilio (Papa Núm. 59) 61

Z

Zenea, Juan Clemente 279,  
281-283  
Zeno, Arturo 22  
Zola, Emilio 181, 183, 287  
Zorrilla, José 194, 196-197, 271,  
281

W

Washington, George 114  
Wizewa, Teodoro de 299  
Woss y Gil, Alejandro 129

## Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Rouse, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*. Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras. Tomo I,* Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras. Tomo II,* Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas*. María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch*. Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista*. Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2<sup>da</sup> ed.) Rafael Albuquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos xv-xix*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXXI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2<sup>da</sup> ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen I. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacóismo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI «*Sociología aldeada*» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3<sup>ra</sup> edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2<sup>da</sup> edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco

- Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Angel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.

- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones*. Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guananí y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veaser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.

#### COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.  
Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.  
Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.  
Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.

#### COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.  
Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.  
Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.

#### COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve*. Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.  
Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación*. Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.  
Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

*OBRAS CASI COMPLETAS. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones*, de Federico García Gody, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Centenario, S. R. L., en octubre de 2016, con una tirada de 1,000 ejemplares.

